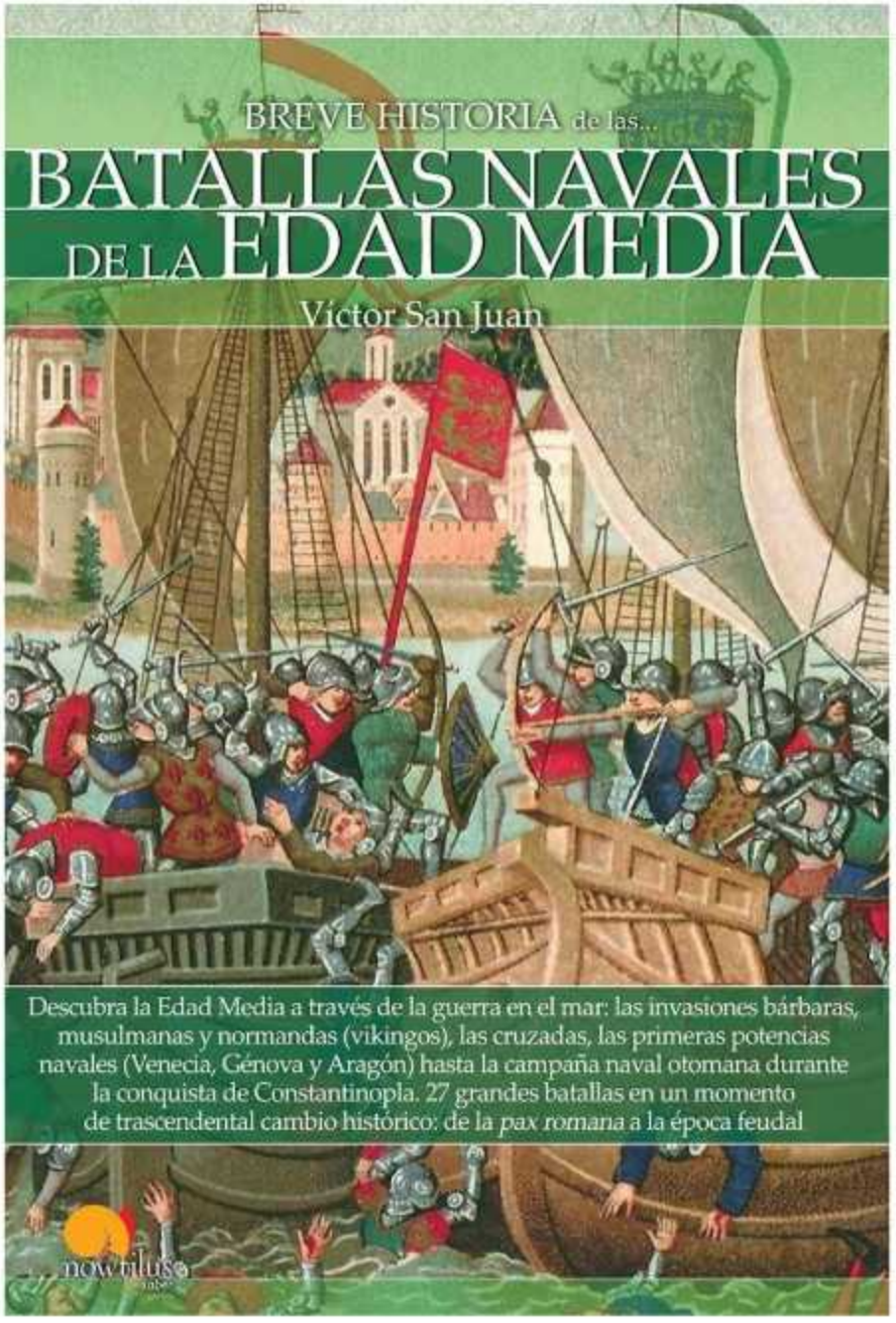
BREVE HISTORIA de las...

BATALLAS NAVALES DE LA EDAD MEDIA

Víctor San Juan

Descubra la Edad Media a través de la guerra en el mar: las invasiones bárbaras, musulmanas y normandas (vikingos), las cruzadas, las primeras potencias navales (Venecia, Génova y Aragón) hasta la campaña naval otomana durante la conquista de Constantinopla. 27 grandes batallas en un momento de trascendental cambio histórico: de la *pax romana* a la época feudal

nowtilus



BREVE HISTORIA
DE LAS BATALLAS NAVALES
DE LA EDAD MEDIA

Índice

Introducción

Inventario de batallas navales de la Edad Media

1. *Pax romana* en el *Mare Nostrum*

- Un rosario de emperadores
- Panorama marítimo del siglo I
- El sueño de Alarico
- Gala Placidia y Atila, cara y cruz del imperio

2. La batalla del cabo Bon (468 d. C.)

- La aventura visigoda
- La audacia de Genserico
- La reacción bizantina
- La batalla naval de Sena Gálica

3. Las invasiones occidentales

- La flota misteriosa
- El país de las brumas
- La batalla naval de la isla Svold
- Normandía conquista Inglaterra

4. Cruzadas: guerra naval en el Guadalquivir

- Llamada general: batalla de Ascalón
- Cambio de objetivo: Lisboa y Constantinopla
- El destino de la cuarta cruzada
- Hija, esposa y madre de rey
- Navas de Tolosa, la batalla decisiva
- La conquista de Sevilla
- El fin de las cruzadas

5. Auge de Venecia y Génova

- Tres viajeros venecianos
- Batallas de Meloria y Curzola
- Sapienza y la guerra de Chioggia

6. Sicilia y Roger de Lauria

- Las dos conquistas de Mallorca, Jaime I
- A la conquista de Sicilia, Pedro III
- Batallas de Malta, Nápoles, Hormigas y Castellammare
- Cambio de rumbo, Jaime II
- La última batalla naval medieval de Aragón

7. La batalla de la Esclusa

- La Marina de Felipe II Augusto
- La azucena contra el león
- La batalla naval de la Esclusa

8. La batalla de La Rochelle

- El gran día del Príncipe Negro
- El laberinto castellano
- La Rochelle y la incursión castellana
- Implicaciones finales de la caída de Constantinopla

Bibliografía y fuentes

- Enciclopedias

Introducción

La Edad Media ocupa la mayor parte de los veinte siglos de nuestra era. Es una larga etapa, como una noche oscura, que la humanidad prefiere sepultar en el olvido, porque la Edad Media es feudalismo, es desorden, es crueldad, servilismo y humillación de seres humanos. Es barbarie de miles de vidas sacrificadas, sin ningún ideal la mayor parte de las veces, en aras de una caprichosa dominación, una guerra o un credo religioso, cuando no las aniquila una epidemia inevitable o una catástrofe ante la que nada se puede hacer. La Edad Media representa, en suma, lo peor del hombre. Pero la Edad Media es, sobre todo, confusión. Un absoluto caos en el que abrirse paso resulta una empresa a veces tan desconcertante que lleva al desánimo por la falta de referencias, la sucesión obsesiva de personajes y, sobre todo, la imposibilidad de establecer una línea fiable de seguimiento de los hechos. Tienen gran mérito los cronistas profesionales que han conseguido aclararse y escribir obras veraces de un período tan sumamente difícil y complejo de nuestra historia.

Nuestro objeto es, únicamente, la divulgación naval, aunque tal vez ello no le evite al lector algún momento de desconcierto. En el mundo marítimo, la Edad Media empieza tras una absoluta balsa de aceite, una verdadera calma chicha total que, además, había durado largo tiempo. Esta pertinaz «encalmada» se conoce con el nombre de *pax romana* y es la farsa de un Imperio romano que fue capaz de rodear al mar, «su» mar –el *Mare Nostrum*– por todos lados, de tal manera que nadie podía navegar o introducirse en él sin permiso de las flotas que lo custodiaban, en beneficio del comercio y tráfico marítimo. Mientras tanto, el Imperio en sí, lejos de la paz, se debatía en agitaciones, rebeliones y conflictos interminables. Un auténtico rosario de variopintos emperadores se iba sucediendo en el trono con descorazonadora incompetencia en muchos casos. La situación había durado desde la batalla de Accio (31 a. C.) hasta casi el final del Imperio romano de Occidente, en el 476 d. C. Fueron más de cuatrocientos años y cien emperadores que lograron evitar las contiendas navales, dando larguísimas vacaciones a los buques de guerra y sus dotaciones.

Con la avalancha de etnias y tribus sobre las fronteras del Imperio a lo largo de todos estos siglos, la especie de *statu quo* marítimo terminó por venirse abajo. Llegaron nuevos inmigrantes violentos, como los hunos que, desconociendo la navegación, jamás se preocuparon de ella; otros poco duchos en pericia de mar, como los visigodos, trataron de empaparse de la navegación romana, fracasando en el intento. Los vándalos y luego los árabes, que vinieron después, tuvieron a su modo cierto éxito, a pesar del resurgimiento de Oriente con el poderío bizantino. Finalmente, la aparición de una raza invasora con una cultura marinera superior –los vikingos, luego evolucionados a normandos cuando se establecieron en la Bretaña francesa– mostró hasta qué punto la extinta *pax romana* había dejado anticuado el mundo naval mediterráneo, cuyas embarcaciones, comparadas con las nórdicas, resultaban verdaderas piezas de museo.

No obstante, la civilización mediterránea reaccionó de la mano de culturas profundamente marítimas que dieron origen a las ciudades-estado mercantiles, como Venecia o Génova. Pero en el *Mare Nostrum*, al alud de invasiones de norte a sur le siguieron nuevos conflictos oeste-este, las Cruzadas, que, aunque tuvieron motivación religiosa y misional, acabaron sirviendo a otros intereses (territorial, político, económico, etc.), dejando al margen la mesiánica coartada doctrinal. El espíritu de cruzada se transfirió también a las naciones invadidas por el islam, que iniciaron pequeñas cruzadas particulares; en las tierras de Hispania, a estas cruzadas se las llamó Reconquista y la toma de Baleares y Sicilia para el ambicioso reino de Aragón. Todo ello trajo campañas y batallas navales en las que destacaron marinos medievales venecianos, genoveses y aragoneses.

Avanzada la Edad Media, se produjeron disputas en aguas atlánticas del canal de la Mancha, donde la guerra de los Cien Años (1337-1453) enzarzó a los reyes de Francia e Inglaterra en una larga contienda por tierra y mar. Eduardo III de Inglaterra y su bisnieto, Enrique V, darían muchos quebraderos de cabeza a sus iguales franceses, Felipe VI de Valois, Juan II el Bueno y Carlos VII. Sólo el rey francés Carlos V el Sabio supo hacer frente al desafío en una segunda fase que traería varias notables derrotas inglesas en un mal momento para el reino isleño, con el rey niño Ricardo II (nieto de Eduardo III) en el trono, luego derrocado. Francia, no obstante, retornó al fracaso con Carlos VI, caritativamente conocido por algunos como el Bienamado, y por otros más pragmáticos como el Loco, o simplemente, el Tonto. La guerra de los Cien Años supondrá para nosotros dos batallas navales: la batalla de la Esclusa de 1337 –librada en aguas de Flandes– y la batalla de La Rochelle, con la posterior incursión castellana en el Támesis de 1372 a 1380 que pondrán fin a este trabajo. Aunque se considere formalmente la Edad Media como el período comprendido entre la escisión del Imperio romano (324 d. C.) y la caída de Constantinopla (1453), o el descubrimiento de América (1492) este trabajo repasará también los tres siglos desde la batalla de Accio, incluyendo brevemente toda la Roma imperial, sin la que el lector no tendría una perspectiva completa. Prepárense,

pues, para un largo recorrido histórico de casi quince siglos, concluido el cual, la jornada del turco en Lepanto (1571) y la jornada de Inglaterra de 1588 (la Armada Invencible) surgen a continuación como hitos de referencia marítima inconfundibles.

Víctor San Juan

INVENTARIO DE BATALLAS NAVALES DE LA EDAD MEDIA

1. Batalla del cabo Bon (468 d. C.). Los vándalos de Genserico derrotan a los bizantinos de Basilisco.
2. Batalla de Sena Gálica (551 d. C.). Los bizantinos de Juan derrotan a los ostrogodos de Gandulfo y Gibal.
3. Invasión de al-Ándalus (711 d. C.). Los árabes y los bereberes de Tariq-ibn-Ziyad pasan a la península ibérica.
4. Batalla de la Punta del Serrallo (717 d. C.). Constantinopla: León III el Isaurio derrota a los musulmanes de Maslama.
5. Batalla de Argos (718 d. C.). León III el Isaurio derrota al egipcio Sofiam y al árabe Yezid en el Bósforo.
6. Batalla de la isla Svold (1000 d. C.). Los vikingos de Noruega son derrotados por los vikingos daneses y suecos.
7. Invasión de Inglaterra (1066 d. C.). Los normandos de Guillermo el Conquistador pasan a la isla de Inglaterra.
8. Batalla de Ascalón (1123 d. C.). La Armada veneciana derrota a la flota egipcia.
9. Toma de Lisboa (1147 d. C.). Segunda cruzada: la flota anglo-alemana-nor-manda recupera Lisboa.
10. Primera Toma de Constantinopla (1202 d. C.). Cuarta cruzada: venecianos y cruzados toman y saquean Constantinopla.
11. Batalla de Brujas y Damme (1212 d. C.). William de Pembroke, apodado Longsword ('espada larga'), destroza la flota de Felipe Augusto.
12. Batalla del canal de la Mancha (1217 d. C.). La flota inglesa vence a la francesa de Eustace Buskes en el canal de la Mancha.
13. Conquista de Sevilla (1248 d. C.). Ramón de Bonifaz remonta el Guadalquivir y toma Sevilla.
14. Batalla de Meloria (1284 d. C.). Génova derrota a la flota de Pisa.
15. Batallas de Malta y Nápoles (1284 d. C.). Roger de Lauria (Aragón) vence al príncipe de Salerno (Francia).
16. Batalla de las Hormigas (1284 d. C.). Roger de Lauria (Aragón) vence a Juan Escoto (Francia).
17. Batalla de Castellammare (1287 d. C.). Roger de Lauria (Aragón) vence a Enrique del Mar (Francia).
18. Batalla de Curzola (1298 d. C.). El almirante Lamba Doria (Génova) vence a la flota veneciana con Marco Polo.
19. Batallas de Orlando y Ponza (1299 d. C.). Roger de Lauria (Aragón) vence a la flota siciliana de don Fadrique.
20. Batalla de Esclusa (1340 d. C.). Eduardo III de Inglaterra vence a la flota francesa en el Escalda.
21. Batalla naval de Constantinopla (1352 d. C.). Los aragoneses y los venecianos contra los genoveses de Pera.
22. Batalla de Sapienza (1354 d. C.). Los genoveses sorprenden y derrotan venecianos en Grecia.
23. Batalla de La Rochelle (1372 d. C.). Ambrosio Bocanegra (Castilla) vence al conde de Pembroke (Inglaterra).
24. Batallas de cabo Anzio y de Trogir (1378 d. C.). Guerra de Chioggia: los genoveses resisten contra los venecianos.
25. Batallas de Pola y Chioggia (1379-1380 d. C.). Guerra de Chioggia: ataque genovés repelido por los venecianos.
26. Incursión castellana (1380 a. C.). Fernando Sánchez de Tovar penetra en el río Medway.
27. Batalla del Cuerno de Oro y batalla de Kasimpasa (1453 d. C.). Los bizantinos vencen y son derrotados por los turcos.

Aunque, tras la batalla de Accio en el año 31 a. C., quedaran despejados para el Imperio romano todos los caminos de la mar, y con la proclamación como emperador del sobrino de César, Octavio Augusto, fuera impuesta sobre las aguas del Mediterráneo una sólida paz, la *pax romana* –cuyos únicos transgresores serían los piratas, es decir, delincuentes–, existían otros peligros cuestionando este estado de las cosas. El gran beneficiado por la extensa paz era el comercio, que permitía consolidar no sólo las clásicas rutas marítimas que enlazaban la metrópoli de Roma con el Epiro a través del Adriático, el Ponto (mar Negro) por la larga derrota del mar Egeo y el Mediterráneo occidental hasta Sicilia, Córcega, Cerdeña e Hispania, sino otras nuevas como la ruta del trigo egipcio, convertido el país de los faraones en granero de Roma (si Tutmosis III el Grande hubiera levantado la cabeza...), la travesía del norte africano, otro granero cuyas colonias prosperaban tras la ya lejana destrucción de Cartago en la Tercera Guerra Púnica, la de Extremo Oriente, con recalada en los puertos otrora fenicios de Tiro, Sidón y Akka, e incluso el remoto viaje a las Casitérides, es decir, las islas británicas, que muy pronto el emperador Claudio se encargaría de consolidar. Mientras, por el este, las caravanas que, desde Alejandría, se dirigían al mar Rojo, permitían incluso soñar con el incienso árabe, la seda de China y la pimienta, que se podía adquirir en los puertos indios y del golfo de Bengala, donde los romanos eran conocidos como *yavanas*. El comercio imperial llegó incluso, en sus mejores tiempos, al estuario del Ganges, adelantándose a los portugueses casi catorce siglos; más allá, sin embargo, todo era aún *terra incógnita*.

Pero los peligros estaban ahí para el entramado del Imperio y lo habían estado desde el principio. El primero, inherente al propio sistema político, era la legitimidad del emperador como tal, es decir, monarca absoluto de una nación tradicionalmente republicana y que se tenía por heredera de la democracia griega. Octavio la obtuvo del Senado y su sucesor, Tiberio, por su prestigio; entró entonces en juego la famosa guardia pretoriana que protegía las espaldas del emperador, que terminó poniendo y quitando emperadores, a veces tan sólo a cambio de un soborno. Así se hizo con Caio Germánico, conocido como Calígula y sobre el que más vale no extenderse por ser sobradamente conocido; también con su tío Claudio, que le sucedió, y con Nerón, hijo de la sobrina del anterior, Agripina, y Domicio Enobarbo. La entronización de Nerón, cuya trayectoria obviaremos, llevó a los corruptos pretorianos al máximo desprestigio, pues los gobernadores de la Galia y de Hispania (Vindex y Galba, respectivamente) se vieron obligados a precipitar su caída, instaurándose así el precedente de que cualquier legión en los confines del imperio podía proclamar emperador y tener éxito. El anciano Galba apenas duró unos meses, cayendo a manos de Otón, al que se le amotinó el gobernador de Germania, Vitelio, asomándose Roma al peligroso precipicio de la guerra civil en los años 68 y 69 después de Cristo.

Sería de nuevo el prestigio lo que restablecería el orden y la *pax romana* de manos del gobernador de Siria, Vespasiano, inaugurando la dinastía de los Flavios, hasta el 96 d. C. Pero este emperador, al que sucedió su hijo Tito, fue proclamado también por las legiones de Oriente, con lo que el vicio de la legitimidad no quedó extirpado. El tercer Flavio, Domiciano (vástago también de Vespasiano) trajo cuatro lustros de soportar un individuo cruel e irritable al que asesinó su propia esposa en connivencia con dos pretorianos. A paliar la tragedia familiar en el seno del Imperio llegó en esta ocasión un anciano, Nerva, que designaría a Trajano, general austero y eficiente nacido en España, para tomar el relevo. Roma daba inicio al siglo II con este emperador, también aclamado por las legiones y fundador de la dinastía de los Antoninos, cinco gobernantes –cuatro de ellos excelentes: Trajano, Adriano, Antonino Pío y Marco Aurelio– que marcaron la plenitud y el auténtico «siglo de oro», tanto del Imperio como de la *pax romana*. Así pues, en dos siglos, Roma tuvo diecisiete emperadores (uno cada once años) entre los cuales podrían citarse ilustres como Vespasiano, Tito o los cuatro primeros Antoninos, pero también canallas o extravagantes como Calígula, Nerón, Otón o Domiciano.

Eran cifras preocupantes, derivadas del problema anterior: la falta de legitimidad, con el sistema imperial, impedía consolidarse a los candidatos, originando un desfile inevitable, un auténtico rosario de emperadores. El siglo III vería este mal multiplicado hasta la exasperación; la desastrosa gestión del último Antonino, Cómodo (al que se puede añadir al final del párrafo anterior), condujo al imperio a una grave crisis, que heredó el correspondiente «anciano transitorio», Pértinax, aupado y asesinado por la guardia pretoriana. Los males retornaban a Roma como enfermedades crónicas, atreviéndose los pretorianos a poner el cargo de emperador en venta, circunstancia que aprovechó un oportunista temerario, Didio Juliano, abonando la factura para ceñirse la corona del Imperio.

Pronto, sin embargo, pudo ver que le restaba otro débito que sólo podía saldarse con la vida; los respectivos generales de los ejércitos de Siria (Níger), Bretaña (Albino) y la frontera del Danubio (Septimio Severo) fueron proclamados por sus tropas, emprendiendo el último, impertérrito, el camino de Roma. El Senado

no dudó en asesinar a Didio antes de que llegara, pero, una vez instalado, Severo –origen de la dinastía de su nombre– se vio envuelto en una larga contienda sucesoria, derrotando a Níger primero en Iso y luego en Bizancio (194 d. C.) y a Albino en Lyon tres años después. Este militar duro y despiadado impuso el orden sin concesiones: castigó a los asesinos de Pértinax y no pestañeó para eliminar, ejecutándolos, a veintinueve senadores partidarios de su rival Albino. También mandó al cadalso a Narciso, asesino de Cómodo, último de los Antoninos.

Severo afrontó resolutivamente la que se estaba convirtiendo en la segunda gran debilidad del Imperio, la extensión del cristianismo en su seno. Para los romanos, que veían decaer sus dioses griegos y sus creencias ancestrales ante la fuerza de la intelectualidad filosófica, la aparición de un credo con un sólo Dios universal que desechaba el Olimpo grecorromano, siempre atestado de caprichosas divinidades, de origen humilde, con profunda separación entre las cosas de Dios y los asuntos y negocios de estado, promotor de una sociedad aparte dentro del mundo romanizado hostil al servicio militar obligatorio y propicio a la caída del Imperio, eran afrentas que convertían al cristianismo en enemigo mortal, y como tal lo trataron sucesivos emperadores. Severo desató una de las persecuciones más crueles, estableciéndose la costumbre de condenar a los cristianos a los leones del Circo Máximo. Las ejecuciones masivas se revelaron completamente contraproducentes, pues la enaltación de los mártires y la promesa de vida eterna no hicieron sino engrosar las filas cristianas, debilitando aún más el sistema imperial. También sucesivas bancarrotas socavaron irreversiblemente la estructura económica imperial; los emperadores, carentes de efectivo, se veían obligados a pagar a las tropas con propiedades de tierras y predios en los *limes*, las fronteras; estos propietarios perdían su condición de legionarios profesionales para transformarse en milicia rural, incapaz de hacer frente a las acometidas externas.

Así pues, las consabidas e incesantes invasiones bárbaras, siempre consideradas culpables de la decadencia y hundimiento de Roma, no fueron más que el «cuarto factor» y, posiblemente, no el más decisivo, actuando como ariete exterior que golpeó devastadoramente un Imperio ya podrido y debilitado por dentro, puesto que las complicaciones interiores siguieron tras la desaparición de Severo, que implantó la dinastía de su nombre. Sus dos hijos, Marco Aurelio Antonino y Geta, se habían repartido el imperio, iniciándose una costumbre de troceo y desmantelamiento que, aunque en este caso no prosperara, en el futuro daría la puntilla al vetusto edificio imperial. Marco acostumbraba a vestir la caracalla al estilo galo, motivo por el que, como ya sucediera con Calígula, quedaría para la posteridad con el nombre de su indumentaria; recibió como herencia el Imperio de Occidente, quedando Geta a cargo de Oriente. Pero Caracalla no dudó en eliminar a su hermano tras su coronación en el año 211 a. C., quedando como emperador absoluto. Entre las medidas más notables de su reinado estuvo la concesión de la ciudadanía romana a todos los habitantes del Imperio, extensión de igualdad que no fortaleció en absoluto los ya débiles lazos sociales del Imperio.

Duró sólo siete años, tiempo en el que, tras las excentricidades correspondientes, los romanos decidieron eliminarlo, de lo que se encargó Marcial. Tomó entonces el mando el jefe de la guardia pretoriana, Macrino, que, a falta de candidatos, se proclamó a sí mismo emperador. Pero la viuda de Septimio Severo, Julia, conspiró con nueras y sobrinas para elevar al trono a un nieto, Basiano, sacerdote del templo de Emesa, con el nombre de Antonino tras la eliminación del jefe pretoriano. Adoptando el culto al sol, se rebautizó a sí mismo Heliogábalo. Con él, la bisexualidad alcanzó el trono de Roma, pues se casó cuatro veces con mujeres y una vez con varón, proclamándose así, también, emperatriz. Encumbró a gente sencilla, de la calle, e introdujo la moda y la indumentaria entre los sobrios romanos como cuestión de estado; su reinado fue una auténtica sucesión de frivolidades despilfarradoras que acabaron acarreando la ruina.

En efecto, la abuela, vistas las trazas del muchacho, decidió promocionar a un nuevo sobrino nieto de catorce años, Alejandro Severo. Heliogábalo, loco de celos, quiso matarle, lo que decidió su inmediato estrangulamiento, ocupando Alejandro el trono en el 222 d. C. Los romanos hallaron en él, al fin, una persona normal, pero la falta de prestigio entre la tropa y el haber sido coronado mediante la consabida intriga de palacio lo debilitó durante sus trece años de gobierno. El gran desafío fue el peligro persa, que había vuelto por sus fueros seiscientos años después de las Guerras Médicas de la mano de un gran guerrero, Sasán, fundador de la dinastía de su nombre (sasánidas). Alejandro derrotó al primero de sus hijos, Artajerjes, en el año 226 d. C., conteniéndolos por el momento. El final del joven emperador, sin embargo, fue desgraciado; habiéndose amotinado su ejército al completo de la mano del pastor tracio Maximino, este lo apresó junto con su madre, asesinando a ambos.

Roma quedó privada de su emperador y con el ejército en manos de un soldado amotinado. Una familia de prestigio, los gordianos, se hizo cargo, pero tanto el padre como el abuelo resultaron muertos en campaña africana; quedó sólo Gordiano el Joven, que intentó establecer un triunvirato con Pupieno y Balbino. Todo terminó en baño de sangre: mientras Maximino era degollado por los pretorianos,

otra conspiración militar daba cuenta en Roma de Pupieno, Balbino y Gordiano. Un oscuro personaje, el soldado árabe Filipo, quiso entonces afianzarse en el trono, pero el Senado romano, a través de Decio, lo impidió derrotándolo con sus partidarios en el 249 d. C. Tampoco este último tuvo suerte pues, afrontando a los godos en Filipópolis, perdió la vida, dejando tan sólo un hijo, Hostiano, apuntalado por el hombre fuerte del momento, Galo, que pronto perdería su popularidad al claudicar frente a los godos.

Las legiones de la Galia proclamaron entonces emperador a Valeriano (253 d. C.), que se libró de Galo, ocupó el trono desatando la octava y terrible persecución contra los cristianos y nombró heredero a su hijo Galieno. Le esperaba, no obstante, la peor de las suertes, pues el persa sasánida Sapor I le derrotó en Antioquía, haciéndolo prisionero y objeto de todas las humillaciones durante casi diez años. Con Galieno el caos más absoluto se apodera del Imperio: los francos invadieron las Galias por vez primera para establecerse allí; los godos cruzaron el Danubio en el 267 d. C., llegando hasta Atenas y devastando el Ponto. La situación llegó a ser tal, que, para hacer frente al peligro, treinta diferentes gobernadores de las provincias se proclamaron emperador, destacando entre ellos Odenato de Palmira, que derrotó a los persas obligándolos a volver a cruzar el Eúfrates. Por fin, en el 268, llegaba Claudio II, que rechazó a los godos en Nisch (Serbia) mientras su sucesor Aureliano sometía a Zenobia, reina de Palmira y viuda del gran Odenato.

Aureliano alcanzó un acuerdo con los godos, permitiéndoles quedarse en Hungría y Rumanía, es decir, dentro de las fronteras romanas, comenzando así un proceso de asimilación que transformaría profundamente el Imperio. Pero este emperador cayó asesinado por el liberto Muesteo, quedando el trono vacante durante casi seis años. El puesto no era ya muy codiciado pues no traía sino desgracias: Tácito, que lo intentó, sucumbía en una revuelta de soldados. Mejor suerte tuvo Probo (276 d. C.) que aguantó seis años llevando la guerra a las fronteras del Rin y el Danubio, donde mandó construir una muralla de contención para los pueblos bárbaros del norte. Fue un intento vano; las incursiones continuaron y este emperador desapareció en un motín militar. El prefecto del pretorio, Caro, ocupó el trono asociándolo a sus hijos Carino y Numeriano, que podrían asemejarse a Caín y Abel, respectivamente. La historia toma entonces un rumbo sombrío, pero también con cierto aire de cómic, entrando escena Aper ('Jabato' en romano), jefe de los pretorianos que hizo desaparecer a Caro y estranguló a Numeriano, el buen muchacho. Sus propios soldados quisieron entonces lincharlo y repudiaron al malo, Carino.

Emerge entonces de las filas de la soldadesca un valiente hijo de esclavos, Diocleciano, con el que se abre el período del Bajo Imperio romano en el año 284 d. C. Diocleciano derrotó a las huestes de Carino, muerto por los suyos, liquidó también a Aper y contuvo las invasiones por Oriente y las Galias. Con él, Roma alcanza el siglo cuarto, habiendo aupado al trono, en tan sólo cien años, alrededor de medio centenar de emperadores o sucedáneos, cuando en los dos siglos anteriores, como sabemos, sólo se había alcanzado la cifra de diecisiete; Diocleciano hizo también frente al presunto fenómeno desmantelador del Imperio, el cristianismo, persiguiendo a sus practicantes en las catacumbas, con lo que, una vez más, sólo consiguió aumentar su número y el de sus iglesias y templos. Los pretorianos fueron, por fin, severamente llevados al orden; su número fue reducido y los jefes expulsados del poder.

La tarea de sacar adelante el Imperio era tan grande que Diocleciano no dudó en asociarse a otros tres poderosos: el general Maximiano, apodado Hercúleo, que contuvo las incursiones en las Galias; un sobrino de Claudio II, Constancio Cloro, intrépido guerrero, y su propio yerno, Galerio, que procedía, igual que él, de lo más bajo de la sociedad romana. Roma pasaba así de no tener emperador a coronar cuatro. Pero a Diocleciano no le fue mal esta tetrarquía: creyendo realizada su tarea tras un cuarto de siglo, abdicó en Galerio y se retiró a Salona, su tierra natal. Galerio pudo entonces desenvolverse tal como era, desatando la décima persecución contra los cristianos; en su paranoia aniquiladora, llegó a ajusticiar toda una legión, la *Tebana* o Victoriosa, simplemente porque sus filas estaban repletas de soldados cristianos, inaugurando así, dentro del catolicismo, la «era de los mártires».

También Maximiano Hercúleo simuló abdicar, pero con intención de volver; se había emparentado con Constancio Cloro casando a su hija, Fausta, con el hijo de este, Constantino. Padre e hijo asombraron al Imperio proponiendo, a instancias de Helena –esposa de Constancio, madre de Constantino y, posteriormente, santa– terminar con el cruel genocidio de los cristianos. La popularidad alcanzada por ambos fue tan grande que Galerio decidió enviarlos a Britania (es decir, al último confín del Imperio) para reprimir la sublevación. Allí, en York, falleció Constancio Cloro, depositando todas sus esperanzas en su hijo. No le defraudaría. Los romanos, en efecto, estaban hartos de la orientalización del Imperio que auspiciaron Diocleciano y Maximiano, así como de los crímenes de Galerio. Al fallecer su padre, el Senado concedió a Constantino el título de Augusto, dejando el resto de la tarea a su cargo. El joven general inició una larga carrera para alcanzar el poder en la que tendría que enfrentarse a cuatro diferentes enemigos: el emperador

vigente, Galerio, Majencio, hijo de Maximiano y jefe de los pretorianos, su propio suegro Maximiano Hercúleo, y Licino, que trató de asociarse con él; era un oficial de la Armada romana con ambiciones desmedidas.

Busto del emperador Constantino I el Grande (s. IV a. C.). Museos Capitolinos, Roma. Constantino I surgió tras la descomposición de la tetrarquía de Diocleciano, de la que formó parte su padre. Imponiéndose a cuatro rivales, se proclamaba emperador en el 324 d. C., declarando la libertad de culto en el Imperio y trasladando su sede de Roma a Bizancio, dando así nuevo impulso al Imperio clásico. Constantinopla, la ciudad de los estrechos, iniciaba con él su larga andadura.

Las cosas no empezaron mal para Constantino, pues Galerio enfermó y murió en una expedición a Asia. Maximiano se reunió en la Galia con Constantino, traicionándolo dos veces: primero amotinó a las legiones, y luego quiso matarlo por su propia mano. No sin lamentarlo, Constantino tuvo que obligar a su suegro a suicidarse. Licino fue derrotado en el campo de batalla y se le dio muerte, mientras que Majencio murió en la batalla del puente Milvio sobre el Tíber. Caio Flavio Valerio Constantino, denominado el Grande, pulverizaba así la tetrarquía, proclamándose emperador en el 324 d. C.; pronto se ganó el favor del pueblo pues, tras haber decretado en su momento la libertad de culto del cristianismo, derrotó a los godos primero y a los sármatas después, afianzando el desmoronado muro defensivo del Imperio. No pudo evitar, sin embargo, la tragedia familiar, pues su esposa Fausta indujo a su primogénito, Crispo, a conspirar en su contra, siendo ambos ejecutados acusados de alta traición.

Con semejante afrenta a sus espaldas, el emperador debió proyectar su aversión sobre Roma, decidiendo liberarse de la vieja cáscara de la ciudad. Ordenó la mudanza de la sede del Imperio a los estrechos, Bizancio, urbe emplazada sobre el Bósforo, cruce de caminos entre Europa y Asia donde se mantendría durante más de un milenio como Constantinopla. Se había demostrado, no obstante, que la legitimidad del emperador –y, por lo tanto, del sistema– era inviable si no se conseguía por las armas o el prestigio personal. Lo cierto es que Constantino, con la aceptación del cristianismo y el traslado de la sede imperial, cerraba para Roma un período de tres siglos en el que casi ochenta emperadores trataron de mantener las fronteras y una paz romana que, más que un hecho, sobre el curso del Danubio, el Rin, la muralla de Adriano en Britania y el curso del Éufrates no había sido otra cosa que un buen deseo. Pero ¿qué había sucedido en la mar?

PANORAMA MARÍTIMO DEL SIGLO I

A los romanos nunca les gustó el mar; a pesar de que se vieron forzados a tomar sus caminos para hacer frente al peligro de Cartago durante las tres guerras púnicas (264 a. C.-147 a. C.), siempre lo hicieron obligados, nunca por vocación marinera, como sucedió con otros pueblos como fenicios, griegos o normandos y vikingos. La primera incursión de Roma en la mar la lleva a cabo un senador, Cayo Duilio, que, tomando como modelo un buque cartaginés, lo imita dando origen al trirreme romano, sucesor directo del griego, buque que los astilleros latinos, con el tiempo, irían mejorando tanto en dimensiones como en robustez y capacidad combativa, llegándose así, con la batalla de Accio y el inicio de la era cristiana, a un quinquerreme romano que era fruto de más de cinco siglos de experiencia de guerra en la mar y tres sucesivas civilizaciones: Grecia, Fenicia y Roma.

Cayo Duilio incorporó al gran buque una pasarela abatible, el *corvus*, para poder neutralizar las maniobras navales del *diekplous* al espolón, llevando el combate terrestre a la mar. Se trataba de lanzar el *corvus*, afianzar el buque enemigo y proyectar sobre él una potente fuerza de legionarios que tomaran la embarcación enemiga. La táctica sorprendió a los cartagineses en Milas, donde fueron derrotados, pero poco después, durante la misma campaña por Sicilia de la Primera Guerra Púnica, la mar se encargó de sorprender a los romanos, demostrándoles que sus inventos eran lo menos adecuado para que sus aparatosos buques de guerra navegaran con aguas agitadas o temporal. Durante esta campaña, Roma perdió, entre temporales y batallas, nada menos que 643 buques de guerra y transporte con miles de hombres a bordo.

Roma tuvo que aprender esta lección: ganó la Primera Guerra Púnica, pero a costa de un desastre naval incontestable que desangró la nación y tal vez dejara impreso en el subconsciente romano temor y aversión hacia las aguas. Para próximas aventuras, las atarazanas romanas desarrollaron un buque más grande, de mayor tenida en la mar y buena estabilidad, desechándose el *corvus* para situar en su lugar el *arpax*, arpeo o arpón, que se lanzaba al buque enemigo para aferrarlo y atraerlo al costado del propio donde, de nuevo, la fuerza legionaria, siempre invencible, se ocupaba de decidir el abordaje. Así se ganó incontestablemente la batalla de las islas Egadi en 241 a. C., y estos fueron los mimbres con los que Marco Agripa, dos siglos después, afrontó la batalla de Accio frente a los grandes buques de alto bordo, tripulados por mercenarios fenicios, griegos y egipcios, de Marco Antonio y Cleopatra.

Capitel con la talla de un buque romano. Aunque el Imperio nunca tuvo verdadera vocación naval, fue capaz de establecer una *pax romana* que duró cuatro siglos, llegando los comerciantes con sus rutas hasta las islas Casitérides (Inglaterra) y el golfo de Bengala, donde se conocía a los romanos como *yavanas*.

En esta batalla decisiva, que decidió la suerte de los Imperios de Oriente y Occidente, la estrategia y táctica de Agripa y Octavio fueron correctas; la batalla de Accio se ganó sobre las aguas aunque, por haber renunciado los romanos a llevar velas y aparejos, Cleopatra pudo escapar con su flota y su tesoro intactos rumbo a Alejandría. Los grandes buques de guerra de Marco Antonio y Publícola opusieron feroz resistencia y, al final, sólo pudo reducírseles a base de fuego. Pero, sin duda, impresionaron a los marinos octavianos de tal forma que, tras la batalla de Accio, se asumió el concepto de barco de guerra poderoso como el gran quinquerreme de robusto aparejo y torres de combate, auténtico rey de los mares hasta la invención de la galera, un milenio después; por supuesto que, en la escuadra, siempre eran necesarios buques menores, trirremes ágiles y birremes de enlace, que componían los gruesos y a los que los romanos nunca renunciaron. Los técnicos navales imperiales pensaron que, con el definitivo desarrollo de estos modelos, habían llegado al máximo. Sin embargo, los fenicios anticipándose y los vikingos después –antes de la llegada de la galera y el dromon bizantino, simple evolución del quinquerreme–, demostrarían que estaban equivocados. Lo que, por cierto, no tuvo influencia alguna ni para el Imperio ni para la *pax romana*.

Un factor geoestratégico decisivo en el mantenimiento de esta última sobre las aguas del Mediterráneo (donde resultó un hecho perdurable durante casi cinco

siglos) fue que, conformado el Imperio, el *Mare Nostrum* quedó circundado por tierra romana, de tal forma que los diversos mares, golfos y estrechos dejaron de ser fronteras y, por lo tanto, difícilmente verían enfrentamientos entre flotas de distinta filiación. La guerra se trasladó a las *limes* (fronteras terrestres) romanas, limitándose los incidentes navales a la persecución de piratas, naufragios, etc., y aunque las aguas del Mediterráneo nunca estuvieron completamente protegidas –la persistente debilidad del Imperio creaba vías de agua por los cuatro puntos cardinales– habla muy a las claras de la eficacia del sistema que los primeros combates navales serios de la era cristiana no llegaron hasta mediado el siglo v. Pero cuatrocientos cincuenta años de paz sobre las aguas son un récord que ningún imperio ha podido jamás atreverse a soñar ni de lejos.

¿Dónde estuvo el secreto para que una civilización no marinera lograra semejante hazaña naval? Puede que los romanos no fueran grandes marinos ni crearan magníficos prototipos, pero demostraron ser desproporcionadamente competentes en dos apartados fundamentales: la organización y la capacidad constructiva. El Imperio demostró que una civilización capaz de organizarse, distribuir sus fuerzas y crear una red eficiente de bases bien construidas y dotadas puede implantar la paz durante largos períodos de tiempo en un mar de dimensiones limitadas como el Mediterráneo. Auténtico pionero e innovador en este apartado resultó el desgraciado Pompeyo, al que, el año 67 a. C., el Senado romano hizo el complejo encargo de acabar con las partidas de piratas que asolaban las rutas comerciales del *Mare Nostrum*. El veterano soldado romano, primero yerno y luego enemigo a muerte de César durante la guerra civil, dispuso de doscientos setenta buques de guerra con ciento veinte mil hombres a bordo, lo que nos da idea de las posibilidades del Imperio. Pompeyo trazó en el mapa una división del Mediterráneo y el mar Negro en trece sectores; cada uno de ellos tenía un comandante responsable y de treinta a sesenta buques asignados. El sistema se demostró tan eficaz que, en unas cuantas redadas, la piratería quedó erradicada del *Mare Nostrum*.

Realizada la tarea, quedaba consolidarla y hacerla efectiva a través del tiempo, algo de lo que ya no pudo ocuparse el fallecido Pompeyo. Los propios emperadores tomaron su relevo, ordenando el despliegue naval romano a través de unas bases que se encargaron de promover. En el año 37 a. C., mientras libraba la llamada guerra de Sicilia contra Sexto, hijo de Pompeyo, Octavio Augusto ordenó construir una gran base naval en un lugar bien situado y que se prestaba singularmente para ello, el extremo noroccidental de la bahía de Nápoles, frente a la isla Procida, donde se alza el imponente promontorio de Miseno, bautizado así en honor a un héroe mitológico griego trasplantado a Roma, Eneas, cuyo trompetista llevaba ese nombre.

Panorámica del cabo Miseno, señalado por la península del mismo nombre, en Nápoles. Para el mantenimiento de la paz en el *Mare Nostrum*, el Imperio romano creó una red de bases estratégicas –centrales y periféricas– desde donde se desplegaban las flotas, con astilleros y arsenales para construir y reparar embarcaciones. Portus y Miseno fueron las más importantes.

Como Procida, es muy posible que Miseno fuera alguna vez isla, pero la dinámica litoral propició una llanura sedimentaria de configuración tombólica donde resulta fácil excavar y establecer un puerto dragando lo suficiente. En nuestros días, el calado de los buques haría completamente descartable un proyecto semejante, pero en tiempos de los romanos el calado de las dársenas no superaba los seis o siete metros de sonda, alcanzados sin mayores problemas. Se proyectaron dos puertos: la dársena exterior, o puerto de Miseno, a cuyas orillas queda esta localidad, y una dársena interior o *mare morto* denominada lago Lucrino. Los constructores romanos dejaron una amplia manga de arena como dique de abrigo exterior llamada playa de Milíscola, separando el lago del puerto y este de la mar mediante los correspondientes diques y contradiques.

El resultado fue una instalación portuaria magnífica, convertida en centro de las operaciones navales en el Mediterráneo occidental, mientras Tarento se ocupaba de los mares Jónico, Adriático y Egeo. Su prefecto era tan poderoso como el jefe de la Armada, teniendo a su disposición una escuadra de cincuenta buques, un buque insignia de seis órdenes de remos, una decena de formidables quinquerremes de alto bordo con torres de combate y el resto trirremes armados con espolón,

proembolion y árpax. Otra magnífica infraestructura, propiciada por el emperador Claudio cuando el puerto de Ostia –puerto de Roma– quedó aterrado de sedimentos, fue el complejo de Portus, de planta circular, con un dique de abrigo exterior en el que se alzaba el faro, dos contradiques apoyados sobre accidentes de la costa y dársena exterior e interior con calados respectivos de cinco y cuatro metros. Podía recibir tres centenares de barcos antes de quedar colmado, y al navegante, cuando penetraba en él, lo recibía una impresionante estatua de Neptuno queriendo emular, sin duda, al legendario Coloso de Rodas.

Estas magníficas bases –Portus, Miseno y Tarento– eran centrales, pero otras perimetrales servían para controlar los restantes sectores del Imperio: Rávena se hallaba en el Adriático; en Hispania estaba Cartago Nova, magnífico puerto natural; en Provenza, Massilia; en África, Cesarea, Cartago y Leptis Magna; Cesarea Marítima en Judea, cuyas ruinas aun en nuestros días son visitables; Drépano, Panormo y Siracusa en Sicilia; Atenas, en el Ática, y Abydos en los Dardanelos. Una base peculiar, más allá del Ponto, era Anzar Palanka, en el curso del Danubio, hoy Rumanía. Y así, un largo etcétera de puertos donde las escuadras de buques romanos podían esperar refugio, provisiones y pertrechos. Estas armadas estaban tripuladas por griegos, fenicios, eslavos, egipcios y sirios a los que, aun siendo considerados inferiores al ejército, se les pagaba y entrenaba, pudiendo completar hasta treinta años de servicio activo, invernando en puerto fuera de temporada. Con semejante organización e infraestructura, no es de extrañar que la *pax romana* sobre el *Mare Nostrum* fuera un hecho cierto y perdurable.

Aspecto actual del puerto de Miseno, al abrigo del promontorio de este nombre. Se dragó una dársena interior o *mare morto*, el lago Lucrino, que se aprecia en la fotografía. Los romanos tuvieron también la habilidad de dejar una amplia manga de arena como dique de abrigo exterior, la playa de Miliscola, separando el lago del puerto mediante los correspondientes diques y contradiques.

EL SUEÑO DE ALARICO

Tras la «definitiva» invasión de los bárbaros, del 376 al 476, el Imperio de Occidente, es decir, Roma, quedó dispersa en una serie de reinos independientes que afrontaron la oscuridad del feudalismo y la Edad Media. Era el fin de la paz. Resulta, sin embargo, menos conocido, que un terceto de bárbaros –dos vándalos y un visigodo– tienen mucho que ver con el fin de la hegemonía romana, uno trabajando desde dentro del propio Imperio, otro desde fuera aniquilando cualquier posibilidad de defensa y el último, situado casi en el «extrarradio», golpeando sin piedad el «bajo vientre» imperial para apoderarse de África, Córcega, Cerdeña y Sicilia en una campaña marítima que recuerda la de las Guerras Púnicas (sólo que al revés) y que nos concierne plenamente, pues se trata de la primera guerra naval después de cuatrocientos sesenta años de *pax romana* en el *Mare Nostrum*, sentenciando, por tanto, el fin de esta última.

Mosaico de un buque romano que representa un barco en el puerto de Ostia en plena navegación, con las velas extendidas. Los romanos asumieron la cultura naval griega y, en disputa con los cartagineses, desarrollaron su propia construcción y tecnología naval, absorbiendo también la de los pueblos cananeos (fenicios) y egipcios para crear, al inicio de nuestra era, una única cultura marítimo-naval mediterránea.

Los nombres de estos individuos son Estilicón, Alarico y Genserico. Estilicón, soldado asimilado de la administración imperial del emperador Teodosio el Grande, luchó por defender el Imperio y su puesto de la envidia del visigodo Alarico, y a Genserico corresponde la gesta de llevar a su pueblo –a instancias de su antecesor Gunderico– a una tierra prometida, la provincia romana de África (hoy Túnez) donde revitalizaría el extinto imperio cartaginés enviando una flota contra Roma para apoderarse de Sicilia casi seiscientos años después del fin de las Guerras Púnicas.

No se puede llegar, sin embargo, a estos personajes sin retomar el hilo histórico que abandonamos con el emperador Constantino. A su muerte en el 337 dividió el Imperio entre sus tres hijos –Constantino, Constancio y Constante– de los que, tras diversos avatares, sólo sobreviviría Constancio, que nombró heredero a un primo suyo, Juliano. Era un estudiante de filosofía que adoraba París, entonces apenas una isla (Lutecia) en medio del Sena a la que se llegaba por puentes de madera. Su conocimiento filosófico le llevó a rechazar el cristianismo, imponiéndole la historia el sobrenombre de Apóstata. Afrontando el permanente peligro del Imperio sasánida, Juliano murió de un flechazo, en campaña contra Sapor II; le sucedió Joviano en 363 quien, de inmediato, restituyó el culto católico como religión oficial del Imperio.

El nuevo emperador, sin embargo, duró poco; en 364, las legiones proclamaron a dos hermanos, Valente y Valentiniano, como respectivos emperadores de Oriente y Occidente. De Valente no se sabe qué pensar; descrito por Amiano como «débil, irresoluto, cruel, grosero, tosco e injusto», le reconoce sin embargo lealtad, fidelidad a los reglamentos y, como se diría hoy, «tolerancia cero» con las corruptelas. Pero ha quedado retratado para la posteridad por su proceder afrontando la que podríamos denominar «crisis visigoda», sobre la que volveremos más adelante: en los años 377 y 378, enormes masas humanas de esta etnia llegaron a las orillas del Danubio huyendo del despiadado peligro de otros bárbaros, los hunos, que los habían expulsado de sus tierras junto al mar Negro septentrional. Rogaron a los «aduaneros» imperiales que los dejaran pasar; el Imperio les obligó a entregar armas, bagajes y, lo que es peor, sus hijos para ser esclavizados. El trágico ejército de refugiados quedó transformado en una muchedumbre de esclavos abandonados al hambre y frío. Los visigodos no olvidaron este trato; al año siguiente, su jefe Frigidern invadió la Tracia y, frente a los muros de Adrianópolis, derrotó decisivamente a Valente, cercado en una casa a la que los godos prendieron fuego.

Valentiniano, en Occidente, tampoco tuvo suerte. Mientras echaba una bronca a los embajadores germanos, sufrió un ataque que lo dejó en el sitio. Quedaban para el trono sus hijos Graciano y Valentiniano II. Urgentemente necesitado el Imperio de «asistencia técnica», el elegido fue un antiguo veterano de las

campañas britanas y mauritanas de origen español, Teodosio, que se decía emparentado con Trajano. El padre de Teodosio había sido traicionado por Valente, con lo que la hora de la revancha llegó para este general cuando Graciano le ofreció el título de Augusto y el trono de su ya extinto enemigo. Heredaba, sin embargo, tremebundos enemigos a muerte como los visigodos, ahora al mando de Atanarico, sedientos de venganza y los incansables persas. Pero, a su llegada al Danubio, los godos recibieron una enorme sorpresa pues fueron tratados con deferencia por Teodosio, que honró a Atanarico como invitado abriéndole las puertas de la ciudad de Oriente y ofreciéndole un lugar en ella. El bárbaro, ante aquel despliegue de magnificencia y majestuosidad, quedó fascinado y aceptó. Daba así comienzo el proceso de asimilación de los bárbaros por parte del Imperio.

Teodosio emparentó con Graciano al casarse con Gala, su hija; de esta unión nació Gala Placidia, mujer para la historia cuyo nombre será bueno retener. Como buen hispano, Teodosio era cristiano, perseguiendo el paganismo; en acto de valor memorable, decidió prohibir los espectáculos de gladiadores en el Circo, lo que equivaldría a la supresión de los partidos de fútbol en nuestro tiempo. Lógicamente, los motines fueron cosa habitual cuando se impuso la medida y, en Tesalónica, Teodosio ordenó una matanza en un anfiteatro lleno donde se disfrutaba de la fiesta. El obispo Ambrosio se alzó ante semejante barbarie; Teodosio se postró ante él, aceptando humildemente la imposición de penitencia. Luego, siguió gobernando, llegando incluso a prohibir los ancestrales Juegos Olímpicos.

Ulises y las sirenas (260 a. C.). Museo Nacional de El Bardo, Túnez. El prefecto de una base naval tenía bajo su mando una escuadra de unos cincuenta buques, un buque insignia de seis órdenes de remos, diez quinquerremes de alto bordo con torres de combate y el resto trirremes armados con espolón, proembolion y *arpax* como este.

Los problemas del Imperio eran los de siempre; otro español, Máximo, gobernador de Britania, pasó a la Galia amenazando el Imperio de Occidente. Graciano, que le salió al paso, fue muerto en el trance y Teodosio hizo frente a este peligro de la forma más original, avisando a Máximo de que no continuara por ese camino; debía respetar a Valentiniano II y no entrar en Roma, lo que su paisano aceptó de buen grado. Teodosio, sin embargo, sabía que tarde o temprano debería enfrentarse a él por la hegemonía del Imperio; formó un ejército y derrotó decisivamente a Máximo en Leybach y Aquilea (392 d. C.). Entretanto, un jefe franco, Arbogasto, terminó asesinando a Valentiniano II; Teodosio fue contra él y lo encontró a orillas del Isonzo (395 d. C.) donde, en presencia de sus capitanes godos asimilados Bacurio, Gaina, Saúl y Atanarico, tuvo una visión de san Juan y san Felipe; arreció el bora (brisa de tierra hacia el Adriático) y las huestes imperiales batieron completamente a las de Arbogasto, que terminó por quitarse la vida. Como agradecimiento por el triunfo, el emperador ordenó componer el *Te Deum Laudamus*, que desde entonces llena las naves de las iglesias góticas y románicas. Teodosio el Grande fue el último de los emperadores imperiales. Después de él, ya no hubo nada.

Pero la vida continuaba; sus hijos Arcadio y Honorio, hermanos de Gala Placidia, heredaron la púrpura imperial, el primero en Occidente con el general Rufino y el segundo en Constantinopla con Estilicón, el vándalo que, a la muerte de Teodosio, recibió de sus manos todo el poder. Sin embargo, como tantos mortales, tenía competencia. En el bando contrario, el de los visigodos instalados en los límites del Imperio, se proclamó jefe Alarico, que no deseó otra cosa durante toda su vida que ocupar el puesto de Estilicón, a la sombra y en lugar del emperador. El vándalo, como hizo Teodosio, contrajo matrimonio con la hija de Honorio, que en el año 400 le nombraba cónsul. Alarico, por su parte, mostró bien pronto su peligro, atravesando los Alpes Julianos camino de Roma; Estilicón le interceptó con sus tropas y le derrotó en Pollenzo (402 d. C.); pero fue una derrota dulce: Alarico pudo escapar al Véneto, donde el galante Estilicón envió a toda su familia sin daño alguno.

Gracias a la victoria de Estilicón, Honorio pudo, en el 404, realizar su entrada

en Roma en olor de multitudes. Pero el fasto imperial no logró evitar que algunos exaltados se dedicaran a matar visigodos indefensos como parte del ceremonial, cubriéndose de nuevo la ciudad de oprobio y quedando la política de asimilación de Teodosio, una vez más, cuestionada. La consecuencia fue que cuando un nuevo godo, Radagaiso, logró reunir en el 405 una horda de doscientos mil bárbaros, en vez de llegar en son de paz a las fronteras lo hizo entrando al asalto. Estilicón tuvo oportunidad de lucirse en Fiésole; los derrotados visigodos, mezclados con suevos, alanos y vándalos, optaron por desplazarse hacia el oeste, donde tomaron la Galia y, después, Bretaña e Hispania. Volveremos sobre ello.

De momento, el dueño del Imperio era Estilicón, pronto puesto a prueba ya que, en Occidente, falleció Arcadio, dejando en el trono al pequeño Teodosio II, de sólo siete años. Tentador bocado para un nuevo usurpador, Constantino, quien fuera gobernador de la Galia, que se puso en camino hacia Roma con su hueste. Tan crítica coyuntura, ni que decir tiene, fue aprovechada por Alarico que, como todo muerto mal matado, gozaba de buena salud y se había rehecho del desastre de Pollenzo, tres años atrás. Exigió al emperador tributo en compensación por los daños; Estilicón, consciente de que no podía enfrentarse a dos enemigos a la vez, se lo dio, circunstancia que el intrigante de turno, Olimpio, aprovechó inmediatamente en proximidad del emperador Honorio para poner verde al vándalo, arruinando su prestigio. Honorio era de esos indignos monarcas que preferían tener un pelota obsequioso regalándole los oídos que un general eficiente manteniendo la integridad del trono y las fronteras. El plan de Estilicón era utilizar a Alarico para lanzarlo contra Constantino, puesto que apenas disponía de tropas tras la hecatombe de Fiésole. Pero sus propios hombres se amotinaron y tuvo que escapar para iniciar una ingente labor de reorganización militar. No llegaría a concluirla, puesto que Honorio ya lo había abandonado, ordenando su ejecución por traidor en el 408 d. C. Tuvo lugar, acto seguido, una purga de bárbaros en los cuadros del Imperio para dicha de Alarico, que vio así cómo una multitud de godos romanizados, cultos y bien preparados, engrosaban sus filas, donde fueron recibidos con los brazos abiertos. El futuro del Imperio y el propio Honorio, indefensos, parecía siniestro; pero quien acabaría por pagar los platos rotos sería la ciudad de Roma.

En efecto, puesto en marcha Alarico con su renovada horda, entró en la península, tomó Bolonia y luego Génova para terminar llegando ante los muros de Roma, a la que puso sitio. Dentro de la ciudad se pasaron hambre y calamidades, volviéndose todos al papa Inocencio I, capaz con de tomar, en caso de emergencia, el lugar del emperador. Alarico mostró entonces a las claras sus intenciones, exigiendo copioso rescate y ofreciendo de paso a Honorio sus servicios como primer general y factótum (*magister militum*) del Imperio. Pero Honorio, plenamente convencido de su política de segregación étnica, le rechazó pomposamente, regalando el cargo a un tal Atalo, sucesor de Olimpio. Era un auténtico suicidio. Honorio no tenía ejército ni general digno de tal nombre y su sede en Rávena era asequible y al alcance de Alarico. Decidido este a vengarse del emperador, encontró, para su sorpresa, un poderoso contingente de cuarenta mil bizantinos defendiendo a Honorio; eran las tropas que, dos años antes, había pedido Estilicón a Teodosio II, rey de Constantinopla. Llegaban tarde, pero llegaban. Por pura suerte, el emperador Honorio quedaba a salvo, pero no Roma. Alarico, ciego de ira, incluso llegó a tener visiones en las que un monje le decía: «Marcha sobre Roma y haz de ella un montón de ruinas». Fiel al encargo, asaltó las murallas y llevó finalmente a cabo su entrada en la ciudad en el 410 d. C., saqueando Roma durante casi una semana. Gracias al papa Inocencio se respetaron edificios y símbolos cristianos, pero el botín, a pesar de todo, fue inmenso. Alarico, sin ninguna pretensión de permanecer allí, siguió camino hacia el sur de Italia.

¿Dónde iba? ¿Cuáles eran sus propósitos? Evaporado su proyecto de alcanzar el rango de ministro del Imperio, no parecía tener claro otro. Llegó a Burundusium (Bríndisi), legendario puerto en la espuela de la bota peninsular desde el que, tradicionalmente, los ejércitos romanos habían pasado a Albania para librar sus batallas camino de Asia. Medio milenio después, la ciudad debía contar con buenas atarazanas, porque Alarico, financiándola con el copioso saqueo de Roma, se puso a construir una flota con la que, al parecer, pensaba pasar a África para negar a Honorio su suministro de trigo. El sueño de Alarico, ser el hombre más importante del imperio, se había transformado en la alucinación que ya tuvo, mucho tiempo atrás, un desafortunado romano, Marco Atilio Régulo, que logró grandes victorias navales y terrestres sobre los cartagineses para acabar siendo derrotado por un mercenario, terminando sus días en la mayor de las humillaciones[1].

Las aventuras de origen onírico de Alarico no irían tan lejos, ni en la navegación ni en desventuras posteriores. Construida finalmente la flota, la tropa embarcó sin más impedimentos y, nada más zarpar, un tremendo temporal surcó el estrecho de Otranto, haciendo migas los barcos llenos de bárbaros. Fue el primer desastre naval de los visigodos, en esto tan parecidos a los romanos. Para Alarico debió ser golpe fatal. Todos sus proyectos e ilusiones se venían abajo como un castillo de naipes, lo mismo que el imperio parecía deshacérsele entre los dedos para volver a conformarse un poco más allá, lejos de su alcance. Enfrentado a esta febril

pesadilla obsesiva, no tardó en caer enfermo, falleciendo poco después. Los suyos le dieron solemne sepultura en el río Busento; para que nadie encontrara su tumba, desviaron las aguas y lo enterraron en el lecho, restableciendo el curso fluvial después. Allí, escuchando el ruido del agua, quedó Alarico para siempre, el godo que quiso ser romano sin conseguirlo jamás.

GALA PLACIDIA Y ATILA, CARA Y CRUZ DEL IMPERIO

No todo eran desastres en este mundo asolado del siglo v d. C.: el proyecto de integración de Aureliano, Teodosio y Estilicón, a pesar de Honorio y Olimpio, iba a resucitar por vía insospechada. Sería una mujer notable, Gala Placidia, la encargada de tomar las riendas de la historia para llevarla a páginas que son luz en medio de la estremecedora oscuridad circundante. Sabemos que el emperador Honorio se había librado de la toma y saqueo de Roma por Alarico en agosto del año 410 gracias a las tropas que envió a Rávena su sobrino Teodosio II desde Constantinopla. Pero no todos en la familia tuvieron tanta suerte; su hermana, la princesa Gala, fue capturada por la horda invasora en la ciudad eterna.

Para Alarico era un valioso rehén de cara a futuras negociaciones con el emperador. Pero el destino llevaría las cosas por otro camino: una bella historia de amor. El hermano de Alarico, Ataúlfo, se fijó en aquella princesa prisionera que llevaron hasta Bríndisi, y ella encontró que aquel godo, ni alto ni rubio pero bien plantado y de nobles cualidades, no le resultaba desagradable. Sugiere Montanelli que tal vez el espíritu de Teodosio traspasó como flecha de Cupido el corazón de ambos tortolitos. El caso es que el flechazo se produjo y Alarico enseguida se dio cuenta de las posibilidades: si casaba a su hermano con una princesa romana no sólo tendría a su alcance el puesto de ministro sino también el trono del Imperio de Occidente, para el que no existía heredero.

SANTIAGO, Santiago de. Busto del emperador Teodosio el Grande. Plaza del Arco, Coca (Segovia). El último de los grandes emperadores, Teodosio el Grande, gran integrador de bárbaros y romanos. Cristiano de origen español, fue odiado por prohibir los juegos del circo y los gladiadores. Derrotó a los francos en el Isonzo en 395 d. C. aliado con los visigodos. Sucedido por Arcadio y Honorio, en realidad fueron Estilicón y Gala Placidia quienes asumieron su legado.

El problema, como siempre, era Honorio. Le había prometido la mano de su hermana a su mejor general, Constancio, ilirio al que no se le daban mal los campos de batalla pero contrahecho y borrachín. Tras ser ejecutado Estilicón, Constancio tomó a su cargo la guerra contra el britano Constantino, gobernador de las Galias, autoproclamado emperador en el 407, y Geroncio, su lugarteniente, a los que derrotó prometiéndoles la vida, promesa que no cumpliría. Tras el saqueo de Roma, que no le impresionó mucho (como tampoco la captura de Gala) el emperador pudo ver cómo su otro gran enemigo, Alarico, desaparecía víctima de su propia locura.

Quedaba, sin embargo, un tercero, Ataúlfo, que, tras la catástrofe del temporal en el estrecho de Otranto, tomó el mando de la baqueteada horda, llevando de la mano a Gala Placidia. El nuevo líder de los visigodos decidió emprender camino de las Galias. No era cosa de llevarse mal con su futuro cuñado, así que Ataúlfo,

seguramente por intercesión de Gala, pasó delante de Rávena sin atacar, viendo Honorio por tercera vez pasar un enemigo mortal ante él sin que le hiciera daño. Pero Constancio no permitiría que un bárbaro se llevara a su prometida permaneciendo quieto. Tomó el mando de la flota –así tenemos noticia de que en Portus debía quedar algún resto de las armadas romanas aún operativo– y flanqueó desde la mar a los visigodos en su avance por la Provenza y Costa Azul. Se trataba de un «duelo de gallos» entre ambos pretendientes absurdo puesto que Gala Placidia ya había elegido; pero Constancio era de esos tipos que una vez fijan un objetivo no cejan hasta conseguirlo. Entró en Marsella con la flota, reforzando la guarnición de Bonifacio, general de carrera (casado con la millonaria arriana Pelagia) que entra de lleno en el curso de los acontecimientos. Bonifacio y Constancio consiguieron defender Marsella del ataque bárbaro, así que Ataúlfo renunció al sitio para conquistar la ciudad de Tolosa, al norte de los Pirineos, y Narbona, culminando su proyecto matrimonial desposando a Gala en el año 414 después de Cristo.

Constancio, llevado de su ataque de apéndices frontales, bloqueó todos los puertos de la Provenza para que los visigodos no pudieran recibir suministro alguno por mar. Condenado al hambre, Ataúlfo optó por seguir camino hacia Hispania, no sin antes marcarse otro punto ante su cuñado el emperador derrotando a Joviano, sucesor de los traidores Constantino y Geroncio. Constancio debía subirse ya por las paredes a estas alturas, pues la feliz pareja tuvo un niño, bautizado como el abuelo Teodosio. Pero el pequeño murió poco tiempo después, en Barcelona, dejando a sus padres desolados. Ataúlfo no le sobreviviría mucho, falleciendo también en Hispania en el 415 d. C. Gala Placidia, destrozada, tuvo que soportar la humillación de Sigerico, que se proclamó jefe, siendo destituido por Valia que, tras rehabilitar a la princesa romana, la devolvió caballeroso a Rávena. Luego, tomó la horda para lanzarse sobre suevos, alanos y vándalos que señoreaban la península ibérica. Los visigodos les obligaron a replegarse hacia el oeste, a Galicia, Portugal y la Bética. La horda, no obstante, seguía teniendo gran necesidad de víveres y suministros, por lo que Valia determinó el inmediato paso al granero africano.

Era, cambiando de península como trampolín, el sueño de Alarico menos de cinco años después. Probablemente a causa de los escasos conocimientos marineros de la horda, esta segunda flota visigoda preparada en Cartagena fue de nuevo sorprendida por un temporal, esta vez en el mar de Alborán, retrocediendo con graves pérdidas. El fracaso de Valia significaba la segunda catástrofe marítima de los bárbaros y obligó a los visigodos a negociar con el Imperio. Constancio, entonces, debió resoplar satisfecho; no sólo tenía en su poder a su prometida, devuelta por los godos, sino que podía imponerles sus condiciones. Los visigodos quedaron confinados a la península ibérica, a cambio de lo cual recibieron seiscientas mil medidas de trigo imperiales. Entretanto, Honorio aceptó que Gala Placidia contrajera matrimonio con Constancio, a sabiendas de que sería utilizada como vientre de alquiler para situar su estirpe en el trono. Sucedió en 417, trayendo al mundo la princesa –en aras del deber– dos vástagos caprichosos y maleducados: Valentiniano III, heredero al trono, y Honoria, que terminaría proponiendo matrimonio al rey de los hunos, Atila.

La bonita historia de Ataúlfo y Gala terminaba así por el infausto Constancio, devolviendo al Imperio a la oscuridad tradicional y el caos. No todo, por supuesto, serían desgracias para la princesa, pues en el 421 dejó este mundo Constancio y, dos años después, el emperador Honorio. Muchas habían sido las emociones vividas por Gala Placidia, que ahora, auxiliada por el general Bonifacio, vio llegado el momento de retirarse a Rávena como regente de Valentiniano. Dedicó el resto de su vida a un semirretiro en la romántica ciudad, educando a sus hijos y ocupada en cuestiones espirituales del Imperio como firme defensora del cristianismo. El Imperio de Occidente sería gobernado por Bonifacio, muy pronto destinado a la provincia africana como gobernador, y Aecio, que durante los treinta años siguientes llevó las riendas, haciendo frente al peligro inminente y letal de Atila.

Aecio, como Bonifacio, era militar del Imperio. Procedía de Silistria, donde vino al mundo en el 390; es decir, era romano. Pero había pasado de joven mucho tiempo entre los bárbaros como rehén; los conocía, pues, a fondo, y tomó de ellos su carácter nómada, mercenario y carente de escrúpulos. Bonifacio tampoco era un santo, pero hoy no se puede dudar de su lealtad al Imperio. Gala Placidia lo tenía en gran estima, pero su alejamiento de la corte para ocupar el puesto de conde de África y gobernador de la provincia resultaría fatal porque Aecio, para quitarse su sombra, hizo creer a Gala que Bonifacio preparaba una insurrección africana. La acusación era muy grave: África y Sicilia eran los únicos graneros que le quedaban al Imperio, puesto que Egipto había quedado bajo la férula del Imperio de Oriente, es decir, Teodosio II.

Retrato de Gala Placidia encontrado en un medallón (ss. III-VI a. C.). Museo Cívico Cristiano de Brescia (Italia).Gala Placidia, emperatriz regente hasta 450 d. C., realizó el sueño de su padre casándose por amor con el godo Ataúlfo en el 414 d. C. Pero Alarico y Constancio echarían, con sus guerras, todo a perder, hasta el saqueo de Roma en 410 d. C., cuando fue capturada. Aecio, en su nombre, tuvo que hacer frente al mismo rey de los hunos, Atila, derrotándolo en los Campos Cataláunicos (451 d. C.).

La regente no quiso creerle y Aecio la conminó a llamar a Bonifacio; si se negaba a venir, sería traidor con toda seguridad. A la vez, mandó una carta a Bonifacio, señalándole que si le llamaban era para acusarle de traición. El conde de África, lógicamente, rehusó la llamada, y Gala Placidia fue obligada a aceptar el veredicto, declarándose en el 427 a Bonifacio enemigo de Roma. De esta forma, Aecio, al que la posteridad consideraría luego freno de Atila, empezó realmente su carrera como un canalla intrigante cuya actuación iba a abrir en realidad una tremenda brecha en el imperio frente a otros bárbaros pues, si los godos fueron los primeros, ahora vendrían, desde Hispania, los vándalos de Genserico que, invitados por un despechado Bonifacio al granero del norte de África, entraban así a engrosar el «equipo de demolición» del Imperio de Occidente. Luego llegaron los hunos con Atila; detrás de ellos los lombardos y, finalmente, los francos del Imperio carolingio, culminando una auténtica avalancha masiva contra la que ningún imperio ni organización hubiera podido sobrevivir.

En realidad, Gala Placidia nunca se fió de Aecio, pero tuvo que ceder dada su comprometida posición como regente y al hecho cierto de que el futuro estaría gobernado por algún hombre fuerte con su hijo, Valentiniano III, en el trono. El conde Bonifacio pudo, a su debido tiempo, mostrar la carta del traidor Aecio, logrando así su rehabilitación cortesana. Repuesto como favorito, comenzó la persecución de Aecio, al que derrotó en Rávena; consagrado ya como futuro primer ministro de Valentiniano, cometió el error –anticipo del Medievo– de desafiar a su rival, resultando en el combate gravemente herido, lo que le llevaría a la muerte. Aecio corrió a refugiar su indignidad entre los hunos, donde su jefe, Rua, le recibió cordialmente. Sin embargo, cuando las circunstancias fueron propicias en la corte de Rávena (433 d. C.) regresó para imponer sus condiciones, siendo investido patricio y jefe militar del Imperio.

Era tiempo, porque se cernía sobre Italia uno de los mayores peligros de su historia, el de los hunos, cuyo eco ha llegado incluso a nuestros días. Atila (proclamado en el 444) llegó a trabajar militarmente contra el Imperio coordinado con Genserico, rey de los vándalos en África, golpeando así ambos imperios por dos flancos. Aecio se había afianzado en su puesto derrotando a los burgundos (otros bárbaros), reprimiendo la sublevación de los baguados (campesinos) y rechazando una vez más a los visigodos en Narbona; entonces tuvo que hacer frente al peligro de los hunos, horda asiática que, a lomos de sus caballos, había comenzado en realidad sus correrías europeas durante el reinado del emperador Teodosio el Grande, en 395.

Como la auténtica maldición que era, la etnia mongol de los hunos regresó a Europa, realizando una amplia correría en Mesopotamia, Siria, Armenia y Capadocia; cruzó el Danubio y arrasó Tracia y Dalmacia. Para el Imperio de Oriente fue una auténtica conmoción; los hunos ni tan siquiera parecían personas. Carecían de civilización, códigos o palabra, no conquistaban ni implantaban ciudades sino que, como una plaga, devastaban todo a su paso, exterminando poblaciones, destruyendo cultivos e incluso desmantelando los sistemas de irrigación. Eran una especie de excavadora humana que, a uña de caballo, dejaba a su paso una estéril franja de tierra de varias millas para facilitarse las retiradas. Estos saqueadores homicidas no se andaban con chiquitas; por donde pisaban la hierba no volvía a crecer. En cuanto a su sistema de combate no sabían poner sitio a ciudades, llevar a cabo una táctica o manejarse con destreza en el campo de batalla: «La furia, la sorpresa, la retirada escurridiza, la astucia, la movilidad y no el planeo ni el método, ni el

adiestramiento o la disciplina, eran sus elementos esenciales» según Fuller.

Los pueblos ostrogodos y gépidos, desbordados por esta horda, creyeron que tenían poderes sobrenaturales, y los que no perecieron se unieron a ellos, incrementando su número exponencialmente. Llegados a tierras húngaras debieron encontrar algún lugar de su gusto (a saber por qué motivo) y levantaron una ciudad de madera, Aetzelburg, multiétnica y pluriracial, exótica urbe perecedera. Descansaron allí menos de medio siglo, puesto que en el 441 ya estaban otra vez en marcha, tras haber fallecido Rua, el amigo de Aecio, quien fue sustituido por sus sobrinos, Bleda y Atila, de los que, tres años después, sólo quedaba el último, que ha pasado a la historia como símbolo de la barbarie y salvajismo estéril e innecesario.

Atila era un rudo guerrero sin otro medio para mantenerse en el trono que un terror desproporcionado sobre los suyos, demente hasta el extremo y que no conocía otra estrategia que sus violentos impulsos personales. Ya en el año 430, Teodosio II, en Constantinopla, había preferido pagar a Rua un tributo antes que verlo llegar a las puertas de casa. No le sirvió de mucho; en el 441 tuvo que ver cómo, tras negociar Genserico con Atila, los hunos atravesaban de nuevo el Danubio, destruyendo ciudades hasta Belgrado. El emperador de Oriente tuvo que llamar a su flota, quedando así Genserico con libertad de actuación. Al año siguiente, Atila y Bleda ocuparon la Dacia y destruyeron Sofía y Filipópolis, alcanzando por último al ejército bizantino de Teodosio II mandado por Aspar, que fue derrotado por completo en los Dardanelos. Esta vez, las condiciones para el Imperio de Oriente fueron más duras, comprometiéndose el emperador a pagar seis mil libras de atrasos. Pero los pagos no debieron ir por buen camino, o Atila se levantó un día con mal pie; ostentando ya el mando en solitario, en el 447 volvió a tomar el camino de Constantinopla, cuyas murallas acababa de deteriorar un terremoto. Esta vez, las huestes de Teodosio lograron a la desesperada unas tablas que dejaban las cosas más o menos como estaban.

A continuación, inducido por Genserico, Atila decidió invadir las Galias, volviéndose hacia el Imperio de Occidente de Valentiniano III. Aecio decidió buscar aliados en los visigodos de Occidente. Recordemos que Valia, tras su catástrofe naval, había quedado confinado por Constancio en Hispania. Pero el visigodo, sucedido en el 418 por Teodorico, no hizo ni caso, regresando a la ciudad de Tolosa para fundar allí un reino; su estirpe –la de Valia– estaba destinada a las más altas expectativas, puesto que tuvo un nieto llamado Ricimiero cuyo nombre volverá a ser citado. El caso es que Aecio, ante el peligro de los hunos asomando a las Galias, decidió aliarse a Teodorico y ambos se prepararon para darle a Atila la recepción conveniente. Entretanto (verano del año 450), Teodosio II, en Oriente, había fallecido a causa de una caída del caballo, subiendo al trono su yerno, Marciano, que ordenó suspender los tributos a los hunos.

Las cosas, en efecto, iban poniéndosele feas al feroz Atila. Un líder sensato, atenazado entre enemigos tan imponentes como los Imperios de Oriente y Occidente, habría hecho un alto para reconsiderar su posición, pero Atila era de todo menos eso. Justificándose en el ofrecimiento de boda por parte de Honoria, insensata hija de Gala Placidia, cruzó el Rin con su horda de quinientos mil bárbaros y al sur de Orleans, sobre los llamados Campos Cataláunicos (en el 451 d. C.), libró una batalla de lo más confusa contra Aecio y Teodorico, que muchos han querido narrar sin aclararse. Murió Teodorico en lucha, Atila fue rechazado y se refugió en su campamento, un fortín formado por los carros de impedimenta y marcha puestos en círculo. Teniéndolo acorralado, Aecio decidió dejarle ir, puesto que no se fiaba de la lealtad de las tropas visigodas desaparecido Teodorico. Se acababa de decidir, según todos los cronistas, la suerte de Europa, sobreviviendo el Imperio romano bicéfalo frente a la brutal acometida de Oriente.

Pero Atila pudo salvar el pellejo, y al año siguiente inició una correría que lo llevó por todo el norte de Italia, destruyendo Aquilea y entregando al saqueo las ciudades de Padua, Vicenza, Verona, Brescia, Milán y Pavía. Aecio, sin ejército, le pidió paz, y la respuesta de Atila fue emprender al camino de Roma. En el río Mincio le alcanzó una valerosa embajada con el papa León I a la cabeza, el cual, armado de un crucifijo, detuvo al huno con la misma eficacia que un moderno sistema de frenada. En realidad, los historiadores concuerdan en que Atila no se encontraba muy bien de salud; además, la horda tenía hambre y hacia el sur no había muchas posibilidades de «forraje» (era una cultura ecuestre, no lo olvidemos). Para colmo, un ejército mandado desde Constantinopla por el emperador Marciano avanzaba ya por el Danubio contra su retaguardia. El huno decidió que ya estaba bien y se retiró a Aetzelburg, donde murió al poco tiempo tras una juerga. Había sido, durante largos años, la cruz de un imperio que iba camino de un calvario irreversible. Como el genio de la lámpara de Aladino, la horda mongol se disolvió tras su muerte. Sus rivales del Imperio de Occidente tampoco le sobrevivieron mucho: en el 454, Valentiniano III, harto de Aecio, le atravesó con su espada para ser luego asesinado por dos secuaces de este. Ambos traidores morían así traicionados.

Pero el Imperio de Occidente, aun desfallecido y en ruinas, seguía aguantando

en pie. Heredó el trono Petronio Máximo, que quiso casarse con Eudoxia, la emperatriz viuda, hija de Teodosio II. Esta conspiró, como Honoria, con el letal Genserico, trayendo un nuevo saco de Roma en el 455 d. C. Petronio fue linchado y luego hubo otros ocho emperadores en el trono hasta Rómulo Augústulo, bello joven impuesto por un secretario romano de Atila, Orestes. Por fin, en el 476, Odoacro, jefe de los hérulos y también exfuncionario en Aetzelburg, depuso al adonis y se proclamó rey de Italia, terminando con los emperadores y el Imperio de Occidente. Había durado casi quinientos años, durante los cuales un centenar de emperadores llevaron la púrpura, con una media aritmética de cinco años por reinado. Esta media no está muy alejada de los cuatro años de nuestras legislaturas, lo que, teniendo en cuenta el caos y decadencia del Imperio, sin duda da que pensar. Terminaremos diciendo que Odoacro no arrebató violentamente el trono a Rómulo; lo mandó, con toda consideración, a la antigua finca de Lúculo en Nápoles, concretamente en cabo Miseno, desde la que el último emperador pudo contemplar, cada mañana y durante el resto de sus días, la que fuera gran base naval del extinto Imperio durante casi cinco siglos.

1 *Leer Breve historia de las batallas navales en la Antigüedad*, del mismo autor.

La batalla del cabo Bon (468 d. C.)

Volvamos atrás unas páginas. A lo largo de la historia, los pueblos nórdicos o escandinavos han protagonizado memorables odiseas, registradas en sus sagas. Normalmente se caracterizan por grandes méritos o hazañas guerreras, proezas de navegación y meritorias conquistas. No siempre, sin embargo, ha sido así; que dos pueblos nórdicos, poco o nada duchos en la navegación, protagonicen el episodio memorable de llevar a cabo tres intentos (de los que sólo el último tuvo éxito) para cruzar un pequeño mar constituye evento marítimo que tuvo lugar en pleno siglo v d. C., de forma previa a la primera gran batalla naval tras una *pax romana* que, a estas alturas, era ya sólo un añejo recuerdo. Vamos a repasarlo como episodio bélico de apertura sobre las aguas del Medievo, surgiendo la primera potencia naval capaz de enfrentarse al Imperio romano. Este, aun sucumbiendo ante este enemigo, acabaría tomando revancha cien años después, con el advenimiento del Imperio bizantino de Oriente como gran potencia marítima del Mediterráneo en el siglo vi.

Esta historia empieza en Suecia, probablemente el país más desarrollado del mundo actualmente, pero que, en las fechas que nos hallamos, apenas era un inmenso y extenso bosque donde en invierno hacía mucho frío. Allí, mientras la *pax romana* imperaba en las aguas del Mediterráneo, dos pueblos nórdicos se las veían y deseaban para ganarse el sustento en las tres regiones en las que, casi geométricamente, se divide este país: el norte o *Norrland*, en los 65° de latitud norte, donde el cruel rigor del clima impedía cualquier poblamiento; la parte central o *Svealand* por sus habitantes, los *svears*, suecos por los cuatro costados, lugar donde hoy día se asienta la capital, Estocolmo, a orillas del Báltico; y las cálidas –por comparación– tierras meridionales, de los 55° a los 60° de latitud norte, donde incluso hacía calor en verano y se podía habitar y esperar cosechas: *Götaland*, o tierra de los godos, frente a la cual queda la isla de Gotland, en el Báltico, y cuyo litoral occidental incluso permite mirar al océano Atlántico, todo un lujo, desde la ciudad de Gotemburgo, en la boca del Kattegat.

Los godos eran nórdicos muy nórdicos, pero también, hasta cierto punto, meridionales, lo que les permitía cierto margen de amplitud mental y asimilación. No conocían la escritura y se caracterizaban por un intenso afán aventurero, cuyas consecuencias compensaban con una fecundidad fuera de todo límite. Literalmente, se reproducían como conejos, lo que hacía que, pese a su buen carácter y festiva disposición, pronto se encontrarán incómodos en espacios tan constreñidos, limitados por el Báltico y el Atlántico, agujereados como un queso gruyer por innumerables lagos y donde sólo unas pocas islas –la mencionada, Gotland y Oland– podían proporcionarles cierta expansión dominical. Como seguían reproduciéndose a marchas forzadas, formando copiosas hordas cuyos codazos nada bueno auguraban, un carismático jefe, Berig, prometió conducirles a nuevas tierras. Al norte hacía mucho frío, estaban los *svears* y la cuestión territorial no prometía gran cosa; al este se había oído hablar de otra etnia, los vikingos o escandinavos, de no muy buen carácter como veremos en próximos capítulos. Sólo quedaba, evidentemente, el camino del sur, donde las tierras europeas se extendían miles y miles de millas hasta perderse en el horizonte. Berig decidió llevarles allí, atravesando el mar Báltico.

El problema vino inmediatamente, puesto que para tal cruce hacían falta barcos y los godos, grandes aficionados a las fiestas con final feliz, nunca se habían preocupado mucho del apartado naval. No obstante, algún veterano carpintero, tal vez pescador o al que le gustaba ir a las islas, previó tal contingencia, existiendo al efecto algunas barcas: tan sólo tres según la leyenda, en las que cruzaron todos los godos que quisieron. Una de ellas estaba tan mal hecha que siempre se quedaba retrasada, y los godos la bautizaron gepanta, es decir, «la perezosa», en la que cruzó una tribu de godos que, en adelante, sería conocida como los gépidos. Tras el difícil transbordo de más de un centenar de millas cruzando el Báltico (posiblemente utilizando Gotland como escala intermedia), llegaron a tierras próximas al golfo de Riga, donde la primera tragedia estaba a punto de producirse, pues gran cantidad de godos se perdieron para siempre en los pantanos de Lituania. Pero la horda podía permitirse estas bajas y pronto, tras atravesar Bielorrusia y Ucrania (dejando los Cárpatos a su derecha), siguieron el curso del río Dniéper hasta el mar Negro, donde Berig entendió que su promesa estaba cumplida.

Allí, sobre los 40° de latitud, el clima era más benigno que en Götaland, los pastos permitían criar animales y los caudalosos cursos fluviales eran prometedores para el cultivo. Los godos decidieron instalarse. Pero, discutiendo como siempre entre ellos, no acabaron de adoptar un acuerdo sobre el emplazamiento final. Algunos se fueron al este, a las llanuras del norte del Caúcaso que lindan con el mar Caspio, conociéndoseles a partir de entonces como ostrogodos. Los gépidos se quedaron al norte, en Ucrania, y por último, una importante fracción de la horda marchó hacia el oeste, al sur de los Cárpatos, donde encontró un maravilloso río, el Danubio, en territorio de la actual Rumanía, haciendo de esta su tierra de promisión. Se llamaron visigodos y pronto, muy pronto, cayeron en la cuenta de

que tenían vecinos: nada menos que el Imperio romano de Oriente, cuya capital, Constantinopla, aún no se había fundado.

Incorregibles, allá por el año 250 d. C., los visigodos –en nueva expansión, tras haberse reproducido convenientemente– comenzaron su ascenso por las riberas del Danubio al mando del jefe Cniva. El viaje llevó a la horda a transgredir, insospechadamente, las fronteras del Imperio romano en plena época de la anarquía militar, es decir, tras el asesinato del joven Alejandro Severo por sus propias tropas en el 235 d. C., del que tratamos en el anterior capítulo. Cniva decidió tomar por las bravas la ciudad romana de Filipópolis, en Serbia, acudiendo a impedirlo el emperador Decio, que fue derrotado en el 250, quedando en el campo de batalla casi treinta mil muertos. A partir de entonces, el Imperio entró, como es sabido, en una profunda crisis de más de tres lustros, llegando el seudoemperador Galo (que traicionó a Decio) a pagar un tributo a los visigodos para frenar su avance.

La abyecta medida fue eficaz para salvar de la invasión la península itálica, pero los godos, lejos de detener su empuje arrollador, se embolsaron el tributo y cambiaron de dirección, hacia Grecia primero, donde cayeron importantes ciudades griegas romanizadas como Corinto, Argos, la legendaria Esparta, y, por último, Atenas, saqueada en el 267 d. C. Luego, la horda imparable puso rumbo hacia Asia Menor, acosando Bizancio; cruzaron los estrechos y llegaron hasta Troya y Éfeso. Por último, agotado el tributo en sus divertidas excursiones, se dieron la vuelta, retomando el rumbo hacia el centro del Imperio. Esta vez, sin embargo, un gran emperador, Claudio II, los derrotó en Nisch (Serbia), aislándolos para que murieran de hambre y enfermedades, lo que la horda hizo en grandes cantidades (268 d. C.).

Hubo, sin embargo, un gran contingente de supervivientes con los que el emperador Aureliano finalmente tuvo que negociar, permitiéndoles instalarse en Hungría y la Dacia rumana, es decir, dentro de las limes o fronteras romanas. Los visigodos, en sus correrías y tragedias sin cuento, fueron perdiendo su ímpetu y, con la veteranía, llegó la sensatez y el sedentarismo a la horda como le llega al joven alocado al ir cumpliendo edad. Para entretener sus veladas, los visigodos aprendieron latín, e incluso el monje Arrio, que había salido rebotado del concilio de Nicea, les sirvió de ejemplo para dejarse cristianizar por el teólogo Ulfilas, que escribió la Biblia en godo. El rey Ermanrico, convencido por Arrio (que negaba la divinidad de Jesús de Nazareth) se convirtió finalmente al cristianismo arriano.

Lo cierto es que mientras la sosegada horda se dedicaba a su formación espiritual durante más de un siglo, la desgracia más completa se preparaba, como un alud, para precipitarse sobre ella desde las estepas asiáticas y el mar de Azov. Se trataba de un enemigo brutal y terrorífico, los hunos o *jong-nu*, raza de salvajes mongoles nómadas de las estepas orientales que, a lomos de sus caballos (los cuales, aparte de cabalgaduras, les servían de rebaño y de comida) rechazados por la Gran Muralla china del emperador celeste, del mismo modo que los visigodos un siglo antes habían venido a cambiar la dirección, tomaron rumbo oeste. Los primeros en sufrir el impacto de estos súper bárbaros, capaces de perpetrar sin pestañear las más abominables bestialidades, fueron, lógicamente, los gépidos y ostrogodos asentados en los territorios orientales, allá por el año 370 d. C. Estos pueblos, otrora terribles, aterrorizados por los bárbaros de ojos rasgados emigraron en masa hacia territorio visigodo.

El desordenado movimiento étnico provocado por el pánico atroz se saldó con la crisis visigoda mencionada anteriormente; ante la situación de emergencia, los visigodos llegaron al Danubio para recibir del emperador Valente y sus aduaneros, en vez de auxilio y acogimiento, el vergonzoso trato del que se habló. Esta situación borró definitivamente de la faz visigoda su tradicional sonrisa bonachona, extirpando de su carácter cualquier rasgo de buenismo o de pensamiento positivo hacia sus vecinos romanos, que, junto con la Biblia y el pensamiento cristiano, les transfirieron también lo peor que un pueblo puede legar a otro: la seguridad de que, en caso de apuro, en lugar de ayudarte se aprovecharán de ti. Estos eran los romanos del siglo IV d. C., y conviene no olvidarlo cuando se siente piedad por sus muchas y repetidas desgracias consiguientes hasta llegar a los dos saqueos de Roma, en el año 409 (visigodo) y en el 455 (vándalo) después de Cristo.

No fue hasta el aperturismo del emperador Teodosio en el 380 cuando los visigodos, liderados como sabemos por Atanarico, recobraron algo de confianza hacia los imperiales de Bizancio y Oriente, integrándose con ellos en Constantinopla con parecida religión e idéntico idioma. Nunca jamás, sin embargo, perdonarían a los romanos de Occidente. Teodosio podía tener su estado mayor trufado de lugartenientes godos para derrotar a Máximo y los francos, pero ello no evitó a su sucesor, Estilicón, tener que rechazar a Radagaiso en el año 405, en Fiésole. El fracaso de Radagaiso en Italia tuvo como consecuencia el previsible cambio de dirección. La inevitable horda visigoda, ya muy romanizada y acostumbrada a la perversidad del mundo, viendo que las fronteras del este amenazaban con el terror de los hunos y que Roma tenía todas las barreras bajadas (por el momento), decidieron ocupar el hueco que acababa de dejar Máximo en la Galia con sus legiones. La afrenta inaceptable llegó cuando los visigodos asimilados en la corte del Imperio

fueron expulsados o eliminados por la intriga de Olimpio. El sueño de la integración se convertía en una pesadilla de guerra y calamidades.

Posible relieve de Aecio en un díptico (387-390 d. C.). Desengañado veterano, Aecio, cautivo y amigo de bárbaros y hunos, intrigó para desbancar a Bonifacio en la privanza de Gala Placidia. Derrotó a Atila en los Campos Cataláunicos, pero luego Valentiniano III, hijo de Placidia, lo asesinó, harto de sus manipulaciones, siendo a su vez asesinado por sicarios y señalando el fin del Imperio de Occidente en el año 476 d. C.

Llegado el siglo v, la horda parecía recuperada en la desgracia y debilidad de Estilicón. Alarico entró en Italia y, una vez ajusticiado su rival, trató de llegar a un acuerdo antes de convertirse en máquina de destruir; pero la política racista de Honorio impidió cualquier atisbo de paz. Alarico –es decir, los visigodos– saquearon Roma en 410, como sabemos, e intentaron posteriormente el paso a África desde Italia, travesía que impidieron los temporales. Muerto Alarico, la llegada al mando de Ataúlfo, enamorado de Gala Placidia, trajo un doble cambio de dirección del pueblo visigodo: por un lado, regresó al continente; por otro, trajo una previsible paz con los romanos. Pero Constancio, prometido de Gala, lo estropeó todo. Nada de acuerdos ni debilidades. Se marcó duramente la marcha de la horda en Provenza, y, tras fallecer Ataúlfo, se recluyó al pueblo visigodo en España; allí, Valia acometió a suevos, alanos y vándalos para conseguir «espacio vital»; luego, trató también de pasar a África en el 416, pero la mala suerte –o la falta de aptitudes náuticas del pueblo godo– de nuevo echó todo a perder.

Al cesar la presión romana a la muerte de Constancio y Honorio (421-423) y debilitarse el imperio con la regencia de Gala y las intrigas de Aecio contra Bonifacio, los visigodos regresaron a las Galias y fundaron un reino en Tolosa. Ya que no habían sido admitidos en el Imperio, se instalaron en el vecindario, colindantes con la Provenza, prácticamente la única propiedad que retenía en su poder el Imperio de Occidente. Desde allí colaboraron con Aecio –en el 451 d. C.– enfrentándose al poderío aterrador y cruel de Atila en los Campos Cataláunicos, donde la horda huna fue rechazada a costa de un terrible precio, pues perdieron miles de hombres y a su rey Teodorico. A estas alturas se habían ganado a pulso el respeto necesario para ser considerados algo más que unos bárbaros de quita y pon por el precario Imperio de Occidente para el que, aparte de vecinos, eran ya valiosos aliados. Tuvo que permitírseles ampliar sus territorios hacia el sur, Hispania, tierra que no les era desconocida y, dentro de las lógicas buenas relaciones, jóvenes visigodos fueron enviados a la corte de Valentiniano III para su educación. Entre ellos, el nieto de Valia, vástago de una de sus hijas y el jefe Requila que, en Rávena, tomó el nombre romanizado de Flavio Ricimero y fue el primer jefe naval en combate de la Edad Media, como veremos a continuación. Pero este largo camino no sólo nos ha servido para llegar hasta él, sino también a otro pueblo bárbaro, prácticamente paralelo a los visigodos, que lograrían erigirse como primera potencia naval del Mediterráneo contra el Imperio romano: los vándalos, con los que vamos de inmediato.

LA AUDACIA DE GENSERICO

Normalmente se ha venido tomando al rey vándalo Genserico (400-477) como un palurdo cojitranco, analfabeto y brutal, capaz de poner al debilitado Imperio de Occidente contra las cuerdas a mediados del siglo v. Pero, en realidad, fue mucho más: un tipo perspicaz y silencioso, con talento y visión estratégica, que supo convertir su pueblo, antes poco más que una horda, en potencia militar organizada a orillas del Mediterráneo, alcanzando el éxito allí donde los visigodos de Alarico y Valia habían fracasado. Cómo adquirió semejante formación en la horda de las estepas húngaras es algo que se ignora; estando en contacto con los romanos, puede que algún maestro, mentor o amigo cristiano puliera unas cualidades que, forzosamente, debían ser innatas. Montanelli afirma que carecía de horizontes y era «ávido de dinero, ambicioso y sobrio». No podemos estar de acuerdo con lo primero, aunque lo segundo sea probable, porque todos los monarcas –sean bárbaros o no– tienen su lado oscuro, a veces negro como la tinta. Lo cierto es que frente a los impetuosos, noblotes y siempre traicionados jefes visigodos, o frente a los desalmados, feroces y resistentes líderes de los hunos, Genserico destaca como luz en la oscuridad; incluso comparado con condes romanos como Bonifacio o Aecio, el rey vándalo no desmerece en absoluto. Por no hablar de los últimos emperadores del Imperio de Occidente, al lado de los cuales el «palurdo cojitranco» resplandece como una lumbrera.

BRULLOFF, Karl. *La invasión de Roma de Genserico* (1833-1835). The Tretyakov Gallery, Moscú (Rusia). El vándalo Genserico logró, con gran mérito, unir a su pueblo (expulsado de todas partes) para pasar a África en el 429 d. C. y, con permiso de Bonifacio, conquistar Cartago en el 439 d. C. Entonces, fundó un gran emporio naval y saqueó Roma en el 455 d. C., el mismo año en que Flavio Ricimero, persiguiendo a los buques vándalos zorreros, los derrotaba frente a Córcega en una batalla naval que terminaba con cuatro siglos de *pax romana*.

¿Quiénes eran los vándalos? Es curioso cómo en la historia pueblos con el mismo origen no han dejado de dar guerra. Los vándalos eran prusianos, germanos originarios de las orillas meridionales del Báltico, es decir, las actuales Alemania y Polonia. Fue Plinio el que los bautizó *vindilli*, 'vándalo' en castellano, término por el que conocemos hoy en día a cualquiera que se caracteriza por su incivilidad, gamberrismo y barbarie. Las farolas que actualmente adornan nuestras calles presumen sin rubor alguno en su garantía de ser «antivandálicas»; no nos cabe duda de que es cierto, puesto que el pueblo de Genserico ya nada puede hacer contra ellas. Probablemente, la degradación del término viene de la misma noche de los tiempos, hace mil quinientos años, cuando los vándalos perpetraron barbaridades como el saqueo de Roma en el año 455 d. C. y otros actos equiparables.

Durante su marcha a través de Europa, los vándalos no encontraron a los visigodos, pues pasaron más al sur. No obstante, tras una larga estancia en sus tierras evolucionando a partir de asdingos y silingos, a fines del siglo IV decidieron pasar a la Galia, empujados por las incursiones de los sármatas procedentes de las estepas rusas. Nunca lo hubieran hecho. Al emperador Aureliano no le agradó aquella migración dentro de su *limes* y les administró una severa derrota en Bohemia en el año 271 d. C. Posteriormente, los vándalos de Gerberico establecieron contacto con los visigodos de Visumar, lo que costó la vida a muchos, incluido su jefe, en otro sangriento choque. La horda, muy diezmada, fue a parar, con permiso del emperador, a los campos de Hungría, donde se crió Genserico. Allí estuvieron, como los visigodos en su día, rehabilitándose mientras se convertían al cristianismo arriano según la biblia de Ulfilas; pero en su caso, menos tiempo, sólo medio siglo, puesto que en 406 (cuando los visigodos Alarico y Radagaiso cruzaron los Alpes para complicar la vida al también vándalo al servicio del Imperio estilicón), ellos emprendieron marcha hacia el oeste por causa de fuerza mayor, como resultó la llegada de Rua y su temible horda de hunos a los campos húngaros, donde acabarían instalándose para fundar Aetzelburg, capital de Atila.

Expulsados de todas partes, las desgracias de los vándalos no habían terminado, pues en la maldita Galia encontraron ahora a los francos, que cayeron sobre ellos causándoles una masacre atroz de veinte mil víctimas. Atravesaron entonces los Pirineos llegando a Andalucía, donde tampoco se encontraron a gusto pues pasaron hambrunas constantemente acosados por los visigodos en nombre del Imperio. Su jefe, Gunterico, se vio obligado a prometer a aquella horda de nómadas que encontraría una tierra de promisión para que no lo despedazaran. Murió antes, probablemente de un disgusto, ocupando el puesto su hermano bastardo Genserico, que entra así por derecho propio en la historia. Su primer acto fue aceptar la oferta del conde Bonifacio cuando este, engañado por Aecio, no tuvo otra que convertirse en traidor. Al ser declarado enemigo de Roma, el romano mandó un mensaje a Genserico proponiéndole una alianza para que los vándalos se establecieran en África, provincia entonces rica y fértil que era, como se sabe, granero de Roma. Aquellos miles de bárbaros acosados y hambrientos aprobaron la propuesta por aclamación y en el 429 d. C. ochenta mil vándalos pasaron de Europa a África partiendo de las playas de Julia Traducta (Tarifa). No se sabe muy bien con qué medios ni de dónde sacaron los barcos, pero sí que Genserico, ligeramente cojo a causa de una caída del caballo, hizo un censo de todos para poder llevar a cabo el traslado y distribución en las embarcaciones, mostrando así su capacidad de organización.

Bonifacio tendría tiempo de arrepentirse de este «contrato de arrendamiento», pues sus inquilinos pronto se convirtieron en okupas y de ahí a desalojarle a él y al Imperio, sólo transcurrirían unos años. Dándose cuenta Gala Placidia del peligro que representaban los recién llegados en las puertas del estratégico granero de Roma, perdonó a Bonifacio y lo llamó a la corte para que contrarrestara al intrigante Aecio, el cual terminaría matándole en duelo para correr a refugiarse entre sus amigos hunos de Rúa. En el 433 pudo al fin regresar a Italia, también perdonado; para entonces, la horda de Genserico ya había prosperado en África, arrasando y saqueando todo lo que encontraron a su paso en las tierras de Gomara, El Rif, Argelia y, por último, Túnez, las últimas entonces conocidas como Numidia y África Proconsular. Pusieron sitio a Hipona, donde un octogenario san Agustín agonizaba en el lecho de muerte, y, de alguna forma increíble, establecieron contacto con el joven Atila; es decir, con los mismos hunos que los echaron de sus hogares en Hungría, a los que ahora Genserico convertía en aliados. Hipona sería tomada en el 439 después de Cristo.

Aecio y sus tropas se hallaban precisamente en aquel momento (435 d. C.) tratando de contener a los hunos en Hungría; así que se enviaron a África fuerzas que había mandado Teodosio II desde Bizancio al mando de Aspar. Genserico las derrotó estrepitosamente, cayendo prisionero un joven militar llamado Marciano. Genserico simpatizó con él y acabó por dejarle libre, sin sospechar que llegaría a ser yerno de Teodosio II y, finalmente, emperador de Oriente. Aecio y Gala Placidia se vieron así en la disyuntiva de emprender una campaña africana contra el okupa vándalo o negociar con él. Finalmente, se hizo esto último: a cambio de un rehén –Hunerico, hijo de Genserico– se entregó África en usufructo a su pueblo, menos Cartago y Túnez. El *statu quo* se mantuvo hasta el año 439, cuando Genserico, aprovechando una nueva incursión de Atila hacia el Danubio, llamó a Hunerico y se lanzó sobre Cartago, tomándola el 19 de octubre y convirtiéndola en capital con sus excelentes astilleros y atarazanas. Esto le permitió disponer, en un tiempo sorprendentemente breve, de una flota vándala; la leyenda cuenta que Genserico se personaba en las botaduras, espetándole a la dotación de cada buque: «Id a atacar las moradas de aquellos a quienes Dios no ama».

De esta forma, el vándalo (como Polícrates de Samos en el año 535 a. C.) se convirtió en dueño de una flota pirata que lanzó al asalto de Sicilia, Cerdeña y las rutas del tráfico con el Jónico y Egeo. Cartago revivió por obra y gracia de Genserico, corriendo la *pax romana* sobre el *Mare Nostrum* peligro de saltar en pedazos tras 472 años de vigencia. Como no podía soportar semejante humillación, el emperador Teodosio II, desde Bizancio, envió su flota contra los vándalos, pero Genserico mandó a Atila un generoso soborno, procedente del botín del saqueo de Cartago y Sicilia, para que presionase las fronteras septentrionales del Imperio de Oriente. El huno no se hacía de rogar cuando de dinero se trataba, así que situó su horda sobre la carretera de Constantinopla y Teodosio II, ante la emergencia, se vio forzado a llamar a su armada. Definitivamente, África se había perdido para el Imperio occidental; el Mediterráneo volvía a ser mar incierto, donde nuevos enemigos se implicarían en campañas navales.

Genserico no se conformó con asegurar su conquista. En el 442 suscribió otro tratado con Roma ampliando sus propiedades. Persiguió al catolicismo en su territorio en beneficio del credo arriano aunque, una vez eliminados cruelmente los líderes, perdonó a muchos practicantes para no caer en el error de Roma, es decir, crear una legión de mártires que atrajeran muchos más. Entretanto, el Imperio de Occidente lograba detener a Atila en los Campos Cataláunicos (451 d. C.) pero, con la desaparición de Aecio y Valentiniano III en su mutuo crimen, entraba en un peligroso período con la llegada al poder de Petronio Máximo, que exigió a la viuda de

Valentiniano, una atractiva mujer llamada Eudoxia, que se casara con él. La desventurada emperatriz no tuvo otra idea para salir del enredo que imitar a su tía política, Honoria (la que había ofrecido su mano a Atila), enviando a Genserico una misiva de socorro. El bárbaro, dándose cuenta de las abiertas posibilidades ofrecidas por aquel descuido de la más alta dama de la corte, ordenó a su flota prepararse para zarpar.

Las ambiciones del pirata vándalo no podían ser otras que el saqueo de Roma. En las turbulencias generadas por la noticia de la llegada de la flota vándala, Petronio, como sabemos, fue linchado por el populacho cuando se disponía a escapar. Sólo el papa León I, el mismo que había hecho frente a Atila, tuvo coraje para ir, crucifijo al hombro, al encuentro de las tropas desembarcadas por el vándalo en Ostia. Lejos de matarlo, Genserico lo respetó e incluso llegó a un acuerdo con él: el pirata bárbaro renunciaba a los crímenes, a la tortura y a la quema de inmuebles si todo el mundo colaboraba de buen grado al expolio y saqueo. Hay en este «arreglo» de Genserico y León I algo que recuerda, en el carácter del vándalo, al pirata Morgan, siempre con el objetivo del oro por delante. La leyenda nos dice que al traspasar la puertas de la ciudad eterna, el «palurdo cojitranco» exclamó: «¡Dios, cuántas cosas que robar!».

La estancia de los piratas en Roma duró dos semanas. Todo lo que había de valor fue llevado al puerto y embarcado, hasta el punto de que algunas naves, cargadas de estatuas de mármol, se fueron a pique en cuanto largaron amarras. No está muy claro si se respetaron los términos del acuerdo, aunque parece que, en general, fue así. La más comprometida, desde luego, fue la imprudente Eudoxia. Genserico la tomó prisionera con sus hijas Eudocia y Placidia (nietas de Gala Placidia, muerta sólo cinco años atrás), casando a la primera con su hijo-rehén, Hunerico. Placidia, y sobre todo Eudoxia, a la que los romanos hubieran lapidado, fueron en su día devueltas a la corte de Bizancio, donde la primera desposó a Olibrio, que llegaría a emperador de Occidente. La absoluta debacle del Imperio concluía así con el segundo saqueo de Roma, en el año 455 d. C. Dando una inconfundible muestra de sagacidad, Genserico no sólo se llevó a las princesas reales y a la emperatriz; también apresó a cuantos técnicos, artistas y obreros cualificados pudo encontrar en Roma, aparte de miles de esclavos que serían sometidos en Cartago a trabajos forzados.

Tras el paso de Genserico, en Roma sólo quedó desolación. Un viejo noble galo, Avito, fue coronado emperador de Occidente por los visigodos en Arlés, llegando a Roma a finales del nefasto año. Era un hombre culto del círculo de amistades de Teodorico, rey visigodo de Tolosa, que sucumbió en los Campos Cataláunicos frente a Atila. No había hecho Avito más que pisar el palacio cuando corrió la voz de que la flota vándala volvía sobre sus pasos para efectuar un segundo saqueo; la noticia era falsa, porque en realidad lo que sucedía era que una fracción de la flota de Genserico, en vez de regresar directamente, se dirigió a las costas de Córcega y Cerdeña para redondear el botín; o tal vez fue sólo que los vientos no se mostraron propicios, enviando unos cuantos buques vándalos hacia poniente. Surge entonces la figura, ya apuntada, de Flavio Ricimero, el nieto de Valia, al que Avito encargó conjurar el peligro que representaban para la inerme y devastada metrópoli. No se sabe muy bien cómo lo hizo, pero este joven guerrero encontró valor y compañeros para armar y tripular una flota de embarcaciones de guerra que, probablemente, estaban en el cercano Portus o en Miseno durante el ataque de Genserico a Roma. Estos buques fueron puestos a son de mar y zarparon para librar contra los vándalos la primera batalla naval conocida en el Mediterráneo desde los tiempos de la batalla de Accio, en el año 31 antes de Cristo.

La ocasión lo merecía; en un momento de postración absoluta, Ricimero zarpó con sus naves y, atrapando a los buques vándalos frente a Córcega, los derrotó por completo. Apenas tenemos detalles sobre esta anónima batalla naval que sentenció un larguísimo período de paz en el *Mare Nostrum*. Sólo sabemos que los trirremes romanos cercaron a sus enemigos y los capturaron o echaron a pique. Ricimero realizó su entrada en Ostia en olor de multitudes, con los marineros vándalos encadenados, a los que Avito, para saciar el ansia de revancha de su pueblo, hizo decapitar. Ricimero se proclamaba así hombre fuerte de Roma, único capaz de defenderla y los ciudadanos volvieron la espalda a Avito, que fue depuesto. Pero el astuto Flavio Ricimero no quiso el trono, ni permitió que se coronara emperador con poderes; acordándose de la suerte sufrida por Estilicón y Aecio, muertos ambos por los emperadores Honorio y Valentiniano III, respectivamente, puso en el trono a individuos a los que podía controlar, como fueron Mayoriano, Libio Severo y Antemio. Pero todos en Roma supieron quién mandaba hasta el año 472 d. C., cuando murió el patricio Flavio Ricimero.

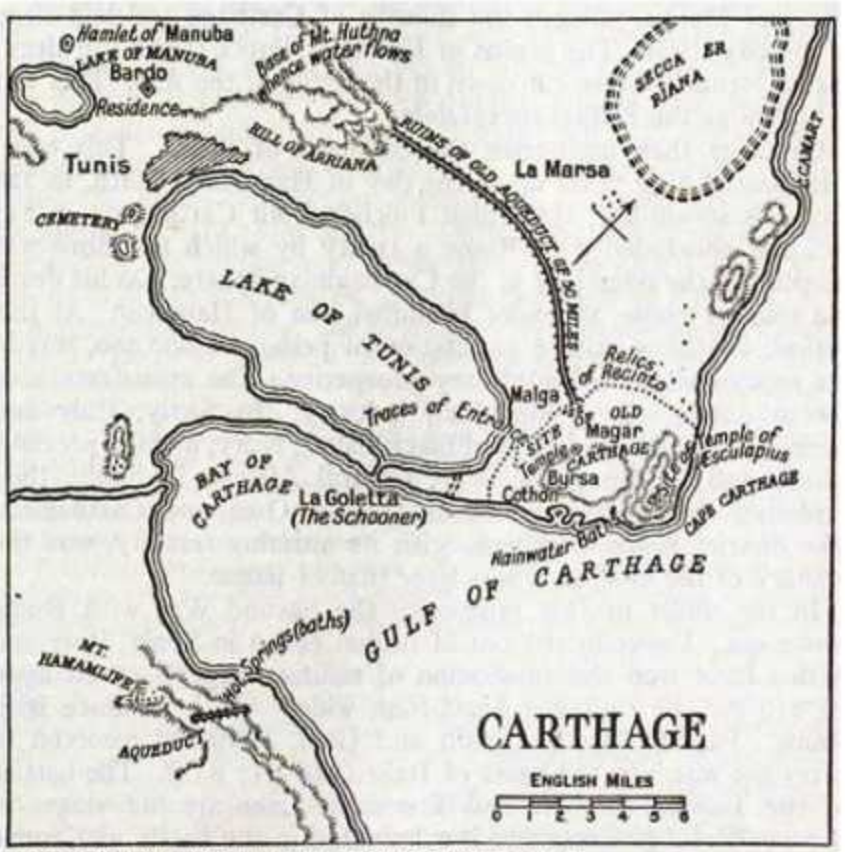
Antes, no obstante, se había librado la gran batalla naval contra los vándalos en la bahía de Cartago y no lejos del cabo Bon (conocido por los romanos como cabo Mercurio), que delimita por el sur el canal de Sicilia. Esta batalla llegó porque los vándalos, a pesar del traspié que sufrieron ante Ricimero, quedaron con casi toda su flota indemne, continuando con las depredaciones contra Sicilia y el Mediterráneo occidental y oriental; los Imperios de Oriente y Occidente, unidos, tenían

que reaccionar, enviando una expedición contra el nido pirático, Cartago. En Constantinopla, tras la caída de caballo mortal de Teodosio II, subió al trono el marido de su hija Pulqueria, Marciano, exprisionero de Genserico. Estuvo siete años en él, hasta 457, cortando el pago de tributos a Atila y mandando un ejército contra el huno, lo que le mantuvo bastante ocupado. A su muerte, León I, tocayo del papa, tomaba las riendas del Imperio, iniciando la dinastía Tracia y manteniéndose en el poder hasta el año 474, lo que otorgaba a Oriente la tranquilidad necesaria para organizar la expedición. Más complicado resultó Occidente, pues Mayoriano había cometido la imprudencia de querer gobernar de forma decente, siendo depuesto en 460 por Ricimero, que sentó en el trono a un completo don nadie, Libio Severo, del que apenas nada se sabe. Cuatro años después, el caprichoso hombre fuerte del Imperio decidió envenenarlo para poner en su sitio a un cuñado de Marciano, Antemio. Su «legislatura» duró esta vez ocho años, posiblemente porque supo mantener la boca cerrada y estarse quieto cuando debía. Con el trono a cubierto, Ricimero debió al fin encontrarse con fuerzas para concertar con León la expedición contra Cartago; contaba para ello con la colaboración de los visigodos peninsulares, a los que encargó que le construyeran una flota en Cartagena, refuerzos que puso al mando de Marcelino.

El servicio de contraespionaje vándalo, no obstante, debía de ser muy eficiente, porque Genserico supo de esta operación y mandó contra los barcos de Marcelino toda su flota, que aniquiló la de Marcelino en aguas de Alicante. Marcelino, acusado de traición, tuvo que huir a Dalmacia; Ricimero y León I comprendieron entonces que la *pax romana* había quedado muy atrás y cualquier barco que se aventurara por el Mediterráneo occidental o por el canal de Sicilia se exponía ahora a un serio disgusto a manos de los piratas vándalos de Genserico, dueños de estas aguas. La flota para la expedición se preparó, en consecuencia, en aguas del Adriático, Dalmacia e Iliria, donde siempre ha habido buenos constructores de barcos, inventores de las célebres *liburnas* (por los liburnios); posteriormente, durante los siglos XIX y XX, los puertos de Pola y Trieste fueron bases principales de la Armada austríaca, dotadas de excelentes astilleros. El caso es que, mientras León I aportaba un ejército de cien mil soldados al mando de su cuñado Basilisco, veterano de los Balcanes, Ricimero, desde Rávena, consiguió que la franja costera de Istria a Dalmacia construyera una multitudinaria flota de mil ciento diez embarcaciones de todo tipo (según Procopio) con un contingente armado de treinta mil hombres a cuya cabeza se puso a Heraclio. Marcelino fue perdonado por su implicación en los preparativos, que ocuparon todo el año 467 y el inicio del 468 d. C., tomando de nuevo el mando de la flota.

Esta vez, Genserico, que apenas podía disponer de veinticinco mil hombres en pie de guerra, debió preguntarse –como todos los piratas– si no habría ido demasiado lejos con sus depredaciones y asaltos. Confiando, no obstante, en el poder de su flota, que ya alineaba más de cuatrocientos buques de guerra, los mandó para sorprender al sur de Sicilia a la imponente flota de Marcelino en ruta hacia Cartago. No tuvo suerte; en una batalla naval que debió librarse no muy lejos de Ecnomo y Kamarina, la flota vándala fue casi por completo arrollada por la Armada aliada imperial, que le causó, además, la pérdida de unos trescientos cuarenta barcos. Menos de un centenar pudieron regresar y ponerse a salvo en Cartago, quedando la flota pirata de Genserico tan extinta como la *pax romana* que había quebrantado definitivamente sólo doce años atrás.

Los romanos pudieron así poner el ejército en tierra, tomando Cerdeña y Sicilia, e iniciando Heraclio con sus tropas el avance hacia Cartago. Sin embargo, Marcelino, artífice de la victoria, fue cuestionado por los suyos en el clásico motín de Estado Mayor, del que derivó su asesinato. Quedó a cargo de la flota un mando terrestre, Basilisco, lo que para los imperiales iba a resultar una verdadera fatalidad. Decidido por fin el ataque a Cartago, la flota partió en mayo, penetrando en la bahía de Túnez. Esta bahía es una «V» cuyo acceso mira al norte; al este de su bisectriz quedan las islas de Zembra y Zembretta, casi deshabitadas; en la punta oeste se halla el cabo Farina, mientras que en la este se alza el cabo Bon o Mercurio, cuyo litoral abriga varios bosques como el de Dar Chichou. Si entramos siguiendo el otro tramo de costa, a media altura encontraremos el promontorio al abrigo del cual está el poblado hispano-árabe-tunecino de Sidi BouSaid, muy recomendable pero agotador, pues todas sus calles son cuestas. En el extremo de enfrente existe otro enclave, Sidi Daoud, con su correspondiente club náutico como Sidi BouSaid. Por fin, en el vértice interno de la «V» se halla un gran humedal con su correspondiente manga de arena, La Goleta, en cuyo extremo de tierra firme se ha edificado la ciudad de Túnez. La antigua Cartago estaba más al este, sobre el lago interior, utilizado en su día como puerto por los cartagineses. Hoy su lugar está ocupado por el barrio diplomático.



FROM "MONUMENTI ANTICHI," BY COURTESY OF RAYMOND LANTIER

MAP SHOWING THE SITE AND PRINCIPAL MONUMENTS OF ANCIENT CARTHAGE

Antiguo plano de Cartago, donde los vándalos revitalizaron la primacía naval de cartagineses y romanos en el Mediterráneo. La reacción del Imperio de Oriente llegó cuando el emperador León enviaba a Basilisco y Heraclio con una tremenda flota para conquistar el enclave, pero fueron derrotados por los vándalos, casi sin escuadra, en la batalla naval del cabo Bon (468 d. C.).

La gran bahía de Túnez es una delicia para la navegación, pues proporciona abrigo de todos los puntos cardinales, salvo el norte declarado (mistral en este área), muy ocasional en el Mediterráneo. En su interior, el mar suele hallarse en calma, mientras los vientos predominantes, o los térmicos, soplan con toda su intensidad, resultando un placer. Hace ya algunos años, entramos allí con un barco de cincuenta pies y todo el trapo arriba, llegando en un espléndido día hasta Sidi BouSaid. La salida, con mucho más viento, la afrontamos con trapo reducido y viento por el través, haciendo temblar la corredera del barco con emocionantes planeadas, proa a la isla de Zembra, oscuro hito sobre el horizonte frente al que pasamos adelantando a un viejo catamarán francés mientras los rociones de agua pasaban sobre nuestra cubierta. Hermosos días de navegación aquellos, sin duda. No sabemos cómo serían los de la flota imperial cuando entró pegada a la costa del cabo Bon; lo que ha quedado consignado es que Basilisco, en vez de profundizar hasta el seno de La Goleta –donde debió echar el ancla para poner en tierra a las tropas y establecer una cabeza de puente– prefirió quedarse fondeado aproximadamente a la altura de Sidi Daoud, pues Genserico había levantado la bandera de parlamento.

Fiarse de un pirata artero como el vándalo resultó ser un inmenso error de Basilisco que su Armada y el Imperio iban a pagar caro. Genserico había pedido una tregua de cinco días, que aprovechó para convertir algunos de sus buques supervivientes en brulotes incendiarios que mantuvo ocultos en el puerto de Cartago mientras dilataba todo lo posible las conversaciones. Finalmente, en la noche del quinto día, los vándalos lanzaron un ataque sorpresivo, escoltando sus trirremes a los brulotes incendiarios mientras la sorprendida flota romana quedaba sumida en el pánico y la confusión. Alrededor de seiscientos barcos se perdieron, hundidos o quemados por los brulotes, en esta funesta batalla del cabo Bon, y los supervivientes que a duras penas lograron escapar a Sicilia no pudieron hacer otra cosa que evacuar a las tropas de Heraclio para que no fueran víctimas de sus crecidos enemigos. Conseguía así Genserico la victoria en una batalla naval que condenaba al fracaso la expedición del año 468 d. C., terminando con las esperanzas y los recursos no solamente de Ricimero y el agotado Imperio de Occidente, sino también de León I y el Imperio de Oriente, que había empeñado un tesoro de ochenta toneladas de oro en esta empresa y ahora, por la completa ineptitud de Basilisco, se perdía despilfarrado en el fondo de la bahía de Túnez.

Por el capítulo anterior sabemos que, en el trono del Imperio de Occidente, la muerte de Ricimero en el 472 trajo la destitución de su protegido Antemio; luego hubo otros tres emperadores, Olibrio (marido de Placidia), Glicerio (protegido del sobrino de Ricimero, Gundobado) y Rómulo Augústulo que, con su deposición en el 476, señaló el naufragio definitivo del Imperio de Occidente. Ocupó entonces por la fuerza el trono de Italia el jefe hérulo Odoacro, el cual, aunque compasivo con Rómulo Augústulo, al que perdonó la vida, había llegado mediante el acostumbrado y bárbaro baño de sangre contra los restos del Imperio. La ciudad de Pavía fue tomada y todos sus habitantes pasados a cuchillo por este gigante pelirrojo y sus secuaces, tras lo que se apoderó de Roma, manteniéndose al mando durante diecisiete años. En aquel momento, en Bizancio seguía reinando la dinastía Tracia que, tras León I, trajo emperadores como León II y Zenón, hasta el 491 d. C. con el interregno del derrotado Basilisco en 476. Para aplacarlo, Zenón decidió ofrecer a Odoacro todos los honores, nombrándolo patricio. El bárbaro aceptó, e incluso mantuvo el Senado y las vetustas magistraturas romanas como entes inoperantes, conviviendo con los vencidos; pero, a pesar de todo el tiempo transcurrido, el sueño de la integración de Teodosio el Grande, el vándalo Estilicón y la sacrificada regente Gala Placidia aún no se había producido.

Mosaico de la corte de Justiniano (h. 547), emperador de Oriente en la iglesia de San Vital de Rávena, Italia. Justiniano, un simple burócrata como Felipe II, logró, no obstante, un espejismo de resurrección de la *pax romana* en el Mediterráneo cuando su general Belisario conquistó Cartago en el 533 d. C. y la isla de Sicilia en el 535 d. C. para Bizancio.

Tuvo que ser otro Teodorico, segundo godo con este nombre, quien lo llevara a cabo. No era visigodo sino ostrogodo, hijo del rey Teodomiro que, tras el paso de los hunos, se estableció con su gente en la Panonia; por lo demás, Teodorico significa 'jefe de pueblos', por lo que era un nombre de reyes, como para nosotros son Alfonso o Felipe. Este Teodorico ostrogodo, criado en la horda, se había pulido luego en la corte bizantina de León I, donde su padre lo mandó en prueba de buena voluntad. Mejoró sus modales y conoció la cultura y la superchería de la corte de Constantinopla, pero seguía siendo analfabeto. Cuando regresó a la horda en el 470 d. C., se hizo con un millar de guerreros para aniquilar a los sármatas, que andaban tentando sus fronteras. Con la cabeza cortada de su jefe, Badai, bajo el brazo, regresó a casa para ser proclamado rey. Dirigió entonces la horda hacia Macedonia, arrebatándosela al Imperio de Oriente, y en el año 478 se apoderó también de Escitia, en el mar Negro, donde sentó sus reales.

Fiel a sus procedimientos habituales, Zenón, sin mostrarse dolido por tanta pérdida, le nombró cónsul para seducirlo y ponerlo a su servicio. La intriga del emperador bizantino consistió finalmente en sugerir a Teodorico que, en vez de arrebatarle a él territorios, se desplazara hacia Italia, donde las perspectivas seguramente eran mejores. Sí, lo han entendido: el emperador de Oriente remitía un nuevo y molesto invasor contra las ruinas del Imperio de Occidente sin escrúpulo alguno. Teodorico entró al trapo y en el 488 inició el éxodo del pueblo ostrogodo, casi un cuarto de millón de personas con algunos griegos asimilados. Sus parientes lejanos, los gépidos instalados en la Dacia, no les dejaron pasar, así que la horda ostrogoda pasó por encima de ellos, asimilando tan sólo a los que se echaron a un lado. Por fin, en el verano de 489, establecieron contacto con el «pagano» de todo el asunto, el pelirrojo Odoacro, cuyo trono iba a poner a prueba el rubio Teodorico.

No tenía nada que hacer. Teodorico le derrotó en el Isonzo y en Verona, y sólo escapando a Roma pudo Odoacro salvar la piel; allí, los naturales, siempre tan hospitalarios con el vencido, le cerraron la puerta en las narices. Mientras tanto, Teodorico ocupaba Milán, marchando luego contra Rávena, la que fuera ciudad de Honorio; estableció un difícil sitio con muchas pérdidas, terminando por volverse sobre Roma, donde le recibieron como libertador. En el 493 Rávena se rindió al fin, como Odoacro que, invitado por Teodorico a un banquete, fue luego asesinado. En cinco años, toda la península italiana estaba en poder de los ostrogodos, que se

fueron asentando no sin grandes dificultades convivenciales. Teodorico mantuvo una sombra de la antigua administración imperial, asignándose cada provincia a un conde –lugarteniente de Teodorico– con los que se daba el pistoletazo de salida al feudalismo de la Edad Media. Mantuvo el Senado, aunque todo en el nuevo estado, desde el ejército hasta la recaudación de impuestos, dependía de la corona. El bárbaro restableció el orden, reconstruyó monumentos e infraestructuras y legisló a partir de su edicto del año 500 d. C., donde sentó jurisprudencia para godos y romanos, siendo los condes asistidos por magistrados. Muchos romanos fueron nombrados funcionaros –pretores y cuestores, jueces y administradores de hacienda– del nuevo reino. Así logró Teodorico que la asimilación romano-goda se produjera al fin. Teodosio el Grande le habría condecorado. Fue un buen rey, reparó los puertos de mar italianos, casó a sus hijos con vástagos reales visigodos –burgundos, vándalos y turingios–, otorgó su protección al reino visigodo de Toulouse (que fuera sede de su antecesor Teodorico, el vencedor de Atila) e incluso estableció como monarca en la remota Hispania a Amalarico, que sucumbiría en 507 ante los francos de Clodoveo. El gran rey ostrogodo que fue Teodorico falleció en 526, con el brillo de un reinado que significó el resurgir de lo que una vez fuera el Imperio de Occidente.

Fue un sueño que habría podido durar de no existir el Imperio de Oriente, que muy pronto acabaría con él. De hecho, los romanos, increíblemente, añoraban los tiempos de sus emperadores carpetovetónicos, concibiendo ideas revolucionarias espoleadas por la existencia de un emperador poderoso y dueño de un imperio en Constantinopla. El detonante para la rebelión, una vez más, era religioso: los ostrogodos, como todos los godos, eran arrianos, y el papa y la diócesis de Constantinopla los consideraban herejes. También el emperador bizantino, que, tras la muerte de Zenón y los reinados de Anastasio (h. 518) y Justino (h. 527) sería Justiniano, luego conocido también como el Grande.

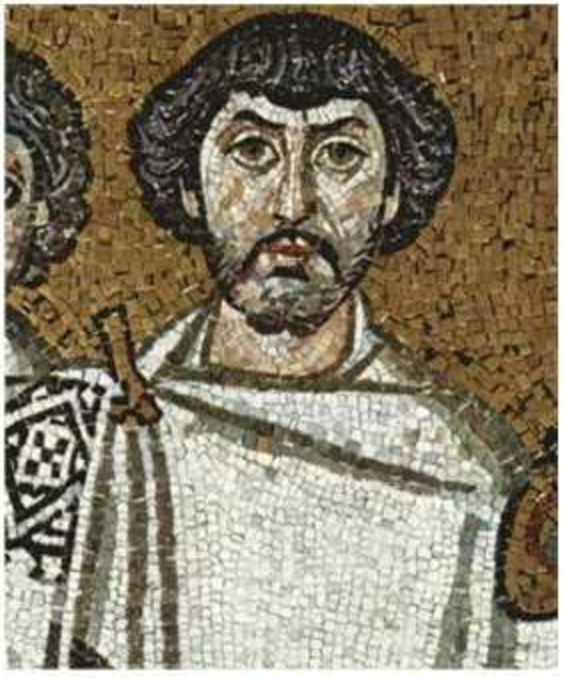
Justiniano era hijo de una familia de pastores macedonios, poco robusto y enfermizo; pero tenía un tío, Justino, enrolado en las tropas imperiales, que lo adoptó y pagó sus estudios de Derecho. A la muerte sin descendencia del emperador Anastasio, Justino, ascendido en el escalafón, se posicionó hábilmente para hacerse con el trono; con él llegó Justiniano como secretario, nombrado luego cónsul y finalmente heredero. Justiniano seguramente no pudo creerlo. Era un ratón de biblioteca que sólo disfrutaba leyendo a Platón, Aristóteles y san Agustín. Tímido y apocado, había hecho una boda nefasta con una mujer dominante y licenciosa, Teodora, catapultada así del burdel al trono. Este monarca trae inevitablemente a la memoria otro posterior, y no precisamente por sus esposas: Felipe II de España. Depositarios ambos de un inmenso imperio con millones de habitantes, burócratas con enormes y grávidas responsabilidades, en realidad retraídos individuos recluidos en una jaula de cristal con su propia forma de ser. Mientras, fuera, un mundo exterior lleno de peligros acechaba, sucediendo cosas atroces sin que nada ni nadie fuera capaz de evitarlo.

La cosa, en efecto, no prometía; pero Justiniano, sobreponiéndose a los malos augurios, comenzó su tarea como basileos o emperador. Reformó leyes y protocolos imperiales, que eran su especialidad, aligerándolos y poniéndolos al día; redactó, con un equipo de expertos, el Código de Justiniano, base para el código civil de nuestros días repleto de acertadas medidas; mejoró las condiciones de la mujer en la sociedad bizantina y favoreció innegablemente a la Iglesia católica. Pero fue un despilfarrador inagotable, que arruinó las finanzas del imperio y un político desastroso. De hecho, si cosechó gloria fue en el aspecto militar, no por sí mismo sino por haber sabido escoger a su servicio brillantes militares o ministros como Belisario y Narsés. Ellos llevarían a cabo la que sería gran hazaña de su reinado: la reconquista de Italia, Sicilia y la provincia de África, perdida un siglo antes por Bonifacio y tras el desastre de la expedición de Basilisco en el 468 d. C., protagonizando, en suma, la reacción bizantina frente a los asaltos previos de los vándalos de Genserico y los ostrogodos de Teodorico.

En el orden interior, Justiniano tampoco lo tuvo fácil. A comienzos de 532, estando en el hipódromo, tuvieron lugar los llamados «disturbios de Niké» contra el emperador, que fue abucheado, comenzando los desmanes en las calles de Constantinopla. Justiniano reculó, pero Teodora, de armas tomar, llamó al ejército para aplastar la sublevación. Entra así en la historia el general Belisario, también casado con una intrigante mujer, que, nacido en Macedonia como Alejandro Magno y Justiniano, se había destacado en el año 530 venciendo a los persas en Daras. Belisario, con sus tropas, entró en el hipódromo apoyado por otro general, Mundo, ahogando en sangre con una masacre de 35.000 personas la sublevación. Ambos fueron auxiliados por la «mano derecha» de Justiniano, el gran chambelán Narsés, según Fuller «intrigante, adulador y falso, calculador astuto y hábil». Hoy habríamos dicho que Belisario era el gran paladín y Narsés el amo de las cloacas. En el mosaico de San Vital de Rávena aparecen los dos, Belisario a la izquierda de Justiniano en primer plano con su elegante túnica, Narsés detrás del emperador, oculto con su cara barbuda, a la derecha del basileos. Todo un símbolo.

Las causas para que el Imperio de Oriente de Justiniano tomara la decisión de

emprender la reconquista de la provincia de África, Sicilia, Cerdeña, Córcega e Italia, liberando las primeras de los vándalos y la última del dominio ostrogodo, fueron fundamentalmente de tres tipos: religiosas, territoriales y dinásticas. En tiempos de Justiniano, el cristianismo, a pesar de socorridos concilios, tendía al caos. Tres eran las tendencias que ocasionaban fricciones y tiranteces dentro de la Iglesia romana: la primera, el conocido arrianismo, que consideraba a Jesucristo una persona normal, sin carácter divino; en segundo lugar, el nestorianismo –por el obispo de Constantinopla Nestorio (sacerdote de origen sirio)– que defendía ambas naturalezas, humana y divina; por último, el llamado monofisismo, promovida por otro sacerdote constantinopolita, Eutiques, partidario de la única y excluyente cualidad divina del hijo de Dios.



Detalle de Belisario en el mosaico del coro de la iglesia de San Vital de Rávena, Italia. Es significativa su representatividad, casi equiparable al emperador. Logró para él la conquista de Cartago, Sicilia, Nápoles y Roma; no obstante, en la península italiana no pudo evitar empantanarse en circunstancias que produjeron dudas sobre su lealtad, aunque siempre fue fiel a Justiniano.

Las consecuencias de esta polémica, que a primera vista pudiera parecer bizantina (nunca mejor dicho), resultaban trascendentales para el Imperio: los bárbaros vándalos, visigodos y ostrogodos eran arrianos gracias a la famosa biblia de Ulfilas con la que se habían convertido; el Imperio y el catolicismo oficial tendían al nestorianismo, razonable vía intermedia; pero Justiniano no podía seguirla porque su mujer, Teodora, era ferozmente monofisita y al morir conjuró a su marido para mantener este credo en el Imperio (otra similitud de Justiniano con Felipe II, a quien su padre, Carlos V, en el lecho de muerte encomendó mantener Flandes). La joya de la corona del Imperio de Oriente, el granero de Egipto, se configuró como colonia bizantina monofisita, dando origen con el tiempo a la Iglesia copta, viva incluso cuando Bizancio, en 619 d. C., perdió definitivamente Egipto a manos del Imperio persa de Cosroes II.

Justiniano, ferviente católico, procuró la unidad religiosa en su Imperio y el de Occidente, exterminando el arrianismo y tratando de conciliar a nestorianos y monofisitas. Para ello, debía arrebatar a los arrianos Italia y África, cobrando a los vándalos la revancha del año 468 d. C. tras más de sesenta años de dominio de los piratas bárbaros en el Mediterráneo que sólo Teodorico había podido contrarrestar. Pero este rey ostrogodo, muerto en el 526 como sabemos, dejó en el poder una regente, Amalasunta, con un rey niño que murió joven. La reina viuda, prorromana, asoció al trono a un sobrino que había estudiado filosofía y ensayo, Teodato, pensando que le sería fiel. Pero le salió rana: nada más proclamado al trono, prendió a Amalasunta (que no pudo escapar por mar a Constantinopla) y luego la asesinó en su confinamiento. El papa quedó escandalizado ante este execrable crimen, exigiendo al emperador que hiciera algo al respecto. Justiniano se encontró así con una Italia hereje gobernada por un criminal contra el que el pontífice le alentaba a actuar; una población romana católica sometida por los ostrogodos que ansiaba el retorno del emperador romano; y una provincia africana tomada por una horda de vándalos piratas obstaculizando el tráfico marítimo en el canal de Sicilia y asolando las tierras circundantes, con las que existía cierta cuenta pendiente. Había llegado la hora de ponerse en acción.

La expedición contra África zarpó de Constantinopla en el verano del año 533 d. C. Era un ejército pequeño que recuerda por su número al del duque de Alba enviado a Flandes por Felipe II a través del Camino Español diez siglos más tarde. Sólo quince mil hombres, un tercio de ellos de caballería, divididos en tres categorías indicativas de lo muy alejadas que estaban las huestes de Bizancio de las legiones romanas: números, federados y bucelarios, es decir, soldados regulares, mercenarios y particulares, estos últimos simples camorristas y sicarios a sueldo de difícil integración en las filas. Por no hablar de los mercenarios, siempre

pendientes del sol que más calienta para atrapar un botín asequible con poco trabajo.

La flota encargada del traslado, con veinte mil marineros a bordo, la componían alrededor de seiscientas unidades. Los transportes, asegura Fuller, variaban en tamaño de las cuarenta y cinco a las setecientas cincuenta toneladas, lo cual, teniendo en cuenta que el tonel no se utilizó hasta el siglo xv como medida de la capacidad del vaso de una nave, sólo nos habla de dimensiones aproximadas, que variaban de pequeños avisos a grandes mercantones como los que surcaban el *Mare Nostrum* transportando el trigo. Para escolta del convoy, noventa y dos dromones, desarrollo de trirremes y quinquerremes romanos, tanto pesados como ligeros. Podemos conjeturar que, organizativamente, equivalían a dos flotas de base y patrulla romanas, es decir, unos veinte dromones pesados, de altas bordas y con más de cuatro órdenes de remos, dotados de castillos de combate, y setenta dromones ligeros asimilables al trirreme. Con respecto a estos últimos, cabe decir que la organización de la fracasada flota imperial del 468 d. C. había codeado a los constructores romanos de buques con los carpinteros liburnios, creadores de naves esbeltas y rasas de bordas, como sabemos, las liburnas. Así es como en los frescos de la época encontramos ya dromones de combate con timón único de codaste, vela latina y la «carroza» a popa. Son los rasgos identificativos de la galera de guerra, que posiblemente acababa de nacer para servir como modelo a los venecianos, cuyo arsenal las llevaría a su máxima expresión.

Resulta, sin embargo, decepcionante comprobar cómo la multitudinaria flota afrontó la travesía desde Constantinopla hasta Sicilia de forma parecida a la expedición ateniense contra esta isla en el 413 a. C., al mando de Nicias y Alcibíades. Salieron al mar Egeo tras cruzar los estrechos y, una vez alcanzado el cabo Taunarum (actual Matapán), fondearon en Methone, pequeño refugio entre las islas Sapienza y Skitza al sur de Navarino, donde temporales y vientos contrarios los retuvieron unos días. Luego emprendieron el ascenso hasta Zante, donde otra pausa les permitió navegar hacia el oeste en dieciséis extenuantes singladuras, hasta Catania (Sicilia) donde los partidarios de Amalasunta les recibieron cordialmente. A partir de ese punto, cabía temer –como sucediera a Marcelino y Basilisco– que la flota vándala, más numerosa, les aguardara para atacarles en tránsito hacia Cartago. Pero Belisario tuvo suerte: en aquel momento, estos buques, al mando de Tzazon –hermano de Gelimero, el rey de los vándalos– se encontraban en Cerdeña reprimiendo una sublevación. Así que, sin perder un minuto, la Armada bizantina zarpó de Sicilia navegando hasta Malta y después Lampedusa, isla a cuya altura recaló sobre la actual costa tunecina en Ras Capudia, no lejos de El Djem, a unos doscientos kilómetros de Cartago. Echando pie a tierra, se estableció la cabeza de puente para el posterior desembarco, efectuado el cual los soldados edificaron un campamento fortificado al más puro estilo romano.

Gelimero, que se creía –como todos los vándalos– a salvo de Bizancio tras el tratado que Zenón rubricó con ellos en el 476 d. C. (cuando se derrumbó el Imperio de Occidente), comprendió que las cosas habían cambiado y se vería obligado a hacer frente a una invasión en toda regla. Llamó urgentemente a Tzazon para que regresara con la flota y la horda que operaba en Cerdeña; lejos de hacerse fuerte en Cartago, decidió sorprender a los bizantinos en el desfiladero de Ad Decimum, convocando en su ayuda a otro hermano, Amato, y su sobrino Gibamundo. Belisario, en efecto, no había perdido el tiempo, poniéndose en marcha hacia la capital vándalo-cartaginesa con una vanguardia de caballería, los mercenarios hunos (federados) protegiendo su izquierda y la flota costeando por la derecha. Llegados al desfiladero, Amato atacó, pereciendo en el intento, tras lo cual huyeron sus tropas; pero Gelimero, llegando a continuación, desbarató el cuerpo principal de tropas de Belisario. Si, en este momento crítico, el vándalo hubiera procedido contra la vanguardia, los bizantinos habrían sido completamente derrotados. Trastornado Gelimero, sin embargo, por el cadáver de su hermano, quiso hacerle honras fúnebres, dando así a Belisario un tiempo precioso para reorganizarse, llamar en su ayuda a la caballería, convocar a los hunos y arrojarse todos sobre los vándalos al llegar la noche, aniquilándolos.

Tras esta apurada victoria, Belisario realizaba una espectacular entrada en Cartago, que abrió sus puertas el 15 de septiembre del 533. Aun así, no lo tenía fácil, porque Gelimero se había retirado a Tricamerón, a la espera de la llegada de Tzazon; cuando este se le unió, se encontró con un ejército diez veces mayor que el bizantino (100.000 vándalos), lo que parece exagerado. En cualquier caso, la superioridad local era tan aplastante que Belisario tomó medidas desesperadas, decidiéndose por atacar de inmediato. Los hunos arrugaron su chata nariz y sólo después de muchos arrumacos consiguió Belisario que los acompañaran a ver qué pasaba. Al saber que venían sus enemigos, Gelimero salió a por ellos precipitadamente, sorprendiendo a la caballería bizantina en el almuerzo. En vez de destrozarlos tal como estaban, esperó a que montasen y, formados ya con la infantería de Belisario, atacaron. El valiente Tzazon rechazó en dos ocasiones el ataque bizantino, pero en el tercero quedó acorralado, momento en que sus tropas flaquearon; viéndolo, los hunos se decidieron por el bando bizantino, inclinando

definitivamente la escaramuza inicial.

Quedaba aún por disputarse la batalla entre los gruesos de ambos ejércitos, que no tendría lugar jamás, puesto que Gelimero, increíblemente, montó en su caballo y «huyó por la carretera de Numidia». Sus tropas se desmandaron y la masa de mercenarios bizantinos entró al campamento vándalo al saqueo, momento en que pudieron ser destrozados a placer. Pero los vándalos habían huido y ya nada tenía la horda bizantina que temer. Tampoco pareció servir a los de Cartago su impresionante flota, que pudo haber atacado la bizantina dejando aislado a Belisario en África. Pero los piratas, cuando los ejércitos se desbandan, suelen ser los primeros en poner tierra –en este caso agua– de por medio. Mientras Genserico se revolvía en su tumba, Gelimero, de huida en huida, sería finalmente capturado en 534 y llevado a Constantinopla cargado de cadenas en pos del carro del triunfador. La exitosa conquista de la provincia de África por Belisario no sólo colapsó el reino vándalo, sino que proveyó a Justiniano de una espléndida base para lanzarse al asalto de la Italia ostrogoda arriana. También, trajo un aparente restablecimiento de la *pax romana* sobre las aguas del Mediterráneo central. Pero, a la larga, sería desastrosa: los bizantinos, lejos de ocupar y hacer prosperar la colonia, la saquearon, marchándose después dejando cobradores de impuestos tan rapaces que acabaron por esquilmarla y arruinarla de tal forma que, a la vuelta del siglo, poco costó a otra horda invasora, los árabes procedentes de Oriente, apoderarse de ella, tomando Cartago en el año 698 d. C. Pero, de momento, la guerra continuaba.

Detalle del eunuco septuagenario Narsés en el mosaico de la iglesia de San Vital de Rávena, Italia. Su falta de prestancia, semioculto tras el emperador, puede llevar a engaño,ya que, en realidad, desbancó a Belisario y resolvió con aterradora eficacia la guerra en Italia, derrotando a los ostrogodos en Tagina (552 d. C.). Su gobierno de sátrapas rapaces generó un odio perdurable hacia todo lo bizantino.

Belisario regresó a Sicilia en el 535 d. C. y tomó Palermo, pero tuvo que regresar a África, retornando al año siguiente. En 536 cruzó el canal de Sicilia y entró en Nápoles, aprovechando sus soldados audazmente un acueducto. Mientras tanto, Mundo, el otro general bizantino, invadía Italia por el norte, colocando al cobarde Teodato entre dos fuegos. Rápidamente sustituido por un guerrero profesional ostrogodo, Vitigis, inició este conversaciones con los francos, pero dejando Roma abandonada, entrando en ella Belisario a fin de año. Vitigis volvió para ponerle sitio por hambre, siendo rechazados sus asaltos. Muy pronto otro general de Justiniano, Juan el Sanguinario, le acorraló devastando varias ciudades romanas, por lo que Vitigis decidía replegarse a Rávena en marzo del 538.

Justiniano, entretanto, seguía mandando refuerzos a Italia y a su frente llegó Narsés, secundando la actuación de Juan contra Belisario. La pelea de gallos en el mando bizantino trajo la reacción goda, tomando un sobrino de Vitigis la ciudad de Milán. Al fin, las protestas del conquistador de África hicieron que Justiniano llamara a Narsés, recuperando el mando Belisario en el momento en que una tremenda horda de cien mil francos al mando de Teudiberto invadía Italia arrasando a godos y romanos sin distinción. Finalmente, el hambre y la peste los espantó, momento que Belisario aprovechaba para apretar el cerco de Rávena, que podía traer el fin de la guerra. Pero la diplomacia de Vitigis había entablado ahora conversaciones con Cosroes, rey de Persia, amenazando el Imperio de Oriente, lo que hizo entrar en pánico a Justiniano, que ofreció a Vitigis una paz con el río Po como separación entre ambos reinos, bizantino y ostrogodo. Belisario decidió seguir la guerra por su cuenta, aprovechando Vitigis para ofrecerle la corona del extinto Imperio de Occidente, ahora reino de Italia. Belisario fingió aceptar, entrando en 540 en Rávena para apresar a Vitigis y tomar la ciudad en nombre de Justiniano, al que remitió un gigantesco botín. El emperador lo llamó para recibirlo, pero en cuanto llegó a Constantinopla fue enviado a Mesopotamia para hacer frente a Cosroes. Los honores tendrían que esperar.

Maqueta de dromon bizantino. Tomando como base los grandes quinquerremes romanos con los que Marco Antonio luchó en Accio (31 a. C.) y las liburnas de la costa dálmata, los bizantinos desarrollaron una nave de alto bordo, de poderoso alcázar y castillos, inabordable y de gran autonomía.

Quedaba, sin embargo, un foco de resistencia ostrogoda en Pavía, capital del difunto Teodorico. Allí se proclamó rey, en el 542 d. C., un prestigioso guerrero llamado Totila, que, en ausencia de Belisario, resultó una revelación: en el año 542 venció al Imperio en Faenza y, después, en Mugello. Imparable, al año siguiente Nápoles caía en sus manos, tomando acto seguido el camino de Roma. Cediendo a la realidad de los hechos, Justiniano tuvo que reconocer su error reponiendo a Belisario. Totila había sitiado Roma, pero Belisario le cercó instalando su base en Portus y Ostia para recibir refuerzos por mar. El jefe ostrogodo encontraba la horma de su zapato mientras, dentro de la ciudad eterna, la gente moría a racimos de hambre, sed y enfermedades en inconmensurable ordalía.

Cedió Totila al final, apoderándose Belisario de los despojos de la ciudad. La guerra siguió, lamentablemente, y en el año 549 la paciencia de Justiniano se colmó con Belisario, que marchó a Constantinopla. Totila aprovechaba para recuperar Roma, reduciendo a cuatro las ciudades del Adriático de propiedad imperial: Rávena, Ancona, Crotona y Otranto. Como los bizantinos dominaban también las costas de Istria y Dalmacia, la única salida al Adriático era Venecia y sus alrededores, entonces en poder del franco Teudibaldo, con el que Totila negoció para combatir contra Justiniano. El jefe ostrogodo decidió iniciar una campaña naval, comprando o construyendo una flota que llegaría a alcanzar las trescientas

unidades. En el 550 d. C. se dirigió con ella hacia el sur por las costas de Dalmacia y el Epiro, llevando a cabo una ofensiva contra el tráfico marítimo de Bizancio que aprovisionaba el ejército en Italia. Luego saqueó Corfú y fondeó en la ciudad de Ancona para sitiarla.

Al frente de las fuerzas imperiales estaba ahora, en riguroso relevo de Belisario, el septuagenario eunuco Narsés, directamente autorizado por el Consejo Interior bizantino. Todos los mercenarios y condotieros acudieron presurosos a ponerse a su servicio, logrando reunir un numeroso y polifacético ejército de gente rapaz e interesada. Dos jefes navales godos, Gandulfo y Gibal, mantenían en aquel momento el bloqueo de Ancona con cuarenta y siete unidades, mientras Totila, con el resto, realizaba nuevas correrías en el archipiélago de las Jónicas. La división de fuerzas fue un grave error del jefe ostrogodo que sus enemigos no iban a desaprovechar. A las órdenes de Narsés había un joven militar relacionado con la corte bizantina cuyo nombre era Juan; tenía su pequeño ejército acantonado en Dalmacia, dentro de los muros de la ciudad de Salona –cerca de la actual Split–, fundada por los griegos y cuyas ruinas aún se pueden visitar. En la abrigada bahía de Kastel, puerto interior del canal de Split (también a resguardo de las islas Dálmatas Devenik, Solta y Brazza) los famosos carpinteros liburnios habían provisto a Juan de treinta y ocho dromones ligeros de combate, flotilla con la que protegía el tráfico marítimo y que para completarse con posibilidades de afrontar batalla necesitaba unirse a los doce dromones imperiales surtos en el puerto de Rávena, Classe. Al solicitar auxilio Ancona, Juan decidió, audazmente, cruzar el Adriático con su flotilla, unirse a las unidades de Rávena en Classe, y salir con rumbo sur, pegado a la costa, para sorprender y levantar el bloqueo de Ancona.

Como a menudo sucede con los mandos navales decididos y capaces de fraguar un plan simple y eficaz, Juan, a pesar de la parquedad de sus fuerzas, estaba tentando al éxito. Atravesó el Adriático sin incidencias ni ser descubierto, llegando a Classe para lograr la imprescindible reunión de fuerzas. Eran, así, cincuenta dromones imperiales de Juan contra cuarenta y siete buques franco-ostrogodos de Gandulfo y Gibal. Los confidentes de estos últimos no habían tardado en avisarles de lo que pasaba en Rávena, así que los godos, con buen acuerdo, decidieron levantar el cerco y dirigirse contra sus enemigos. Ambas flotas, sumando casi un centenar de barcos en total, tomaron contacto frente a Sena Gálica, actual Senigallia, casi una veintena de millas al norte de Ancona.

Los dromones bizantinos nunca pudieron señorear el *Mare Nostrum* como sus antecedentes romanos al no disponer de infraestructura a su disposición y por su escaso número. Empleados por el pequeño ejército mercenario de Belisario, proporcionaron a Bizancio notables éxitos en la mar como la toma de Cartago en el 533 d. C.

Como en todo ejército regular, Juan tenía bien aleccionados a sus capitanes para mantener la formación a toda costa mientras entraban en combate. Los godos, menos avezados en combates navales, no sólo dividían sus fuerzas, sino que tendían al desorden una vez envueltos en el fragor de la lucha. La batalla se inició con el lanzamiento de proyectiles de unos barcos a otros, pasando después al abordaje. De forma inevitable, los buques godos comenzaron a abandonar el grueso de la flota, cayendo inmediatamente víctimas de los ordenados grupos bizantinos, que los tomaban al asalto. Así, la flota ostrogoda no tardó en encontrarse en inferioridad, decidiéndose el sino de la batalla. Gibal cayó prisionero con su nave y otras treinta y cinco unidades bárbaras fueron apresadas o destruidas. Gandulfo sólo tuvo ocasión de volver grupas y ponerse a salvo con once barcos supervivientes. Como comenta Procopio, cronista oficial de Belisario: «Este combate quebrantó gravemente el espíritu de Totila y de los godos, al tiempo que disminuía sus efectivos militares».

La mar, una vez más (la tercera, teniendo en cuenta a Alarico y Valia), había negado sus favores a los nautas godos, que dejaron sentada su impericia, a diferencia del pueblo vándalo. La campaña naval de Totila en el Adriático tocaba a su fin; se levantó el cerco de Ancona y el jefe bárbaro se replegaba con sus fuerzas sobre tierra para vender cara la derrota. Inexorable, el jefe imperial, Narsés, avanzaba ya hacia Italia desde Salona con un ejército de veinte mil hombres (hunos, persas,

gépidos, hérulos y lombardos mercenarios). Los francos le cerraron el paso en Venecia, pero los imperiales avanzaron por la costa y, embarcando en los dromones de Juan por secciones, soslayaron este inconveniente. Como la flota era demasiado pequeña para llevarlos, al llegar a Chioggia tuvieron que desembarcar y seguir avanzando por los caminos del litoral. Alcanzaron así Rávena, donde se unieron con los restos del ejército de Belisario, colmado de veteranos. Tomaron entonces la Vía Flaminia pasando Rímini y luego Sena Gálica, donde se internaron en el país para cruzar los Apeninos. Totila esperaba al otro lado de la cordillera, siguiendo la progresión de las huestes de Narsés.

DE'ROSSI, Francesco. *Retrato del rey Totila* (1549). Musei Civici di Como, Italia.

En momentos críticos para los ostrogodos, surgió en sus filas el gran Totila, coronado en el 542 d. C., que venció a los bizantinos en Faenza y Mugello, recuperando Nápoles y Roma. Construyó una flota para atacar el tráfico marítimo bizantino, pero su derrota en Sena Gálica en el 550 d. C. fue el golpe aniquilador para su estrategia marítima.

La batalla final se produjo en el 552, en un lugar llamado Tagina, al pie de los Apeninos, entre Perusa, el lago Trasimeno y Ancona. Narsés, de forma muy parecida a lo que haría Eduardo III de Inglaterra, en Crécy (1346 d. C.), montó una trampa de arqueros en la que la impetuosa carga de caballería ostrogoda fue diezmada, sumiéndose en el desorden más absoluto. Los mercenarios bizantinos cayeron luego sobre ellos y, al anochecer, los supervivientes godos emprendieron la fuga. Cayeron seis mil guerreros ostrogodos con Totila al frente, rey bárbaro con el que murió el sueño de un reino integrado en Italia. Narsés se volvió entonces al norte, y en el año 554 derrotaba definitivamente a los francos (aliados de los godos) en Capua, rematando así el trabajo iniciado veintidós años atrás por Belisario con la reconquista de África. El Imperio de Oriente lograba así una completa y estéril victoria, puesto que Bizancio, incapaz de gobernar o de hacer prosperar lo conquistado como antes hicieran romanos y godos, sólo hizo acopio de territorios pobres, débiles e indefensos sobre los que los nuevos invasores caerían inexorablemente (los árabes en África y los lombardos en Italia).

Este fue el resultado de la eficiente y devastadora campaña promovida por un triste emperador que no supo explotarla. Su máximo artífice, Belisario, tendría aún que marchar a otra guerra contra los eslavos en el año 558. Posteriormente, en el 563, fue encarcelado y juzgado, pero no es cierto que terminara ciego pidiendo limosna en las calles de Constantinopla como pinta la leyenda. Justiniano, ya en sus últimos estertores, lo perdonó y ambos viejos paisanos sucumbieron casi al mismo tiempo, en el 565 d. C. Por lo que se refiere a la guerra naval, en este capítulo hemos visto dos batallas y tres combates navales: Córcega (Ricimero destrozó una fracción de la flota vándala), Alicante (Genserico anuló los barcos construidos en Cartagena), Sicilia (la Armada de Genserico resultó diezmada por Marcelino), cabo Bon (la Armada bizantina sucumbió ante Genserico con brulotes incendiarios) y Sena Gálica o Senigallia (los ostrogodos derrotados por los bizantinos). Tras los triunfos de las armas imperiales sobre vándalos y godos, se podría pensar que las armadas del Imperio de Oriente restablecieron la *pax romana* a mediados del siglo VI sobre las aguas del *Mare Nostrum*. Pero no es así. Bizancio carecía de organización para desplegarse por todo el ámbito Mediterráneo y su flota quedaba restringida al ámbito de los estrechos y el mar Egeo. En el resto, Bizancio sólo mandaba allí donde sus dromones eran capaces de estar, quedando un inmenso espacio libre para que la ley del más fuerte cobrara toda su importancia.

Las invasiones occidentales

El valle del Tigris y el Eúfrates, el golfo Pérsico y el estrecho de Ormuz, aparte de ser la cuna de la civilización, separan como una zanja inmensa las montañas de Persia de los desiertos de la península arábiga. Si nos fijamos en esta última, veremos que, en la ruta del comercio que va desde el valle del Indo a Egipto, tanto Omán como La Meca y Medina eran encrucijadas en la comunicación Asia-Occidente cuando los persas clausuraron la habitual ruta de la seda que transcurre por Oriente Medio durante los siglos VI al IX d. C. Entre Mascate (Omán) y La Meca sólo hay un desierto árido e inhóspito que las caravanas árabes cruzaban impasibles y certeras guiándose por las estrellas, pues, como afirma el historiador y aventurero Tim Severin «fueron los sabios árabes quienes desarrollaron el arte de la navegación basada en la astronomía».

Sambuk árabe en navegación. A partir del siglo VII, los árabes, en su fulgurante expansión, pasaron de atravesar desiertos a cruzar océanos en embarcaciones de tablas embastadas con velas latinas como esta, realizando campañas nómadas de varios años de duración. La pregunta es: ¿llegaron hasta el estrecho de Gibraltar?

Navegar por un desierto puede, de esta forma, llegar a ser algo parecido a navegar por mar, siempre y cuando la civilización protagonista sea capaz de construir las embarcaciones adecuadas. Severin sigue proporcionándonos un hilo conductor: «Por lo general, se considera a los árabes como un pueblo del desierto cuya vida y cultura había sido configurada por los desiertos de sus tierras interiores. Pero es cierto sólo en parte. Los árabes también han suministrado algunos de los navegantes más aventurados y diestros registrados en la historia. Doce siglos atrás, los navegantes árabes se embarcaban en viajes que podían durar hasta tres o cuatro años antes de regresar junto a sus familias». Un pueblo nómada, en efecto, lo lleva en la sangre, ya sea por tierra o por mar. Para demostrarlo, en 1980 Severin construyó un tangón, embarcación árabe con el casco de tablones de madera embastada, de 24,5 metros de eslora propulsado por dos grandes velas latinas con el que navegó ocho meses desde Omán hasta la India y Sri Lanka, cruzando el golfo de Bengala y el mar de la China meridional para rendir finalmente viaje en Hong-Kong. Los árabes, en efecto, habían navegado entre los siglos VII y X a lo largo de esta ruta comercial, como demuestra la vieja narración *Los viajes de Simbad de los mares*, que data de entre el 786 y el 809 d. C. La pregunta es: ¿pudieron haberlo hecho en otras rutas?

Volvamos a nuestra crónica. Sólo cinco años después de la desaparición de Justiniano y Belisario en 565, «veintitrés años después del año del elefante», es decir, en 570, vino al mundo en La Meca un personaje único que dejaría profunda impronta en la humanidad. Siendo así, no tiene nada de extraño que los prodigios comenzaran incluso antes de su nacimiento: su madre embarazada, Amina, vio una luz que salía de ella iluminando los palacios de Siria, a más de mil kilómetros. De pequeño, tenía sueños estremecedores; enigmáticos hombres de blanco lo abrían en canal, le sacaban el corazón, lo abrían y encontraban una pepita negra que arrojaban lejos. Tuvo una infancia difícil: su padre, Abdallah, falleció antes de que él naciera; su madre, cuando cumplió seis años y su abuelo, que lo adoptó –el poderoso Abdul-Muttalib, de la tribu Quraish o coraichitas, que había contratado a su nodriza, Halima–murió cuando tenía ocho años. Tuvo que ser un experto caravanero que hacía la ruta de Siria a La Meca, su tío Abu Talib, quien se quedara con Muhhammad (Mahoma, el 'muy alabado') que siguió produciendo milagros allá por donde pasaba. En una ocasión, llegando a Siria, un monje cristiano llamado Bahira vio cómo, en un día de sol agobiante, una nube iba siguiendo la caravana de Abu Talib hasta la arboleda donde acamparon. Entonces, los propios árboles se inclinaron hacia Mahoma y el monje decidió acercarse a conocerle. Una vez examinado su cuerpo, descubrió en él varias señales, como el Sello de la Profecía en su espalda; luego le hizo una especie de examen oral, coincidiendo puntualmente sus respuestas con lo que Bahira había leído en textos sagrados. Así pues, concluyó que Mahoma debía de ser el enviado de Dios.

Bahira informó a Abu Talib del hecho, exhortándole para que protegiera al muchacho pues, casi con toda probabilidad, era el profeta. Abu Talib no dudó en

restituir a su sobrino lo antes posible a La Meca. En aquella época, este enclave, aparte de encrucijada de caminos y base de los caravaneros árabes, era ciudad sagrada como sede de la Kaaba o Cubo, casa rectangular donde se halla la Piedra Negra (probablemente un trozo de meteorito) que los musulmanes adoran por su procedencia celestial. Los árabes coraichitas, tribu dominante en La Meca, tenían como deidad principal a Alá, que significa 'Él', con mayúscula. Con todo lo que le había sucedido, no es de extrañar que Mahoma despertara interés entre los mequíes; conoció a Jadiya, rica viuda quince años mayor que él con varios hijos, a la que Mahoma desposó con veinticinco años y con la que tuvo a Fátima, la más notable de sus hijas. También adoptó a Alí, hijo de Abu Talib, formando así un primer núcleo de incondicionales. Mahoma nunca supo escribir, ni tampoco estaba seguro de las afirmaciones de Bahira. Pero en La Meca, gracias a un primo cristiano de Jadiya, Ibn Naufal, pudo estudiar en profundidad las Escrituras, asumiendo poco a poco su papel. A menudo iba a meditar al monte Hira durante el mes santo de Ramadán, en completa soledad.

No fue cosa de un día; en el año 610 d. C. había cumplido ya los cuarenta, cuando, hallándose en el monte, se le apareció el arcángel Gabriel, confirmándole con violencia inusitada que era el mensajero de Alá. Se lo contó a Jadiya y esta estuvo de acuerdo, alentándole. Desde entonces, entraba en trance frecuentemente, convenciéndose de la misión que tenía por delante. Sus fieles aumentaron con la adición de Zaida y un coraichita influyente llamado Abu Bakr, del clan Taim. Detrás de él llegaron otros cinco «apóstoles» que capitanearon sus huestes y se encargaron de poner por escrito sus palabras, dando así origen al Corán, palabra que se puede traducir como «lectura» o «recitación», pero que comprenderemos mejor con su verdadero significado de «revelación». Alá hablaba por boca de Mahoma y este dictaba para quedar consignado en el Corán, el libro sagrado. A diferencia de la Biblia, es una obra de un solo hombre que proporciona fundamento escrito al islam. Establecida la doctrina de la fe, Mahoma inició modestamente la predicación y proselitismo en La Meca; estaba dispuesto a incorporar tradiciones como la peregrinación a la Kaaba y la poligamia, pero algunos se resistieron, sobre todo cuando quiso abolir el tradicional credo politeísta árabe y, sobre todo, el gran negocio de la esclavitud. No obstante, entre los peregrinos que acudían a La Meca siempre tuvo mucho éxito. Más adelante, perderá a Jadiya; Mahoma se casó con la hija de Abu Bakr, Aicha, y también con otras mujeres. Siguió teniendo visiones y desde Medina lo invitaron a predicar en esta ciudad.

Así que cuando el omeya coraichita Abu Sufyan quiso liquidarlo en complicidad con algunos componentes de las tribus Abd Sams, Zuhra y Mahzum, Mahoma optó por aceptar la invitación, escapando por los pelos el día de la fuga o migración, la Hégira, que hizo junto al leal Abu Bakr en el año 622 d. C. Otros de sus seguidores ya habían emigrado a Abisinia en el 615 d. C. En Medina lo recibieron con tanto entusiasmo que Mahoma tuvo que dejar decidir a su camello dónde alojarse. Cuando el animal se detuvo, construyó allí una casa y la primera mezquita, donde se instauraba la liturgia que ha llegado hasta nuestros días. Mahoma fue su primer practicante, exclamando «¡Alá es grande!» para luego postrarse tres veces, rostro en suelo, mirando a Jerusalén. Luego la cambiaría por la famosa frase: «No hay más Dios (*illah*) que Dios (*Allah*)», que distingue a un musulmán practicante, mudando el punto de referencia a La Meca. Estos son los rasgos distintivos del islam, que significa 'paz en Dios'. Los fieles son los musulmanes, «aquellos que han hecho la paz sometidos a la voluntad de Dios». Las dificultades eran infinitas, pero se acababa de poner el germen de una religión que hoy practica un porcentaje muy alto de la humanidad, pues prácticamente no existe un continente donde no esté presente.

Mahoma se vio pronto dueño de Medina, procurando conciliar a los que llegaron con él y los medinenses, enfrentados. Pronto pasó de profeta a la altura de Jeremías, Ezequiel, Abraham, Moisés e incluso Jesucristo –fundador de una comunidad de creyentes (*umma*) con el islam como fundamento– a caudillo militar. Lo hizo posible asumiendo la yihad, es decir, la guerra santa, cuando se es atacado, tratado injustamente o perseguido. Así, la guerra contra los infieles es sólo una parte de la yihad, que requiere provocación previa. En su ejecución, Mahoma distinguirá dos clases: las *saraya*, o incursiones y las campañas, o *magazi*. Ante la perplejidad que esto pueda provocar, Montanelli lo tiene muy claro: «Nada tenía de "santo" en el sentido que los cristianos damos a este atributo». Aparte de la guerra y la prédica, a Mahoma le gustaban, según sus propias palabras, las bellas mujeres, los buenos olores y las plegarias santas; articuló la promesa del paraíso para los mártires, aunque no imaginaba que alguien se fiara lo suficiente de sus palabras como para estrellar un avión de pasajeros contra un edificio de ciento diez pisos algunos siglos más tarde, como llegaría a suceder.

Incorporadas las ideas a la acción, esta se inició inmediatamente con las *saraya*, atacando los seguidores de Mahoma las caravanas que iban y venían a La Meca. Si el cristianismo fue, en sus orígenes, doctrina subversiva reivindicada en el martirio, el islam comenzó a ponerse en práctica con el bandidismo en ruta. Precisamente, una incursión dio lugar a la batalla de Badr en el año 624; puesto al corriente Abu

Sufyan de que iba a producirse un ataque a una caravana, hizo salir un destacamento masivo de La Meca en su apoyo, pero fue vencido por los musulmanes. A estos, dada su inferioridad, les pareció milagroso. Mahoma no participó, pero la victoria aumentaba su prestigio. Sus enemigos no quedaron satisfechos y, al año siguiente, marcharon con tres mil hombres contra Medina, acampando en la montaña de Uhud. Atacados por el propio Mahoma, cuya tropa de un millar de jinetes y arqueros mandaba su tío Hamza, cuando este creyó haber ganado lanzó a los suyos al saqueo, momento en el que los de La Meca reaccionaron, poniendo en fuga a los musulmanes. Hamza murió y Mahoma resultó herido de un espadazo. Llegaron entonces días duros, pero el islam demostraría no mucho después (627 d. C.) haberse recuperado de la derrota. Convirtieron el perímetro de Medina en un infierno de trincheras y trampas que los de La Meca no se atrevieron a atacar. El islam, una vez más, se había salvado. Tras la victoria, Mahoma hizo elegir a los hebreos de Medina entre convertirse o morir; eligieron la muerte, siendo degollados seiscientos.

Inició entonces una política de distensión con La Meca, pidiendo permiso para peregrinar. Se lo concedieron y Mahoma entró en su ciudad natal con dos mil musulmanes. Deslumbraron de tal modo a sus paisanos con su devoción ante la Piedra Negra que, de regreso a Medina, la tropa ascendía a cinco mil; suficientes para regresar a continuación (630 d. C.), pero en «modo *magazi*», es decir, para poner sitio a La Meca con una multitud de diez mil seguidores. Abu Sufyam le abrió las puertas de la ciudad, rindiéndose. La Meca fue proclamada entonces ciudad santa –ya lo era–, pero del islam, la gran novedad. Mahoma acababa de fundar un estado autocrático con él mismo como intérprete de Dios y máximo e incontestable dirigente, puesto que el islam no admite ni la libertad de culto ni la de opinión. Practicando desde el comienzo la tolerancia cero con las burlas, el propio Mahoma hizo apuñalar a un poeta y a una poetisa medinenses en cuyos versos creyó que se reían de él. Los dos años restantes de su vida gobernó «con autoridad y clemencia», falleciendo por fiebre persistente en el año 632 d. C., en brazos de su esposa.

Tomó el relevo su suegro, Abu Bakr, nombrado jalifa, es decir, califa, sucesor del Profeta. Este árabe maduro y con sentido común comprendió que el objetivo inmediato era la unidad musulmana de Arabia, sometiendo a las tribus rebeldes tras una batalla-emboscada. Conseguido esto, las vanguardias del islam –pequeñas partidas de bandidos del desierto– se abrieron camino más allá. Ya lo habían hecho en tiempos del Profeta, tras la batalla de Badr, cuando tropezaron en Muta, al este del mar Muerto, con un pequeño destacamento bizantino que fue aniquilado. Ahora, Abu Bakr envió a su mejor guerrero, Jalid ibn al-Walid, famoso por un triunfo en Akraba sobre los de La Meca, con medio millar de hombres para penetrar en Irak, mientras otros tres contingentes marcharon a Siria en apoyo de los árabes cristianos, rebelados contra los impuestos bizantinos. Las instrucciones fueron simples y concretas: «Sed valerosos y justos. Morid antes que rendiros. No toquéis a los viejos ni a los niños. Ahorrad los árboles, el ganado y el trigo. Proponed a los infieles la conversión. Si la rechazan, que paguen un tributo. Si no lo pagan, matadlos». Hoy nos parecen bárbaras, pero a mediados del siglo VII, eran condiciones muy clementes, incluso magnánimas.

Lo sustancial de la expansión árabe no fue quiénes o cuántos la hicieron ni el mensaje que llevaban, sino, de forma específica, el momento en que se hizo. Difícilmente pudo haberse escogido mejor: el Imperio bizantino y el persa, exhaustos tras larguísimos años de guerra, vegetaban exánimes y sin ganas de luchar cuando Jalid llegó con sus guerreros del desierto. Los sucesores de Justiniano (Justino II, Tiberio, Mauricio y Focas) habían gobernado desde el año 565 al 610 d. C.; la guerra con Persia, iniciada en el 572, cesó con una tregua comprada por Mauricio en el 591, tras veinte años de conflicto, pues el peligro en Europa con las acometidas de los ávaros, de origen tártaro, y de los eslavos era inminente. Fue Focas quien, en el 604, logró al fin parar los pies a los ávaros, que habían llegado al Danubio, volviendo el peligro al este. Allí, el rey persa Cosroes II emprendió en el 608 una nueva ofensiva, llegando hasta los Dardanelos para asolar Siria, tomando Damasco en el 613 y Jerusalén al año siguiente, donde se apoderó del madero santo del Calvario, es decir, la reliquia de la Vera Cruz. Finalmente, en el 619, los persas entraron en Egipto, la joya del Imperio de Oriente, conquistándolo con toda facilidad.

Era intolerable. Un nuevo emperador, Heraclio, viendo que los ávaros volvían al ataque, llegó a pensar incluso en trasladar su sede a Cartago, pero el patriarca de la Iglesia ortodoxa se lo impidió, proclamando la que realmente fue primera cruzada para rescatar los Santos Lugares y la Vera Cruz. Heraclio entró en campaña en el 623, pero los ávaros, eslavos y gépidos lograron poner sitio a Constantinopla en el 626, salvándose la urbe gracias a su dominio del mar. Pudo entonces el emperador bizantino invadir Persia, derrotando a Cosroes II en Nínive a finales del año 627. Lograba así la paz en el este, recuperando Jerusalén la Vera Cruz en el 630, justo cuando Mahoma arrancó La Meca de manos de Abu Sufyam, como dijimos. Persia había sido destruida como potencia militar pero, tras casi sesenta años de guerras, Bizancio estaba agotado. Heraclio dejó en Damasco un ejército a cargo de su

hermano Teodoro que, conocedor del avance y número de Jalid, procedió contra él. Pero el árabe, con gran habilidad, se unió a las tres columnas enviadas a Siria, derrotando decisivamente a Teodoro en Aynadayn, entre Jerusalén y Gaza, en el año 634. Con esta victoria concluía el breve califato de Abu Bakr, al que sustituyó Omar, gran organizador que encabezó el estado musulmán en una década decisiva.

Porque Jalid, reforzado por diversas tribus árabes hasta alcanzar los veinticinco mil hombres, prosiguió tras su victoria la ofensiva. En el 635 se apoderó de Damasco y Emesa, alarmando a Heraclio hasta el punto de enviar otro ejército de cincuenta mil hombres que, al mando de Teodoro Triturio, se enfrentó a los árabes en Yarmuk, Transjordania, durante el verano del año 636. Fue una batalla durísima y decisiva; el orden bizantino resistió ante las incansables acometidas de la caballería árabe hasta que ya no pudo más. Entonces cedió el Imperio, y lo hizo para siempre, entregando todo Oriente Medio al invasor mientras corría a refugiarse tras las murallas de Constantinopla. En el 638, tras cuatro meses de asedio, entraron los musulmanes en Jerusalén, cayendo en sus manos la Vera Cruz, rescatada sólo ocho años atrás por Heraclio, muerto el año 641 con toda su ejecutoria desmantelada.

De forma increíble, los árabes también tuvieron para los persas, provocando su colapso total: el jefe de tribu Mutana derrotó, con gente de Medina, a los persas en Buwaib, al sur de Kufa, en el 635. En dos años, toda Mesopotamia fue conquistada, perdiendo los persas una batalla tras otra y cayendo Babilonia en el año 641. En el 640, los ejércitos musulmanes de Amr ibn al-As habían llegado a Pelusio, en Egipto, lo tomaron y luego derrotaron a los bizantinos en Heliópolis. Finalmente, los árabes realizaban su entrada en Alejandría en septiembre del 642, tocando aguas del Mediterráneo, donde muy pronto habrían de internarse. Los bizantinos contratacaron desembarcando tropas, para recuperar Alejandría por muy poco tiempo. Las instrucciones de Omar para los libros de la biblioteca fueron tan escuetas como las de Abu Bakr en su día: «Si esos libros coinciden con el Corán, no hacen falta; si están en desacuerdo, son perniciosos, así que destruidlos de todos modos». Los ejércitos invasores prosiguieron camino hacia Nubia conquistando todo Egipto, que recibió una nueva capital, Al-Fustat, origen de El Cairo.

Tras las impresionantes conquistas logradas bajo su gobierno, Omar falleció en el 644, ocupando su puesto Otmán. El máximo esfuerzo árabe se dirigió entonces contra el Imperio bizantino, cuya flota era el último baluarte capaz de defenderse fuera de las murallas de Constantinopla. Otmán era muy consciente de ello, reclutando una flota que derrotaría decisivamente a los bizantinos en el año 655 d. C. Apenas tenemos detalles de esta batalla naval, que pudo haber sido decisiva, pero no lo fue. Los árabes, forzosamente, tuvieron que construir sus barcos en Alejandría y las ciudades fenicias de Tiro y Sidón, reclutando miles de mercenarios de aquellos lugares para tripularlos, pues los árabes del desierto, aunque supieran navegar, todavía no habían tenido tiempo material para convertirse en marineros. No hacía falta: las tierras conquistadas tenían suficientes habitantes que odiaban a muerte la dominación bizantina y se alistaron bajo las banderas del islam.

La victoria no fue importante puesto que, en retaguardia, el llamado «califato ortodoxo», constituido por familiares o amigos directos que habían conocido a Mahoma, estalló en guerra civil. La crisis económica árabe había llevado al asesinato de Otmán. Los medinenses nombraron califa a Alí, yerno del Profeta, pero los seguidores de Otmán, entre los que destacaba la familia de los omeyas, preferían a Muawiya, gobernador de Siria y primo del finado califa; por último, estaba Aisha, viuda de Mahoma e hija del califa Abu Bakr, que tenía mucho que decir. Hubo una confusa batalla en Kufa, en el 656, que ganó Alí frente a Aisha pero nada consiguió frente a Muawiya, que no reconocía su poder. Quedaron así formadas tres «familias» musulmanas: los chiíes o partidarios de Alí, los jariyíes, que defendían que cualquier musulmán piadoso podía ser califa y los suníes, que apoyaban a Muawiya y a los omeyas. La muerte de Alí en el 661 d. C. dejó como heredero a su hijo Hassan, hijo de Fátima y nieto de Mahoma, que renunció en favor de Muawiya quedando la dinastía omeya instaurada para casi un siglo, con capital en Damasco.

Debido a estas peleas internas entre los árabes, no se pudo aprovechar la victoria naval del año 655, conocida posteriormente como batalla del Fénix. Sintiendo insegura su retaguardia, Muawiya hizo las paces con Bizancio en el 659, pero diez años después, consolidada su posición, capital y dinastía, volvió a la carga, invadiendo Tracia en el 669 d. C. y reclutando una segunda flota para conquistar el Bósforo. Pero, en esta ocasión, reinaba en Bizancio Constantino IV, de la dinastía de Heraclio, que supo hacerle frente puesto que había podido reconstruir la flota imperial. Muawiya arreció en sus ataques hasta el año 677, pero nunca logró superar este obstáculo. Finalmente, una gran borrasca desmantelaba la flota árabe, cuyos restos fueron aniquilados por los bizantinos. Vemos así cómo la primera expedición árabe en el Mediterráneo, la de los años 655-677, terminó en fracaso por la falta de unidad interna y la inclemencia meteorológica, como ya les había sucedido a los visigodos. Probablemente, los árabes se dieron cuenta de que necesitaban verdaderos marinos musulmanes y no reclutados o asimilados entre las

fáciles conquistas. En suma, echaron de menos a sus avezados navegantes del océano Índico.

Mientras tanto, el impulso del islam había continuado con la invasión de Cirenaica por parte de Amr ibn al-As, conquistador de Egipto. Durante el año 643 siguieron avanzando hasta llegar a Túnez, donde fundaron el enclave de Kairuán. Les llevó, sin embargo, largo tiempo conquistar ciudad tras ciudad de los bizantinos; en el 680 falleció Muawiya, heredando el califato de forma sucesiva Yazid, Muawiya II, Marwan I y Abd-al-Malik, que tomó definitivamente Cartago en el 695 d. C., ciudad que pasaba así, de forma singular y en nueve siglos, de ser cartaginesa a romana, luego vándala, posteriormente bizantina y, por último, musulmana, en increíble crisol de culturas. Los árabes, tras su fulminante expansión en poco más de medio siglo, pudieron detenerse con esta notable conquista, mas no lo hicieron, puesto que su objetivo era convertir el Mediterráneo en lago del islam; mientras, por Oriente, sus vanguardias ya estaban llegando hasta Afganistán, Samarcanda, los límites de China y el Punjab.

Seguir hacia el oeste, a través del Atlas y el Rif: esa fue la consigna del siguiente califa, Al Walid, que había subido al trono en el 705. Así fue como, en el año 710, el islam alcanzaba el océano Atlántico en tierras marroquíes. El gobernador de Ifriqiya, Musa Ibn Nusair, ordenó a su lugarteniente Tariq ibn Ziyad que cruzara el estrecho de Gibraltar para conquistar las feraces tierras de al-Ándalus. De nuevo, una increíble fortuna favoreció al islam, puesto que el reino visigodo, instalado a la sazón en Hispania, atravesaba por un crítico momento de debilidad. Veamos someramente cómo había llegado hasta él. En el año 507, el reino visigodo de Tolosa, al otro lado de los Pirineos, sufrió una inoportuna derrota a manos de los francos de Clodoveo en la batalla de Vouillé. La derrota supuso el fin del reino, pasando los visigodos –al mando de Teudis y Teudisclo– a instalarse en la península ibérica, la cual conocían desde la odisea de Valia y sus campañas contra suevos, alanos y vándalos. Durante la larga guerra de conquista de Italia y África, llevada a cabo por Justiniano y Belisario (533-554), los visigodos de Hispania se aliaron con el Imperio, llegando incluso a desembarcar en Ceuta para operar contra los vándalos y amenazar la retaguardia de Gelimero, en el año 542 después de Cristo.

Bizancio no olvidaría, sin embargo, que a continuación, en el reinado de Teodorico, los godos de Hispania habían caído bajo la órbita ostrogoda. Exterminados estos en Italia por las victorias de Narsés en el 555 d. C. Atanagildo tuvo que solicitar la ayuda de Bizancio para proclamarse rey, reintegrándose así bajo férula bizantina. Le sucedió el duque de Septimania, Liuva, y después el hermano de este, Leovigildo que de 572 a 586 estableció un nuevo reino a imitación del de Tolosa, en Toledo. Este rey godo se hizo famoso por tener que matar a su hijo Hermenegildo, que quería ser cristiano católico cuando su padre era arriano. Por último, su hermano Recaredo se convirtió al cristianismo en 589, deteniendo a los francos predecesores de Roncesvalles. Sería finalmente Suintila quien, reinando del 621 al 631 d. C. –en plena debilidad de Bizancio por sus guerras contra avaros, eslavos y persas, preparándose Heraclio para sus trascendentales campañas–, logró echar de la península ibérica a los soldados imperiales, quedando por primera vez el reino visigodo independiente y dueño de sus destinos en Hispania.

No le serviría de mucho; el mismo Suintila fue depuesto en el año 631 por Sisenando, que reinó en tiempos de Mahoma para ser, a su vez, destronado por Chintila, tras el que llegó Tulga y, posteriormente, en el 642, Chindasvinto, protagonista de una tremenda purga de varios centenares de nobles y vasallos para dejar establecido su poder y el de su sucesor Recesvinto. Pero el forcejeo entre monarquía y nobleza continuaba, trayendo la proclamación como rey de Wamba en el 672, tras lo cual estalló la guerra civil, curiosamente no mucho después del fin del califato ortodoxo en tierras de Arabia. Con mano de hierro, Wamba arrestó al duque Paulo y quiso imponer el reclutamiento obligatorio, pero una conjura le depuso, pues fue narcotizado para cortarle el pelo, privándole así de su autoridad. Tras Ervigio y la reina Liuvigotona, Égica, familiar de Wamba, recuperaba el poder, siendo sucedido en el 702 por Witiza. Depuesto este por la nobleza, emerge Rodrigo como nuevo líder de los sublevados.

AL-HARIRI. *Maqamas* (1237). Biblioteca Nacional de París, Francia. Los grandes *dhows* actuales de motor del golfo Pérsico son herederos de aquellos que, como este *ganga* o *tangón*, cruzaron el mar Rojo y los estrechos de Bab-el-Mandeb y Ormuz para aventurarse por el océano Índico, rumbo a la India y Malasia cargados con todo tipo de mercancías.

Pero los partidarios de Witiza proclamaron rey a Agila en contra de Rodrigo. ¿Tuvo alguno de ellos la tentación de contactar con el norte de África en busca de ayuda? Es posible. No sin traspasar los límites de la leyenda, Fuller nos dice que un tal Julián, gobernador bizantino de Ceuta, estuvo dispuesto a cooperar con Tariq y Musa, cuyas intenciones declaradas, al fin y al cabo, eran sólo realizar correrías y saqueos por el reino visigodo. Puede que Julián, en vez de bizantino (recordemos que Suintila los había expulsado definitivamente) fuera un noble visigodo del partido de Witiza y Agila, opuesto a Rodrigo. Contar con unos centenares de aguerridos jinetes númidas musulmanes tal vez podía ser buena baza a favor de Agila. Si fue así, este error, tantas veces repetido en la historia, daría origen a la invasión musulmana de la península ibérica.

No está tan claro, sin embargo, la filiación de Julián, ni que este no sea sólo un personaje legendario que nunca existió. Siguiendo la narración de Fuller, Julián disponía de cuatro barcos con los que, en el 711, pasaron (en varios viajes) siete mil soldados árabes a la península ibérica. Esta, sin duda alguna, es una de las flotas más misteriosas que han existido, de la que prácticamente ningún otro cronista sabe dar razón. ¿Fueron buques bizantinos los que pasaron el germen de la conquista árabe a Hispania? No olvidemos que Constantinopla fue asediada por el islam tres veces, por tierra y mar, en los períodos 668-669, 674-680 y 716-718, es decir, abarcando el 711 en que se registra el cruce del estrecho. ¿Tiene sentido suponer que, mientras Constantinopla era asediada, en el otro extremo del Mediterráneo un bizantino resentido por la expulsión de Suintila facilitó el paso a las hordas musulmanas? Sorprendentemente, sí lo tiene; y en esta incógnita de quién y por qué facilitó el paso a Hispania del islam, reside el auténtico misterio de la invasión árabe de Hispania.

Conseguido el cruce de la partida de Tariq, todo fue muy rápido. Al año siguiente, el gobernador de Ifriqiya, Musa, pasó con todo un ejército, también a bordo de una flota cuya procedencia desconocemos. Mientras tanto, sin esperar a su superior, Tariq se había abierto paso por la vega del Guadalquivir encontrando las fuerzas de Rodrigo junto a la llanura de la Janda, en el río Salado (luego Wadi Bekka); en pleno combate, la fracción del ejército godo partidaria de Agila se pasó a los musulmanes, provocando la completa derrota de Rodrigo. Imparable, Tariq venció también la oposición en Écija y llegó incluso a ocupar Toledo, capital del reino visigodo en Hispania, que tocaba así a su fin. Por su parte, Musa logró un avance igualmente rápido, llegando a Zaragoza; momento en que fue llamado a consultas por el califa Al Walid desde Damasco por sus diferencias con Tariq. Ocupó su puesto Hurr, que condujo el paso de los Pirineos en el 717, entrando en Narbona dos años después y poniendo su lugarteniente Samh sitio a Tolosa –sede del primer reino visigodo– en el 720. En el 725, la horda musulmana llegó a Nimes, alcanzando Borgoña por el valle del Ródano. La idea era regresar a Damasco vía Constantinopla, pero los francos de Carlos Martel les pararon decisivamente los pies en Poitiers (732).

La misteriosa flota con la que los contingentes musulmanes pasaron a la península ibérica no tuvo necesariamente que ser de origen bizantino. Desde el final del reino vándalo en Cartago, dos siglos atrás, el norte de África tenía suficientes puertos y abrigos como para haberse transformado en un nido de piratas y saqueadores oportunistas que, al llegar los árabes, prometieron sumisión al islam, poniendo a su disposición los barcos necesarios. La última posibilidad es más remota, pero igualmente viable: casi medio siglo después de la primera campaña árabe en el Mediterráneo (año 655), ¿tuvieron tiempo los barcos y carpinteros del Índico de llegar a las proximidades del estrecho de Gibraltar? Tarde o temprano lo hicieron, eso es

un hecho, puesto que embarcaciones como la faluca son directamente antepasadas de los faluchos españoles, los *gozzi* sardos o los caiques griegos, mientras que las grandes gangas, derivadas de los *dhows* del mar Rojo y el océano Índico, son precedentes de los jabeques mediterráneos. Estos bajeles llevaban ya las dos grandes aportaciones árabes a la navegación: el timón de codaste y el aparejo de grandes velas latinas triangulares que no tardaría en incorporar el buque de guerra mediterráneo por excelencia surgido en la Edad Media: la galera.

Lo cierto es que, si estos buques no sirvieron en el «cruce del estrecho» de Tariq y Musa, forzosamente tuvieron que hacerlo en la invasión almorávide de la secta de Yusuf ibn Tasfin en 1086 y también llevando a bordo a los almohades o unitarios de Ibn Tumart, en 1121, en sendas invasiones peninsulares, cuando las embarcaciones de origen árabe reinaban prácticamente en el *Mare Nostrum*. Extinguida hoy día, prácticamente, toda esta familia de buques de esas aguas, nos parece de interés reproducir un párrafo del libro *El viaje de Simbad*, de Tim Severin, que tal vez el aficionado naval sepa apreciar:

> Los sonidos a bordo de un velero medieval árabe son únicos. El gemido y el rechinar de la madera y las cuerdas, acompañamiento constante de nuestras vidas, habían comenzado a adoptar características especiales. Estaba el rechinar estridente de las cuerdas de fibra de coco que sostenían el mástil, un sonido diferente al que emitía cualquier otro tipo de cuerda y que variaba con el ángulo y el ritmo de desplazamiento de la nave. Luego se hallaba el ruido sordo, suave y regular de la caña del timón rozando ligeramente los cordeles con cada ola que pasaba debajo del barco, seguido por un ocasional chapoteo moderado de los motones cuando el timonel corregía el rumbo. Desde muy arriba llegaba un sonido tenue e irritante cuando los palos grandes rozaban los mástiles; para evitar el roce, cada percha iba envuelta en un gran fajo de corteza de coco cosido a una funda de lona. Docenas de juntas de madera hablaban suavemente en cada parte del casco mientras el barco se abría paso a empellones a través de las olas. Los grandes tablones de la cubierta inferior se deslizaban de arriba abajo, uno contra otro, en sintonía con la ligera flexión del casco y en mi cabina hasta podía detectarse un leve cambio en la dirección o velocidad del viento sin necesidad de subir a la cubierta del Sohar. El susurro del agua a lo largo de las bandas del casco indicaba la velocidad de la nave, y el ángulo de escora del Sohar era marcado por pequeñas gotas de humedad que se filtraban a través de los tablones sin calafatear en el nivel exterior de agua.

Esta pudo ser la música que acompañó la deslumbrante operación anfibia que desembocó en la ocupación musulmana de la península ibérica, una invasión occidental inesperada, fulgurante y, como se diría en nuestros días, con una relación coste-eficacia sobresaliente.

La otra gran invasión medieval en operación anfibia fue completamente diferente. El paso de los normandos del continente a las islas británicas en 1066 no fue, como el de los árabes tres siglos antes, el primer paso de una etnia invasora para apoderarse de un territorio. En realidad, las misteriosas islas entre brumas, las Casitérides de los cartagineses, llevaban soportando invasiones vikingas desde casi trescientos años atrás, y no olvidemos que los vikingos eran antepasados de los normandos. Pero el primero que invadió el «país de las brumas» fue el propio Julio César que, en el año 55 a. C., cruzó el paso de Calais con dos legiones (unos 10.000 hombres), penetró hasta Kent luchando con indígenas muy violentos, y a las tres semanas regresó a las Galias. Volvió al año siguiente, pero con ochocientos barcos y cinco legiones, forzando a los britanos a someterse con su jefe, Casivelono, al frente. Sólo diez años después siguió el mismo camino Aulo Plaucio que, con cuarenta mil legionarios, conquistó Kent, llegó al Támesis y fundó en su ribera la ciudad de Londinium, proclamándose dueño de la nueva provincia (Britania) el emperador Claudio, desplazado a tal efecto.

Pero los naturales nunca renunciaron a la rebelión; en el año 60 d. C. la protagonizó la reina Boadicea, al norte de Colchester, siendo aniquilada. En el año 122 d. C. el emperador Adriano visitó Britania, decidiendo levantar una muralla de Carlisle a Newcastle para evitar los ataques de las pendencieras tribus del norte. En el 306, como sabemos por el primer capítulo, Constancio Cloro fue allí destinado con su hijo Constantino por Galerio para quitárselos de encima. A la muerte de su padre, de allí partiría Constantino el Grande para emprender el largo camino que le llevó a emperador y fundador del Imperio de Oriente. Algo parecido sucedió en el 367 d. C., cuando un valeroso general romano llamado Teodosio, que había derrotado a los pictos (entrando triunfalmente en Londres), fue luego destinado a África, donde lo mataron. Pero su hijo Teodosio el Grande llegaría, como sabemos, a emperador en el 379 d. C., alumbrando el sueño de integración con los bárbaros que perduró con su hija, la princesa Gala Placidia. No mucho después, en el 407, coincidiendo con la debilidad romana en los últimos tiempos de Estilicón, el Imperio de Occidente abandonaba Britania, dejándola a su suerte.

Esta suerte sería, inevitablemente, una nueva invasión procedente del continente, esta vez por parte de anglos y los sajones, tribus bárbaras emparentadas con los vándalos, es decir, de origen germano. Los anglos se establecieron en Anglia, al norte, y los sajones, al oeste, sur y este, zonas que denominaron, con criterio cardinal, Wessex, Sussex y Essex, respectivamente. Todavía más al norte, nació el reino de Mercia entre Anglia y el río Humber; todo parecía ir bien, pero otros bárbaros, los jutos daneses, estaban dispuestos sobre el año 600 d. C. (siglo de Mahoma y de la primera expansión árabe) a pelear por un trozo del pastel, pero fueron expulsados por la coalición anglo-sajona, que daba así origen al concepto de *Angle-land*, (England, es decir, Inglaterra). Por esta época (año 577) un monje llamado Agustín llegó a Kent y fundó Canterbury, cuna del cristianismo inglés.

Reproducción de un *drakkar* vikingo del siglo IX navegando a toda vela. La cultura vikinga, con una mitología rica en divinidades y figuras que rendían culto a la mar y al coraje bélico y la cultura de la madera más avanzada de su época, produjo las mejores embarcaciones de la Edad Media, inútiles para el combate barco a barco pero letales como armas estratégicas para penetrar profundamente el territorio enemigo.

En aquellos tiempos, el rey de Mercia, Penda, comenzaba a descollar sobre sus vecinos, a los que venció varias veces. Pero al final (año 654) los northumbrios lo derrotaron en Leeds. Su sucesor, Ethelbaldo, convirtió Mercia al cristianismo, pero en el 752 Mercia era derrotada por el reino sureño de Wessex. Asesinado Ethelbaldo, subió al trono el gran Offa de Mercia, que venció a Wessex en Oxford, devolviéndoles la pelota. Creó una moneda nacional y llevó su diplomacia al continente, firmando un tratado con Carlomagno y manteniendo correspondencia con el papa para fundar el obispado de Lichfield, independiente de Canterbury, en el 787. Falleció en el 796 d. C., dejando Mercia en la cumbre, pero amenazada desde el continente por un nuevo peligro, los vikingos, que hicieron su primera incursión sobre Kent en 787.

Hay muchas teorías sobre la procedencia de la palabra «vikingos»; se afirma que significaba 'guerreros' o, simplemente, hombres de las *vik* ('bahías'); incluso algunos dicen que el origen es la palabra *vig*, que, en islandés, significa 'lucha'. Lo cierto es que estos feroces bárbaros, procedentes de Noruega y Dinamarca (es decir, parientes lejanos de los visigodos), constituyeron una horda temible y de grandes recursos que asoló Europa durante tres siglos, hasta el fin del primer milenio después de Cristo. Su único objeto y ocupación era la guerra, pero no una guerra ciega y caótica, sino perfectamente articulada bajo mentalidad belicista a todo trance y con mitología no sin cierto parecido –de forma increíble– con la que refrendó Mahoma en lo referente a los caídos en batalla. Resulta verdaderamente singular que la península escandinava, con cinco siglos de diferencia, produjera tipos tan adaptables y bien dispuestos como los visigodos tan cerca de los agresivos e intratables vikingos, la única raza de la época, como nos recuerda Ponti, que rechazó la asimilación con Roma, mezclándose sólo, como vamos a ver, con otros bárbaros.

La primera clave de la que tenemos que hablar para comprender la belicosidad vikinga es su religión mítica. Resulta confusa y disparatada en ocasiones, pero trataremos de reseñarla someramente. De la arcilla del inframundo había surgido una detestable criatura gigantesca conocida como Ymir o Aurgelmir.Deambulando hambriento por la oscuridad, fue a dar con una vaca cuyas ubres exprimió a conciencia. Entretanto, el animal, para entretenerse, se puso a lamer un bloque de hielo del que salió primero Buri, el productor, y luego, a velocidad espeluznante, Bor, su hijo. Saciado, Ymir se echó una siesta y de su sudor nacieron hijos y de sus pies, gigantes. Encarnados así los buenos y los malos, Bor, por su unión con una giganta, tuvo tres hijos: Ve, Vili y el más popular y conocido, Odín. Odín era el dios de los vikingos. Del olimpo de Asgard, donde habitaban todos los dioses, se trasladó a su «casita» en el Valhala, el «lugar de los caídos escogidos», un palacio de quinientas cuarenta puertas donde vivía en compañía de su mujer, Frigga, diosa de las nubes de aspecto angelical pero caprichoso carácter, y sus múltiples hijos, el más famoso de los cuales era Thor, dios del trueno, cuyo martillo podía echar abajo un puente de un golpe.

Numerosos sirvientes, amigos y dioses acompañaban a Odín; pero el paraíso mitológico queda realzado por las famosas valquirias, amazonas vírgenes e inmortales que se encargaban de ir en busca de los caídos en batalla para llevarlos rápidamente al Valhala, donde les esperaba el impresionante festín de los héroes, donde corre el aguamiel por torrentes y la carne asada de jabalí no se agota jamás:

> Allí, a través de una batalla donde los hombres caen rápidamente, con sus caballos caminando sobre sangre, cabalgan ellas y escogen a los guerreros más valientes de la muerte, a los que traen consigo de noche hasta el cielo para que alegren a los dioses y festejen en el palacio de Odín.

Reconozcamos que, para tipos violentos e irrefrenables, la promesa es seductora; el único problema, como sucede en la yihad, es que una vez muertos, si la cosa no resulta como se había dicho no existe margen de reclamaciones.

La creación mitológica del hombre es también muy significativa y nos da la segunda clave para introducirnos en el mundo vikingo: Bor, Odín y sus hermanos acometieron a la bestia inmunda, Ymir, y la mataron, despedazándola. El cadáver fue muy bien aprovechado: «De la carne de Ymir se creó la tierra, de su sangre el mar, de sus huesos las montañas, de sus cabellos, árboles y plantas, de su calavera los cielos, de sus sesos todas las grandes nubes fueron creadas». El ser humano tuvo que esperar a que un día, paseando Odín con sus hermanos, se encontraran un trozo de fresno y otro de olmo con formas protohumanas. A Odín se le ocurrió que podía ponerles alma, añadiendo sus hermanos movimiento, sentidos, sangre y complexión saludable. El hombre, pues, procede de la madera, lo que nos lleva a una de las más asombrosas capacidades vikingas, configurándose como una auténtica «cultura maderera» que había avanzado en su manejo, utilización y empleo más que ninguna otra en Europa. Los vikingos no sólo hacían sus casas, sus armas, sus fortificaciones y sus barcos de madera, sino que sus carpinteros, en el siglo IX, eran los más competentes, eficaces y diestros de Europa.

Restos del *Skudelev II*. Museo de barcos vikingos de Roskilde, Dinamarca. No

son pocos los restos de embarcaciones vikingas que se han encontrado al sur de los países escandinavos, especialmente en las granjas noruegas alrededor de Oslo. Algunas se han restaurado y otras, como esta hallada en el fiordo de Roskilde, se ofrecen en versión original, mostrando su simplicidad de construcción en tingladillo y las afinadas líneas.

Puede que se rompan algunos estereotipos si decimos que los vikingos, lejos de llevar cuernos en los cascos, tenían como rasgo pintoresco devorar grandes cantidades de jabalí asado, quitando así todo su mérito al célebre e inexistente Obélix. Otras características notables eran sus demoledoras hachas de guerra, con las que causaban estragos, y sus barcos, que empleaban no sólo como transportes sino como auténticas armas de combate en todos los sentidos. Un trirreme romano o un dromon bizantino también eran armas de combate, pero de forma muy distinta: los barcos vikingos no tenían espolones ni arietes con los que perforar las unidades enemigas; fueron concebidos como agilísimas unidades, muy veleras y extremadamente manejables a remo, de bajo calado, capaces de penetrar profundamente dentro del territorio asaltado. En suma, se trataba de «espadas estratégicas» que, lejos de destruir buques adversarios, estaban diseñadas para perforar las defensas de un país, convirtiéndolo así en vulnerable.

Pensados para la resistencia y la velocidad, sorprendentemente prácticos y bien construidos, los barcos vikingos se debían a los carpinteros escandinavos y normandos, que desarrollaron el concepto de afinamiento para mejorar las cualidades marineras, manejando intuitivamente los momentos de inercia para crear embarcaciones con su resistencia longitudinal centrada sobre la quilla, punto de máxima solicitación en el centro del casco –sobre el centro de gravedad, donde iba el apoyo del palo– y extremos aligerados para un óptimo comportamiento en la mar, negociando las olas. Gracias a estas geniales inspiraciones, los vikingos dispusieron en su época de los mejores barcos del mundo, vulgarmente conocidos como *drakkars* ('dragones') que, tanto a remo como a vela, eran inalcanzables para un buque romano o árabe medieval y podían penetrar en el territorio más que ningún otro a través de los ríos. Lejos de ser un utensilio, para un vikingo un barco era una riqueza que formaba parte de su patrimonio, como una espada, joya o casa. Por ello, los vikingos y vikingas notables se enterraban a bordo de sus barcos, con sus animales, lo mejor de su ajuar y todos sus tesoros. Se trataba, así, de una cultura marinera de primera magnitud, de difícil acople con los árabes (menos «mojados») y absolutamente incompatibles con los romanos, de secano.

Los vikingos denominaban a sus embarcaciones *knerrir*, en general. No los dividían en dragones y serpientes, como dicen algunos, sino en buques clásicos de cabotaje o *karfi*, y grandes naves transatlánticas llamadas *hafskip* o *knörr*. Aparte, existían las falúas ceremoniales, como «yates de lujo» que sólo se podían permitir los poderosos, aptos únicamente para navegar dentro de los fiordos y adornados de proa a popa con dragones, serpientes y todo tipo de imaginería tallada. Un barco escandinavo podía tener de veinte a veinticinco metros de eslora, algo más de cinco metros de manga y sólo dos de puntal, para unas veinte toneladas de desplazamiento. La pieza clave (puede que su mayor aportación a la construcción naval mundial) era la quilla, columna vertebral y viga estructural que siempre se hacía de roble y con una sola pieza de unos veinte metros de largo, es decir, procedente de un ejemplar selecto y que probablemente el carpintero veía madurar durante años, introduciéndose en el bosque para encontrarlo e invocando a Vidar, dios fuerte y taciturno que personificaba las masas arbóreas. Las afiladas piezas del tajamar y el codaste también eran de roble, igual que la esbelta pala del timón, de unos tres metros, que se colocaba sobre su rótula en la aleta de estribor, de donde proviene esta misma palabra, *starboard*, lado del timón, mientras que el babor castellano en inglés es *port*, por donde se atraca al muelle para no romper la pala. El mismo eje permitía levantarlo al llegar a lugares de poco fondo.

El casco se construía con tracas (tablones) superpuestas en tingladillo y unidas por clavos de hierro; las juntas entre ellas se calafateaban con una mezcla de brea y pelos de animal, quedando completamente estancas. Se colocaban unas dieciséis tracas de pino por cada lado, nueve en el fondo de madera ligera, dos tracas fuertes aproximadamente en la flotación para dar robustez al vaso y el resto formando los costados. Luego se introducían las cuadernas, atadas a las tracas con tiras de ballena. El palo medía unos doce metros, era relativamente corto y estaba apoyado en un robusto tintero, segunda pieza clave del barco que transmitía el empuje de la vela cuadra a toda la embarcación. Las últimas tracas tenían dieciséis agujeros para los remos por banda –es decir, treinta y dos remeros por nave– y la delgadez suficiente para poner sobre la última los escudos, superpuestos unos a otros.

Las embarcaciones así obtenidas resultaban extraordinariamente robustas y, a la vez, livianas y ligeras; eran capaces de remontar a barlovento, aunque para ello debían estar muy bien manejadas. Los vikingos tuvieron que ser extraordinarios timoneles para controlar este tipo de embarcaciones con tan poca resistencia lateral mediante una delgada espadilla que sólo sobresale un metro bajo la quilla. Probablemente, cuando la marcha a vela se hacía complicada, arriaban trapo,

abatían el palo y «ponían el motor», es decir, se acoplaban todos a los remos y remontaban el viento si podían. Una vez dentro de ríos y estuarios, con las aguas quietas, estas grandes falúas de remo eran incomparablemente rápidas, furtivas y maniobrables. Sin duda, competían entre ellas, haciendo que los aterrorizados habitantes del Medievo invocaran al cielo en las iglesias: «De la furia de los nórdicos líbranos, buen señor».

A los salvajes vikingos, como es sabido, les importaba un ardite el miedo de sus víctimas, pero habrían palidecido de saber que Egir, dios del mar, y Kari, el aire, habían decidido usar la «Olla de Egir» –es decir, un temporal–, cuyas víctimas fueran a parar al «banquete de Egir» tras naufragar su barco. El destino de algunos de ellos, sin embargo, no fue este, sino ser enterrados en playas y dunas de Noruega, Suecia y Dinamarca con algún ilustre personaje a bordo, bajo toneladas de arcilla y turba a baja temperatura, lo que ha permitido su conservación. En el siglo XIX se encontraron en Noruega los primeros de estos barcos, llamados por el nombre de las granjas o predios donde aparecieron, todas del fiordo de Oslo; Gokstad, Oseberg y Tune. En la primera apareció, en 1880, un magnífico *karfi* que, restaurado, se expone en el Museo de barcos vikingos de Bygdoy, Oslo. Es una espléndida, sobria y bellísima nave de trabajo en la que se enterró a un poderoso señor, que se especula fuera Olaf Geirstadalv. En Oseberg se desenterró, en 1904, la barca ceremonial en la que se cree estaba enterrada la reina Åsa, abuela de Haroldo el de Hermoso Cabello. La esplendidez de sus tallas y que apareciera en ella un «poste académico» con cabeza de dragón ha inspirado a muchos, que no dudan en colocarlo en la proa de los *drakkars*, como mascarón, erróneamente. En Dinamarca aparecieron, en regular estado de conservación, las cinco naves de Roskilde, magníficos *hafskip* de sesenta y cinco pies que datan de los años 1000-1050 d. C., de las que se han restaurado dos. En Nydam también se encontró una magnífica falúa, también restaurada.

Drakkar de Oseberg. Museo de los barcos vikingos, Oslo (Noruega). Aunque el célebre barco de Oseberg no sea más que una inmensa falúa ceremonial en la que se enterró una reina con su doncella, no deja de sorprender por la calidad de su construcción y la elegancia de un diseño concebido para deslizarse fácilmente sobre las aguas. Los *hafskips* y *karfis* oceánicos eran más robustos y altos de bordas.

Los vikingos, aparte de letales y sorpresivos saqueadores costeros, fueron grandes navegantes oceánicos, capaces de aventurarse en las gélidas aguas atlánticas más de quinientas millas para descubrir Islandia en el 860 d. C., hazaña del sueco Gardar seguido en el 847 por Ingolfur Arnarson, exilado sin nada que perder. En el 982, Eric el Rojo, sin encomendarse a Dios ni al diablo ni organizar expedición alguna, llegó a Groenlandia ('Tierra Verde') cruzando el estrecho de Dinamarca. En el 986 condujo, esta vez sí, una expedición al oeste de veinticinco barcos, de los que sólo catorce llegaron a la Tierra Verde, quedando el resto como comensales del «banquete de Egir». Este último año parece que Bjarni Herjólfsson llegó a la península del Labrador, en Canadá, descubriendo así el continente americano cinco siglos antes de Colón, hecho que los nórdicos siguen reivindicando. Lo llamó Vinlandia, nunca se colonizó y Bjarni jamás tuvo la más remota idea de dónde había llegado, exactamente igual que don Cristóbal. El sistema de navegación vikingo nos lo explica Gwyn Jones en su famoso libro, puede que con no demasiada fortuna: navegaron basándose en la latitud (¿altura del sol?), el sol y las estrellas. No les vino mal, desde luego, el conocimiento de las costas, del vuelo de las aves, del color del agua y de las corrientes predominantes. Fundamentalmente,

dice, contaron con la ayuda de Dios (Egir, se supone, en este caso).

Es posible que, con intuición marinera, aproaran al oeste y manteniendo su barco a flote y navegando durante el plazo necesario –una semana aproximadamente, con singladuras entre noventa y ciento veinte millas– llegaran a Islandia, Groenlandia y, probablemente, Labrador, regresando por la misma ruta (siguiendo un paralelo) para contarlo. Es decir, usaron su gran pericia y habilidad náutica para «abrir» el horizonte. No olvidemos que el banquete de Egir debe estar repleto de navegantes que se han apoyado en el vuelo de las aves y el color de las aguas como bagaje para pilotar la embarcación. Se trató, realmente, del gran logro marinero al que se hizo acreedora una cultura naval de primer orden. Para demostrarlo, en 1893 el capitán Magnus Andersen hizo una reproducción del *karfi* de Gokstad, al que llamó *Viking*, expuesta hoy día en el Lincoln Park de Chicago, que hizo la travesía transatlántica sin incidentes.

Debemos, pues, concluir que los vikingos fueron notables navegantes y constructores de barcos, posiblemente los mejores de su época, aparte de feroces saqueadores, agresivos monstruos y verdadero terror europeo entre los siglos IX y XI. No obstante, muy al fondo, también debían de tener cierto sentido del humor, como demuestra una deliciosa historia rescatada de su mitología y que no podemos resistirnos a reseñar: es la del barco gigante o *Mannigfual*, una embarcación tan sumamente grande para los parámetros escandinavos que el capitán tenía que montar a caballo para alcanzar la proa o la popa. Inevitablemente, desde los ríos donde se construyó hasta el mar iba embarrancando y tocando fondo en todas partes, por lo que hubo que alijarlo de gran parte de su lastre, dando así origen a conocidas islas nórdicas. Pero eso no es todo: navegando hacia el sur por el mar del Norte, el espacio de aguas libres se fue estrechando hasta el paso de Calais, tan angosto que se llegó a dudar que el *Mannigfual* pudiera pasar por allí. En efecto, nada más llegar a Dover se quedó enganchado en la «ranura». ¿Qué hacer? A los vikingos no se les ocurrió otra cosa que embadurnar los costados de jabón, gracias al cual el gigantesco barco pasó escurriéndose como una anguila. Esta es la razón de que los altos acantilados de Dover sean blancos.

Cuando los vikingos inician sus correrías en Inglaterra y las costas continentales europeas, el jefe de los francos era el auténtico árbitro y protagonista de la época: Carlomagno, príncipe de origen bárbaro, según Cole, «fuerte, resuelto y de ambición ilimitada, físicamente poderoso y enérgico, gran guerrero, dominante, vivaz, campechano y jovial».También fue, durante toda su vida, analfabeto, lo que no le impidió fundar Aquisgrán como gran centro cultural del Medievo. Con acierto señala este cronista que «constituyó la prueba de que el poder de los reyes medievales descansaba sobre su carácter y su personalidad, ya que el gobierno institucional no existía entonces». Carlomagno, que reinó en Francia y Alemania del 768 al 814 d. C., siendo coronado emperador por el papa León III en el 800 (es decir, árbitro de los destinos de Italia también) se había apoderado de media Europa, fundando un imperio con su nombre –Carolingio– tras someter a los sajones continentales y a los lombardos itálicos. Sus enormes territorios, sin embargo, se demostraron vulnerables a los ataques vikingos, exactamente igual que la Inglaterra sajona.

En las islas, el fallecimiento del gran Offa trajo la inmediata decadencia de Mercia a comienzos del siglo IX; sin embargo, en el reino sajón del oeste –Wessex– se había coronado Egberto, antiguo vasallo de Carlomagno, en el 802 d. C. Aprovechando la debilidad vecina, tras veinte años de reinado pudo contar con un potente ejército con el que conquistó Mercia y Northumbria del 823 al 829. Ya en el año 800, tras una matanza vikinga en Dorset, se creyó necesario solicitar la protección de Carlomagno; en el 808, el emperador extendió un protectorado sobre la isla, pero resultó inútil. Los poderes locales necesitaban perentoriamente un buen defensor, porque los ataques vikingos no cesaban desde la muerte de Offa: del 793 al 795 los *drakkars* habían llegado a Lindisfarne en Northumbria (donde saquearon el monasterio de Jarrow), Glamorgan en Gales, la isla Iona y la de Lambay. Los invasores implantaron una comprometida «cabeza de puente» en Irlanda, invadida desde el año 795 al 830 por parte de noruegos como Olaf el Blanco, Ivar el Deshuesado, Onund Patadepalo, Thorstein el Rojo o Ketil el Chato. En el año 838 ya estaban firmemente establecidos allí, fundando Dublín sólo dos años después como puesto militar escandinavo, mientras caían Waterford y Limerick. Egberto ofreció su candidatura ante este peligro. En 835, los vikingos asolaron la desembocadura del Támesis pero, cuando regresaron a Cornualles tres años después, Egberto los acechó, derrotándolos y poniéndolos en fuga.

Drakkar de Nydam. Palacio de Gottorp, Schleswig-Holstein (Alemania). También los daneses construyeron espléndidos *drakkars* como este de Nydam, con los que invadieron Inglaterra en el 865 y el 1003 d. C., antes de Guillermo el Conquistador. El rey Canuto el Grande (1017-1035) mandó la flota de su padre Sven Barba Bifurcada (Svenone Tiyguskegg), que ya contaba en su haber con la victoria naval frente a los noruegos en la isla Svold (1000 d. C.).

Resultó una revelación para el continente, que iba a sufrir ahora este azote. Hamburgo y Utrech fueron arrasados, resultando a continuación Francia un auténtico coladero para los vikingos a través de sus principales ríos: el Loira, por el que se llega a Orleans, Tours y Le Puy, el Garona, de diecisiete kilómetros de ancho en su desembocadura, que da acceso a la Auvernia, el Sena, cuyo curso lleva directamente a Ruan y París, o el Ródano, en el sur, que penetra en el corazón de la Provenza romana hasta Valence y Lyon. Las estrategias navales vikingas y sus prácticas embarcaciones iban a hacer sentir todos sus efectos en tierras francas: París fue asaltado en los años 845, 855, 862 y 885; Burdeos en el 847; Périgueux, aguas arriba del Garona, en los años 841, 849, 853 y 865. Por este río penetraron en sucesivas incursiones hasta sus afluentes, el Dordoña y el Vézère, cuyo valle –con las localidades de Trémolat, Montignac y Terrasson– tuvo que ser defendido por el obispo de Burdeos con cabinas de alerta y diecinueve fuertes, comunicados tras la incursión vikinga del 863 en la que, además, los escandinavos saquearon Poitiers, destruyeron la abadía de Saint-Cybard de Angulema y llegaron hasta Clermont-Ferrand. En el 843, en Nantes, el obispo Gunhard fue asesinado ante su altar por

los imparables escandinavos, que no fueron detenidos por los bretones hasta 890, es decir, cincuenta y cinco años después de Egberto.

Los vikingos siguieron hacia el sur; en el año 844 saquearon Lisboa y penetraron por el Guadalquivir hasta Sevilla, que fue arrasada. Los *drakkars* de los «demonios del norte» cruzaron inexorables el estrecho de Gibraltar y siguieron adelante. Confundieron Luni, en Italia, con Roma (los derroteros de la época no debían ser gran cosa), y el vikingo Hastein, fingiéndose agónico, llamó al papa para convertirse al cristianismo. Cuando acudió, solícito, el obispo de la diócesis, el vikingo, tomándolo por el Santo Padre, lo atravesó con su espada. La lista completa de las barbaridades nórdicas durante el siglo IX requeriría un lugar más amplio; sólo añadir que, lo mismo que las atrocidades piráticas en la América española durante el siglo XVII han sido banalizadas por los creativos infantiles de tal manera que hoy no las reconocemos, un vikingo aparece como un señor muy divertido con su casco de cuernos.

De momento, el producto más solvente que Europa había producido contra esta lacra atroz, el sajón Egberto, había muerto en el 839, siendo sucedido por el piadoso Ethelwulfo, cuyos hombres demostrarían ser también eficaces «antivikingos»: una flota tremenda de trescientos cincuenta *drakkars* remontó el Támesis para arrasar Canterbury y Londres en el año 851. Los invasores derrotaron al rey de Mercia, pero Ethelwulfo de Wessex los puso en fuga otra vez. Con semejante prestigio, el rey sajón viajó a Roma. Cuando pasó por la corte de Carlos, nieto de Carlomagno, este le ofreció a su hija. Al regreso, el cuerdo Ethelwulfo, viendo que su hijo Ethelbaldo se había consolidado en el trono de Wessex, se lo cedió, pasando a segundo plano. En el 860 regresaban los vikingos para saquear Winchester, pero los sajones de Wessex los batieron por tercera vez.

Los nórdicos, no obstante, no desfallecieron; en el 865, vikingos daneses mandados por Ragnar Lodbrok llegaron a la isla para quedarse. Conquistaron Anglia Oriental y luego York, Mercia y Anglia Occidental. En lo que hoy es Inglaterra, sólo quedaron dos reinos: Wessex y las tierras vikingas, que se llamarían Danelaw. El choque entre ambos era, pues, inevitable, y se produjo en el 871. Wessex, con su rey Etelredo I –acompañado por su hermano Alfredo– al frente, derrotó a los invasores en Reading. Pero sólo quince días más tarde, los escandinavos contratacaron, pereciendo Etelredo. Alfredo fue proclamado rey de Wessex, mas los vikingos lo derrotaron en Wilton, a cuarenta kilómetros de Winchester. El rey sajón, sin embargo, se retiró en orden, pactando una paz con los vikingos para ganar tiempo. Había comprendido que su estrategia naval era lo que otorgaba su superioridad a los nórdicos, y tomó una medida muy inteligente: construir una flota.

En el año 875, la flota sajona, formada con mercenarios frisios (procedentes del actual norte de Holanda) estaba lista. Los barcos, nuevos, con veteranos soldados a bordo, encontraron los *drakkars* vikingos y los batieron por completo, dando así mucho que pensar a los escandinavos puesto que, al contrario que un trirreme, un bajel vikingo parecía incapaz de afrontar el combate barco a barco contra los sajones. Pero Guthrum, jefe de los vikingos y rey de Anglia, decidió tomar medidas contundentes: celebraba Alfredo la Navidad en Chippenham, al sur del Támesis, cuando los daneses irrumpieron en su campamento, provocando una matanza. Alfredo escapó por los pelos, conociendo de nuevo los días duros con su reino, Wessex, postrado. Refugiado de emergencia en las ciénagas de Somerset, decidió que donde las dan, las toman: cinco meses después, sorprendía a los invasores daneses de Guthrum en Eddington, derrotándolos y acorralando al jefe vikingo, que se tuvo que rendir y aceptar las condiciones del rey de Wessex. Inglaterra quedó así dividida entre Wessex (incluyendo Mercia Oriental, Sussex y Kent) y Danelaw o «Tierra de la Ley Danesa», con Essex, Northumbria y Anglia Oriental. Lo más singular fue que Alfredo obligó a Guthrum a convertirse al cristianismo; tuvo que ser mal trago para el escandinavo, rebautizado Athelstan. A este acuerdo se le llamó Tratado de Wedmore, firmado en el 878; supuso, al fin, la paz, y permitió a Alfredo el Grande dedicarse a la administración de su reino hasta su muerte, en el año 899.

Daba inicio el nuevo siglo trayendo nuevos asentamientos nórdicos, esta vez sobre tierra franca. Desde el año 880 hasta el 885, los vikingos devastaron Lieja, Colonia, Aquisgrán (capital de Carlomagno, que, muerto en el 814, se removería inquieto en su tumba) y, entrando en Francia, Tréveris y Amiens. Pero la instalación definitiva tuvo lugar en el 911, cuando el nórdico Hrolf Ganger, conocido como Rollón, entró con su partida por la desembocadura del Sena –entre la península de Cherburgo y El Havre– permitiéndole el rey de Francia, Carlos el Tonto, quedarse allí como feudatario. Hrolf se convirtió así en Roberto, muriendo en el 931. Pero el ducado de Normandía quedaba fundado en la ribera sur de las estribaciones del canal de la Mancha, territorio predestinado para una gran y muy larga historia.

El hijo de Alfredo, Eduardo el Viejo, tuvo que poner fin a la paz concertada entre su padre y Guthrum cuando su primo Ethelwold, hijo de Etelredo I, huyó a Danelaw para que los vikingos le ayudaran a subir al trono sajón. La cosa no podía terminar bien; Eduardo, aliado de su hermana Ethelfrida, reina de Mercia, invadió Northumbria, conquistándola en el año 910 d. C. Luego, en el 917, Eduardo invadió

también el reino de su hermana y al año siguiente había conquistado la totalidad del territorio danés. Cuando falleció Eduardo en el 924, heredó el trono el bastardo Athelstan, con el que Wessex alcanzaba el máximo poderío sajón. En el 934 se aliaron contra él el rey de Escocia, Constantino II, los vikingos irlandeses controlados por Olaf Guthfrithson y los galeses, constituyendo el bando «celta» contra los sajones. A bordo de los barcos vikingos de Olaf, los aliados entraron en Northumbria por el estuario Humber, pero Athelstan los estaba esperando, derrotándolos completamente en Brunanbruth (año 937).

En realidad, los vikingos perdían empuje y territorios porque, en la retaguardia, peleaban entre ellos. De hecho, la conquista de Islandia en el 860 tuvo que llevarse a cabo porque el rey danés, Haroldo el Rubio, había desterrado a varios clanes rivales, obligándolos a buscarse la vida y a trasladarse a nuevas tierras. Tras la batalla de Brunanburh, llegaron a Inglaterra Haakon de Noruega (huyendo de la purga de Eric Hacha Sangrienta), Louis d'Outremer, hijo de Carlos el Tonto de Francia, y el heredero de Normandía, Ricardo. Estos tres refugiados reales llegarían, en su día, a reinar en sus dominios (Noruega, Francia y Normandía). Athelstan les brindó apoyo, convirtiéndose en árbitro de las rencillas entre escandinavos. Falleció en el 939, sucediéndole su hermano Edmundo, que tuvo que hacer frente, de nuevo, al recalcitrante Olaf Guthfrithson, dueño de Irlanda. Conquistó Strathclyde, lo que le permitía llegar a un buen acuerdo con Malcolm I, nuevo rey escocés.

Durante el reinado de Edmundo, el abad de Glastonbury, Dunstan, adquirió cada vez más notoriedad, interfiriendo descaradamente en tareas de gobierno. A la muerte de Edmundo, en el 946, manejó la sucesión, imponiendo a Edgar por encima del primogénito Edwy y transformándolo en un juguete en sus manos. En esta época, los sajones mantenían a raya a los decaídos vikingos gracias a su flota, cuyos barcos se habían revelado superiores a los *drakkars* en el combate cuerpo a cuerpo. Edgard, rehén del abad Dunstan, tuvo dos hijos, Eduardo y Etelredo. Este último, al final, logró coronarse en el 975 como Etelredo II cuando murió su padre, por medio de una intriga promovida por su madre Elfrida, que no dudó en asesinar al legítimo heredero, Eduardo II (que no era hijo suyo), y relegando a Dunstan. Como este ya no pudo brindar su «consejo», se conoce a Etelredo II como *Unready* –o sea, 'no preparado', 'indeciso'- cuando en realidad le llamaban *Unraed*, que en inglés antiguo significa 'el mal aconsejado'. El galimatías fonético zozobra en el confuso escenario sajón general.

Los vikingos, pacificados y discutiendo entre ellos, no tuvieron mejor ocurrencia que pasarse al cristianismo, señal de que iban perdiendo el «vello de la dehesa». Gorm el Viejo y Haroldo Diente Azul convirtieron Dinamarca al cristianismo en el 960, proclamándose Sven Barba Bifurcada rey en el 985. Haakon de Noruega, refugiado de Athelstan, quiso convertir su país, pero Eric Hacha Sangrienta hizo que lo mataran antes con sus acólitos. Uno de estos, Trygve, tenía un hijo llamado Olaf, el cual se puso a buen recaudo en la piadosa corte rusa de Vladimiro. Por fin, regresó a Noruega en el año 995, consiguiendo la conversión y el trono, al que subió como Olaf I, rey de Noruega. Noruega e Islandia quedaron como dominios cristianos, pero eso no significaba que Sven de Dinamarca y Olaf de Noruega no siguieran practicando las incursiones saqueadoras sobre las costas inglesas.

En este estado de cosas, los daneses residentes en Inglaterra, supervivientes de la extinta Danelaw, apoyaron reyes tan píos y dignos como Sven y Olaf. Etelredo II, el Indeciso, tuvo que pagarles en el 991 para que se fueran; simple soborno que sólo permitía al sajón ganar algún tiempo. De nuevo, en el 994 una impresionante flota de *drakkars* daneses remontó el Támesis; Londres resistió el asedio, pero terminó pagando dieciséis mil libras de plata para que se retiraran. Los escandinavos volvieron en el 1001, obteniendo en esta ocasión veinticuatro mil libras de un tributo llamado *Danegeld*. La debilidad del reinado de Etelredo II trajo el atraso general del reino sajón. Londres se consolidaba como capital, pero Etelredo se enemistó con Ricardo II de Normandía, también protegido de su tío el rey Athelstan en su momento. La eficiente flota sajona fue desperdiciada en una inútil campaña contra las costas normandas en la que, además, fracasó. Al final se hizo la paz, y Etelredo II sacó tajada, obteniendo la mano de la más bella dama del momento, Emma, hermana de Ricardo, conocida como la Flor de Normandía. La nueva reina llevó normandos a ocupar cargos de importancia en la corte, desatando así el odio y la aversión sajona, lo que pronto tendría funestas consecuencias.

Entretanto, Sven de Dinamarca y Olaf de Noruega se habían enemistado, como corresponde a buenos vikingos, una vez asentados en sus dominios. Sven llevaba a cabo una política de dominio de la península escandinava a la que el noruego, lógicamente, se opuso. Entonces, Sven de Dinamarca se alió con el monarca sueco, Olaf Skutkonung, tan vikingo como él o más. Juntos, decidieron formar coalición con Eric Haakonson, señor de Lade, para sorprender a Olaf I de Noruega y apropiarse de sus dominios. Lograron reunir una flota impresionante para la época, nada menos que setenta barcos, entre los que destacaba el notable *Ariete de Hierro*, consecuencia del aprendizaje llevado a cabo por los nautas daneses en sus enfrentamientos contra los sajones. Era un enorme *drakkar* oceánico del tipo *hafskip*,

dotado con un ariete de hierro en la proa y el tajamar reforzado con planchas de hierro. La tecnología romana del trirreme pasaba así al buque nórdico que, además de «espada estratégica», pasaba así a convertirse en «puñal táctico».

Bancadas interiores de la reproducción gallega de un barco vikingo nombrada *Concello de Catoira*, con la que este municipio gallego conmemora cada verano el asalto nórdico a la localidad. Las condiciones de habitabilidad en largas travesías de un buque como este eran paupérrimas, y la pericia de sus pilotos y navegantes debía ser muy grande para manejarlos día y noche con acierto. Foto del autor.

El elegido como víctima para probar semejante engendro fue el rey cristiano Olaf I de Noruega que, amante también de la construcción naval pero desconocedor de la lucha contra los sajones, tenía un espléndido *knörr* oceánico, el *Ormen Lange* ('Serpiente larga'), bellísimo barco de proa y popa doradas que movían treinta y cuatro remeros por banda, lo que da idea de su tamaño. Habituado a las partidas de saqueo, Olaf mantenía una pequeña flotilla de once *drakkars* con la que realizaba sus viajes y correrías. En septiembre del año 999 o del 1000 d. C. –los autores no se ponen de acuerdo– regresaba el rey de Noruega desde Pomerania a las costas noruegas cuando fue sorprendido por la flota combinada de Sven de Dinamarca, Olaf de Suecia y Eric Haakonson, a la altura de Svolder, o isla Svold, en el Báltico.

En completa inferioridad, los noruegos reaccionaron con una táctica defensiva, es decir, configurándose como fortín flotante, con el *Ormen Lange* en el centro y cinco barcos abarloados por cada costado. Los suecos y los daneses atacaron primero al buque de Olaf de Noruega, pero este respondió defendiéndose como un león, mientras desde su buque, en el núcleo de los *drakkars* noruegos, se lanzaba una nube de dardos y flechas que terminó por desalentar a los atacantes. Vencedores así del primer *round*, los noruegos deberían haber roto inmediatamente la formación para escapar a toda vela o a todo remo mientras pudieran. Pero al estar demasiado trabados, o tal vez ya rodeados por sus enemigos, no pudieron hacer otra cosa que esperar.

Los maltrechos aliados decidieron poner entonces en práctica otro tipo de ataque, por los flancos, con el *Ariete de Hierro* como punta de lanza, al que apoyarían los otros *drakkars*. El resultado fue inmediato: los pequeños *knerrirs* y *karfis* noruegos fueron cediendo, con el crujir de sus tablazones, al empuje del ariete del buque danés, que los iba triturando uno tras otro mientras diezmaba las dotaciones. Cuando los cinco buques del flanco atacado hubieron sucumbido destruidos o capturados, el *Ariete de Hierro* alcanzó al *Ormen Lange*, momento en el que daneses, suecos y alemanes pasaron al abordaje del *drakkar* noruego. Olaf I, viéndose perdido, se arrojó a las frías aguas y se ahogó. A partir de este momento, la batalla de isla Svold, una de las pocas que conocemos libradas entre buques vikingos, fue perdiendo intensidad, quedando daneses y suecos como vencedores absolutos. La experiencia en combate de los daneses había superado a la experta pero aislada capacidad naval de los noruegos; Noruega tuvo, por el momento, que renunciar a su independencia, cayendo a partir del primer milenio bajo la órbita danesa. No sería la única.

Mientras, en Inglaterra, el enlace entre Etelredo II el Indeciso y Emma, la Flor de Normandía, trajo insalvables diferencias entre normandos y sajones. Las tensiones engendradas en la corte derivaron en una horrible matanza de normandos por parte de los sajones en noviembre del 1002. Una de las asesinadas en la masacre era la hermana de Sven de Dinamarca, casada con un noble normando. Enfurecido, Sven reclamó de nuevo a su aliado Olaf de Suecia, y con el *Ariete de Hierro* al frente, la flota vikinga aliada puso ahora rumbo hacia las costas de Exeter, donde desembarcaron en el año 1003. Etelredo II, espantado con la que se le venía encima, quiso de nuevo recurrir al soborno como ya había hecho anteriormente, pero su intermediario fue devuelto por Sven en pequeños pedacitos. La flota sajona, antes último baluarte contra los nórdicos y el único factor capaz de detenerlos, ya no existía. El rey indeciso optó por huir con su mujer a Normandía.

Inglaterra estaba perdida ante el furor danés. Alphege, arzobispo de Canterbury, cayó muerto en su sede episcopal, y Sven, comprobada la falta de resistencia, decidió conquistar todo el país. Así fue como, con toda facilidad y, tras treinta años de reinado, Sven Barba Bifurcada llegó a ser rey de Inglaterra en 1013 por incomparecencia del titular sajón. Sin embargo, sólo duraría seis semanas en el trono, pues falleció de repente tras la fulminante conquista. Los vikingos daneses, desconcertados con su pérdida, parecieron vacilar, produciéndose en el 1015 el regreso de Etelredo II; sin embargo, el Indeciso, comprobando que los nórdicos aún aguantaban y tras un largo y desastroso reinado de treinta y ocho años, abandonó la isla definitivamente, falleciendo en Normandía en el 1016.

Quedó como rey el hijo menor de Sven, Canuto, que, al mando del *Ariete de Hierro*, había comandado la flota danesa-sueca hasta Inglaterra. Haroldo, su hermano mayor, heredaría la corona de Dinamarca. Canuto era un hombre que, físicamente, no aparentaba ser vikingo; tampoco parecía grande ni fuerte, sólo normal. Poseía, sin embargo, una fría inteligencia y estaba capacitado para gobernar. Los nobles de entonces, aficionados a cacerías, hazañas, masacres e invasiones, no le supieron valorar, rechazándolo de plano. En una situación insostenible, Canuto no tuvo otra que regresar al continente, donde reclutó una nueva flota, su especialidad. Regresó justo después de que lo hiciera Etelredo II, ahuyentándolo para siempre. El rival de Canuto sería el primer hijo del Indeciso, Edmundo II el Valiente, que polarizó la resistencia sajona. Protagonizaría dos heroicas resistencias de Londres, ante lo cual Canuto optó por negociar: se quedaría con el norte –la antigua Danelaw– mientras Edmundo II reinaba en el sur, lo que siempre había sido Wessex. Todo parecía ir por buen camino cuando, para desgracia del bando sajón, falleció Edmundo II repentinamente en noviembre del año 1016. Los sajones, para evitar más conflictos, decidieron aceptar a Canuto como rey de Inglaterra. La carambola de fallecimientos prosiguió al año siguiente, cuando el hermano de Canuto, Haroldo de Dinamarca, murió también, heredando Canuto la corona danesa como soberano de Dinamarca e Inglaterra. La guinda la puso Emma, la Flor de Normandía, que, viuda, aceptó la propuesta de matrimonio de tan poderoso señor, que fusionaba así en su trono el origen danés y la sangre normanda. Sólo faltaban los sajones. ¿Quién los representaría?

Sensato y conciliador, mantenedor de obispados y consciente de la prosperidad de sus extensos reinos, Canuto nombró hombre fuerte y mano derecha al *earl* o conde de Wessex y Kent, Godwin, que aún en nuestros días da nombre a los bajíos del estuario del Támesis que fueron sus dominios (las Arenas de Godwin). Godwin era la representación sajona ante la corona danesa; los recalcitrantes sajones, ya que no podían ser reyes, se conformaron con el primer cargo del reino, dejando el tálamo para los normandos con la reina. Canuto, en realidad, se convertía en árbitro de las tres grandes fuerzas que iban a constituir lo que hoy conocemos como Inglaterra: los tradicionales sajones, los invasores daneses y los normandos, cuyo papel estaba aún por definirse. En el 1028, Canuto pudo incluso hacerse con la corona noruega, aun cuando la perdió siete años después. Inevitablemente, este rey condescenciente y tolerante fue abandonando las costumbres danesas para hacerse inglés. Murió con tan sólo cuarenta años, tras dieciocho de reinado en los que unió Dinamarca, Inglaterra, Noruega, Escocia, Islandia y Groenlandia, un imperio vikingo como no se había visto jamás.

Le sucedieron sus hijos Haroldo y Hardeknut, este último concebido con Emma, pero murieron ambos muy jóvenes, en el 1040 y el 1042. Sólo quedaban, en Normandía, los anteriores hijos de la reina con Etelredo II, Alfredo y Eduardo, pero el verdadero hombre fuerte y árbitro del reino seguía siendo el *earl* Godwin, que mató fríamente a Alfredo cuando se atrevió a viajar a Inglaterra para ser coronado. Sólo quedaba, señalado por el difunto Hardeknut, Eduardo, el cual, con aquiescencia del poderoso Godwin, subió al trono en el 1042 como Eduardo III el Confesor. Al principio debía ser sólo un títere del sajón, que le obligó a casarse con su hija Edith. De hecho, el reinado de Eduardo es la crónica de cómo librarse de un poderoso señor al que le debes la corona. Una primera y desmañada argucia fue declararse casto para no tener herederos con Edith que garantizaran un príncipe

nieto de Godwin. Luego apartó y recluyó a su madre, Emma, trayendo a normandos como subalternos para contrarrestar el poder del señor sajón, verdadero dueño del reino.

Tapiz de Bayeux (s. xi). Musée de la Tapisserie de Bayeux, Normandía. Este tapiz muestra, como en una tira de cómic de sesenta y ocho metros de largo por medio metro de largo, toda la operación del desembarco en Normandía en el 1066 d. C. por parte de los normandos de Guillermo el Conquistador.

Este no iba a consentir semejantes artimañas; en el 1051, cuando Eduardo nombró obispo de Canterbury al normando Roberto, Godwin se levantó en armas contra él. Pero Eduardo encontró apoyos en el reino y los sajones fueron doblegados. Caído en desgracia, el conde sajón fue expatriado y su hija Edith recluida en un convento. Eduardo creyó librarse así de su siniestra sombra, pero, ¿lo había conseguido? Entretanto, al otro lado del canal –Normandía–, los aliados de Eduardo progresaban a ritmo verdaderamente singular. Al duque Ricardo II le sucedió su hijo Roberto I el Diablo, que muy diablo no sería cuando decidió peregrinar a Tierra Santa, viaje del que, por desgracia, no regresó. Dejaba como único heredero de Normandía un hijo que había tenido con Arlette, hija de un curtidor de Falaise, conocido a la sazón como Guillermo el Bastardo, aunque cuando se ciñó la corona de Inglaterra cambiaría su sobrenombre a Guillermo el Conquistador. El muchacho reveló desde pequeño dotes excepcionales y un carácter de mil diablos, por donde tal vez viniera el apodo de su padre. Este, antes de partir en el 1034, obligó a todos sus señores a jurar fidelidad al pequeño bastardo de ocho años. Fue una previsora medida que no impidió que Guillermo se tuviera que pasar otros treinta años guerreando contra los señores normandos para imponerse. Ganó fundamentalmente gracias al apoyo prestado por el rey de Francia, Enrique I, conquistando Bretaña, Anjou y, finalmente, el Maine para ensanchar Normandía. Tanta campaña seguida le permitió formar una fuerza de choque de mil caballeros acorazados prácticamente invencible en Europa con la que fue derrotando a todos los enemigos del rey de Francia y masacró a los que se atrevían siquiera a esbozar un comentario sobre su madre.

Pero en Inglaterra, los muertos que Eduardo no había rematado gozaban de buena salud; en 1052, cuando se intuyó la pretensión del rey de nombrar a su sobrino, el joven Guillermo, heredero de Inglaterra, Godwin volvió a la carga, rebelando a los sajones e intimidando a Eduardo, al que obligó a echar a los normandos del poder para terminar devolviendo la libertad a su hija. La pugna normando-sa-jona por el trono inglés quedaba así establecida, con Guillermo como líder del primer bando y Godwin del segundo; sin embargo, este falleció en 1053, dejando un rosario de hijos –Haroldo, Tostig, Gyrth y Leofwine, entre otros– de los cuales los primeros recibieron los títulos de condes de Wessex y Northumbria, respectivamente. Antes de morir, Eduardo quiso evitar lo que se preveía como una gran confrontación entre normandos y sajones nombrando heredero a un hijo de Edmundo el Valiente; pero el chico murió pronto, acusándose a Haroldo Godwin de haberle matado, lo que nunca llegaría a demostrarse.

El caso es que el conflicto estaba servido, con una Inglaterra dividida en dos grandes partidos que no tardarían en disputarse el poder durante el año 1066; un cometa pasó entonces, a comienzos de este año, por el cielo, confirmando el augurio. Posteriormente, el astrónomo Edmund Halley daría nombre a este objeto estelar. La causa esgrimida por Guillermo para pasar a mayores fue que Haroldo Godwin, cuando estuvo en Normandía en 1051 como embajador de Eduardo, había naufragado y caído en poder del conde Guido, al que Guillermo rescató obligándole a prestarle homenaje. Antes de morir el Confesor, Haroldo no estaba para acordarse de semejantes cuitas: los nobles del norte se habían rebelado contra su hermano Tostig y tuvo que reclutar un ejército para someterlos. Pero Tostig se había adelantado, huyendo con su esposa a Flandes. El rey murió en enero del 1066, confiando al sajón Haroldo Godwin, conde de Wessex, un reino amenazado por todas partes: en Normandía estaba Guillermo con su fuerza de choque, en Noruega, Haroldo Hardrada levantando el peligro vikingo, en Flandes, su propio

hermano Tostig Godwin para revitalizar a los daneses. Era preciso aclarar la situación, y nada mejor para ello que ser coronado rey en la abadía de Westminster por el arzobispo de York. Fue entonces cuando Guillermo de Normandía, indignado, decidió la invasión de Inglaterra.

Guillermo era un adversario temible para Haroldo Godwin. Tenía un ejército adiestrado y bien entrenado, y un ducado desde el que proyectarse completamente en paz y dispuesto a proveerle de los recursos necesarios. Francia, gobernada por un rey niño, no podía importunarle y, además, había conseguido el apoyo del papa Alejandro II (muy mosqueado con el nombramiento de obispos de Canterbury sin contar con su aprobación) y del emperador germánico Enrique IV, así como el del rey de Dinamarca. Haroldo Godwin, aparte de la corona de *El Confesor*, no tenía nada. Para formar su hueste medieval y repeler la invasión por mar, tenía que llamar a las armas a las milicias locales o *fyrdmen*, y activar a la guardia real o *housecarles*, de los cuales sólo algunos montaban a caballo. Necesitaba también una flota, que sólo pudo iniciar mediante una gran requisa en los puertos del sur (Wessex). Pero su mayor problema era el tiempo: en aquellos tiempos medievales profundos, las tropas locales no podían aguantar más de unas semanas movilizados, puesto que no disponían de logística y alguien tenía que recoger la cosecha, esquilar la lana y ocuparse del ganado. Era imprescindible acertar con el momento exacto de la movilización, antes de ser invadido, o todo el esfuerzo militar defensivo correría peligro de irse al garete.

Barcos normandos cruzando a toda vela el estrecho de Dover rumbo a Inglaterra en plena noche, representados en el tapiz de Bayeux (s. XI), en el Musée de la Tapisserie de Bayeux, Normandía. Aproximadamente 343 de estos *drakkars*, un centenar de ellos transportes para ganado y pertrechos, cruzaron las poco más de cincuenta millas a la increíble velocidad de seis nudos, no superada por flota alguna de invasión hasta los siglos XIX y XX.

A diferencia de la invasión árabe de la península ibérica, que se trató de una fulgurante invasión por sorpresa realizada por apenas unos escuadrones de jinetes a bordo de una flota misteriosa, la invasión normanda de Inglaterra fue un proceso organizado y complejo históricamente, en el que se implican nada menos que tres sucesivas batallas (Fulford, Stamford Bridge y Hastings), dos invasiones reales (noruega y normanda) y dos flotas de origen vikingo con buques del tipo *drakkar*. Vamos a esquematizarla para su mejor comprensión, dividiéndola en cuatro diferentes etapas:

1. *El crucero de Tostig Godwinson*: quien iba a romper las hostilidades de forma completamente inaudita –como un auténtico Alcibíades del siglo XI– fue Tostig Godwinson, conde de Northumbria que, refugiado en Flandes, en vez de quedarse allí a ver qué pasaba o de unirse a su hermano para la defensa del reino, hizo de «verso suelto» con una iniciativa verdaderamente desastrosa no sólo para su hermano, sino para sí mismo, su reino y sus intereses. En fin, de haber vivido su padre probablemente se vería obligado a reconocer que es difícil encontrar un idiota semejante. Tostig fletó en Flandes una pequeña flotilla de seis *drakkars*, cruzando el mar del Norte y el paso de Dover para arribar a la isla de Wight, la cual tenía en propiedad, logrando allí embarcaciones (que dedujo de la escuálida flota de su hermano Haroldo), dinero y provisiones. Con estos medios, se dedicaba a saquear Sussex y Kent, es decir, las tierras que fueran de su propio padre, ahora de Haroldo, haciendo incluso una leva en Sandwich.

Cuando se cansó de asolar propiedades de la familia, ascendió por la costa oriental inglesa, dejó atrás el estuario del Támesis, y entró por el del Humber para continuar el saqueo. Pero el conde local, Edwin, le salió al paso con sus fyrdmen y lo derrotó. Sin embargo, Tostig todavía no había hecho todo el destrozo del que era capaz, escapando con doce barcos rumbo primero a Escocia y, finalmente, a Noruega. Con todo, el peor daño que produjo no fueron sus asaltos ni el menoscabo de la flota y los medios de su hermano, sino que alarmó a este de forma prematura, llegando a pensar Haroldo I Godwinson, rey de Inglaterra, que la invasión ya se estaba produciendo, por lo que ordenó la movilización general el primero de agosto de 1066. Sus *fyrdmen* y *housecarles* comenzaron a afluir hacia Londres pensando que la batalla tendría lugar pocos días después.

2. *La invasión noruega y la batalla de Fulford*: Tostig Godwinson llegó a Noruega, donde gobernaba otro insensato como él, el vikingo Haroldo Hardrada. Hardrada (lo llamaremos así para no confundirlo con el rey sajón de Inglaterra) era un gigantesco aventurero de pura cepa que se había paseado por la corte danesa y el Imperio ruso conquistando mujeres casadas que luego le obligaban a huir saltando por

las ventanas. En el Imperio bizantino estuvo en la guardia varega (nórdica) del emperador, saliendo de allí también por algún malentendido para regresar a Noruega, donde no le costó mucho ocupar el trono. Cuando llegó Tostig, Hardrada tenía más de cincuenta años pero debía aburrirse un poco, puesto que aceptó rápidamente incorporarse a la aventura que le propuso: la conquista de Inglaterra desde el norte. A toda velocidad, formaron una flota de trescientos *drakkars*, los llenaron de hueste armada –como en los viejos tiempos– y se hicieron a la mar. Los vikingos, al igual que sucedió dos siglos atrás, se disponían a asolar el país de las brumas que se extendían al otro lado del mar del Norte.

La flota invasora noruega zarpó del fiordo de Sogne, al norte de Bergen, con rumbo oeste, recalando primero sobre las islas Shetland, y luego dejando la isla de Fair hasta las Orcadas, donde Hardrada ya pudo aproar al cabo Kinnairds, desde el que arrumbaba al sur, lo que le llevó a Tyne para reunirse con Tostig. Juntos siguieron el descenso costero para saquear e incendiar Scarborough antes de entrar por el Humber y poner en tierra todo el ejército. Camino de York, se encontraron con las fuerzas de Edwin en Fulford el 20 de septiembre, batiéndolo y poniendo en fuga a este conde sajón, que se apresuró a pedir socorro al rey Haroldo. Muchos *fyrdmen* ingleses del ejército regular sajón perecieron en esta batalla bajo el empuje vikingo.

3. *La batalla de Stamford Bridge y la carrera de Haroldo Godwinson*: a primeros de septiembre, el ejército de Haroldo, movilizado antes de tiempo, estaba disperso e inactivo; el rey tuvo que reactivarlo a toda prisa para correr a rechazar a marchas forzadas la invasión noruega inducida por su propio hermano. El 25 de septiembre alcanzaba a Hardrada y Tostig en el puente de Stamford, ofreciéndole a su hermano devolverle el condado si cambiaba de bando. Con mirada aviesa, Tostig preguntó qué habría para su socio, Hardrada; Haroldo le contestó que una fosa de siete pies en suelo inglés. El vaticinio fue acertado. En la terrible batalla de Stamford Bridge murieron Hardrada, Tostig, centenares de vikingos y no menos sajones, probablemente lo mejor del ejército de Haroldo I apresuradamente convocado y casi todos sus jinetes *housecarles*. Pero vencieron, rechazando Wessex por última vez en la historia una invasión vikinga pura en el norte. El problema era que al reino también le esperaba el peligro normando en el sur. Sólo pudieron escapar unos veinte *drakkars* rumbo a Noruega, comandados por Olaf, hijo de Hardrada, que pronto sería proclamado rey de su tierra.

4. *La invasión normanda y la batalla de Hastings*: mientras Haroldo Godwinson corría a instancias de Edwin, Tostig o Hardrada, Guillermo de Normandía sólo conocía un señor: el viento. Había preparado bien su ejército y su flota; el primero lo componían unos seis mil hombres, la mitad de ellos infantes bien armados, y unos mil doscientos normandos de su «fuerza de choque» a caballo. Fuller calcula la flota –soslayando las exageraciones de la época– en 343 unidades, de los cuales un centenar eran transportes para el millar de monturas de combate. No nos cabe duda de los barcos que llevaron a cabo la invasión de Inglaterra del año 1066, pues están bordados con toda claridad en el famoso Tapiz de Bayeux, una banda textil de 68 x 50 centímetros, en la que se cuenta, como si se tratase de un cómic, toda la hazaña. Tejida, según la leyenda, por la reina Matilde, esposa de Guillermo, se ha conservado en la catedral de Bayeux, un enclave normando al sur de la península de Cherburgo, en suelo francés.

Caballos desembarcando de las embarcaciones normandas del tapiz de Bayeux (s. xi), en el Musée de la Tapisserie de Bayeux, Normandía. La flota de *drakkars* de Guillermo cruzó del estuario del Somme (Francia) a la playa de Pevensey, en Eastbourne (Inglaterra) de noche, en apenas nueve horas, tiempo récord impensable para una invasión medieval del siglo xi.

Son *drakkars* vikingos, no puede haber duda, habilitados para el transporte de unos treinta y cinco soldados cada uno, con toda seguridad de los tipos *hafskip* y *karfis*, que Guillermo congregó en la desembocadura del Dives. Se trataba de una flota impresionante, pero sólo un poco más numerosa que la noruega de Hardrada que la precedió un mes antes. Al frente, el hermoso bajel real, la *Mora*, regalo personal de Matilde a Guillermo. Todo estuvo listo el 12 de agosto (es decir, cuando Haroldo tenía su hueste y flota recién movilizadas), momento en el que, de haber efectuado el cruce, los normandos habrían caído en una trampa sajona muy difícil de superar. Pero tratándose de los *drakkars* de vela, quien mandaba era el viento y este se alió de forma descarada con Guillermo de Normandía. Hubo un largo mes

de temporal o de viento soplando del norte, lo que hizo imposible el paso de la flota normanda a Inglaterra. Mientras Haroldo veía su hueste a punto de dispersarse o, entrado septiembre, corría a hacer frente a la invasión noruega, Guillermo, con una suerte increíble de la que ni siquiera fue consciente, no tuvo más que contener a sus soldados para que no se impacientaran; seguramente su reconocido mal carácter le resultó de ayuda.

El 12 de septiembre, cuando el ejército sajón de Haroldo se había dispersado y su maltratada flota de defensa era sólo una ilusión, el viento roló al oeste –como el que recibió a la Armada Invencible, también en verano– y Guillermo decidió navegar al estuario del río Somme, al norte de Dieppe, para acortar la travesía del canal de la Mancha que, desde aquel punto, son sólo cincuenta y cuatro millas, menos que desde la península ibérica hasta la isla de Ibiza. Por fin, el 27 de septiembre, cuando sólo hacía un par de días que Haroldo Godwinson había derrotado a los vikingos en Stamford Bridge, el viento roló al sur, poniendo el semáforo de Guillermo en verde. El normando no lo pensó ni un minuto: llegada la noche, toda su flota, precedida por la *Mora* con una linterna en el palo haciendo de buque-guía, izó velas y partió de Saint-Valéry rumbo a Inglaterra. Tuvieron un cruce magnífico logrado sólo en nueve horas a una velocidad media de seis nudos, lo que evidencia las magníficas cualidades náuticas de los *drakkars* para esta empresa. Diremos para el profano que la velocidad media que puede llevar un convoy es la de su barco más lento; incluso en el siglo XVIII las armadas veleras que, en convoyes, llevaron a cabo expediciones de ataque, tan sólo promediaban de uno a tres nudos. Que el buque medieval más lento de los de Guillermo navegara a seis nudos muestra que se trataba de una flota excepcionalmente rápida y bien gobernada: baza excelente para la victoria.

De buena mañana, los normandos echaron pie a tierra en la playa de Pevensey, Sussex, entre los cabos de Beachy y Dungeness, no lejos de la actual Eastbourne. Como todos los invasores en el canal, empezando por Julio César, siguiendo por él mismo y terminando por Eduardo III Plantagenet, se dice que Guillermo tropezó al saltar del barco, yéndose de narices al barro, para exclamar ante la consternación de los suyos: «¡Esta tierra es mía!» o «¡Este suelo me quiere!». Ya se sabe cómo son las leyendas, sobre todo cuando es un gran señor quien tropieza. Lejos de internarse en el país, Guillermo estableció una cabeza de puente segura en Hastings y la fortificó con madera y adobe, procurando cerciorarse, con sus barcos, de que tenía el canal de la Mancha y la línea de suministros despejados, mientras su «fuerza de choque» desembarcaba sus caballos, los ponía en establos y preparaba lanzas y cotas de malla.

Haroldo se enteró del desembarco poco después; era lo peor que podía sucederle. Guillermo, literalmente, le sorprendía en el momento menos oportuno, con el ejército diezmado por un reciente combate terrible y muy sangriento, trescientos kilómetros al norte de la Inglaterra donde había desembarcado el normando y sin flota para cortarle la retirada; también con su capital, Londres, completamente desguarnecida y a merced del enemigo, poco después de haberse cobrado en batalla la vida de su propio hermano. Guillermo no sólo impedía al rey de Inglaterra disfrutar de la victoria, sino que le puso en la incertidumbre de cuánto tardaría en ocupar Londres o su propio reino de Wessex. Sensación espantosa que Haroldo superó reaccionando como una fiera herida: nueva marcha forzada hacia el sur, rumbo a Londres, donde había que entrar lo antes posible.

Para él y sus súbditos sajones tuvo que ser gran alivio cuando el 6 de octubre Haroldo y sus exhaustos *fyrdmen*, más lo que quedaba de los *housecarles*, realizaron su entrada en Londres. No consta en la crónica que se le recibiera en triunfo, ni que se aclamara el arribo de quien debía defender el reino. Debió ser así, pero Haroldo, probablemente sumido en un torbellino de emociones y urgencias, ni siquiera prestó atención, entregándose por completo a la tarea de reclutar tropas para salir contra los normandos de Guillermo. Todos los cronistas coinciden en que, ya que ni Londres ni Wessex habían sido ocupadas, debió pararse a reflexionar, hacerse fuerte en Londres y esperar hasta reconstruir su ejército, en especial en lo referente a la caballería para neutralizar la fuerza de choque de Guillermo. En cualquier caso, no salir a combatir en campo abierto, terreno ideal para los caballeros normandos donde los infantes sajones serían batidos con seguridad. Parece haber acuerdo en que, al final, entre los *fyrdmen* que habían muerto y los que se dejó por el camino, sólo logró reunir una tropa de poco más de cuatro mil hombres, muchos de los cuales eran campesinos sin instrucción militar alguna. Recordemos que, ya de inicio, se trataba de un ejército convocado a toda prisa, después de una movilización fallida. En resumidas cuentas, la hueste real sajona debía ser un desastre a estas alturas.

Tomaron el camino de Sussex, supliendo probablemente con entusiasmo lo que les faltaba de capacidad. Pasando por Pembury y Robertsbridge, acabaron llegando a la colina de Senlac, lugar llamado hoy día Battle por motivos obvios. En lo alto de esta eminencia del terreno, Haroldo desplegó su ejército en masa única y compacta, mirando hacia Hastings, de donde esperaba que viniera el enemigo. Así fue; el día 14 de octubre Guillermo salió de su campamento y, habiendo afrontado

al enemigo en Senlac, la posición dominante del rey Haroldo en la colina le permitía batir inicialmente el ala izquierda normanda (los infantes bretones), poniéndola en fuga. De haber tenido caballería, el sajón podría haber intentado envolver por este flanco a Guillermo; pero como no tenía, quien tomó la iniciativa fue el normando, cuya fuerza de choque –o sea, la caballería protegida– realizó un amago, huyendo después, sobre la masa sajona. Los bisoños guerreros de Haroldo se dejaron arrastrar y persiguieron a los normandos, siendo luego masacrados por ellos; volvieron a amagar los normandos y de nuevo se desmantelaron las formaciones sajonas, exterminadas cruelmente. En medio de la batalla, Haroldo I, hijo del *earl* Godwin y rey de Inglaterra, recibió un flechazo en el ojo y murió en el sitio del deber, es decir, al frente de su tropa. En su avance final hacia Hastings puede que pecara de precipitación, pero su victoria sobre los vikingos en Stamford bridge le exime de cualquier otro reproche y, al fin y al cabo, a ningún jefe militar puede exigírsele el don de la ubicuidad.

Terminaba así con éxito completo la invasión normanda de Inglaterra, que, no exenta de mérito y calidad militar, también pudo contar con la buena suerte. El doble ataque –norte y sur– a cargo de sendas flotas vikinga (noruega) y normanda con más de seiscientos *drakkars* resultó suficiente para desmantelar el ejército de defensa sajón, deshecho en durísimas batallas (Stamford Bridge y Hastings) y marchas forzadas extenuantes. Como en otras campañas, suele ignorarse el factor clave representado por el componente naval, junto con los caballeros normandos una de las bazas más importantes puestas en juego por Guillermo. El duque normando se proclamó rey de Inglaterra el día de Navidad de este mismo año (1066) no tardando ni medio siglo su hijo Enrique Beauclerc ('Buen Sabio') en verse obligado a invadir Normandía desde Inglaterra, auténtico precedente del famoso Día D del que nos ocuparemos más adelante. De momento, Inglaterra pasó a ser normanda, quedando los sajones (incluido el famoso Robin Hood) en segundo término como país conquistado.

Cruzadas: guerra naval en el Guadalquivir

LLAMADA GENERAL: BATALLA DE ASCALÓN

El motivo del surgimiento de las cruzadas fue una llamada de auxilio, emitida, como luego sería habitual, desde Constantinopla por un Imperio bizantino que desfallecía inexorablemente. La muerte del emperador Heraclio en el año 641 d. C., habiendo perdido definitivamente la ciudad de Jerusalén y la rescatada Vera Cruz, representaba para la cristiandad la gran asignatura pendiente, es decir, la recuperación de los Santos Lugares ocupados por los musulmanes que impedían la peregrinación de los creyentes de otros credos. Tras la debacle provocada por la derrota de Manzikert, Miguel VII había pedido socorro al papa Gregorio VII para que acudiera en socorro de su «cristiana» ciudad. Mas, por aquellas fechas, este papa andaba enredado con otros emperadores, los del Sacro Imperio carolingio (luego Romano-Germánico), a los que anduvo excomulgando, extorsionando y perdonando hasta que, en el 1085, el emperador Enrique IV, al que había juzgado, consiguía enviarle al exilio relevándole por Víctor III. Tres años después, a este le sucedería Urbano II, al que recurrió Alejo I cuando se dio cuenta del inmenso problema en el que se había metido usurpando el trono de Constantinopla con sus mercenarios alemanes.

A diferencia de Gregorio VII, Urbano II no tenía diferencias con el emperador, por lo que bien podía prestar oídos al Comneno. De hecho, este no le pidió reconquistar los Santos Lugares de Tierra Santa, sino simplemente fuerzas para poder luchar contra los turcos que asolaban sus dominios. Pero Urbano II, ejerciendo como jefe militar de toda la cristiandad, se alzó para, en noviembre del año 1095, aprovechando el Concilio de Clermont, lanzar un mensaje a todos los reinos católicos contra el islam: «Los reyes cristianos deben volver sus armas contra estos enemigos de Dios, en vez de guerrear entre sí como acontece ahora. Han de rescatar Tierra Santa y la Ciudad Santa; han de alejar así el reproche de la cristiandad y destruir para siempre el poderío musulmán. La guerra a la cual os llamamos es una guerra santa y el grito de batalla será *Deus vult* ('Dios lo quiere'). Quienes pierdan la vida en semejante empresa, ganarán el paraíso y la remisión de sus pecados».

Era la tercera vez, lo habrá notado el lector, que los sufridos combatientes (ya fueran árabes, vikingos o cristianos) recibían, tras el «paraíso de bellas mujeres, buenos olores y plegarias santas», o el Valhala, «lugar de los caídos escogidos», promesa de paraíso celestial en caso de sacrificar lo único que poseían, sus tristes vidas. Pero el caso es que surtió efecto y una nueva invasión de tintes abiertamente bárbaros se precipitaría sobre Oriente Medio y el Imperio bizantino tras haber logrado Urbano II dar en el clavo, es decir, unificar las energías dispersas y visualizar un objetivo común: recuperar los Santos Lugares, perdidos por Heraclio, algo que lo justificaba todo. Los cruzados, pues, no serían ni mejores ni peores que los visigodos, los hunos, los vándalos o los bandidos saqueadores de caravanas del desierto de Arabia. No les guiaba otro objeto justificable que el impuesto por el papa, aunque otros menos honorables, como el simple deseo de hacerse con el botín o apoderarse de nuevos territorios, pronto entrarían en juego. Aún así, muchos historiadores interpretan esta llamada general, el impulso colectivo dado por el Santo Padre a la cruzada, como contrataque contra el islam para coartar su expansión. De hecho, sucesivos papas asumieron el papel de «contrapeso», liberando, por ejemplo en la península ibérica, a los líderes cristianos del deber de viajar a Jerusalén, teniendo dentro de su territorio una extensa labor de «cruzada» que llevar a cabo. Esta es la razón por la que encontramos pocos nombres ibéricos en la horda de guerreros cruzados que, en sucesivos embates, marchó a Tierra Santa: con la Reconquista ya tenían bastante.

En el mar, las cruzadas dieron comienzo tímidamente a través de dos potencias marítimas que emergían como repúblicas en la Italia septentrional: Pisa y Génova. En el 1087 ambas ciudades realizaron una expedición de castigo contra Mahdia, capital musulmana de Túnez, conquistándola e incendiando la flota árabe, surta en el puerto. La primera cruzada arrancó al fin en el 1097, cuando un ejército cristiano de casi treinta mil soldados medievales al mando de Roberto II de Normandía (hijo de Guillermo el Conquistador), Raimundo de Tolosa, Roberto de Flandes, el duque de Lorena, Godofredo de Bouillon, el hermano del rey de Francia y el más válido de todos, Bohemundo de Tarento, apareció ante los muros de Nicea en mayo del 1097. Como se ve, aunque los había ingleses, daneses y flamencos, casi todos eran franceses o normandos, por lo que sus enemigos, los musulmanes, conocerían a los cruzados por el nombre de *frany*, fuera cual fuera su origen. Nicea cayó en un mes, y en julio los cruzados vencieron a los árabes en Eskisehir. Antioquía era conquistada por un ardid en el verano de 1098, pero Karbogha le puso sitio inmediatamente; no obstante, apareció la reliquia de la Santa Lanza, despertando un entusiasmo tan enfervorizado que los cruzados terminaron derrotando al sitiador. Bohemundo fue nombrado príncipe de la ciudad conquistada. Por último, en enero de 1099, la primera cruzada partía rumbo a Jerusalén, donde llegaron el 7 de junio, tomándola en poco más de una semana y cubriéndose de ignominia los *frany* con la matanza de todos los musulmanes, siendo los judíos encerrados y quemados en la sinagoga principal. Tras la masacre, se dijo misa en el Santo Sepulcro, del que

Godofredo fue nombrado defensor.

La empresa, convertida en bárbara invasión, alcanzaba así todos sus objetivos. La descomposición musulmana tras la muerte del sultán selyucida Malik Sha ayudó notablemente al éxito cruzado. Los selyucidas eran una rama turca del pueblo uguz originaria de las tierras entre los mares Aral y Caspio, descendientes de Duqaq Arco de Hierro y su hijo Selyuq. En el siglo x se habían introducido en dominios musulmanes como mercenarios y, no mucho después, imitando a los pretorianos, ponían y quitaban califas a su antojo. A la muerte de Mahmud en Jurasán, los nietos de Selyuk se apoderaron de Irán y Bagdad, jurando fidelidad al califa que les nombró sultanes. El sobrino de uno de ellos, de Tugrul, fue Alp Arslan, que derrotó al emperador bizantino Romano IV en Manzikert; chispa desencadenante, como se dijo, de la primera cruzada. A pesar de todo, los selyucidas eran incapaces de unificar el islam, por lo que la dispersión y anarquía eran la nota común. Ahora, estos reinos descompuestos y enfrentados no pudieron detener la horda de los *frany*.

Pero ¿qué sucedía en la mar? Las emergentes ciudades estado de entonces, Venecia, Pisa, Génova y Amalfi, no podían ignorar el tremendo melón comercial que acababa de abrirse en Tierra Santa, con la apertura de la Ruta de la Seda del comercio con Oriente, tantos años cerrada por los musulmanes. Génova y Pisa acudieron *motu proprio* al lugar; Venecia, regida por el duque Vitale Farlier, se mantuvo inicialmente al margen, pues no quería estropear sus excelentes relaciones comerciales con el mundo islámico ni con Constantinopla, vista en la cristiandad occidental como ciudad oriental. Pero cuando Godofredo de Bouillon quedó como defensor de Jerusalén, solicitó enseguida ayuda a los venecianos en forma de provisiones y pertrechos. Venecia no se hizo de rogar, pues tampoco quería verse relegada: un convoy de un centenar de naves mercantes, escoltadas por ochenta galeras de guerra al mando de Giovanni Michiel, se puso en marcha en el otoño del año 1099 ondeando la cruz y el león de san Marcos.

Tras recorrer el Adriático y dejar atrás Creta y el mar Egeo, llegaron a la isla de Rodas, donde echaron el ancla. Allí se produjo el inevitable tropiezo con una flota de Pisa que, negándose a aceptar la bandera de parlamento ofrecida por Michiel, no vaciló en iniciar su ataque. En fin, esta es la versión ofrecida por Venecia, y resulta difícil de creer. El caso es que, cuando quisieron llegar a un acuerdo, los barcos pisanos tenían ya encima a las galeras de guerra de Venecia, mucho más numerosas. Cayeron veinte barcos de Pisa y los venecianos hicieron alrededor de cuatro mil prisioneros, imponiendo a sus enemigos el compromiso de abandonar esas aguas y el comercio con Oriente. Este compromiso, obtenido a punta de espada, no sería respetado por los pisanos. La expedición veneciana continuó –tal vez para hacerse perdonar– con una pía devoción en las ruinas de Myra, donde los venecianos rescataron el cadáver incorrupto de san Nicolás de Bari, emprendiendo su camino a Tierra Santa.

Llegaron a Jaffa, en Tierra Santa, en junio del año 1100. Godofredo, enfermo de tifus, saltó de la cama para ir a recibirles, proponiéndoles con entusiasmo la toma de otros puertos de la costa como Acre, Haifa, Tiro o Sidón. Los venecianos, siempre duros negociantes, exigieron a cambio plenos derechos comerciales en Tierra Santa, un tercio de las ciudades que se tomaran con su ayuda y el puerto de Trípoli. Godofredo no podía hacer otra cosa que aceptar, falleciendo a mediados de julio en Jerusalén. Pero el acuerdo se mantuvo, materializando cruzados y venecianos un ataque combinado por tierra y mar sobre el puerto de Haifa, en manos judías y egipcias fatimíes. El viento del norte obstaculizó el avance de la flota veneciana, pero finalmente se pudo entrar en Haifa con siete enormes catapultas de asedio (mandrones) y una gran torre de asalto, al final decisiva.

Porque los judíos de Haifa, conocedores de lo que había pasado en Jerusalén, ofrecieron resistencia desesperada, viéndose perjudicado el ataque por algo que luego sería crónico en Tierra Santa: las disputas entre cruzados. Una semana transcurrió sin que el asedio diera frutos, quedando decenas de cruzados abrasados por el alquitrán ardiente que se arrojaba desde las murallas. Por fin, el 25 de julio, la defensa cedió gracias a un vigoroso asalto normando desde la torre de madera. Haifa fue conquistada, comenzando el saqueo y la posterior masacre que acabaría siendo el sello de los *frany*. Los venecianos tomaron su parte en el botín y emprendieron el regreso, procurando llegar el día de san Nicolás con la pieza más valiosa, el cadáver del santo. Venecia los aclamó como héroes hasta la extenuación.

Diez años después, en 1110, de nuevo la ciudad remitió una flota para cooperar en la toma de otro puerto estratégico, Sidón. La escuadra veneciana rechazó a la flota egipcia que quiso acudir en auxilio de la ciudad y, a cambio, recibieron el puerto de Acre –Ptolemaida o Akko– pasando luego a manos genovesas, pisanas y de nuevo a los cristianos (que la rebautizaron San Juan de Acre o de los Caballeros) con la tercera cruzada para terminar en manos otomanas, que edificaron en ella la mezquita de Ahmed Jesser. Hoy es puerto deportivo, pesquero y comercial. De nuevo en 1123 la incipiente reacción musulmana se hizo notar en el frente marítimo: una flota procedente del califato fatimí de Egipto tomaba los puertos de Ascalón y Tiro. Los cruzados solicitaron de nuevo ayuda de Venecia: esta vez fue el

hijo de Giovanni, Domenico Michiel, el que tomó el mando de una flota de setenta y dos galeras de guerra que llegó a Acre, su nueva base, a finales del mes de mayo de ese año.

Michiel se enteró de que la flota egipcia se encontraba en el puerto de Ascalón, más al sur, ideando un ardid para sorprenderlos. Los cuatro navíos mercantes de transporte más grandes y llamativos se enviaron, indefensos, por delante. En su estela, listas para boga plena, navegaban las veintiocho galeras venecianas más rápidas y poderosas, a las que seguían, por debajo del horizonte, todas las demás. Los venecianos ponían en práctica lo que sería moneda habitual de los japoneses en la guerra del Pacífico de 1941 a 1945: poner un cebo tentador para atacar después con todo lo disponible; táctica relativamente simple y neutralizable por un enemigo perspicaz y entregado a su trabajo de obtener, cuanto antes, «inteligencia» e información de su enemigo, pero que daría resultados insospechadamente positivos en batallas como mar del Coral, Santa Cruz e incluso golfo de Leyte. No sería menos en la batalla de Ascalón que nos ocupa, librada en la primavera de 1123, pues los egipcios, cómodamente surtos en puerto, no debían tener idea de la presencia de la fuerza naval veneciana.

Cuando los marinos fatimíes vieron pasar ante ellos, sobre la línea del horizonte y en pleno amanecer, las cuatro espléndidas naves cristianas –sin duda rebosantes de riquezas–, no dudaron en sacudirse el sueño, levar anclas y ponerse a los remos. La mañana era espléndida, el sol a su espalda pronto calentaría a los galeotes y la mar en calma apenas se veía ligeramente rizada por el viento del norte. Los barcos egipcios, rumbo a poniente y sedientos de botín, ni siquiera debieron darse cuenta de la amenaza que se cernía sobre ellos desde el norte. Cuando lo hicieron, ya era demasiado tarde. Las grandes galeras venecianas, con el viento de popa y remando a todo lo que daban de sí, se aproximaban a ellos con velocidad de vértigo.

La sorpresa debió ser total, puesto que numerosos barcos egipcios fueron atrapados de flanco, es decir, ni siquiera maniobraron proa a sus enemigos, lo que les habría permitido evitar el espolonazo y afrontar el combate barco a barco, o ponerles popa para huir. Puede que alguno, con su gran vela ya entrada en viento de través, se viera incómodo para realizar la maniobra. Tal como iban, los buques de guerra venecianos embistieron por el costado a los fatimíes, volcando y haciendo zozobrar a muchos de ellos al primer golpe. En medio de este espectáculo de remos entrechocando y naves egipcias que zozobraban con centenares de hombres dando gritos, otras galeras venecianas embistieron, quedando firmemente empotradas en las enemigas para pasar al abordaje. Aparte de la sorpresa, debió favorecer no poco a los venecianos el hecho de que los egipcios no hubieran mantenido formación alguna, lanzándose sobre los mercantes a la carrera según iban saliendo del puerto de Ascalón, a ver quién daba antes alcance al sabroso pero finalmente escurridizo botín.

Al igual que sucedería varios siglos después en Lepanto, la galera insignia de Michiel embistió la del pachá egipcio, cuyo nombre no ha quedado registrado. Poco faltó para hacerla zozobrar y, según los cronistas, los venecianos que abordaron buques egipcios hicieron una feroz carnicería, quedando cubiertos de sangre de pies a cabeza. En dos millas a la redonda, frente al puerto de Ascalón, la serena mar quedó cubierta de cadáveres. Los venecianos capturaron una decena de barcos enemigos, con un rico botín de especias y seda a bordo, que debían estar refugiados en puerto. Unos pocos buques egipcios, los que mostraron la popa a tiempo a los venecianos, lograron escapar de la quema y llegar a Alejandría, pero los astilleros egipcios no se recuperarían nunca de esta catástrofe, siendo incapaces de producir nuevas armadas fatimitas para combatir las cruzadas. Cuando medio siglo después de la batalla (año 1177), Saladino, en poder de Egipto, visite con sus hijos Alejandría, su biógrafa Chauvel pone en sus labios estas palabras: «La flota egipcia se hallaba en un estado lamentable. Con los califas fatimíes había perdido la costumbre de combatir y se había dedicado generalmente a la trata de esclavos. El mando de las naves había sido confiado a una horda de desconocidos y ningún egipcio que se respetase quería ser marino».

Los venecianos, triunfantes, tomaron el puerto de Ascalón y luego colaboraron en la toma de Tiro, último puerto musulmán de la costa. Al final consiguieron un tercio de ambos enclaves, facilidades y almacenes en el resto, exención de impuestos y, lo más increíble, lograron libertad para utilizar su sistema de pesos y medidas en puertos de su dominio, como San Juan de Acre. Una vez satisfechas las negociaciones, con las bodegas repletas de botín y los pabellones llenos de gloria, regresaron a Venecia, donde de nuevo se les aclamó como auténticos conquistadores, pero olvidando todos (papa incluido) que, amparándose en las banderas de la cristiandad, no habían perseguido otro objeto que no fuera su propio beneficio y el de Venecia como emporio comercial. Es decir, que lejos de convertirse en armas de Dios, no habían sido más que lacayos serviles de su propia y lucrativa empresa, mostrando un poderío bélico naval que muy pronto controlaría el Mediterráneo. Los romanos, vándalos y bizantinos encontraban así digno sucesor en aguas del *Mare Nostrum*.

CAMBIO DE OBJETIVO: LISBOA Y CONSTANTINOPLA

La pérdida de Nicea, Edesa, Antioquía, Jerusalén y los puertos de Tiro, Sidón, Acre, Haifa y Jaffa eran un precio que los musulmanes no estaban dispuestos a aceptar, aunque ciudades del interior como Damasco, Emesa, Hama y Alepo continuaran en su poder. La reacción de los turcos, no obstante, tardaría años en producirse. Los cristianos aprovecharon para fundar el reino de Jerusalén y otros más entre Siria y Palestina, con el hospital de San Juan y la Orden de Caballeros del Templo de Salomón para la defensa de los Santos Lugares y los peregrinos que a ellos afluyeran. Fueron los famosos caballeros templarios, cuya Orden Juanista se fundó en 1128, seguidos en 1191 por los caballeros teutónicos, con los mismos fines. La reacción musulmana llegaba, al fin, en 1144: los turcos, renovados por la dinastía fundada por Imad ed-Din Zhengi –*atabeg* o sultán de Mosul, Hama y Alepo– conquistaron Edesa, pérdida considerada por los cruzados como inaceptable, dando origen a la siguiente cruzada.

La segunda cruzada emitía su llamada a las armas en 1146, por boca de san Bernardo de Claraval. Se alistaron en ella como líderes principales Luis VII de Francia y Conrado III de Alemania. Esta vez, los contingentes medievales no sólo se trasladarían por tierra como en la primera cruzada, sino también por mar, en especial, el procedente de Inglaterra, capitaneado por Henry Glanville y Simon de Dover. Resulta, no obstante, increíble que el reino de Inglaterra, en la situación de devastación y caos en que se hallaba, fuera capaz de mandar expedición semejante en combinación con flamencos, normandos, frisios y escoceses. En efecto, en el año 1100, Enrique, hijo menor de Guillermo el Conquistador, se había proclamado rey tras la muerte en accidente de caza de su hermano Guillermo el Rojo, mientras el primogénito, Roberto II de Normandía, se hallaba de regreso de la primera y exitosa cruzada, en la que participó, como sabemos.

Ilustración realizada en 1185 por Ismail al-Jazari de Salah ed-Din Yusuf ('Prosperidad del Mundo y la Fe'), conocido en Occidente como Saladino, que, tomando el relevo del príncipe Nur al-Din ('Luz de la Religión') en 1174, derrotó definitivamente a los *frany* de Tierra Santa en Hattin (año 1187), tomando luego Jerusalén para fundar la dinastía ayubí.

Roberto volvió finalmente a Inglaterra para reclamar su derecho al trono, pero Enrique, el benjamín, había hecho tantas concesiones previas a nobleza, a Iglesia y pueblo que su hermano mayor ya no tenía nada que hacer, regresando a su ducado con un estipendio compensatorio de tres mil marcos y el compromiso de Enrique de renunciar a cualquier pretensión sobre Normandía. Sin embargo, desde allí enfadaron tanto a Inglaterra que Enrique se decidió a invadirles en 1106, venciendo a su hermano Roberto en Tinchebray, al sur de la población normanda de Bayeux, cerca de la península de Cherburgo. Proclamado así rey de Inglaterra y duque de Normandía, Enrique se casó con Matilde y tuvo dos hijos, la mayor, Matilde, y el pequeño y muy querido Guillermo.

Con este último tuvo lugar, en 1120, el desgraciadísimo incidente de la Nave Blanca, buena muestra de la precariedad de las embarcaciones de la época. Después de su estancia en Normandía, Enrique decidió regresar con su familia a Inglaterra a bordo de dos buques medievales, el suyo y el del príncipe Guillermo, que contaba sólo diecisiete años. Este último, llamado *Blanche Nef* ('Nave Blanca') tenía un estupendo ambiente a bordo que el príncipe no quiso estropear, mandando distribuir el vino. Pero se hizo de noche y, afrontando la difícil recalada en puerto inglés con rocas y corrientes de marea, alguien llevó el barco contra las

rocas, hundiéndose inmediatamente. Tuvo que ser un error de pilotaje, puesto que Enrique, por el mismo camino, llegó sano y salvo. El caso es que sólo se salvó un tripulante de la Nave Blanca que, por desgracia, no era el príncipe Guillermo.

Tres días necesitó la corte para reaccionar ante la tragedia; el rey Enrique I, conocido como Beauclerc, no lo hizo jamás. Bien se puede decir que la corona inglesa conoce íntimamente la mar pues, como sencillos pescadores, han dejado alguno de sus miembros en ella. Cuando murió Enrique en 1135, la sucesión quedó entre la primogénita, Matilde, o el hijo de Adela, hija a su vez de Guillermo el Conquistador. Este último, Esteban de Blois, se proclamó rey, y con él llegó una guerra civil de diez años en la que se sumió Inglaterra durante la segunda cruzada. Finalmente, Matilde abandonó Inglaterra, pero había tenido un hijo con Godofredo de Anjou, el de la Planta de Retama, hombre piadoso que participó en la primera cruzada y llevaba consigo una ramita de esta planta, llamada *genêt* en francés. Este futuro heredero de la corona inglesa, rey de Anjou, Normandía e Inglaterra a la muerte de Esteban en 1154, sería Enrique II Plantagenet, origen del Imperio de Anjou o angevino. Conviene acordarse para futuros capítulos pues, aparte de segundo marido de una señora de rompe y rasga –Leonor de Aquitania– fue abuelo de otra formidable mujer, la reina española Berenguela de Castilla, madre de Fernando III el Santo, conquistador de Sevilla.

Volvamos a la segunda cruzada. La flota cristiana partió de una Inglaterra en pedazos y a la espera de su rey Plantagenet, al que aún faltaban siete años para subir al trono. A su debido tiempo –junio de 1147– llegaron a Oporto, donde el obispo propuso a tan copioso ejército cristiano desviarse ligeramente de su ruta para tomar Lisboa, en poder de los musulmanes. La ciudad del estuario del Tajo, situada en una estratégica posición peninsular, había sido tomada por Abd Allah de Badajoz en el 1022, recuperándola para los cristianos Alfonso VI de León en el 1093; Sin embargo, sólo dos años después la reconquistaban para el islam las hordas almorávides, convirtiéndose así en asignatura pendiente de la cruzada peninsular, la Reconquista cristiana, que empezaba entonces su andadura tras la toma en el 1064 de Barbastro. Desembarcaron, pues, los contingentes cruzados, a cuyo frente se puso rápidamente Alfonso Enríquez de Portugal, aunque el verdadero líder fuera Teodorico de Alsacia. Sumaban veinte mil hombres, siete mil de ellos portugueses, seis mil ingleses, cinco mil germanos y dos mil flamencos. El sitio del importante enclave duró del 1 de julio al 24 de octubre de 1147. La ciudad, finalmente, caía en poder de la flota cruzada, nombrándose alcaide a Teodorico y tomando parte en el botín tanto Simon de Dover como Henry Glanville, Andrew de Londres y los alemanes Arnold III van Aerschot y Saher de Archelle. Lisboa sería finalmente entregada al reino de Portugal, que la convirtió en su capital en 1255.

Mientras esto sucedía por mar, los reyes Conrado de Alemania y Luis de Francia alcanzaron Tierra Santa viajando por tierra. El viaje fue accidentado, especialmente para el rey francés, casado con la hija de uno de los nobles más poderosos de Francia, Guillermo X de Aquitania. Leonor debía ser todo un carácter; su marido Luis VII «no tenía parangón con Leonor, mujer viva y brillante, decidida y vigorosa, que siempre antepuso los intereses de Aquitania a los de Francia», según Cole. Como no podía ser menos, la reina decidió ir a Tierra Santa, terminando con su marido como el rosario de la aurora. Nada más llegar, en vez de recuperar Edesa como era propósito de la cruzada se puso sitio a Damasco; pero, dejándose engañar por la «quinta columna» de la ciudad, acabaron por levantar el sitio y largarse. Conrado, oliendo a chamusquina, volvió a casa en 1148 y Luis, que evitaba las discusiones con Leonor los días en que no se hablaban, se enteró de que su hermano Roberto de Dreux, en su ausencia, quería arrebatarle el trono, por lo que hizo las maletas y regresó a Francia en 1149, divorciándose dos años después. Recuperada la soltería, Leonor no tuvo mejor idea que ir a Inglaterra para casarse con Enrique II Plantagenet, el mayor y más peligroso rival de su exmarido, pues el Imperio angevino amenazaba con «comerse» a la propia Francia (aún más unida a Aquitania). No contenta con ello, Leonor dio a Enrique varios hijos, uno de los cuales, Ricardo Corazón de León, sería rey de Inglaterra y protagonista de las cruzadas.

Entretanto, en Tierra Santa, la leve luz unificadora que había encendido Zengi ('el pilar del islam') fue revitalizada por su hijo Nur al-Din ('Luz de la religión'), príncipe musulmán tan modesto y juicioso que prefería que le llamaran por su nombre de pila, Mahmoud. Desbaratada la segunda cruzada en Damasco, en junio de 1149 venció a Raimundo, príncipe de Antioquía, y en 1154 llevó a cabo una inteligente y pragmática toma de Damasco, evitando que se apoderaran de ella los cristianos. En su ejército había un impetuoso lugarteniente armenio de origen kurdo, Shirku, de una familia procedente de Takrit. Su hermano, Nedjm ed-Din Ayub ('Estrella de la Fe') formaba con él el clan de los ayubíes de la corte del príncipe Nur ed-Din, y estaba casado con una iraquí de la aristocracia beduina con la que tuvo dos hijos, llamados Salah ad-Din Yusuf y Saif al-Din el-Adil, a los que los cristianos conocerían como Saladino y Safadino. A pesar de la belleza de los nombres árabes, utilizaremos éstos últimos para facilitar la narración, que con los originales traducidos se convertiría, realmente, en una pieza de *Las mil y una noches*.

Saladino, personaje trascendental para las cruzadas, ascendió en la corte de

Nur al-Din gracias al prestigio de su tío Shirku debido a la conquista de Egipto. Sus cualidades debieron agradar en extremo al prudente príncipe, pues era estudioso, reflexivo y muy devoto del islam; en su madurez se reveló gran administrador y magnánimo y sabio estratega. Fue ascendiendo en la administración egipcia de tal forma que, en 1169, organizó la resistencia de Damieta frente al ataque de los bizantinos de Manuel I, que fueron rechazados. El éxito le permitió tomar las riendas y abolir, en 1171, el califato fatimí, cuya flota habían derrotado los venecianos medio siglo atrás, en Ascalón, como sabemos. Sin embargo, en su siguiente empresa no tendría suerte: Nur al-Din le asignó, en 1173, la toma del castillo de Kerak (el 'Nido del Cuervo'), propiedad del terrible Reinaldo de Châtillon, que se acabaría convirtiendo en su enemigo a muerte. Por el momento, Saladino tuvo que conformarse con el repliegue a Egipto.

En 1174 falleció Nur al-Din, siendo sustituido por el regente Ibn al-Muqaddam, mientras los diferentes Balduinos se sucedían en el trono de Jerusalén y Raimundo III quedaba como regente de Trípoli. Sólo dos años después llegaba la catástrofe para los cruzados, pues el ejército bizantino de Manuel I fue deshecho en el desfiladero de Miriocéfalo, segundo Manzikert que anulaba Constantinopla como fuerza militar. El reino de Jerusalén, ya sin apoyo alguno en el norte, se veía ahora acorralado por los reinos musulmanes de Damasco y Egipto, sin otra escapatoria que la mar. Los puertos de Tierra Santa adquirían así para la cristiandad un papel vital, pues eran el único camino por el que los cruzados podían recibir avituallamiento y refuerzos. Saladino, fino estratega, se dio cuenta de la importancia de estos puertos. En 1177 tomó su ejército y partió hacia Jerusalén para tomar Ramleh, prometiendo respetar Ascalón. Pero de nuevo fue derrotado en su empresa, debiendo retornar a El Cairo. Concertó entonces una tregua de dos años con el emperador Manuel I, mientras ambos contendientes se dedicaban a formar ejércitos y consolidar posiciones.

En 1180 falleció el emperador bizantino, y su heredero, el niño Alejo, fue asesinado con su madre en la rebelión de Andrónico Comneno, que subió al trono. Bizancio y Jerusalén renovaron inmediatamente tregua con Saladino, erigido en unificador del islam al norte y sur, apodo por el que sería conocido. Esta tregua, sin embargo, saltaría en pedazos por culpa de Reinaldo de Châtillon, retorcido *frany* que había estado tres lustros preso de Nur al-Din y al que los musulmanes conocían por el sobrenombre de *Arnat* que, una vez en libertad en su castillo, en un peligrosísimo momento para el reino de Jerusalén, se transformó en el detonante del explosivo que volaría todo en pedazos. En tan delicada coyuntura, no se le ocurrió otra cosa que asaltar una caravana que se dirigía a La Meca; Saladino exigió indemnizaciones al rey de Jerusalén, pero cuando este ordenó a Reinaldo devolver lo robado fue flagrantemente desobedecido. Es más, al año siguiente (1182) Arnat emprendió una aventura marítima novelesca: hizo construir unas galeras en el mar Muerto que desmontó para, pieza a pieza, trasladarlas a través del desierto hasta el golfo de Akaba, en el mar Rojo, donde las montó y utilizó para saquear el puerto de Aidab, frente a La Meca, luego los propios embarcaderos de Medina y la Ciudad Sagrada del islam, Yanbu y Rabigh respectivamente. Aliado a piratas del mar Rojo, llegó incluso a capturar un barco cargado de peregrinos que iban a La Meca, sometiéndolos a todo tipo de vejaciones.

Era demasiado. Malik al-Adil, pariente de Saladino y gobernador de Egipto, formó una flota y destruyó las galeras de Reinaldo. Este, sin embargo, escapó con vida y Saladino, ciego de ira, clamó venganza contra él. Pero en 1186, el que falleció fue el rey de Jerusalén en Acre, proponiendo los cruzados una tregua a Saladino, pues estaban divididos entre «raimundistas» y «reinaldistas», a cuya cabeza estaba Guido, esposo de la princesa Sibila. Finalmente, en 1187, los cruzados, tras discusiones y desacuerdos concertando paces separadas con Saladino, se reunieron para emprender una romántica aventura caballeresca de rescatar damas y castillos. Eran trece mil cristianos pero sólo un millar de cruzados, siendo el resto infantería y nativos asimilados. Partieron, con todo el calor del verano, desde los pozos de Seforia esperando alcanzar el mar de Galilea, a sabiendas de que Saladino, con un ejército de veinte mil hombres, estaba interpuesto en el camino, esperándolos a la altura de dos montes conocidos como los Cuernos de Hattin.

Abrumados por el terrible sol y probablemente también por su insensatez, llegaron allí para caer bajo el acoso de los flecheros de las vanguardias de Saladino que, cuando se cercioró del estado en que se hallaban, puso toda la carne en el asador lanzando al ataque la totalidad de fuerzas disponibles. La línea cruzada, tras heroica resistencia, naufragó; en la carga suicida final cayeron prisioneros el rey consorte de Jerusalén, el Gran Maestre del Temple y el inefable Reinaldo de Châtillon, entre otros. Saladino mató a Arnat con su propia cimitarra, ejecutando también a los templarios pero tratando correctamente al resto de prisioneros. En Hattin, los cruzados, como Heraclio al fin de sus días, perdieron la reliquia de la Vera Cruz para no recuperarla jamás. Jerusalén cayó el 2 de octubre de 1187, parece ser que en circunstancias bien distintas a la cinematográfica versión *El reino de los cielos*. Saladino, a diferencia de los cruzados, respetó no sólo a los habitantes, sino también sus negocios y medios básicos de vida. La gran farsa de las cruzadas

había terminado y la cristiandad habría debido evacuar Tierra Santa reconociendo el tremendo error y los inmensos pecados cometidos.

BLONDEL, Merry-Joseph. *Ricardo I, Corazón de León, rey de Inglaterra* (1841). Palacio de Versalles, París (Francia). Imagen del rey inglés Ricardo Corazón de León, hijo de Enrique II Plantagenet y Leonor de Aquitania, vencedor de los sarracenos de Tierra Santa en Arsuf y Acre; falleció en Normandía, siendo su hermano Juan Sin Tierra incapaz de evitar la descomposición del Imperio angevino fundado por su padre en 1151.

Pero ¡ay!, en Europa quedaban aún caballeros andantes que se indignaron en lo más profundo ante la pérdida de los Santos Lugares y la Vera Cruz. En realidad, dada la situación de Bizancio y conociendo a Saladino, posiblemente habría bastado con una afortunada gestión diplomática para convertir Jerusalén en una ciudad abierta internacional, ahorrándose nuevas e inciertas aventuras bélicas. Pero Ricardo Corazón de León, rey de Inglaterra en 1189, era hombre de su tiempo, y en combinación con el emperador germánico, Federico Barbarroja, y el rey Felipe Augusto de Francia, emprendió la luego conocida como tercera cruzada. Ricardo, como Francis Drake, es uno de esos personajes sobrevalorados de la historiografía anglófila; el uno fue un guerrero valiente y el otro un marino avezado, pero la imagen histórica que tenemos de ambos no se aproxima ni de lejos a la realidad. Como afirma Asimov, el apuesto Corazón de León resultaba indeciso, poco diestro en el combate y posiblemente fuera homosexual. Como general resultó un desastre, y lo mismo puede decirse de Francis Drake, siempre más interesado, como pirata que era, en el botín que en el correcto desempeño de las operaciones navales que le habían sido asignadas. Ambos fueron grandes ladrones, el rey Ricardo de los propios ingleses en dos ocasiones, a los que ahogó a impuestos (primero para la cruzada; luego, para su rescate cuando cayó prisionero de Leopoldo de Austria) y Francis Drake, de los españoles en Europa y América; tal vez por ello a este último siempre se le considere con más indulgencia en el mundo anglosajón.

La tercera cruzada, por tanto, no podía ser otra cosa que una nueva astracanada con miles de muertos de por medio. Ricardo, con gran despliegue de trompetas y estandartes, embarcó en una flamante escuadra de veinticinco galeras que le llevó por todo el largo portugués y luego a través del Mediterráneo como si fuera un crucero decimonónico. En 1190 se detuvo en Sicilia sólo para enemistarse con el normando Tancredo y por fin, en junio de 1191, llegó a Tierra Santa, donde Saladino, con su acostumbrada perspicacia, planteaba la última batalla a la cristiandad en los puertos, desde los cuales echaría a los *frany* al mar. Su llegada fue afortunada, puesto que en el duro asedio de San Juan de Acre los cristianos lograron al fin hacerse con este enclave, revés que dolió profundamente al musulmán. Varios miles de defensores fueron canallescamente asesinados. La ingrata tarea asignada al prócer musulmán parecía que no había de llegar nunca a su fin; el 7 de septiembre trató de emboscar a Ricardo, que marchaba hacia el sur por la playa, en el bosque de Arsuf, pero los jinetes con armadura rechazaron a los sarracenos.

Los cruzados también tenían sus problemas; Felipe Augusto, enfermo, dejó en la estacada a Ricardo, que con arrogancia insoportable siguó camino de Jerusalén. No conseguiría tomarla jamás. En verano de 1192, Saladino, exhausto, prosiguió la campaña contra los puertos, tomando tras dura lucha el de Jaffa, próximo a Nablus, donde habían llegado los primeros cruzados un siglo antes. Acudió entonces Ricardo, a toda vela, con su gran galera roja encabezando la flota de cincuenta naves cristianas y, tirándose al agua, llamó al levantamiento de la guarnición, que se había rendido. Saladino, impresionado y enfermo, se retiró a su tienda admirando a tan duro rival. Aunque –siempre según su biógrafa Chauvel– lo despreció como a un niño mimado y caprichoso, finalmente tuvo que negociar con él.

Ricardo también había caído enfermo; cogió una pulmonía tras el baño y

deseaba un fin honorable de todo aquel embrollo para volver a casa. El 2 de septiembre de 1192 se firmaba la paz: Jerusalén permanecería en manos del islam, pero como ciudad abierta a los peregrinos. Esto fue todo lo que Ricardo consiguió con una absurda aventura quijotesca para la que no dudó en exprimir a conciencia a sus súbditos. En el retorno, la galera real de Ricardo tuvo problemas frente al Adriático y el rey se vio obligado a regresar por tierra, siendo capturado y no llegando a su reino hasta 1194, para generar nuevos líos que exceden este trabajo. Por su parte, Saladino, que falleció en 1193 entregado a su tarea, quedaba como gran vencedor de la horda cruzada, siendo para el islam personaje de la misma categoría que Estilicón, Aecio o el mismo emperador Teodosio para el Imperio de Occidente. Nada más lógico y natural.

La cuarta cruzada vino polarizada, a nivel naval, por el asalto cristiano a Constantinopla tras una «reconducción» del objetivo digna de mejor causa. En una monumental paradoja histórica, la cristiandad, tras emprender tres cruzadas contra el islam, dirigió una cuarta contra la ciudad que había sido pionera en la defensa de la Cruz de la mano del emperador Heraclio. En 1171, Manuel I había ordenado apresar a todos los venecianos en sus dominios y confiscar sus propiedades. Venecia, como represalia, mandó una Armada a la que dispersó una epidemia de peste. De forma que la llamada del papa Inocencio III a la cristiandad para que la cuarta cruzada en 1199 recuperara los santos lugares abrió una nueva oportunidad para la revancha veneciana, porque, en esta ocasión, ni Francia ni el papa disponían de flota para trasladar a Oriente a los cruzados, contratándose a la República de Venecia, gobernada por el dux Enrico Dandolo, viejo y ciego pero todo un carácter. Se construyó una enorme flota en el arsenal pero, llegada la expedición de los cruzados a sus campamentos del Lido, resultó que no disponían de fondos para pagar a los venecianos, con los que estaba concertado un flete de 85.000 marcos.

Mal asunto. Dandolo propuso la típica solución «a la veneciana»: pagar con el botín que se obtuviera en la captura de la ciudad de Zara, propiedad del rey de Hungría, que era recalcitrante enemiga de Venecia. La cristiandad pudo ver entonces el verdadero rostro veneciano: primero el oro y la *vendetta*; después, la cruz y la oración. El legado papal se indignó ante la propuesta. Dandolo replicó que, si no le parecía correcto, podía regresar a Roma. Finalmente, en octubre de 1202, habiendo aceptado vergonzosamente los jefes cruzados semejantes condiciones, partió de Venecia la cuarta cruzada a bordo de una Armada con más de doscientas embarcaciones, entre las que destacaban los *Peregrino*, *Águila* y *Paraíso*. En noviembre llegaron a Zara, quebraron la obstrucción a la entrada del puerto y, tras un asedio de dos semanas, la rindieron. Inocencio se subía por las paredes, pero era tarde para arrepentimientos. Los cruzados suplicaron su perdón; lo obtuvieron, aunque el Santo Padre se mostró inflexible con los venecianos, merecidamente excomulgados. En buena lógica, si ya no formaban parte de la cristiandad, habrían debido quedar excluidos de la cruzada, pero los líderes cristianos eran tan corruptos y estaban tan dispuestos a degradarse como los propios venecianos.

En mala hora entró entonces Constantinopla en el juego de la mano del príncipe Alejo, que viajó a Zara para que los cruzados repusieran a su padre, Isaac II Ángelo, en el trono. El joven príncipe bizantino ofreció doscientos mil marcos a cruzados y venecianos, además de añadir diez mil soldados a la cruzada. No hizo falta más para reconducir vilmente la cruzada hacia Bizancio, con quienes tantas cuentas pendientes tenía Dandolo. Ya no era una pequeña desviación interesada como las de Lisboa y Zara, sino una auténtica reconversión de la cruzada en toda regla, volviéndola contra los cristianos ortodoxos de Oriente. Y si Zara mereció la excomunión del Santo Padre, incurrir en una barbaridad como esta sólo podía tener un premio: asarse por toda la eternidad en los fuegos del infierno.

La flota, llevando el ejército cruzado a bordo, zarpó rumbo a los estrechos del Bósforo, donde llegaba a finales de la primavera de 1204. Vistos desde el mar de Mármara, los muros de Constantinopla y las defensas del Cuerno de Oro parecían inexpugnables. El frente de mar de las murallas, desde el Studion hasta la Acrópolis y la Punta del Serrallo, pasando por los puertos fortificados de Eleuterio, Contoscalion, Julián y Bucoleón, les pareció a los cruzados formidable, haciéndoles «sentir escalofríos» y quedar «anonadados de asombro». Y eso que desde allí no podían ver el lado amurallado del Cuerno de Oro, que iba desde el puerto Prosforiano (al lado de la cadena) hasta el barrio de Blanchernas, ni el formidable frente terrestre de las murallas dobles, desde este último, pasando por la Puerta Carisia y el valle del río Lycus o Mesoteichion hasta la Puerta Dorada que daba acceso al Studion, donde se alzaba la iglesia de San Juan. La realidad, no obstante, era bien distinta: las condiciones de defensa eran un desastre. No existía ejército que defendiera las fortificaciones y, de la valiente flota de León Isáurico y Constantino IV, no quedaban sino veinte galeras podridas.

El campamento cruzado se instaló aguas abajo del Bósforo, mientras las galeras venecianas, a falta de flota bizantina, establecían un férreo bloqueo del Cuerno de Oro. El primer ataque lo llevaron a cabo veinte mil hombres, que cruzaron el Bósforo la mañana del 5 de julio. Sin oposición, entraron en las márgenes del Cuerno de Oro, dirigiéndose a la ribera sur, al pie de la muralla sencilla, para tomarla y apoderarse de la cadena. Ante este ataque, los bizantinos corrieron a las murallas, entablándose una dura batalla en torno a la torre de Eugenio, en el extremo de la cadena. Mientras más y más cruzados subían a la torre, desbordando a los defensores, el transporte Águila se lanzó contra la cadena con viento favorable y la rompió, irrumpiendo en el Cuerno de Oro. La flota veneciana entró por la brecha tras él, y en muy poco tiempo los cruzados habían tomado el puerto de Constantinopla.

El ataque siguió avanzando por la muralla hacia el oeste. Los cruzados creyeron encontrar un punto débil en el vértice occidental, junto al barrio de Blanchernas,

con la iglesia de Santa María del mismo nombre. Batidos los lienzos más débiles de la muralla del puerto, los bizantinos contratacaron en sorpresivas salidas. Por fin, el 17 de julio, cruzados y venecianos, con máquinas y torres de asalto por tierra y grandes embarcaciones y galeras equipadas con saetería, catapultas y puentes colgantes por mar, se prepararon para un ataque general. Los bizantinos los esperaban. Los primeros fueron recibidos en las murallas por mercenarios daneses, varegos y britanos que, con su acostumbrada ferocidad, rechazaron el ataque. El ataque anfibio se paralizó entonces, al no hallar los capitanes ningún punto por el que asaltar los muros. Tuvo que ser el viejo demonio, Dandolo, quien saltara a tierra mostrando el camino a los atacantes. A pesar de todo lo que los defensores arrojaron desde las murallas del Cuerno de Oro, incluidas simples piedras y fuego griego, los cruzados capturaron veinticinco de los bastiones de ese lado. Todo parecía decidido cuando Alejo III, con todos los hombres que le quedaban, condujo un contrataque sorpresivo contra el campamento cruzado. Dandolo y los cruzados habían fracasado, debiendo regresar para defender la retaguardia.

Alejo III perdió inexplicablemente la entereza tras este éxito, escapando de la ciudad con su hija y el tesoro imperial. Los bizantinos, sin jefe, liberaron a Isaac II Ángelo y lo restituyeron en el trono, con lo que el objetivo de cruzados y venecianos estaba conseguido. Sólo quedaba abonar la factura; el príncipe Alejo, ya asociado al trono como Alejo IV, saqueó iglesias y arcas reales para ello, pero no lo consiguió. La ira de Dandolo fue terrible; ante el proceder altivo del príncipe bizantino, le espetó: «Necio muchacho, del estiércol os elevamos y al estiércol os arrojaremos de nuevo». No era una amenaza, sino toda una declaración de guerra, que pronto se haría realidad con un segundo y más brutal asalto a la ciudad.

El destino de la cuarta cruzada iba a ser, por tanto, tomar salvajemente la ciudad que había pedido auxilio al papa de Roma un siglo antes para que movilizara a la cristiandad en defensa de los santos lugares. Alejo IV no pudo ver tan trágico fin: amotinados sus súbditos contra él, fue depuesto y aclamado un nuevo Alejo, de apellido Ducas y de mote *el Salvaje*, al que creyeron mejor capacitado para ofrecer resistencia. La pequeña tregua concedida por los cruzados hasta el 9 de abril fue aprovechada en la ciudad para reforzar la muralla y reorganizar las fuerzas lo mejor posible. Se pudo rechazar un primer ataque, pero el día 12 la flota veneciana avanzó en línea de frente por el Cuerno de Oro, los barcos amarrados de dos en dos para soportar mejor a bordo las monstruosas máquinas de guerra, que eran enormes puentes de madera que debían apoyarse en las murallas, mientras sesenta catapultas las bombardeaban. Resultaron imparables incluso para el fuego griego vertido por los defensores; el *Peregrino* y el *Paraíso*, unidos en catamarán, acometieron el bastión principal y lo tomaron tras una dura lucha. Las demás torres fueron cayendo al empuje de otros barcos, asaltándolas sus dotaciones inmediatamente para tomarlas, una tras otra.

Alejo V trató de contener el pánico entre los suyos, pero todos huyeron. Cruzados y venecianos entraron entonces en la ciudad, perpetrando una espantosa carnicería. Al día siguiente se rendía Constantinopla, entregada a tres días de saqueo según la bárbara costumbre de la época. Las tumbas fueron profanadas y los conventos forzados; las monjas violentadas y los religiosos asesinados; en Santa Sofía, el altar mayor fue profanado, entrando las mulas a recoger el tesoro mientras una prostituta embriagada cantaba en el trono del Patriarca. Las barbaridades de los cruzados llegaron a tal punto, que se llegó a decir que «hasta los sarracenos habrían sido más misericordiosos». Inocencio podía estar orgulloso de sus muchachos «cristianos».

HIJA, ESPOSA Y MADRE DE REY

A finales del reinado de Isabel II, en el siglo XIX, el ministro español de Marina, el marqués de Molíns, encargó a los astilleros españoles una serie de tres fragatas de vapor de unas tres mil toneladas de desplazamiento, con aparejo cruzado (velas cuadras) completo, una máquina de trescientos sesenta caballos y cuatro calderas para alimentarla. Estaban armadas con treinta y siete cañones de diferentes tipos y calibres, entrando en servicio a partir de 1857. Recibieron todas nombres de reinas. La *Petronila* no tuvo suerte, puesto que con tan sólo cinco años embarrancó en Mariel, en la isla de Cuba, perdiéndose completamente. Sin embargo, las otras dos –*Blanca* y *Berenguela*– tuvieron larga vida, muy activa y repleta de aventuras de lo más variado. La *Berenguela*, objeto de nuestra atención, no se perdió una: estuvo, muy nueva, con la expedición de Prim en México, luego se fajó en la Escuadra del Pacífico de don Casto Méndez Núñez, estando presente en el bombardeo de Valparaíso y combatiendo en el bombardeo de Callao, donde sufrió varias y graves heridas. Hizo la guerra del corso a la flota mercante chilena, capturando cinco mercantes y, aun llena de cicatrices, fue capaz de completar (con una gravísima epidemia de escorbuto a bordo) la vuelta al mundo, regresando a España para recibir las correspondientes obras y reparaciones. Viajó posteriormente a Filipinas donde, tras numerosas operaciones, terminó sus días. Es probable que contara siempre con el amparo espiritual de aquella notable reina de Castilla que le dio nombre, a un tiempo hija de rey (Alfonso VIII el Bueno), esposa de otro (Alfonso IX de León) y madre de un tercero (Fernando III el Santo, rey de Castilla y de León), el cual, gracias a ella, conseguiría aunar ambos reinos para emprender una nueva cruzada: la conquista de al-Ándalus contra los musulmanes unitarios de Ibn Tumart, conocidos como *al-muwahhid* o almohades.

Fragata *Berenguela* que, en el siglo XIX, honró a la reina de Castilla, nieta de Enrique II Plantagenet y Leonor de Aquitania, hija de Alfonso VIII el Bueno, vencedor de las Navas de Tolosa en 1212, esposa de Alfonso IX de León y madre de Fernando III el Santo, conquistador de Sevilla con una operación naval en 1248.

Nada tiene de extrañar, pues la reina, como buena cristiana, procedía de familia de cruzados. Su madre, Leonor de Inglaterra, era hija de Enrique II Plantagenet, el esposo de la frívola aunque formidable Leonor de Aquitania, madre de Ricardo Corazón de León. El problema de esta familia era el exceso de carácter. Enrique II había llegado al trono inglés como agua de mayo e, inicialmente, todo fue felicidad. Leonor de Aquitania se destapó, en este su segundo matrimonio y reinado, como reina espléndida, dando al rey cuatro hijos y tres hijas, todos tíos carnales de Berenguela. Inglaterra era la parte más próspera del Imperio angevino, abarcando la mitad de Francia, Gales, Escocia y una parte de Irlanda; Enrique la convirtió en primera productora mundial de lana gracias a sus feraces pastos. Pero en 1170, empezaron a cernirse negros nubarrones: como punta de iceberg en la larga y soterrada pugna de poder entre Iglesia y Estado, Enrique II no logró evitar el asesinato de Thomas Becket, arzobispo de Canterbury, en la juventud íntimo amigo. A partir de entonces, la vida del rey se oscureció con la completa tragedia familiar; al soberano medieval más poderoso de Europa en su tiempo le encantaban las aventuras galantes, pero Leonor de Aquitania no era mujer capaz de soportar infidelidades. Iracunda, decidió devolvérsela a Enrique rebelando a sus propios hijos, Enrique, Ricardo, Godofredo y Juan, contra su padre; cuando el rey estaba en Inglaterra, la

reina provocaba y acusaba de cobardes a Ricardo, heredero de Aquitania, y Godofredo, para el que sería Bretaña. Cuando Enrique cruzaba el canal para afrontar a sus hijos, Leonor azuzaba a Enrique, titular de Inglaterra, para que se proclamara rey. De momento el pequeño, Juan, se quedó sin nada, por lo que se le empezó a conocer como Juan Sin Tierra.

La madre de Berenguela, Leonor, tuvo que vivir esta discordia inducida por el despecho de su madre, dedicada a encizañar hermanos. Convidado de piedra en esta intriga fue el propio Luis VII, ex marido de Leonor, que halló una feroz aliada en la que fuera su esposa. Todo degeneró en rebelión conjunta de los tres, Enrique, Ricardo y Godofredo, en 1172, exigiendo a su padre las respectivas coronas de Inglaterra, Aquitania y Bretaña; pero Enrique II dio un golpe de autoridad en la mesa y tuvieron que huir todos a la corte francesa, donde Luis los acogió con los brazos abiertos. Leonor de Aquitania, causante de todo el lío, no logró escapar, ingresando en el calabozo. El rey formó un ejército, arrasó Escocia, que también se le había sublevado, y luego amenazó con pasar a Francia. Lejos de ofrecer resistencia, sus tres vástagos se apresuraron a pedir perdón; las aguas parecían volver a su cauce, pero la reina continuó recluida. Aquello, evidentemente, no podía terminar así, pero el primogénito, Enrique, falleció repentinamente y Godofredo en accidente de torneo. La situación entonces evolucionó a un bipartido: el rey Enrique con su hijo Juan Sin Tierra, único que no le había traicionado, y Ricardo, rey de Inglaterra, con su madre Leonor y otro aliado de última hora, el heredero francés Felipe II, conocido también como Felipe Augusto, rey de Francia en 1180 y compañero de aventuras galantes y sueños cruzados de Ricardo. La juventud era un partido demasiado fuerte, pero el viejo Enrique II Plantagenet, duro a morir, luchaba soñando con la corona para Juan. Todo terminó cuando este se pasó al bando contrario. Al enterarse Enrique, renunció a todo y falleció en 1189. Ricardo, heredero del Imperio angevino, emprendió como sabemos la tercera cruzada con Felipe Augusto ese mismo año, probablemente sin otro objetivo que no defraudar a su madre, la recalcitrante Leonor de Aquitania que, puesta en libertad, se proclamaba vencedora absoluta.

Este era el carácter de las mujeres Plantagenet, que Berenguela heredó de su madre y que tan bien le vendría para superar todas las dificultades. Su padre, el rey de Castilla Alfonso VIII el Bueno, había nacido en 1155, hijo de Sancho III de Castilla y Blanca de Navarra, en un tiempo en que la Reconquista –es decir, la cruzada hispánica señalada por el papa– apenas era un sueño bajo la asfixiante presión almohade, pudiendo señalarse sólo la toma de Zaragoza en 1118 por Alfonso I el Batallador y la de Tortosa y Lérida poco antes de nacer Alfonso. Se quedó huérfano con sólo tres años, siendo proclamado con el mote de «el rey pequeño», disputándosele las poderosas facciones de los Castro y los Lara. Tal vez por ello, Alfonso fue un rey precoz de notables cualidades innatas y al que su agitada infancia proveyó de un conocimiento de la vida imposible en un joven normal de su edad. Con sólo catorce años, llevó a cabo el enlace con la princesa inglesa, Leonor de Inglaterra, hija como sabemos de Enrique Plantagenet y Leonor de Aquitania, tras haberle otorgado las cortes de Burgos el poder en 1169. La mezcla del difícil gobierno de Castilla y el matrimonio adolescente podía haber sido para el padre de Berenguela combinación envenenada, pero el caso es que incluso pareció sentarle bien. Alfonso llegó a un acuerdo con su tocayo, Alfonso II de Aragón, para combatir a otros monarcas cristianos, recuperando tierras en Burgos y Logroño pero enemistándose con el rey de Navarra. Tuvo que actuar su suegro, Enrique II Plantagenet (ya con suficientes problemas, como sabemos), para avenir a ambos monarcas.

RODRÍGUEZ DE LOSADA, José María. *Berenguela de Castilla* (h. 1892-1894). Ayuntamiento de León, León. La reina Berenguela, hija, esposa y madre de rey

que, garantizando el trono de Castilla para su hijo Fernando III el Santo, proporcionó un vigoroso impulso a la tarea de Reconquista que este supo culminar con la conquista de Córdoba y Sevilla en pleno corazón de al-Ándalus, territorio musulmán.

Desde el 1172, Alfonso trató de aunar, e incluso encabezar, a los príncipes cristianos contra el alud almohade del islam, llegado a la península en 1121. En 1177, encontramos a Alfonso VIII conquistando Cuenca con los monarcas de León y Aragón. En 1185 falleció el rey de León, sucediéndole una persona de gran importancia en la vida de Berenguela, Alfonso IX, joven con el que un ya maduro (30 años) padre de Berenguela concertó su matrimonio. Pero no todo iba a ser fácil; en el historial de Alfonso IX constaba un enlace con la infanta Teresa de Portugal que el papa había disuelto por presunta consanguinidad. Lo mismo le sucedería, desgraciadamente, a Berenguela, después de haber tenido cinco hijos con el rey de León, dejándola como madre soltera del siglo XII.

Además, Alfonso IX de León siempre fue conflictivo, contando entre sus «méritos» una excomunión del papa Celestino III por haberse aliado con los musulmanes extremeños tras la derrota de Alfonso VIII en Alarcos (1195). Luego Roma trastocó su primer matrimonio, viendo el rey de Castilla oportunidad para hacerse con otro aliado casándolo con su hija. Pero Alfonso IX siempre receló del castellano, lógica consecuencia de la vecindad territorial de ambos reinos; puede que pensara que su suegro le hacía sombra con sus grandes gestiones. Estuvo así el reino de León ausente en este tramo decisivo de la Reconquista, lo que tuvo que mortificar no poco a Berenguela, sabiendo que su marido no daba la cara y renunciaba a la gran coalición que su padre formaba contra la invasión integrista almohade.

Había sido el papa Inocencio III –el mismo que promovió, censuró y se «tragó» el sapo del asalto a Constantinopla para consolidar su poder en Bizancio– quien impulsó también como cruzada la Reconquista peninsular. Sin embargo, a la vuelta de los siglos, se aprecia la Reconquista como una empresa más noble y legítima que las bárbaras cruzadas. Los cristianos españoles, herederos de la Marca Hispánica visigoda, podían alegar haber sido invadidos previamente para rechazar y expulsar a los musulmanes. Acostumbrados a convivir con árabes cultos y propicios a las alianzas, los cruzados de la península no tenían nada que ver con los feroces y genocidas *frany*, que aniquilaban todo por sistema. Si la Reconquista se hubiera librado entre los reinos cristianos peninsulares y los reinos árabes de Taifas ya establecidos, tal vez todo hubiera terminado con un gran acuerdo y España sería más árabe de lo que es.

Pero el destino no lo quiso; en 1086 llegaba a la Península, vía estrecho de Gibraltar, la invasión almorávide, dirigida por Yusuf ibn Tasfin, emir de la tribu de los bereberes sanhaya que, auxiliado por un maestro del islam, Abd Allah Ibn Yasin, logró unificar en una gran secta presente en el Magreb, los Al Murabitum ortodoxos o almorávides, que fundaron Marrakech y se apoderaron de Fez, Tánger y el Rif. Cuando la Reconquista llegó en 1085 a Toledo, los árabes de al-Ándalus incurrieron en el error de pedir auxilio a los almorávides, que no se hicieron de rogar. Cruzaron el estrecho de Gibraltar y derrotaron al rey Alfonso VI de Castilla en Sagrajas (1086) haciendo retroceder la oleada cristiana hacia el norte. En 1102 tomaban Valencia al legendario Rodrigo Díaz de Vivar, El Cid Campeador; pero, una vez fallecido Tasfin, el Imperio almorávide, influido por los alfaquíes y teólogos islámicos, empezó a mostrarse intolerante con los propios andalusíes, que querían rebelarse contra ellos. Fue el momento de Alfonso I el Batallador, que tomó Zaragoza en 1118, como sabemos.

Desgraciadamente, debilitado el Imperio almorávide, surgió en la región africana del Atlas un nuevo y potente movimiento cuyo promotor fue un bereber masmuda, Muhammad ibn Tumart, el cual, tras obtener su licenciatura de teología en Bagdad, predicó en Marruecos una doctrina basada en la unicidad de Dios; eran los *al-muwahhid* o almohades, 'los que proclaman la unidad', cuya diferencia con los almorávides era evidente: si estos eran ortodoxos e intolerantes, los almohades resultaron reformistas y rigoristas, considerando malos musulmanes a andalusíes y almorávides. No dudaron, por ejemplo, en destruir las mezquitas de Marrakech y volver a edificarlas, pues decían que estaban mal orientadas. Estos integristas debían parecerse mucho a los yihadistas de nuestros días, nueve siglos después. No tenían nada que ver con los inteligentes, magnánimos y tenaces ayubíes de Saladino, que en aquel momento aún no había empezado a luchar contra los cruzados. Habría estado bien que la historia, con ecuanimidad, hubiera puesto a cada oveja con su pareja, es decir, a los salvajes *frany* contra los almohades y a los ayubíes contra los cruzados hispánicos. Lo quiso, sin embargo, al revés, con el aleccionador resultado en ambos frentes de que finalmente *frany* y almohades –o sea, los más bestias– fueron derrotados y expulsados, probablemente para bien de la humanidad.

El camino resultó, no obstante, durísimo para monarcas como Alfonso VIII de Castilla. Los almohades conquistaron una amplia faja africana de Túnez a

Marruecos, expulsando de Trípoli y Túnez a los normandos que, tras conquistar Sicilia, habían llegado hasta allí. A partir de 1121, tres generales almohades, Abd al Mumin, Abu Yaqub Yusuf y Abu Yusuf Yaqub, herederos o califas del *mahdi* Tumart, impulsaron la conquista de al-Ándalus con su capital en Sevilla, en la que dejaron la Giralda, minarete a imagen de la Kutubía de Marrakech. Abu Yaqub era rubio y su hijo Abu Yusuf mulato, hijo de una concubina de color. En 1162 los árabes peninsulares, reforzados con cristianos y dirigidos por Abd Allah ibn Mardanis e Ibrahim ibn Hamusk, fueron derrotados en Granada por Abu Yaqub, que conquistó también Murcia, Lorca, Baza, Almería, Alcira y Elche. Al-Ándalus caía así, al completo, bajo la órbita almohade. En 1195, Alfonso VIII, impaciente por sus ofrecimientos de alianza a León, Navarra, Aragón y Portugal, se presentó con el único apoyo de los cruzados de las órdenes de Calatrava y Santiago a tomar la fortaleza de Alarcos. Sus caballeros de armadura acometieron varias veces las hordas africanas, sin hacer mella en la muchedumbre que, al final, les rodeó y puso en fuga. A la vista de la masiva multitud almohade, Alfonso huyó camino de Toledo. Calatrava, Guadalajara y Madrid cayeron acto seguido en poder almohade.

Fueron días amargos para el padre de Berenguela, que tardaría más de tres lustros en tomar revancha dando golpe de gracia al Imperio almohade. Para acabar con aquellas masas enemigas era imperativo arrastrar a la batalla al resto de monarcas peninsulares, además de aprovechar la convocatoria del papa Inocencio llamando a los cruzados europeos. Así fue como los normandos y otros *frany* llegaron en 1212 a la Península encabezados por el arzobispo de Burdeos. En el asedio a Calatrava, se atrevieron incluso a afear a Alfonso que no masacrara a los musulmanes que se habían rendido. El rey de Castilla se dio cuenta de que con aquellos animales no iba a ninguna parte y, cediéndoles todo su botín como pago, los mandó de vuelta a casa, quedándose sólo con Teobaldo de Blazon y el arzobispo de Narbona. Unido al rey de Aragón, Pedro II, al de Navarra, Sancho VII y a los caballeros de las órdenes del Temple, Santiago y Calatrava, además de algunos portugueses, llegó a Sierra Morena para ascender por el paso del Muradal a la planicie de las Navas de Tolosa, cerca de La Carolina, donde, tras la muerte de Abu Yusuf en 1199, les esperaba su hijo Abu Abd Allah Muhammad al-Nasir con toda su numerosa hueste almohade.

Los cristianos respetaron la fiesta del domingo y, por fin, el lunes 16 de julio de 1212 tuvo lugar la gran batalla de las Navas de Tolosa. Los musulmanes atacaron con vigor incontenible, llegando incluso a poner en peligro a Alfonso, en retaguardia; pero esto permitió a los diferentes reyes, obispos y maestres penetrar en la horda musulmana y desorganizarla en inmensa catástrofe. Los contingentes andalusíes desertaron acto seguido, tras lo cual al-Nasir se vio solo en su tienda protegido por su guardia de 10.000 mauritanos tras gruesas cadenas. Le correspondió a Sancho, rey de Navarra, batir esta última defensa almohade, pulverizada la cual al califa no le quedó otra que huir camino de Jaén. Las tornas habían cambiado, y ahora era el musulmán el que abandonaba derrotado el campo de batalla. Los árabes pudieron sufrir doscientas mil bajas, cifra muy exagerada. Cabe aventurar que fueran la décima parte, una auténtica masacre de la que los almohades no se recuperarían. De nuevo se formaron los reinos de Taifas al perder los integristas poder frente a hafsíes, benimerines e incluso nazaríes, los únicos que quedaron en la península llegado el siglo XIV. En 1269 los benimerines conquistaron Marrakech, concluyendo el Imperio almohade.

Fernando III el Santo según una miniatura del Tumbo A o Índice de los Privilegios reales de Santiago de Compostela. Fernando III, hijo de una gran reina, Berenguela, y nieto del vencedor de las Navas de Tolosa, Alfonso VIII el Bueno, dedicó su vida al éxito de la Reconquista, realizándose durante su reinado la definitiva penetración en el sur que le permitió tomar Córdoba y después Sevilla con ayuda de su Marina recién creada.

Fue la gran victoria de Alfonso VIII el Bueno, coronando una vida dedicada a la Reconquista. El monarca falleció en 1214, y poco después también murió su esposa Leonor, madre inglesa de Berenguela; ambos están enterrados en el monasterio de Las Huelgas. Subía al trono de Castilla un rey niño, Enrique I, con la regencia de su hermana mayor, doña Berenguela. La reina tuvo que superar un período turbulento: su hermano, el rey niño, pereció en 1217 víctima de un desgraciado golpe en la cabeza. Inmediatamente, Berenguela pensó en proclamar a su hijo Fernando, que estaba con su padre, el rey de León. Como cabía esperar, este no colaboró en absoluto, pues codiciaba la corona para sí mismo. Fernando se tuvo que escapar para reunirse con su madre y ser proclamado rey de Castilla en Valladolid en 1217. Irritado, Alfonso IX de León, su progenitor, invadió Castilla, pero tuvo que retirarse con el rabo entre las piernas ante la declarada preferencia de todos los castellanos por Fernando.

Práctica a más no poder, Berenguela, nada más poner la corona en las sienes de su hijo, empezó a buscarle esposa. La elección de reina recayó en Beatriz de Suabia, con la que, curiosamente, Castilla emparentaba con Bizancio, puesto que era hija de Irene Angelina, hija a su vez del emperador Isaac I Ángelo. A su debido

tiempo, esta alemana sería madre de uno de los más renombrados reyes de Castilla, Alfonso X el Sabio. El joven rey comprendió que debía dar sentido a su reinado retomando la Reconquista. A partir de 1224, todas las temporadas emprendía una expedición o correría por tierras andaluzas, con apoyo de sus nobles y las órdenes militares. Conquistó Baeza en 1227, derrotando su hermano Alfonso a las tropas de Aben Hud en Jerez, en 1231. Al año siguiente, las órdenes se apoderaron de Trujillo y en 1233 de Montiel, año en que el propio rey tomó Úbeda. Medellín, Alange y Santa Cruz cayeron en 1234. La conquista de Córdoba en 1236 fue muestra del entusiasmo de la cristiandad: el segoviano Muñoz se había quedado sitiado en la Axarquía, acudiendo en su auxilio nobles capitaneados por Alfonso de Molina. En su apoyo no tardaron en llegar milicias de León, Salamanca, Zamora y Toro, yendo finalmente el propio rey para verla caer en el mes de junio, tras medio año de asedio. Córdoba había sido capital de los omeyas y de al-Ándalus, por lo que su conquista tuvo gran impacto en el mundo musulmán. Aben Hud, último rey andalusí que trató de unificar al-Ándalus, fue asesinado en un banquete por el emir de Almería.

Fernando III, que tras la muerte de Beatriz se había casado con Juana de Ponthieu, andaba delicado de salud. En 1239 instaló su corte en Córdoba, convirtiéndola en cuartel general para entrar a la conquista del valle del Guadalquivir. Mientras, en Levante, su hijo Alfonso conquistaba Murcia, Lorca y Mula en 1244, año en que cae en poder de Fernando Arjona. De manos del rey de Castilla, la Reconquista avanzaba a pasos agigantados, para satisfacción de su madre, a la que vio por última vez en 1245. Al año siguiente, puso sitio y conquistó Jaén tras amagar sobre Granada, donde reinaba Mohamed ben Yusuf ibn Nasar, conocido por el sobrenombre de Al-Ahmar. Este, a cambio de aceptar el vasallaje al rey Fernando y pagar un tributo, consiguió conservar el reino de Granada-Málaga-Almería, refugiado en sus serranías y comprometiéndose, además, a prestar tropas a los cristianos. Jaén, aislado del resto de al-Ándalus, cayó en 1246. A Fernando ya sólo le quedaba, para buen término de su ingente labor cruzada, la perla de la corona almohade: Sevilla, en el cauce del río Guadalquivir.

Emplazada en el primer meandro de tierra firme del río, sobre la ribera oriental, Sevilla aparece para el navegante que asciende por el cauce a casi cuarenta millas náuticas de la desembocadura en Bonanza, estando en aquella época amurallada en todo su perímetro. La defendía el caudillo almohade Axataf, que había previsto una inteligente defensa en profundidad, fortificando arrabales extramuros de la orilla opuesta como Triana y Tablada, abastecidos de noche por precarios puentes. Hacían, así, el papel de fortalezas exteriores, apoyándose la una a la otra. El rey de Castilla decidió atacar la ciudad por el sur; sin embargo, encontró pronto freno a su impulso, que se transformó en extenuante asedio. La única vía por la que atacar el formidable sistema defensivo era el propio río, pero Axataf lo había previsto colocando una cadena entre dos torres, a las puertas de la ciudad. Tal vez fuera dándole vueltas a cómo hacerlo cuando Fernando III concibió la idea de armar una flotilla que forzara la obstrucción del río. De este singular proyecto, una necesidad de emergencia para un proyecto puntual, nacería una flota llamada a los más altos destinos: la Marina castellana.

Para llevarlo a cabo, llamó a un norteño, Ramón de Bonifaz, del que no se conoce su lugar de nacimiento pero sí de dónde vino: Burgos. Puesto al corriente del proyecto y provisto de imprescindibles credenciales, Bonifaz hizo construir en astilleros montañeses y vascos trece naos y cinco galeras, dotadas con marineros asturianos y gallegos. Cuando la primera Armada castellana estuvo lista, bajó –no sin inconvenientes– por la costa de Portugal, internándose después a golpe de remo en el saco de Cádiz. ¿Cómo serían estas naves medievales? Según Fernández Duro, se trató de buques de Laredo, Castro Urdiales y San Vicente de la Barquera, pero fundamentalmente naos vascas de Guipúzcoa y Vizcaya. Ibáñez de Ibero, por su parte, dice que se fletaron en Getaria, Castro Urdiales, Pasajes y Santa María de Neda, construyéndose todas las galeras en Santander. Se trataba de mercantes no necesariamente laneros como los ingleses, pues los vascos y cántabros también comerciaban con hierro, aperos, utillajes, vino, cuero, cera, azogue, aceite y frutos secos. Solían transportar estos productos vascos, cántabros, castellanos y andaluces a los puertos flamencos de Gante y Brujas, además de los franceses de Ruan (capital del ducado de Normandía), Montpellier y Saint-Omer, de donde regresaban con paños, cuero y estaño.

Sólo se dispone de cuatro pistas fiables para bosquejar un retrato aproximado de estas naos del siglo XIII; el primer dato, bien conocido por capítulos anteriores, son las embarcaciones de origen vikingo utilizadas por los normandos en la invasión de Inglaterra de 1066, retratadas en el tapiz de Bayeux. El segundo procede de 1450 (fecha estimada) y es la célebre nao de Mataró, coca catalana procedente de la ermita de San Simón, en la carretera costera de aquella localidad a Caldetas, donde estaba colgada del techo como exvoto, es decir, lo que llamaríamos hoy una maqueta o modelo a escala. Antiguamente, y hasta fechas sorprendentemente recientes, los marinos que se habían salvado del temporal invocando a un santo tenían costumbre de agradecer el favor confeccionando humildemente, pero con gran habilidad, modelos a escala de sus naves, entregados después a la Iglesia, subrayando los méritos salvadores de su titular. Cuantos más exvotos expuestos en la bóveda, mayor era el crédito salvador del que gozaba el santo o santa, quedando también establecida su vinculación con los hombres de la mar. Una parroquia llena de exvotos evidenciaba no sólo un santo con generosidad salvadora, sino también parroquianos de hondísima raigambre marinera. Con el tiempo, las piadosas ofrendas, a veces encargadas a los mismos carpinteros que hacían las naves de verdad, llegaron a ser auténticos documentos tridimensionales de arqueología náutica, mostrándonos cómo eran y cómo se construían, aparejaban y amarinaban los buques de entonces.

Antigua fotografía del faro de Bonanza, al norte de Sanlúcar de Barrameda, donde las embarcaciones recalan para ascender por el Guadalquivir. En el siglo XIII no existía, y los barcos de Bonifaz, aparte de las corrientes de marea, marejadas de poniente y arriadas, tuvieron que enfrentarse aquí a la escuadra de zabras y saetías del arráez Abu Qabl.

La nao de Mataró es única, puesto que se trata probablemente del único exvoto superviviente del siglo XV. En ella se aprecian características notables: el timón de codaste, el alto castillo de proa, un alcázar espacioso arrancando a media eslora e incluso, sobre este último, un puente elevado de popa. Está aparejada con un palo de una sola vela que se maniobraba con motones. Constructivamente es una auténtica revelación; como afirma Martínez-Hidalgo, su autor debió ser carpintero de ribera, dejando fielmente representados los baos de cabeza saliente, las formas de la carena, la estructura de proa en tingladillo, los forros interiores, la existencia de cuadernas, sobrequilla negada, cofa, escobenes y un largo etcétera de detalles de un buque medieval. Tesoro como este, por desgracia, no iba a sobrevivir en la España de principios del siglo XX colgado del techo de una humilde ermita. Una mano desconocida la dejó en poder del anticuario Carvajal, el cual, tras muchos intentos frustrados, conseguiría en 1929 colocarla en las galerías Reinhardt, en Nueva York, donde la adquirió el mecenas holandés Van Beunigen para donarla al Museo Marítimo Prins Hendrik de Róterdam. Patrimonio naval peninsular expoliado o evadido, seguramente, por tan sólo un plato de lentejas.

Retrato idealizado de Ramón de Bonifaz, Museo Naval de Madrid. Ramón de Bonifaz fue un burgalés al que el rey encargó la formación de una flota en astilleros montañeses y vascos. La consigna fue satisfecha para alegría del rey, creándose la marina castellana con buques de influencia nórdica que remontaron el Guadalquivir, rompiendo las cadenas del barrio de Triana.

El conocimiento de las embarcaciones normandas y la nao de Mataró permite fijar el segmento en el que deberían estar incluidas las primeras naves castellanas, los siglos XI y XV; los *drakkars* resultarían demasiado antiguos y la coca catalana muy moderna. Podemos profundizar algo más con el tercer dato o pista: los restos arqueológicos y representaciones de las cocas hanseáticas aparecidas hasta la fecha. El consorcio libre de ciudades marítimas germanas constituido para el comercio con el extranjero se conoce con el nombre de Liga Hanseática, institución medieval fundada para operar comercialmente en el mar Báltico y el mar del Norte. Su máximo desarrollo e impulso a la Marina mercante europea se produjo entre los siglos XIV y XV, pero sus orígenes se remontan a 1226 –antes de la conquista de Sevilla– cuando los comerciantes de Colonia fundaron una sociedad comercial en Londres (*Hansa* significa 'corporación' o 'sociedad') seguida por otras en 1266 y 1267 en Hamburgo y Lübeck, uniéndose luego Dantzig, Rostock, Stralsund y Wismar, acabando por reunir la Liga más de treinta ciudades también con ocho puertos ingleses (Bristol, Hull, York, Yarmouth, Ipswich, Lynn y Boston), los de Amberes en los Países Bajos, y Bergen, en Noruega.

Las rutas seguidas por los buques afiliados a estas sociedades abarcaban los países bálticos y los prósperos mercados ingleses y holandeses, Noruega e incluso, alargándose luego hacia el sur, la costa francesa, el Cantábrico, Galicia, Portugal y, finalmente, el Mediterráneo. En justa correspondencia, los buques vasco-cántabros navegaban, como ya se dijo, hacia los puertos norteños con sus mercancías. Los sellos de Dover y Stralsund muestran sendos mercantes medievales, respectivamente con espadilla de gobierno y timón de codaste, con un solo palo y vela además de puente de popa, fechándose en 1284 y 1329, respectivamente, lo que puede llevar a formular la hipótesis de que precisamente el siglo XIII fue el de transición de uno a otro sistema.

Esta pista se vio reforzada y documentada cuando, en otoño de 1962, la draga *Arlesienne*, trabajando en Bremen sobre el cauce del río Wesser, descubrió en el fango el casco de una coca hanseática de unos treinta metros de eslora, siete metros y medio de manga y unas trescientas toneladas de desplazamiento, con quilla de una pieza, alta proa inclinada (sin curvar como la de los *drakkars* vikingos), el forro construido de forma mixta –con las tablas a tope en el fondo y tingladillo para los costados– y las juntas selladas con estopa alquitranada. Este resto arqueológico, un casco nuevo seguramente arrancado de su grada de construcción por una avenida del río, ha sido reconstruido por el Museo Naval germano de Bremerhaven, donde también se realizaron varias maquetas de cómo pudo ser hasta en sus menores detalles. Data de 1380, reduciendo así la horquilla mencionada en casi sesenta años respecto a la nao de Mataró. Pero aun así, es casi ciento cuarenta años más moderna que las naos de Bonifaz de la Armada castellana para Fernando III el Santo.

La pista definitiva sería un nuevo documento medieval, esta vez de 1368: la nao del retablo de Juan de Reixach de la iglesia de Cubells, en Lérida. Se conserva en el Museo de Arte de Cataluña y representa una nao medieval con tres tripulantes rescatando de la mar –o tal vez sepultando en las olas– un enigmático rey durmiente. La nave es de una sola vela y proa y popa altas, pero carece de alcázar y puente de mando; de esta forma, el pintor Guillermo González de Aledo ha podido interpretar, en su acuarela para el Museo Naval de Madrid, una embarcación vasco-cántabra del siglo XIII de notable inspiración normanda, en el fondo un gran *karfi* e incluso un *hafskip* de altas bordas con la proa reforzada y no mayor de doscientas o doscientas cincuenta toneladas de desplazamiento para poder entrar por el cauce fluvial del Guadalquivir, a remolque de las galeras si fuera preciso,

gobernado mediante espadilla de gobierno. Lleva puente de popa del que quizá, como la del retablo de Cubells, no estuvieran provistas ni las de la Armada castellana, las cuales, casi con toda probabilidad, respondían a este retrato.

Una vez conocidos los protagonistas, vamos con los hechos. En verano de 1247, esta Armada castellana de dieciocho unidades llegó a la desembocadura del río, frente a Sanlúcar y Bonanza; allí esperaban, estratégicamente ubicadas, las zabras y saetías del arif almohade Abu Qabl, que fueron barridas por completo por los marinos norteños. Conociendo la poca capacidad de los *drakkars* para afrontar el combate barco a barco, este hecho reivindica el convencimiento de que al menos una sección de los buques vasco-cántabros de pabellón castellano tenían las proas reforzadas, como el danés *Ariete de Hierro* en la batalla de isla Svold, casi doscientos cincuenta años atrás. El siguiente desafío que afrontó Bonifaz fue el ascenso por el largo tramo de marismas del Guadalquivir, en el que hay que abrirse paso entre tres islas (Mayor, Menor y Mínima) antes de llegar a tierra firme frente a los Gelves, donde ya se puede ver el meandro en el que se alza la ciudad y el puerto de Sevilla. La práctica habitual suele ser salir de Bonanza una hora después de la bajamar para que la corriente entrante de un nudo ayude a la embarcación en su avance hacia Sevilla.

Vista de Sevilla en la época en que era el centro del mundo, como punto de arribada y partida de las flotas de Indias que iban al Nuevo Mundo. Puede apreciarse su fisonomía, con la ciudad sobre el meandro y el barrio de Triana al otro lado (puente), emplazándose entre ambos la famosa cadena que protegía el cauce.

Los peligros más comunes para esta empresa son la barra o rompiente creada entre las puntas del Malandar y el Camarón por la marejada de Poniente, camino de Sanlúcar, y las fuertes arriadas o avenidas tempestuosas que se producen con las lluvias, como la que arrebató de su lugar de construcción la coca hanseática descubierta en el río Weser. La niebla, adherida a las marismas por la mañana, puede hacer que la embarcación salga inadvertidamente del canal hondable, produciendo su embarrancada en los bancos de arena de las orillas. Llegados a El Puntal, hay que tomar el brazo este de la marisma para dejar isla Menor y la Compañía por babor. Durante este progreso hacia el interior, río arriba, la caballería cristiana sólo pudo apoyar a los buques de Bonifaz llegados al tramo de tierra firme, pues en las marismas se habrían dispersado o perdido.

Triunfantes, al fin, llegaron los buques al campamento de Tablada, donde se hallaba Fernando III el Santo, pudiendo este contemplar orgulloso su flota, tal como un día Guillermo el Conquistador debió ver la suya, mucho más numerosa. Por fin, el 3 de mayo de 1248, Bonifaz, con sus dos mejores naves precediendo al resto y con marea y viento a favor, se lanzó contra la obstrucción de las torres de Sevilla. Fernando había coordinado el ataque con una incursión sobre Triana, arrabal defendido por el cadí Suayb ibn Mahfuz. La primera nao castellana se estrelló contra la cadena sin conseguir romperla, pero la de Bonifaz, casi encaramándose encima de ella, la hizo pedazos, penetrando así la defensa almohade. Viéndose descubiertos por la espalda, los trianenses andalusíes cesaron las hostilidades ante la tropa cristiana que, apoderándose de la ribera occidental del río, lograba finalmente cerrar el cerco de Sevilla.

Sin víveres ni posibilidad de ayuda, la ciudad se rindió al rey Fernando el 23 de noviembre del mismo año, permitiéndose salir a unos trescientos mil habitantes, casi todos musulmanes, sin sufrir daño alguno. A cambio, tuvieron que dejar la mezquita intacta en poder de los cristianos. El rey no olvidaría, sin embargo, que el auténtico «abrelatas» de la ciudad había sido la Armada de Bonifaz, que, dos años después, en 1250, sería nombrado almirante de Castilla, título honorífico posteriormente ostentado por otros sin tener nada que ver con la mar ni los barcos. No fue el caso de Ramón de Bonifaz, que tomó a su cargo el dragado y habilitación del puerto recién conquistado, además de levantar en terrenos de El Arenal las Reales Atarazanas sevillanas, donde se pertrecharon, entre otros, los primeros buques en dar la vuelta al mundo y cuyo primer alcaide fue Fernán Martínez Badana. Incansable, Bonifaz redactó también las Ordenanzas militares para la Armada, incorporadas después por Alfonso X el Sabio a su Código de las Siete Partidas. Fallecido Fernando III en 1252, Bonifaz cesó en su cargo para regresar a Burgos, donde

se supone que murió alrededor del año 1256.

Le sustituyó en el cargo de almirante castellano Rui López de Mendoza, encargado de mantener el núcleo de la Armada hasta que, un siglo después, Alfonso XI el Justiciero puso sitio a Tarifa y convocó la flota de Jofre Tenorio y el prior Alfonso Ortiz para cerrar el cerco por mar. En este asedio, el rey de Aragón envió doce galeras al mando de Gilabert de Cruilles para el bloqueo del estrecho al posible paso de auxilios musulmanes. El desastre, sin embargo, acompañó a esta empresa, pues una tempestad desmanteló los buques castellanos y Gilabert perdió la vida en un desembarco sobre Algeciras, mientras los benimerines derrotaban a Tenorio en Gibraltar. Sin flota castellana, Alfonso tuvo que pedir una a Génova, potencia marítima en ciernes que le remitió quince galeras contratadas a los Bocanegra, familia naviera. Nombre que, bien pronto, asimilado en España, se haría célebre como veremos. De momento, en octubre de 1341, con apoyo de Portugal, Alfonso daba batalla a los musulmanes en el río Salado, logrando la gran victoria de su reinado. Puso sitio a Algeciras a continuación, falleciendo de peste en el empeño durante 1350.

Para entonces, ya se había librado la batalla de la Esclusa (que se verá en el capítulo 7) y pronto se libraría la de La Rochelle, con victoria castellana, incluida en el capítulo 8. Las marinas oceánicas, sobre la estela del tráfico comercial y las cocas de las *Hansas* norteñas, trataban de abrirse un espacio de dominio océanico en el canal de la Mancha y el océano Atlántico con el enfrentamiento de los Plantagenet ingleses y los Valois franceses durante la guerra de los Cien Años, no sin decenas de dificultades. Por ello, la meritoria conquista de Sevilla, incluida de pleno derecho en el cúmulo de intercambios culturales y marítimos norte-sur del Medievo, marcó un hito naval decisivo, el empleo de buques de diseño nórdico contra buques musulmanes que protegían el estuario del Guadalquivir, siendo estos últimos derrotados como prólogo de una Reconquista cuyo avance ya no sería detenido hasta 1492, cuando el último bastión árabe nazarí (Granada) sucumbió ante las tropas de los Reyes Católicos el mismo año en que el descubrimiento del Nuevo Mundo señalaba el fin de la Edad Media.

FLIPART, Charles-Joseph. *Rendición de Sevilla al rey san Fernando* (2.ª mitad s. XVIII). Museo Nacional del Prado, Madrid. Representación alegórica de la conquista de Sevilla. La toma de la ciudad fue una de las pocas del Medievo llevadas a cabo con componente naval, que se reivindicó en este caso para poner los fundamentos de la marina castellana.

EL FIN DE LAS CRUZADAS

El resto de las cruzadas no tendría mayor éxito. En 1212 tuvo lugar un trágico episodio, la llamada «cruzada de los niños», en el transcurso de la cual miles de pequeños fueron capturados y vendidos como esclavos en Alejandría. La quinta cruzada puso su punto de mira en Egipto, logrando en 1217 apoderarse de la ciudad egipcia de Damietta pero sin acabar con la dinastía ayubí, que gobernaba en Jerusalén instaurada por Saladino, como era su propósito original. En la sexta cruzada, el emperador Federico II recuperó los Santos Lugares mediante un pacto, como veremos; pero en 1244 otro ayubí, Al-Salih, reconquistaba Jerusalén. La séptima y la octava cruzadas tienen un solo nombre, Luis IX de Francia, o san Luis, nieto de Felipe Augusto e hijo de Blanca de Castilla, española que actuó como regente de Francia, inculcando a su hijo valores cristianos. En la séptima cruzada, contra Egipto, Luis fue hecho prisionero y después rescatado, fracasando también en la octava, contra Túnez, desde donde se quería volver sobre Egipto. Ingentes medios navales se emplearon, todos completamente desperdiciados. Por último, en 1282, Carlos de Anjou protagonizó la abortada novena cruzada, frustrada por la actuación de Pedro III, rey de Aragón, y por Roger de Lauria en Sicilia.

Resumiendo, si incluimos las cruzadas de los emperadores bizantinos Heraclio y Basilio, estas se saldaron con diez invasiones, las ocho últimas durante doscientos años (1097-1282), sin otro fruto que el inconsistente reino de Jerusalén, de apenas un siglo de existencia (1099-1187), y los miles de muertos sacrificados a un ideal medieval trufado en realidad de codicia y afán de territorios que terminó cavando una brecha insondable entre el mundo cristiano y el islámico. Desde el punto de vista naval, aunque no se trató de campañas marítimas, registraron los episodios reseñados de la batalla de Ascalón (1123), la toma de Lisboa (1147) y el asalto de Constantinopla (1204). Puede que, realmente, la batalla naval más importante de las cruzadas fuera, paradójicamente, la que no se libró en 1177, cuando el emperador bizantino Manuel I envió su flota a San Juan de Acre en apoyo de los cruzados y Saladino, gobernando en Egipto, tenía ya a punto una reconstruida flota de dos grandes *botsas* de dos mástiles, sesenta *shinís* (galeras) de ciento cuarenta remeros cada una, veinte *herakehs* (cañoneras) capaces de lanzar fuego griego y otras veinte *taridas* de transporte, todos construidos en las atarazanas de El Cairo y bajados al delta pieza a pieza, tripulados por corsarios magrebíes, los mejores del Mediterráneo –excluidos los venecianos y genoveses– a la sazón. Pero ante el endémico desacuerdo entre los cruzados, la flota bizantina regresó a Constantinopla sin enfrentarse a los musulmanes, y poco después Saladino concertaba una tregua con Manuel.

Retrato de Enrique II Plantagenet (h. 1597-1618). National Portrait Gallery, Londres. El rey Enrique II de Inglaterra recibió el legado de Enrique I Beauclerc y fundó el Imperio angevino. Fue marido de Leonor de Aquitania y padre de Ricardo Corazón de León y Juan Sin Tierra. Su vida fue un drama digno de que autores y literatos le dedicaran su atención por la muerte de Thomas Becket, arzobispo de Canterbury, o la falta de lealtad de sus hijos que conoció en la vejez, solo y abandonado.

Desde el punto de vista estratégico, la campaña marítima más interesante de las cruzadas fue la que implicó a los doce puertos del principado de Antioquía y del reino de Jerusalén, puntos decisivos, como sabemos, para el mantenimiento de los cruzados en la Tierra Santa. Tras el desastre de Hattin y la toma de Jerusalén por Saladino, cayeron varios de estos enclaves críticos, como Acre, Ascalón, Haifa, Gaza, Jaffa y Beirut en trágico dominó, hasta el punto de que llegó a temerse el completo aislamiento y cerco de los dominios cristianos; auténtica pieza clave resultó en aquel momento el puerto de Tiro, donde se refugiaron muchos de los cruzados y que Saladino se reprocharía luego, amargamente, no haber sitiado puesto que, si lo hubiera hecho, es casi seguro que los cruzados hubieran tenido que

escapar por mar, cumpliéndose el sueño del islam.

En la tercera cruzada, la posesión de Beirut permitió a Saladino, con un pequeño destacamento de su reconstruida flota, asestar un duro golpe a Ricardo Corazón de León apresando seis galeras de la escuadra inglesa con un copioso botín. Múltiples episodios marginales de este tipo, como el protagonizado por Reinaldo de Châtillon en el mar Rojo, tuvieron lugar en las cruzadas. Los caballeros templarios se hicieron en ellos avezados marinos, recibiendo al terminar las cruzadas la isla de Rodas como base desde las que hostilizar las líneas del comercio marítimo musulmán. En realidad, a partir de la disolución de la Orden en 1314 por el rey de Francia Felipe IV el Hermoso (nieto de san Luis), los caballeros del Temple (consecuencia de las cruzadas) se convierten en los peores y más feroces piratas del Mediterráneo, siendo legendarias sus hazañas contra el poderío marítimo otomano, creciente a partir del siglo xvi y que les tenía como peor y más detestado enemigo, convirtiendo entre ambos las aguas del *Mare Nostrum* en un piélago de odios y barbarie. Sin embargo, la legendaria flota templaria, que escapó con el fabuloso tesoro de la Orden tal vez al Nuevo Mundo (anticipándose al descubrimiento colombino), entra de lleno en un terreno de leyenda que escapa nebuloso de entre estas páginas.

Auge de Venecia y Génova

La mitología griega atribuye a Antenor –el troyano traidor que dijo a los griegos cómo someter la ciudad de Troya– el mérito colonizador de las islas del Adriático. La realidad, sin embargo, es más prosaica, aunque no por ello menos sorprendente: fueron las invasiones las que obligaron a los miles de pobladores del Véneto, la llanura entre los ríos Isonzo, Tagliamento, Piave, Brenta y Po, a refugiarse en el rosario de islas que cierran, como una manga, la laguna del golfo, desde el Lido, al norte, hasta Chioggia, justo antes de la desembocadura del Po. Montanelli, cortando, como tan a menudo, por lo sano, concluye que Venecia la fundó Atila, provocando un apresurado desplazamiento étnico de refugiados con su llegada. Pero también tuvieron parte en ello los visigodos de Alarico, los ostrogodos, los francos y los lombardos,a los que ya conocemos por los primeros capítulos. El caso es que en el 523 d. C., al final del reinado de Teodorico el Ostrogodo, cuyos sueños integradores pronto serían pisoteados por la soberbia imperial bizantina, el prefecto Casiodoro nos ofrece un retrato de lo que era entonces el enclave: un puñado de chozas de mimbre y junco, donde los habitantes vivían en condiciones igualitarias y con sus primitivas pero muy marineras embarcaciones aparcadas delante del portal, lo que recuerda singularmente a los aimarás del lago Titicaca o los árabes marsh de las riberas del Tigris, en Irak.

Antiguo plano de Venecia, urbe emplazada en la isla principal de la laguna de Venecia a la que divide en dos el Riachuelo Alto, donde comenzó la edificación en piedra comunicándose ambas riberas por un puente móvil de madera, sustituido en nuestros días por una obra de arte, el puente de Rialto.

No era fácil vivir en las insalubres islas de la laguna. En verano hacía un calor sofocante y los mosquitos propagaban las enfermedades, y en invierno las mareas del Adriático provocan *acqua alta*, inundándolo todo. Los pioneros venecianos, sin embargo, sobrevivieron en este ambiente hostil, recibiendo de Goethe el sobrenombre de República de los Castores que, sin duda, al principio resultaba apropiado. Pero los venecianos, instalándose en el meandro de un arroyo (el Riachuelo Alto) comenzaron a crecer, sustituyendo pronto los cañizos por tierra firme y despejada, las casas de caña por las de piedra, hasta convertir su pequeño enclave en un injerto artístico, un trazo de mampostería sobre las aguas estancadas con sus palacios y sus templos. El Riachuelo Alto se transformó en el Rialto, corazón administrativo de la urbe, donde un puente de madera móvil permitía el paso de los barcos, mientras en la desembocadura del meandro se alzarían un día, a un lado, la catedral de San Marcos y el Palacio Ducal, la iglesia de Santa María de la Salud y la de San Gregorio al otro.

Venecia había nacido y sus gentes, como no podía ser de otra manera, buscaron el sustento en la mar; mas no en la pesca, sino en los fletes y el comercio. La ciudad de la laguna se transforma, así, en empresa naviera. A finales del siglo VI contenía una docena de poblados; en el 697 d. C. eligieron un jefe común, dogo o dux, para el gobierno de la ciudad, siempre un anciano septuagenario de las familias aristócratas que solía terminar sus días en el cargo; escoger la gerontocracia como sistema de gobierno tiene ventajas (la sabiduría y experiencia vital) e inconvenientes (una inescrupulosa y desengañada actitud rapaz hacia los demás) que marcarían la actuación del emporio marítimo veneciano en el exterior. Hemos visto ya algunas muestras en el capítulo 4, con la batalla de Ascalón y, especialmente, la toma, asalto y saqueo de Constantinopla en 1204, gran baldón de la República que en nada obstaculizó su prosperidad mercantil, antes bien al contrario. Venecia, que inicialmente prosperó sólo en el Adriático, situando factorías comerciales en Dalmacia, inevitablemente encontraba abiertos los puertos de Oriente Medio con las cruzadas, y no desaprovechaba la oportunidad. Sus líneas y rutas comerciales acabaron extendiéndose a ambos lados del Mediterráneo, llegando las naves venecianas con sus productos a los mercados de Londres, Amberes, África, Constantinopla, el mar Negro, el Ponto y un largo etcétera.

La clave para ello fue una profunda vocación marítima y naval. Durante la Edad Media, los venecianos desarrollaron dos tipos de nave, la galera de guerra (a partir

del dromon bizantino) y la carraca, a partir de la coca, nao mercante redonda, carente de remos la mayor parte de las veces, lenta y de difíciles cualidades marineras pero de gran capacidad de vaso, por lo que era la preferida por los mercaderes, cuya prioridad era la cantidad transportada y el beneficio correspondiente. Ninguna de ellas hubiera servido de nada sin una potente y eficaz infraestructura, el arsenal de Venecia, enclavado en una de las islas al norte de San Marcos, donde se construían, almacenaban, reparaban, equipaban y amarinaban las embarcaciones, especialmente las galeras de combate, con un sistema de botadura y aparejado en serie que permitía obtener cifras sorprendentes, pues, contando con el potencial humano, Venecia podía poner en el agua toda una escuadra de combate en cuestión de semanas. Esta cualidad, no igualada por ninguna potencia marítima medieval, proveyó a la República de los Castores de un dominio naval indiscutible en aguas del *Mare Nostrum*, pasando las galeras con la cruz de san Marcos y el león como estandarte a ser respetadas por toda la cristiandad y el islam. El esbelto *Campanile*, símbolo indiscutible de Venecia desde el que se ve la isla de San Giorgio y el Lido, además de la masa de tejados de la ciudad a ambos lados del Gran Canal, no es campanario, minarete ni torre, sino atalaya desde la que avistar, arribando a la laguna, a las flotas mercantes venecianas en las que tantas personas tenían apostados sus bienes como en una rueda de la fortuna, la «bolsa» especulativa de inversiones inciertas que, de contar con el viento a favor, podían a uno hacerle millonario de golpe.

Mosaico de Marco Polo (1687). Palazzo Doria-Tursi, Génova (Italia). Viajero medieval por excelencia con su padre y tío, Marco Polo llegó a la corte tártara de Kubilai Kan, que le nombraba embajador y enviado especial; así conoció en profundidad las embarcaciones chinas, que en ese momento (s. XIII) estaban más avanzados que las cocas y los *cogs* medievales mediterráneos y europeos., las carracas

De esta Venecia lacustre y cosmopolita, monumental pero de pies húmedos, mercantil y engañosa, fuerte en su Armada pero de vulnerable fisonomía, surge la aventura medieval de viajes más admirada, que ha llegado hasta nosotros en el *Libro de Marco Polo* o *Las Maravillas del Mundo*, sin el que la Edad Media quedaría incompleta. Se trata de un libro medieval que ni siquiera escribió el propio Marco; el autor pudo ser Rusticello de Pisa, notario de la corte y trovador, trabajando con material aportado por el aventurero y puntualizaciones de carácter general. Todo empezó en 1255 (es decir, poco después de la conquista de Sevilla por Fernando III el Santo), cuando dos mercaderes venecianos, Mateo y Nicolás Polo, emprendieron un viaje de negocios a Oriente, llegando a la corte del tártaro Barka.

Los tártaros eran un pueblo de origen mongol que, a principios del siglo XIII, vivían en la vecindad de la provincia islámica de Corasmia, emplazada entre al mar de Aral y el mar Caspio (Transoxiana) como límite por el oeste, donde la legendaria

Samarcanda era la capital. Desde allí, hacia el este, las interminables estepas asiáticas habitadas por pueblos mongoles innumerables llegaban hasta el remoto desierto de Gobi, limitando la cordillera Kunlun del Tíbet por el sur. La convivencia entre musulmanes y tártaros terminó en 1216, cuando el gobernador árabe de Utrar –ciudad sobre el cauce del Syr Daria– se apoderó de una caravana mongola de medio millar de camellos, matando a todos los mercaderes. Cuando un embajador mongol fue a exigir explicaciones al sha Muhammed II, este ordenó también liquidarlo. Nunca lo hubiera hecho, porque, a fines del siglo XII, un individuo excepcional, Temujin, había conseguido unir a treinta y una tribus mongolas, formando un potente ejército que barrió a los tártaros en 1198 y a los rivales mongoles en 1202. Autodenominándose Gengis Jan (Khan para Occidente), se lanzó a continuación sobre China; cruzó el desierto de Gobi con su tropa en 1211 y, venciendo a dos multitudinarios ejércitos chinos (batallas de Huan-Ertsi y de Wei-Chuan) llegó a cuarenta kilómetros de Pekín, que le abrió sus puertas en 1215. Estaba terminando de saquear la ciudad cuando le llegó la noticia del asesinato, al otro extremo de Asia, de su embajador, por lo que envió la siguiente misiva al Sha: «Has elegido la guerra. Ocurrirá lo que ocurra y no sabemos qué será».

A lomos de caballo, la horda mongola cruzó Asia, llegando a Corasmia en 1219. Con ciento cincuenta mil hombres frente a los trescientos mil que el Sha confió a su hijo y heredero Jalal ad-Din, Gengis cruzó el Syr Daria y entró en Utrar, donde se había perpetrado el asesinato, no dejando piedra sobre piedra. Tomo luego Kujara y, a velocidad de vértigo, Samarcanda, ciudad del Sha, obligando a este a refugiarse en una solitaria isla del mar Caspio. En la contraofensiva, sin embargo, Jalal ad-Din lograba doblegar parcialmente a los mongoles en Parwan; pero, de nuevo moviéndose con habilidad, Gengis Khan alcanzó el ejército musulmán en el valle del Indo en noviembre de 1221, derrotándolo por completo. Jalal ad-Din huyó como su padre, y los mongoles se prepararon para consolidar sus conquistas occidentales. Gengis, sin embargo, fallecía en 1227, dividiendo sus territorios entre cuatro hijos. Su nieto Möngke, que gobernó de 1251 a 1259, consiguió reunificar el Imperio mongol, llevándolo a su apogeo mientras, en el este, su hermano Kubilai remataba la conquista de China.

Esta era la situación cuando Mateo y Nicolás llegaron a la corte de Barka, agitada puesto que el tercer hermano del clan, Hulagu, invadió Irán, expugnando la legendaria Alamut y tomando Bagdad en 1258 y Alepo en 1260. Hasta allí fueron capaces de llegar los mongoles, tocando ya la puerta de Bizancio. Los venecianos fueron bien recibidos, pero sus negocios se interrumpieron cuando otro mongol, Alaú, venció a Barka, impidiendo las conquistas de Hulagu el pacífico que regresó por el oeste, o sea, por donde habían venido. No quedaba sino aventurarse hacia el este, internándose en los dominios del Gran Khan de los tártaros, Kubilai. Tras una prolongada aventura, los mercaderes venecianos llegaron a su corte, donde Kubilai los recibió, muy interesado, como informadores sobre Occidente, puesto que sabían hablar el tártaro. Tras escucharlos y reflexionar íntimamente, debió dejar boquiabiertos a los viajeros comunicándoles su intención de importar el cristianismo para Asia, desechando las bárbaras creencias idólatras de los tártaros. Mateo y Nicolás recibieron sus credenciales como embajadores del Gran Khan, emprendiendo el camino de regreso a Europa provistos de cartas para el papa, que, tras agotar su brazo armado convocando gentes a cruzada y excomulgando a todo bicho viviente, iba a recibir un auténtico regalo del cielo con la posibilidad de convertir a todo el Imperio mongol, China incluida.

Tras inmensas dificultades, Mateo y Nicolás atravesaron Armenia, llegando a Acre en 1269, es decir, justo antes de la octava cruzada de san Luis, rey de Francia, ocupando Enrique III el trono inglés. Por fin, con gran alegría, llegaron a Venecia con su asombroso encargo, encontrándose Nicolás que su mujer había fallecido, dejándole un hijo que ya tenía quince años, Marco, destinado a ser protagonista universal. En 1272 emprendieron viaje los tres venecianos, sin haber podido concertar acción alguna con el papa pues su trono se encontraba vacante y en disputa. Semejante ocasión no podía perderse, así que, en cuanto Gregorio X alcanzó el solio pontificio, les hizo regresar inmediatamente a bordo de una galera que prestó el rey de Armenia. Ya como embajadores del Vaticano, provistos de las misivas, los regalos y las reliquias consagradas correspondientes del papa, partió de nuevo la embajada para el Gran Khan. Esta vez el viaje duró tres años y medio hasta que llegaron a la corte de Kubilai, que los recibió con gran alegría. El joven Marco, de hecho, ingresó en su séquito de honor, aprendiendo cuatro lenguas tártaras y pasando otros diecisiete años al servicio del gran señor oriental.

Tengan paciencia, pues los barcos están a punto de llegar. Llegada la hora del regreso, Kubilai no quiso desprenderse de ellos; de hecho, Marco recibió una nueva comisión, escoltar a la princesa Cogatra, una doncella de diecisiete años que debía desposar al rey de Katay. Una flota de catorce barcos chinos de alto bordo haría el viaje por mar; cada uno tenía cuatro mástiles con nueve piezas de vela cada uno y más de doscientos hombres de tripulación. Resultó un periplo apasionante, de 1291 a 1295, que muestra cómo era medio mundo por mar en esta época. Partieron de un puerto cercano al actual Hong-Kong, en el Fu-Kien, llegando en una

primera escala hasta Indochina (Vietnam). De allí, aproaron al estrecho de Malaca por el sur de la isla Bintang, cercana a Singapur, remontando luego la costa de Sumatra, donde tuvieron que detenerse durante cinco meses por estar la estación avanzada, impidiendo el monzón, de mayo a octubre, la prosecución del viaje. Cuando se hicieron de nuevo a la mar, pasaron las islas Nicobar, cruzando el golfo de Bengala hasta Ceylán y la India. En esta última, fueron avanzando de puerto en puerto hasta que se pudo cruzar el Índico hasta el estrecho de Ormuz, en pleno tráfico marítimo de los árabes, como sabemos. El prometido de Cogatra, Argum, había fallecido, por lo que entregaron a la encantadora princesa a su hermano Gazan, cumpliendo su cometido. Luego, vía Trebisonda y Constantinopla, alcanzaban Venecia felizmente para nuevas aventuras. Marco, que había salido de allí siendo adolescente, volvía como veterano embajador y viajero de casi cuarenta años.

El *Libro de las Maravillas* describe cuidadosamente los barcos a bordo de los cuales viajaron los venecianos:

> Se trata de naves muy grandes, cada una de las cuales lleva de cinco mil a seis mil cargas de pimienta y dispone de cincuenta o sesenta camarotes que ocupan los comerciantes holgadamente. Llevan un timón de codaste y gran cantidad de vela, que largan en cuatro mástiles principales, además de otros dos que arbolan o desarbolan a voluntad. Los cascos, hechos de madera de pino, llevan clavazón de hierro y no van calafateados al igual que en Occidente, donde se emplea pez, sino con una especie de ungüento o de cemento hecho de cáñamo mezclado con resina. Cada año, antes de armar las naves para la India, refuerzan el casco superponiéndole un nuevo forro de tablas muy lisas y bien colocadas; lo repiten hasta seis veces y luego ya no las hacen navegar por alta mar, sino que las aprovechan al máximo en lugares de poca sonda y, en cuanto los fondos se encuentran en mal estado, proceden a desguazarlas. En lo que respecta a la maniobra, llevan doscientos marineros, pues con falta de viento navegan bogando y llevan unos remos tan grandes que se necesitan cuatro hombres para manejarlos. Además, cada junco necesita dos barcas, con cuarenta o cincuenta marineros cada una, para darle remolque y sacarlo de puerto; también cuenta con una decena de embarcaciones que hacen la provisión de la nave grande: tanto de anclas, como de encargarse de la pesca y atender las necesidades; durante la navegación las lleva a remolque.

La descripción resulta especialmente interesante en cuatro puntos: primero, el timón de codaste, que, como vimos, no adquirieron los buques europeos hasta el siglo XIII. De hecho, por el capítulo anterior sabemos que el periplo de Marco Polo es contemporáneo de los sellos de Dover y Stralsund, donde encontramos barcos con ambos tipos de timón, es decir, en plena fase transitoria, por lo que es muy probable que los juncos orientales manejaran este timón como pieza convencional mucho antes que las embarcaciones europeas. En segundo lugar, los cascos chinos se construían con la tablazón a tope, como los buques modernos. Tercero, resulta muy singular el sistema de embonado anual, que en Europa llegó a emplearse hasta el siglo XIX (recordaremos, sin ir más lejos, el navío español *Santísima Trinidad*, embonado, es decir, «recrecido» en sus tablas del costado, por su falta de estabilidad). Es probable que este hecho viniera obligado por la construcción en pino, cuyos tablones tienen menos resistencia longitudinal que los de roble o de olmo. Los chinos, pues, mantenían sus barcos de forros vulnerables embonándolos cada año, y nunca llegaban a cumplir ocho o diez si no era ya en servicios secundarios. Por último y en cuarto lugar, está el empleo de embarcaciones auxiliares, los remolcadores, que nos hablan de embarcaciones grandes, inmaniobrables en espacios confinados virando el ancla o con las velas. Realmente, los grandes juncos transatlánticos chinos anodrizaban sus propios auxiliares, los cuales, gozando de las condiciones adecuadas, se desplegaban para abastecer de pesca la mesa del capitán, laborear el fondeo, hacer aguada en islas próximas, etc., aparte de tener su propia propulsión a remo con piezas muy grandes, capaces de mover una tarida o una galera. Y todo en plena Edad Media, cuando Occidente aún chapoteaba con los *cogs*, las cocas y las carracas a la espera de la carabela, la nao y el galeón oceánico.

Pero no existe peor astilla que la de la propia madera, y Venecia no era única en el mapa. En el Medievo existían otras potencias mercantiles compartiendo características fundamentales: autonomía económica y política, instinto ferozmente comercial, una inevitable vocación marítima y, en consecuencia, una profunda vinculación con las embarcaciones y sus constructores. En la Liguria está Génova, con unos orígenes completamente distintos, pues en sus raíces se halla el sustrato romano, ostrogodo y, posteriormente, bizantino (del 553 al 641). Fundada por el lombardo Rotaris en el 642, la ciudad fue también carolingia, conformándose como un vizcondado que, en los siglos IX y X, destacó en la lucha contra la piratería sarracena. Disuelto el Imperio de Carlomagno, en el 1099 Génova constituye la *Compagna*, asociación ciudadana para la defensa de la ciudad, bajo la férula de un podestá. La República de San Jorge ve al fin la luz en el año 1100 como gran intermediario entre Oriente y Occidente.

De forma completamente análoga a Venecia, el arsenal genovés donde se construían todas las naves mercantes y militares, era la Darse. Si el despegue comercial de Venecia se inicia con las cruzadas, en el siglo XI, alcanzando su máximo tras el asalto a Constantinopla en 1204 (cuando dominaba la costa dálmata desde Trieste hasta Albania, Corfú, buena parte de Morea, Creta y otras islas del Egeo, firmando tratados portuarios con Trebisonda y Alejandría), el de Génova alcanza su apogeo a partir de la segunda mitad del mismo siglo, instalando factorías a lo largo y ancho del Mediterráneo, incluso en Siria, entrando en competencia directa con Venecia en tiempo de las cruzadas. Su dominio llegó también a Córcega (donde fundó Bonifacio) y Cerdeña, siendo la primera isla administrada por el Banco de San Giorgio. La ciudad estuvo aliada con el condado de Barcelona y Aragón, como se verá en el capítulo siguiente, para luchar contra la piratería musulmana, con base en las Baleares, durante el siglo XII.

Pero el gran pelotazo de Génova llegó cuando, tras el mencionado asalto veneciano a Constantinopla en 1204, los seis emperadores títeres de Occidente fueron remplazados por los griegos de Nicea con la dinastía Lascaris, que conquistaron Bizancio en 1261. Miguel III fundaba la estirpe de Paleólogos y Cantacucenos, retornando a la iglesia ortodoxa. Su sucesor, Miguel IV, devolvió a Génova los servicios prestados con una concesión inaudita, toda la ciudadela de Pera al norte del Cuerno de Oro, el puerto de Constantinopla, enclave estratégico como la milenaria ciudad. Génova le ganaba así por la mano a Venecia, deshaciendo con sus tratados la ventaja que los correosos venecianos de Enrico Dandolo habían alcanzado por medio de la guerra agresora.

La fricción entre ambas repúblicas mercantiles fue haciéndose insoportable durante el siglo XIII, estallando en 1256 la primera de cuatro guerras indecisas que, con sus correspondientes períodos de paz, durarían hasta 1380, es decir, más de un siglo de rivalidad comercial y militar entre las flotas de galeras veneciana y genovesa. Pero mientras los venecianos constituían un bando único, sin fisuras y unido bajo la autoridad del dux, los genoveses estaban divididos, prácticamente al cincuenta por ciento, en facciones antagónicas, como sucede en tantos estados modernos. Esto es un lujo que el segundo milenio tolera, pero que en la Edad Media, como veremos inmediatamente, se podía pagar muy caro.

La primera guerra de Génova, no obstante, fue para predominar en su propio ámbito, es decir, el golfo y el mar de Liguria, donde muy cerca, sobre el cauce del río Arno, existían las ciudades de Pisa y Florencia. De orígenes muy similares a los de Génova, Pisa forcejeaba con esta por la influencia en Córcega y Cerdeña. La provocación definitiva llegó en 1284, cuando, habiendo tomado la guerra entre ambas ciudades un sesgo desfavorable para los pisanos, estos decidieron llegar a una alianza con Venecia, el gran enemigo, y Aragón, temible potencia en el Mediterráneo, como se verá en el próximo capítulo, gobernada por el audaz Pedro III el Grande. Los genoveses no podían consentir semejante acumulación de fuerza y optaron por un sorpresivo «ataque en origen» a la flota de Pisa, surta en su base de Porto Pisano, en la desembocadura del río Arno. Contaban para ello con una impresionante escuadra de noventa y tres embarcaciones entre galeras, galeotas y simples fustas remeras, al mando de Oberto Doria y su hermano menor, Lamba (ambos de la familia con más rancio abolengo marinero en Génova, excluidos los Bocanegra). El antiguo pirata Benedetto Zaccaría tenía a su cargo la mejor división, veinte galeras de combate, y Oberto Spínola, de otra gran familia genovesa, las compañías de Castello, Piazzalunga, Macagnana y San Lorenzo. Los Doria, por su parte, dirigieron las de Porta, Soziglia, Porta Nuova e Il Borgo.

Magnífica reproducción de una galera del siglo XVI realizada por Félix Sorli. Sucesoras directas del *dromon* bizantino, las galeras comienzan a hacer su aparición en el mundo occidental hacia los siglos VIII o IX, manteniéndose en las armadas occidentales hasta bien entrado el siglo XVIII, es decir, diez siglos de vigencia.

Sabiendo que venían a por ellos, los pisanos echaron al agua cuanta nave podía permanecer a flote, embarcando políticos notables de la ciudad para dar ejemplo y poder completar las dotaciones. Eran setenta y dos galeras y embarcaciones menores bajo el mando de un veneciano asimilado, Alberto Morosini, siendo el conde Ugolino della Gherardesca y Andreotto Saraceno la representación pisana. Con la precipitación del momento, al arzobispo se le cayó la cruz al subir a bordo, todo un negro presagio medieval; pero los descreídos pisanos exclamaron que «Ayudándolos el viento, no necesitaban a Dios». Cuando la flota genovesa apareció frente a la desembocadura del Arno, la de Pisa se hizo a la mar inmediatamente, evitando así ser atrapada en puerto. Tomó rumbo sur, hacia Livorno, perseguida por los genoveses, que venían férreamente formados en dos líneas, la primera dirigida por Oberto Doria y la otra por Benedetto Zaccaría. La formación en dos filas, en fondo, era todo un clásico para las embarcaciones remeras dentro del apartado de la táctica naval; la habían empleado victoriosamente por primera vez los griegos atenienses en la batalla de las islas Arginusas, en el 405 a. C. Su finalidad era neutralizar la ancestral táctica del *diekplous*, o ataque al espolón, embistiendo por el flanco; con una doble fila, la embarcación que ejecuta esta maniobra es neutralizada por otra enemiga de la segunda fila, que la embiste a su vez antes de que alcance el costado de su objetivo. La única manera de compensarla es formar también en dos filas, lo que producirá una melé importante en la batalla de resultado impredecible.

Los pisanos, desconocedores de esta circunstancia o incapaces de afrontarla, llegados a las islas de Meloria (que darían nombre a la batalla) cambiaron el rumbo para atacar directamente a sus enemigos formados en un solo cuerpo. Era el 6 de agosto de 1284, día del protector de Pisa, san Sixto, que tal vez en estas fechas se encontrara de vacaciones. Los entusiastas pisanos cayeron de lleno en la trampa de los Doria, que fue cerrada, oportuna y despiadadamente, por las galeras del pirata Zaccaría, ejecutando a la perfección la maniobra sobre el flanco de los barcos pisanos y logrando envolverlos. La masacre fue inmensa: cuarenta grandes naves de Pisa resultaron sitiadas y capturadas, mientras que otras siete, perforadas por los espolones genoveses, se hundieron. Casi seis mil pisanos encontraron la muerte, cayendo prisioneros más de nueve mil.

Sólo pudieron escapar algunas embarcaciones menores, con el conde Ugolino al frente, pues Morosini fue capturado. A consecuencia de esta terrible tragedia, la más negra de las suertes se abatió sobre Pisa, que fue atacada a continuación por sus rivales comerciales, Florencia y Lucca. Porto Pisano, dos años después, caería en poder de los genoveses, marcando el declive de las flotas toscanas. Los prisioneros, hacinados y maltratados en prisiones genovesas como la Malpaga, o los sucios tinglados de la Darse, murieron a centenares de enfermedades e insalubridad. Todos los fines de semana, una auténtica caravana de mujeres viajaba de Pisa a Génova para ver a sus maridos y llevarles ropa y comida; así durante años, porque el miserable conde Ugolino, que llegó al poder en 1285, no firmó la paz hasta 1288, precisamente por estar muchos de sus adversarios políticos en prisión. De esta triste época es el célebre lamento: *Chi vuol veder Pisa, vada a Génova* (Si quiere ver Pisa, vaya a Génova), tan característico de la ciudad de la torre inclinada.

La primera guerra entre Génova y Venecia fue la de San Sabas, que duró de 1256 a 1270. Estalló por una causa menor, como una cerilla, cuando los venecianos fueron expulsados de Tiro por una disputa de terrenos del monasterio de San Sabas, próximo a San Juan de Acre. En 1257 tuvo lugar el combate de Acre: el veneciano Lorenzo Tiepolo quiso vengarse atacando este puerto famoso por las cruzadas; destruyó varios buques genoveses, pero no logró expugnar las fortificaciones. La revancha para Génova llegaba en 1294, tras haber aniquilado a Pisa. En el puerto de Ayás, una pequeña flotilla de barcos genoveses hundió tres buques mercantes

venecianos pertenecientes a Marco Baseglio, familia próxima a Mateo y Nicolás Polo, todavía en regreso desde China, como sabemos. Ambos se libraron, como el más joven Marco, de este episodio bélico, pero no del siguiente, que le alcanzaría de lleno: la batalla de Curzola (1298).

Estaba al mando de la flota genovesa un veterano de Meloria, Lamba Doria, que penetró en el Adriático con medio centenar de embarcaciones de guerra bien pertrechadas y fogueadas en combate, con la moral por las nubes. Llegaron hasta la laguna Véneta y los venecianos, temiendo el asalto, recurrieron a su renombrada capacidad para alistar galeras de guerra y ponerlas a son de mar en un plazo sorprendentemente breve: el arsenal produjo treinta y dos unidades, que quedaron listas en Chioggia, isla que protegía el acceso del mar Adriático a la laguna. A cargo de Andrea Dandolo, la escuadrilla veneciana partió al encuentro de los genoveses. En una de las galeras, como *sopracomito* o capitán, iba el propio Marco Polo, avezado marino de casi cuarenta años, como sabemos. Frente a la isla de Corfú (Corcira para los griegos y Curzola para los venecianos) se encontraron ambas flotas, lanzándose Doria al ataque con su acostumbrada agresividad. En el violento combate subsiguiente murió uno de sus hijos, pero derrotó contundentemente a los venecianos, capturando varias naves y hundiendo otras, incluida la de Marco Polo, que fue capturado. Los prisioneros, calculados en más de siete mil, fueron llevados a Génova, a los lóbregos calabozos de la Malpaga y la Darse, donde, de forma increíble, aún encontraron prisioneros pisanos de Meloria, catorce años después. Desde luego, quien quisiera ver lo mejor de la Marina italiana de finales del siglo XIII, tenía que ir a las prisiones de Génova. Resulta triste pensar que Marco Polo, embajador medieval del gran khan y capitán de galera veneciana, terminaba su carrera recluido en Génova, no sabemos en qué condiciones, dictando sus memorias para el *Libro de las Maravillas*, puesto que del resto de su existencia se desconoce casi todo, salvo que falleció con casi setenta años.

SAPIENZA Y LA GUERRA DE CHIOGGIA

La tercera guerra entre Venecia y Génova estalló en 1351, cuando uno de los emperadores griegos de Constantinopla, Juan VI Cantacuceno, decidió unirse a Venecia para terminar con los abusos que los genoveses perpetraban desde Pera, cobrando peajes a los buques mercantes que iban o venían del mar Negro por el estrecho del Bósforo. Venecia concertó una alianza con el rey de Aragón y este remitió su flota para que, unida a los venecianos, librara una batalla naval de aquelarre en Constantinopla, en febrero de 1352, que describiremos en el siguiente capítulo dentro del tramo final y del último siglo de la ciudad bizantina antes de ser conquistada en 1453 por los otomanos.

La flota genovesa, al mando de Paganino Doria, cedió por completo la iniciativa al enemigo y, debido a las terribles condiciones meteorológicas, el feroz y cruento combate terminó en tablas.

Más de una veintena de galeras, sin embargo, perdió cada bando en esta batalla. Los genoveses habían recibido una dura lección de lo que podía pasar si mantenían su actitud, pero lo cierto es que Paganino conservaba aún una escuadra de unas cuarenta unidades supervivientes más las que había podido capturar (11 venecianas y 3 aragonesas); así que, dejando las veinte más dañadas en los astilleros de Pera para su reparación, en otoño de 1354 zarpaba audazmente, rumbo al Egeo, con treinta y tres galeras de combate para intentar sorprender a una de las escuadras de Venecia en sus tránsitos habituales. Desde tiempos de los romanos, existía la ruta del trigo egipcio entre los puertos de Italia y Alejandría; Venecia, desde la laguna en lo más profundo del Adriático hasta los puertos de Oriente Medio, vino a renovar esta derrota con la galera de Oriente, mientras que la galera de Flandes navegaba hacia los puertos de Occidente.

Busto de Vettor Pisani, del Panteón Véneto, conservado en el Palazzo Loredan dell›Ambasciatore, Venecia (Italia).Con motivo de la ofensiva desatada por Génova contra Venecia en la guerra de Chioggia (1376-1380), la República de San Marcos encontró en el veterano Vettor Pisani a un infatigable guerrero que, a pesar de la afrenta de pasar por la cárcel, supo conducir a la Marina veneciana a la victoria final.

Si algo bueno puede tener una larga ruta, ya sea por tierra o mar, son escalas donde reponer fuerzas, hacer aguada y embarcar víveres frescos. En la ruta del trigo, ya desde tiempos de Cleopatra y Marco Antonio, la escala clásica había sido Modona o Metone, en el cabo Akritas, a poniente del cabo Matapán. A resguardo de la isla Sapienza, los venecianos tenían un pequeño fondeadero, hoy cubierto por la playa de Metone y el pequeño enclave de Kritika, donde incluso existe un *camping*. Los venecianos construyeron un castillo en la misma punta del promontorio, aunque también se levantaría, posteriormente, la enorme fortaleza en Modona. Allí invernaba, cómodamente protegida por la mole de Sapienza, una escuadra de treinta galeras venecianas al mando de Nicola Pisani, balanceándose cómodamente a la vista del impresionante Porto Longo, situado a levante de su posición y con más islas en su interior.

Paganino supo de su presencia a primeros de noviembre y, viendo la ocasión

de devolver la pelota a los venecianos por el furioso ataque en Constantinopla, decidió atacar de inmediato. Logró sorprender completamente, dentro del puerto, a los buques de Pisani, la mayor parte de los cuales fueron hundidos o capturados, sentenciando una guerra en la que los venecianos se llevaron la peor parte en la mar. Los genoveses, con la victoria sobre los pisanos en Meloria y contra los venecianos en Curzola y Sapienza, dejaban sentada la destreza marinera de la familia Doria, como muy pronto, en aguas de Francia e Inglaterra, se reivindicaron los Bocanegra. A mediados del siglo XIV, los marinos genoveses eran los mejores del mundo. La paz de esta tercera guerra se firmó en 1356, aunque veinte años después estallaría una cuarta, que, a diferencia de las tres primeras, sería la ruina de Génova como potencia naval.

La guerra de Chioggia se declaró en 1376 por un motivo fútil, el control de la isla de Ténedos (Bozcaada en turco) entre la boca sur de los Dardanelos, la isla de Lesbos y la costa turca. Esta vez, los venecianos estaban prevenidos, mandando al almirante Carlo Zenno con una escuadra para hostigar a los genoveses. Sin embargo, fue el también veneciano Vettor Pisani el que, con su pequeña flotilla de diez galeras, encontró las cinco genovesas de Luigi de Fieshi frente al cabo Anzio, en Chipre, en medio de un temporal. De Fieschi fue capturado y las galeras genovesas hundidas o desarboladas, persiguiendo Pisani a las supervivientes hasta Famagusta. De esta forma, Venecia (y sobre todo los Pisani) obtenían venganza por lo ocurrido en Sapienza veintidós años atrás.

Pisani no debió quedar satisfecho; ese mismo año (1378) atacó el enclave genovés de Sebenico (actual Šibenik) en Dalmacia, no dejando piedra sobre piedra; cuando, posteriormente, quiso tomar Trogir, próxima a Split, los venecianos fueron rechazados, no logrando expugnar la ciudad. En pleno asedio, aparecieron en el horizonte –y en el mismo escenario de la batalla de Lissa, en 1866, igual que la flota austríaca frente a la italiana decimonónica– las veinticinco galeras de la flota genovesa de Luciano Doria. Fue una auténtica lucha de titanes entre dos de los mejores capitanes de galeras a la sazón; al final, Pisani, con sus galeras muy dañadas pero no vencidas, tuvo que ceder terreno a Doria y alejarse para efectuar reparaciones. Volvió al día siguiente, pero los genoveses no cejaron, así que Venecia, tras esta batalla de Trogir, se vio obligada a aceptar la consolidación de una factoría y base enemiga en aguas estratégicas para ella.

A los venecianos al mando de Vettor Pisani no les quedó otra alternativa que retroceder con su flota hasta la península de Istria, al puerto de Pola, para invernar. El propósito de Génova, ya estaba claro, era acorralar a Venecia y a sus buques en el Adriático hasta lograr, gracias a su superioridad naval, que se rindieran. Fue un invierno duro en el que Pisani y su gente sufrieron hambre, calamidades y epidemias, realizando grandes esfuerzos para mantener las galeras en condiciones de luchar. Llegada la primavera de 1379, aparecía de nuevo la flota genovesa de Luciano Doria con propósito exterminador. Pisani, para evitar que lo atraparan en puerto, abandonó Pola pero, llevando un comisario político a bordo, este le obligó a presentar batalla, prohibiendo la huida. Era un suicidio, porque ni los buques ni las tripulaciones venecianas, tras el invierno infernal, estaban preparados para pelear. Los genoveses cayeron sobre ellos y, aunque Luciano perdió la vida en la refriega, sus galeras apresaron o hundieron todas las venecianas menos seis, en las que escaparon Pisani y el comisario Steno. Llegados a Venecia, Pisani fue inmediatamente desposeído del mando y encerrado en prisión.

Venecia, la ciudad de la laguna, el león alado y San Marcos se preparaba a hacer frente a sus días más críticos, puesto que la lucha iba a llegar hasta la propia laguna. En 1380, los genoveses se aliaban con Padua y Hungría para asaltar Venecia en toda regla, lo mismo que esta había asaltado Constantinopla 176 años atrás. Los genoveses trajeron cuarenta y siete galeras con cuatro mil hombres a bordo, apareciendo frente a la barra del Lido en julio de 1379 para penetrar por el paso del Brandolo, frente a Chioggia, poniendo sitio a esta isla fortificada que defendían tres mil venecianos, mientras húngaros y paduanos cercaban la laguna por mar. El dux Andrea Contarini comprendió que era preciso actuar en todos los frentes: mientras mandaba una embajada a tratar de avenirse con el enemigo, ordenó al arsenal poner manos a la obra para botar y equipar treinta y cuatro galeras de guerra, enviando también aviso al almirante Carlo Zenno, que se encontraba en Oriente con otras catorce galeras, para apresurar el retorno a la patria.

En nuestros días, la laguna veneciana tiene tres accesos al mar, uno desde la propia Venecia, al norte de la manga del Lido, otro por la boca de Santa María del Mar, entre Lido y Pellestrina, y el último por la isla de Chioggia, al sur. Pero antiguamente, para salir al Adriático, los buques que largaban amarras en Venecia debían recorrer quince millas hacia el sur hasta Chioggia, cruzando el paso Brandolo al mar. La isla de Chioggia, pues, era un emplazamiento estratégico cuya posesión permitía estrangular el tráfico marítimo veneciano y la propia ciudad. Cayó en manos de los genoveses, finalmente, el 16 de agosto de 1379. A la embajada veneciana de Contarini le replicaron que: «Jamás tendréis paz con el señor de Padua o con nuestra república hasta que hayamos embridado los caballos de bronce que se yerguen en la plaza de San Marcos. Cuando tengamos las riendas en nuestras

manos, sabremos cómo manteneros quietos».

Se trataba, pues, de la humillación total de Venecia, que veía así como todas las cuentas pendientes, desde Constantinopla a Sebenico, se pretendían cobrar de una sóla vez. En momentos de crisis es cuando llegan las medidas desesperadas, y Venecia se las arrancó al dux por aclamación: Vettor Pisani debía ser puesto en libertad inmediatamente, antes del comienzo del año 1380. Dueño de sus actos, el viejo veterano tomó el mando de las seis bregadas galeras supervivientes de Pola y se dirigió hacia Chioggia con las nuevas de Contarini, realizando un demoledor ataque nocturno contra los barcos enemigos. El 1 de enero apareció al fin Carlo Zenno con sus catorce galeras al otro lado de la laguna, logrando la superioridad numérica sobre los genoveses: cincuenta y cuatro frente a cuarenta.

Ahora era Génova, encerrada tras los muros de Chioggia y presa de enfermedades y escaseces, la que estaba en apuros. Pisani no cejaba en sus escaramuzas nocturnas y, viendo que los genoveses habían situado sus galeras fuera de su alcance, en zonas de bajo calado, rellenó los canales de escombros y piedra para que no pudieran salir. Por último llegaron refuerzos venecianos, y a finales de junio, tras seis meses de asedio, los genoveses se rindieron. A pesar de sus victorias navales en Meloria, Curzola, Sapienza, Trogir y Pola, Génova, con la catástrofe última de Chioggia en la que perdió toda su escuadra, caía derrotada por completo tras cuatro guerras, de las cuales las tres primeras habían quedado indecisas. Venecia, no sin aprietos y llegando hasta el límite de sus fuerzas, se proclamaba finalmente señora de los mares gracias a la eficacia de su gobierno, a la competencia del arsenal y a la capacidad de resistencia de todos y cada uno de los ciudadanos venecianos, ya fueran patricios o plebeyos. La derrota sin paliativos hizo doblar las campanas por una Génova que, aceptando en 1396 la soberanía francesa, dejaba de ser república independiente y dueña de su destino, iniciando la decadencia mercantil y colonial.

GREVEMBROCH, John. *Batalla de Chioggia* (s. XVIII). Museo Correr, Venecia (Italia). Situada a quince millas al sur de Venecia, la isla de Chioggia dominaba la única entrada al mar de la laguna de Venecia, siendo por ello tomada por los genoveses en verano de 1379 (imagen). Pero los venecianos supieron convertir esta conquista en un infierno, asegurando así, en enero del año siguiente, la catástrofe total de la flota genovesa.

Ambas ciudades, sin embargo, estaban lejos de haber dicho su última palabra. Venecia, en el transcurso de los siglos XV y XVI, se consolidaría como potencia naval y colonial del Mediterráneo, ocupando un puesto preponderante –el ala izquierda– en la «mayor ocasión que vieran los siglos», la batalla de Lepanto, frente al expansionismo otomano en 1571. Y Génova, venida a menos como emporio mercantil, se reivindicaría con individualidades: sus marinos pasaron al servicio de la corona de Castilla, fundaron la Casa Génova en Sevilla y uno de ellos, Cristóbal Colón, asestaba una puñalada mortal al poder marítimo y colonial veneciano en 1492, llevando el interés comercial global de aguas del Mediterráneo al anchuroso océano Atlántico, lo que fue el principio del fin de la prosperidad veneciana. Y es que, en Italia, las *vendettas* pueden servirse frías o calientes, pero llegan inexorablemente.

Sicilia y Roger de Lauria

LAS DOS CONQUISTAS DE MALLORCA, JAIME I

Una vez más, tenemos que retroceder en esta crónica histórico-naval de la Edad Media, que parece repleta de historias paralelas. No es exactamente así puesto que, hasta ahora, los presuntos paralelismos nos han conducido de la *pax romana* a las invasiones bárbaras, árabes y normandas, del dromon bizantino a la galera veneciana pasando por el *drakkar* nórdico, y de las cruzadas a las batallas del Adriático y el Mediterráneo oriental. En otras palabras, a un claro avance cronológico a través del tiempo. Ahora toca desplazarnos al otro extremo del *Mare Nostrum* para repasar la interesante historia marítima de la corona aragonesa. De lo más profundo del Medievo, es decir, del remoto reino visigodo de Tolosa y el legendario Imperio carolingio surge, prácticamente al mismo tiempo que la invasión normanda de Inglaterra (½ s.XI) un condado de fuerte influencia franca, pero con territorios a ambos lados de los Pirineos: Barcino, Barcinova o Barcelona, de la mano de guerreros como Ramón Borrell, Ramón Berenguer o su hijo Ramón Berenguer I, conde de Barcelona, que prácticamente restableció los dominios visigodos del siglo V d. C. La vecindad, sin embargo, era en tiempos de Ramón Berenguer II (conocido como *Cap d´Etopes*) tan peligrosa como en tiempos de Valia y Teodorico; este conde terminaba sus días asesinado, dejando un niño pequeño, Ramón Berenguer III (nacido en 1082) al cuidado de su madre, la reina Mafalda, de origen normando.

Con Ramón Berenguer III el condado se hace a la mar. No se trató, como pretende algún cronista despistado, de un rey pirata que se lo pasaba en grande sembrando el pánico por las islas Baleares, sino de un gran señor a través del cual Cataluña alcanzó la grandeza. Mediante su boda con la condesa provenzal Dulcia de Carlat, Ramón Berenguer III el Grande adquiría la que fuera provincia romana, «foco de civilización, donde se habían fundido los elementos griego, romano y godo» proclamándose «por la gracia de Dios, marqués de Barcelona y de las Españas, conde de Besalú y de Provenza», según nos recuerda el marqués de Lozoya. Con su gobierno, este personaje dejaría impronta de un prestigioso dominio al norte de los Pirineos, proyectando una expansión mediterránea que a él mismo le iba a corresponder protagonizar.

LLIMONA, Josep. *Estatua ecuestre de Ramón Berenguer III* (1888). Plaza de Ramón Berenguer el Grande, Barcelona. Este gran señor catalán unificó un reino a ambos lados de los Pirineos con herencia romana, visigoda, carolingia y provenzal, origen del condado de Barcelona. Protagonizó la primera conquista de la isla de Mallorca en 1114, no sin ímprobos esfuerzos, fracasada ante el alud almohade.

En 1113, coincidiendo con la fundación de los reinos cristianos en Tierra Santa tras la primera cruzada convocada por el papa Urbano II, diez años antes de la batalla de Ascalón –es decir, en pleno fervor misional cruzado–, la república de Pisa conseguía arrancar al papa Pascual II otra llamada a cruzada, esta vez contra la isla de Mallorca, nido de piratas musulmanes que obstaculizaba el tráfico marítimo en el golfo de León. En la desembocadura del Arno, río que pasa por Florencia, donde lo cruza el *Ponte Vecchio* (abigarrado de lujosos comercios), se congregaron barcos pisanos, florentinos, romanos, de Lucca, Siena y otros muchos enclaves italianos hasta sumar trescientas velas, que zarparon en pleno mes de agosto haciendo una primera escala en las costas de Cerdeña. Posteriormente, sin embargo, vientos contrarios afectaron gravemente al rumbo de la flota que, dirigiéndose a Mallorca, acabó refugiada en las costas catalanas. Enterado del hecho, Ramón

Berenguer III se personaba en Sant Feliu de Guíxols para recibir a los cruzados italianos. Encantados con su presencia, estos le eligieron como jefe a sabiendas de que podría traer refuerzos de sus propias tierras, como en efecto así fue, llegando barcos y guerreros de Ampurias, Béziers, Montpellier y Narbona.

La nueva flota recibió como punto de reunión el puerto de Salou, entre la antigua ciudad romana de Tarraco (Tarragona) y el delta del Ebro, desde el que los vientos ponientes que frecuentemente se cuelan por el cauce del río trasladan con facilidad los barcos hasta Mallorca; mucho mejor que intentar mantener, con el abatimiento de las naves de la época, el rumbo sur desde la Costa Brava, empresa que podía conducir a la expedición a fallar la isla por segunda vez con todos los trastornos consiguientes. Cuando se pudo completar la expedición había entrado ya el invierno, quedando aplazada hasta 1114; impacientes por la espera, muchos barcos italianos desertaron de la flota que habían engrosado con tanto entusiasmo. De esta forma, el grueso de la expedición lo constituyeron las huestes del conde de Barcelona que, con la incorporación de la flota pisana, logró reunir unas quinientas naves. El día de san Juan (24 de junio) del mencionado año partieron de Salou, recalando en Mallorca sobre la isla de Dragonera para, virando a estribor, montar la isla de Tagomago aproando directamente a la Vila de Ibiza.

Aún se alza, pétrea e impresionante sobre su promontorio, la fortaleza de Ibiza, que ya en tiempos de Ramón Berenguer III tenía tres diferentes recintos defendidos por el valí Abdallah Nazir, costando varios días expugnarla. La Vila se rindió el 11 de agosto, logrando los cruzados un suculento botín. Luego se demolieron las fortificaciones y, dejando la isla a su suerte, la expedición catalano-pisana partió rumbo a Mallorca, en cuya bahía penetraron el 15 de agosto de 1114. El valí de Mallorca, Nazaredolo, los estaba esperando, entablándose un largo asedio en el que se emplearon máquinas de guerra y donde el propio conde resultó herido, con varias batallas campales en torno a la ciudad. Finalmente, en abril de 1115, tras rendir las fortalezas de la Almudaina (hoy palacio, junto a la catedral) y la Zuda, se rindió el refugio pirático de Mallorca, siendo ocupado. Con su habitual codicia, los italianos emprendieron el regreso al hogar tras colmar sus embarcaciones de botín. A Ramón Berenguer III le habría gustado conservar la isla y fortalecer su defensa, pero el inminente aluvión almohade permitiría al califa Abu Yaqub Yusuf recuperarla a su debido tiempo, puesto que catalanes, florentinos y pisanos la abandonaron.

La mera expedición de castigo, sin embargo, catapultó al condado y a la propia Barcelona hacia la mar. En la ciudad, sobre el Regomir, y en otras ciudades como Tortosa, o en el Ampurdán, comenzaron a proliferar astilleros y tinglados para la construcción naval. Aunque las atarazanas de Barcelona aún tuvieron que esperar al reinado de Jaime I (1208-1276), toda la costa catalana quedó sembrada de buques dispuestos a labrarse un futuro por los caminos de la mar. Tras una audiencia con el papa Pascual y después de participar en las interminables guerras de entonces, el conde de Barcelona tomó el hábito templario al quedarse viudo, falleciendo en 1131. Hay quien dice que Walter Scott se basó en él para el personaje de la novela *Ivanhoe*. Dejó Cataluña al primogénito Ramón Berenguer IV mientras el segundo, Berenguer Ramón, heredaba la Provenza. Los hermanos se apoyaron mutuamente hasta la muerte del último en el asalto a una galera genovesa, en 1144, dejando un hijo a cargo de su tío que se llamó como él.

Ramón Berenguer IV mantuvo amistad con el emperador Federico Barbarroja y con el rey de Inglaterra, Enrique II Plantagenet, fundador del Imperio angevino. Sin sucesor a su muerte, en 1162, heredó Cataluña y Provenza su sobrino, que habría sido Ramón Berenguer V si la boda de su tío con la reina Petronila (hija a su vez del rey de Aragón Ramiro II el Monje) no le hubiera puesto también en las manos, en este año 1062 en el que también fallece Petronila, la corona de Aragón. De resultas de la afortunada carambola, Ramón Berenguer V, hijo de Berenguer Ramón de Provenza, quedó como rey de Aragón, conde de Cataluña y de la Provenza, cambiando su nombre por el de Alfonso II Ramón de Aragón y I de Barcelona, conocido por el sobrenombre del Casto. Se casó con la princesa Sancha de Castilla y tuvo un hijo ciertamente desafortunado, Pedro II el Católico, que reunió bajo su cetro un extenso territorio pronto convertido en potencia marítima del Mediterráneo.

Mas fue un territorio no tan grande como el de su padre, puesto que su hermano, Alfonso, se llevó la Provenza. Pedro II (1196-1213) era así rey de Aragón y Cataluña. Como hijo de castellana, resultó valiente, precipitado y caballeresco; descendiente también de los condes de Barcelona, siempre quiso recuperar algo de sus dominios ultrapirenaicos. Lo conseguiría en 1204, al casarse con María de Montpellier, hija del señor de esta ciudad y de la princesa Eudoxia Comneno, a su vez vástago del emperador bizantino. De este singular cruce de ramas dinásticas (Aragón, Castilla, Barcelona, Montpellier y Constantinopla) procede uno de los más grandes reyes de Aragón, Jaime I el Conquistador, cuya peripecia es la que nos ocupa. Ante todo, hay que decir que se trató de un rey escritor o, por lo menos, supervisor de lo que se escribía de él, por lo que conocemos toda su historia gracias al *Llibre dels Feyts del rei en Jacme* (*Libro de los Hechos del rey don Jaime*) que,

casi a modo de diario, describe su ejecutoria como si fuera el propio Julio César.

Dijimos que su padre no fue afortunado; en sus propiedades al otro lado de los Pirineos surgió una herejía, los albigenses, depravados anticatólicos contra los que el papa no dudó en convocar cruzada. Acudieron a esta llamada, sin embargo, los desvergonzados y crueles *frany* al mando de Simón de Montfort, viendo la posibilidad de un gran botín. Atrapado en esta encrucijada, el caballeroso Pedro II prefirió oponerse al expolio de sus súbditos en contra del papa y los *frany*, encontrando la muerte en la batalla de Muret, en 1213. Huérfano de madre, Jaime I apenas era apenas un crío cuando sucedió; se hallaba, además, en poder del codicioso Montfort, siendo necesaria toda la fuerza moral del papa Inocencio III para que fuera liberado, reuniéndose con sus súbditos. Sucedió entonces lo que cabía esperar: los nobles catalano-aragoneses no hacían ni caso de aquella criatura que pretendía ceñirse la corona y mandar sobre ellos. De no contar con un ceñudo carácter, Jaime podía haber sido aún más infortunado que su propio padre, pasando a la crónica sin pena ni gloria. Pero las adversidades vitales le convirtieron en un auténtico personaje, privado de infancia y que tuvo que imponerse a sus nobles por todos los métodos, desde la seducción a las armas, pasando por la puñalada trapera e incluso los mordiscos. Las hazañas de su juventud, procurando por todos los medios domeñar a sus súbditos, habrían merecido todo un libro e incluso una película. Con apenas trece años lo casaron con Leonor de Castilla, hermana de la reina Berenguela, convirtiéndose Jaime en tío de Fernando III el Santo, conquistador de Sevilla, cuya labor de reconquista en el oeste iba a secundar de forma casi contemporánea –e incluso anticipándose– en la cuenca mediterránea. El matrimonio adolescente, sin embargo, sólo tendría un hijo, Alfonso, que junto con Leonor desapareció de forma tristemente prematura. Se casó entonces Jaime con Violante de Hungría y este enlace, enriqueciendo aún más una genealogía ya rica en cualidades, trajo al mundo cuatro hijos y cinco hijas. El primogénito, Pedro (futuro Pedro III el Grande), nació en Valencia en 1240, destinado a ser uno de los más formidables monarcas hispánicos.

Con tan sólo veintiún años, Jaime I el Conquistador alcanzaba al fin el suficiente poder de convocatoria –otras veces fracasó– como para unir las dispersas fuerzas de su reino en una empresa común, que no fue otra que la conquista de Mallorca en 1229. El rey quería arrebatársela al emir almohade Abu Yahir al Rashid, que amparaba los ataques contra los mercantes cristianos y había despreciado a los embajadores aragoneses. Sin embargo, el designio real no había tenido mucho eco hasta un día en que, estando la corte en una comida en la playa, el navegante Pedro Martell hizo una descripción de aquella isla y las Pitiusas que dejó a todos los nobles cortesanos, en el fondo tan románticos, encandilados y deseando conocerlas. Desde luego, somos libres de pensar que fue el propio rey Jaime quien estimuló semejante «campaña promocional». El caso es que el entusiasmo se contagió al auditorio, y no digamos cuando el arzobispo de Tarragona puso mil monedas de oro encima de la mesa, ofreciendo además dos centenares de jinetes y mil ballesteros. El Temple no quiso ser menos y añadió sus guerreros a la causa, mientras la ciudad de Barcelona puso a disposición cuantas naves contenía. A partir de este momento, no hubo impuesto, embargo o reclutamiento que no fuera aceptado de buen grado si era con destino a la empresa de Mallorca.

Resulta extraordinario comprobar cómo el *Llibre dels Feyts* (oportunamente puesto al día por el almirante de la Armada don Julio Guillén) describe tan fielmente esta invasión medieval que parece ejecutándose en nuestros días. En los puertos de Cambrills, Salou y Tarragona se reunió una flota de veinticinco naos gruesas, dieciocho taridas, doce galeras y al menos un centenar de embarcaciones menores, en las que viajaron mil quinientos jinetes montados y quince mil soldados de infantería. Las naos gruesas las podíamos asemejar a cocas, ya conocidas, e incluso carracas, que no eran otra cosa que cocas agrandadas con mayor capacidad de vaso, arbolando hasta tres palos y con sólidos alcázares y puentes de mando. El nombre de carraca, como el de coca, es de la más vetusta procedencia, pues viene del latín *navis carricata,* es decir, nave de carga. Hoy diríamos, simplemente, buque mercante. La tarida, que ya se mencionó en el capítulo 4 al tratar de la flota de Saladino, era una embarcación de origen árabe, redonda y de capacidad media, que podía desplazarse a remo. Se mencionan también con frecuencia los leños, no quedando claro si es un tipo de embarcación o genéricamente se refiere así el rey a los barcos. Da la impresión de que, en el Medievo, todo lo que no era galera, nao o tarida, era un leño y santas pascuas.

Navegaría el rey de Aragón –concediendo así gran honor– en la galera de Montpellier, probablemente propiedad de sus parientes maternos. Ordenó que la nao de Bovet, con una gran linterna y Guillem de Moncada a bordo, hiciera de buque guía del convoy, mientras que la de Carroz debía marchar siempre a retaguardia, como las almirantas de la Flota de Indias tres siglos después. Las galeras, asimilándose a modernos buques de escolta, debían formar un círculo en torno al grueso de la flota; pero realmente, como veremos por la de don Jaime, gozaban de cierto grado de libertad. Todos los barcos quedaban al fin listos para zarpar el día 6 de septiembre, cuando una leve ventolina permitió a la flota ir abandonando la rada de

Salou. Sus velas, vistas desde Tarragona y Cambrills, pusieron en marcha la expedición. El rey se sintió feliz de verse rodeado de tantas velas cubriendo la mar pero, sobre todo, como joven ansioso y bisoño en temas de mar, estaba feliz de zarpar: «Tan largo tiempo habíamos estado en tierra, que cualquier viento nos parecía entonces bueno con tal de que nos apartase de ella». O tal vez era que los temas burocráticos y administrativos, ya en aquella época, resultaban tan insufribles y pesados como los de hoy día, sintiéndose el nauta liberado cuando al fin lograba largar amarras o levar el ancla sin más tropiezos.

El viento, en efecto, no debía ser muy bueno, pues durante la jornada completa del miércoles sólo permitió internarse en la mar unas veinte millas. Llegada la noche, entraba un lebeche que, haciendo honor a su nombre, venía directamente en contra del rumbo del convoy, puesto que este era SE y el leveche es un Sierra Eco, es decir, viento de Libia, del sureste también. Mala noticia para el rey don Jaime, cuyos pilotos y cómitres pidieron regresar. Los que navegamos frecuentemente estas aguas sabemos que, de noche, el lebeche puede ir rolando a levante e incluso a norte, o, por el contrario, arreciar y ponerse en el sur. Nunca se estará quieto en su sitio, como corresponde a las variables condiciones del Mediterráneo entrado el verano. En esta ocasión debió suceder lo primero, así que, con las velas ciñendo amuradas a babor, las esbeltas galeras pronto adelantarían al convoy manteniendo el rumbo, mientras las cocas se las vieron y se las desearon para hacer lo mismo más lentamente. El rey Jaime se negó en redondo a los ruegos de sus pilotos; no darían media vuelta en ningún caso. Y aunque puede que tuviera razones náuticas de peso, en su libro sólo dejó consignada su confianza en Dios y en que Él guiara la expedición, argumento inapelable en la Edad Media.

Acallados así los hombres de mar, se concentraron en lo que debían, es decir, en sacar el máximo partido de sus naves. Lo hicieron bastante bien, demostrando el nivel de cualificación náutica de los navegantes medievales catalanes. Al amanecer se produjo el esperado role del viento al November Eco, noreste o Provenzal, como lo denomina el *Llibre dels Feyts*. Jaime se sintió emocionado durante toda la mañana viendo cómo la proa de su galera rompía las olas que pasaban sobre la borda, sacudiéndose el buque en la mar cruzada. El role de viento permitió a toda la flota corregir definitivamente el rumbo, aproando decididamente a su destino. Tras la pletórica jornada de navegación a vela del jueves 7, antes de ponerse el sol llegaba el premio, apareciendo la silueta de Mallorca en el horizonte; sin embargo, se quedarían sin viento al atardecer.

Detalle del plano de la plaza y puerto de Ibiza y sus contornos (1752), realizado por Juan Ballester (1688-1766). Tomada la isla de Ibiza de forma previa a Mallorca en 1114, costó a los cristianos un gran trabajo expugnar la fortaleza de varios recintos sucesivos. Posteriormente, la flota catalana-italiana se dirigió a Mallorca, que también fue conquistada, aunque no por mucho tiempo.

El rey ordenó entonces arriar las velas para no ser vistos desde la isla. Esto tenía un inconveniente rápidamente señalado por los pilotos: si el buque guía y la galera del rey desaparecían en la oscuridad, la flota corría peligro de descarriarse, puesto que no se había fijado ni puerto ni punto de reunión. El ingenioso Jaime lo resolvió ordenando izar una linterna cubierta con una lona por el lado de tierra, siendo pronto imitado por el buque guía de Moncada. Lo que no pudieron prever fue que el resto de las embarcaciones, para evitar los abordajes, al ver la luz del rey encendieron también cada cual la suya, llenando la mar de una miríada de luces oscilantes. Ya podían quitar la lona de la galera de Montpellier; los almohades tendrían que haber estado dormidos o ebrios para no descubrirlos.

Avanzando bajo la luna, la flota trató entonces de dirigirse a Pollensa, montando el cabo Formentor; pero arreció de nuevo el November Eco, impidiendo tomar ese rumbo. Una sesión de rezos y plegarias no logró modificar la situación, así que el rey, de acuerdo con sus pilotos, decidió dirigirse al fondeadero de la Palomera, al refugio de isla Dragonera, en el extremo occidental mallorquín. Tomando el viento por la popa con gran alivio, todo el convoy se dirigió hacia allí,

entrando al abrigo sin más inconvenientes el viernes 8. Ya fondeados, Jaime llamó a consejo a sus notables, enviando la galera de don Nuño, conde de Ampurias, a recorrer la costa hacia el sur para encontrar un fondeadero despejado donde efectuar el desembarco; la elegida fue la recoleta bahía de Santa Ponsa, entre La Mola de Andratx y la Punta Cala Figuera, una cala protegida a tan sólo veintidós kilómetros de la ciudad de Palma. Era una elección comprometida, pues los avisados musulmanes podían acudir allí fácilmente, por lo que el rey Jaime decidió proceder con rapidez.

A medianoche se levaron anclas para navegar las escasas millas que separan la Dragonera de Santa Ponsa. Un espía sarraceno había informado al rey de la situación en la isla, pero pese a tomar todas las precauciones, casi cinco mil guerreros musulmanes de a pie, con dos centenares de jinetes, estaban esperando en el campo. Doce de las galeras iban al frente, remolcando igual número de taridas con la fuerza que debía poner pie en la playa. Jaime y sus lugartenientes se dieron cuenta de que, a pesar de la presencia enemiga en el lugar, los sarracenos habían dejado desguarnecida una colina de la que convenía apoderarse como cabeza de puente. Así se hizo; entre la tremenda algarabía y el griterío de los almohades, desembarcaron los primeros –para cubrirse de honor–: el conde de Ampurias, Raimundo de Moncada, Gilabert de Cruilles (que perecería luego en otro desembarco, en Algeciras, como sabemos) y, ni que decir tiene, los caballeros templarios. Con sólo cincuenta jinetes y setecientos infantes, rápidamente se apoderaron de la colina, donde se hicieron fuertes. Llegado el rey, se pudo lanzar una acometida contra los sarracenos, los cuales, tras dejar más de un millar de bajas sobre el terreno, despejaban finalmente la cabeza de puente de Pollensa para los cristianos. El desembarco en la isla de Mallorca era un hecho consumado.

Sin embargo, la conquista no resultaría sencilla, ni mucho menos. Los defensores eran numerosos y estaban bien atrincherados, y los cristianos, con un rey todavía joven, mostraban preocupantes síntomas de falta de liderazgo y determinación. Avanzando camino de Palma, ambos contendientes libraron una indecisa batalla en Porto Pí, que sólo al final caería del lado cristiano. Se refugiaron los almohades vencidos tras las murallas, cometiendo el error de dejar un sector –de la quinta a la sexta torre– prácticamente desguarnecido. Los caballeros pidieron al rey un ataque sorpresivo, al abrigo de la noche, por ese lado; sin embargo, Jaime lo rechazó, y la razón expuesta fue que, de noche, muchos podrían ocultar su cobardía sin que los vieran los demás. Esta era la confianza que tenía en su gente.

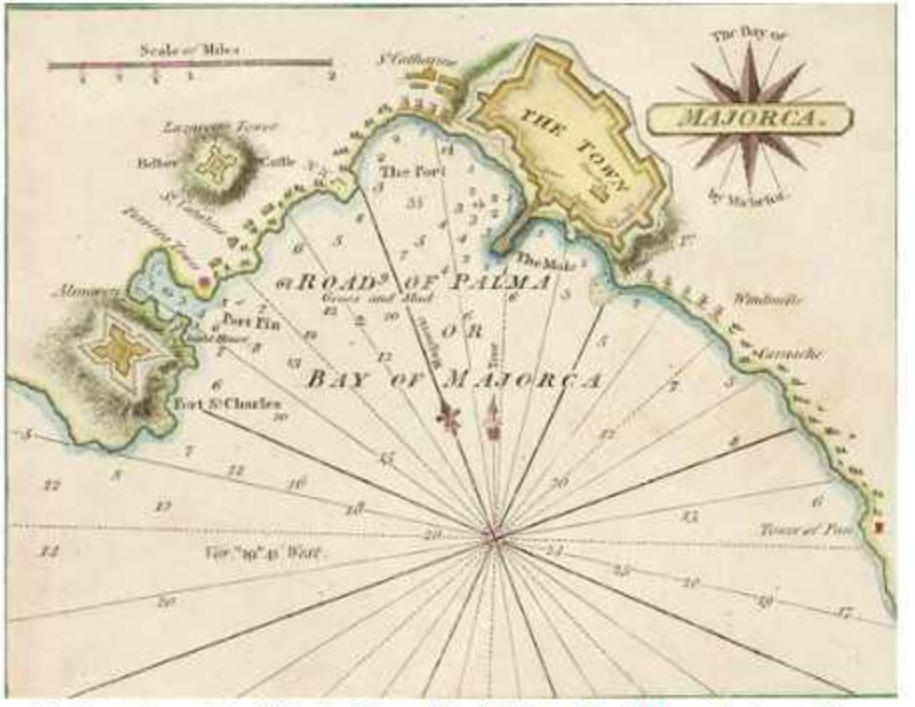
Atacaron a pleno día, al grito de «¡Santa María!», produciéndose curiosas circunstancias; formada la tropa, desoyeron dos veces seguidas la orden de ataque del rey, y sólo a la tercera, renuentemente, se pusieron en marcha. Lo cuenta el propio Jaime, por lo que no se puede dudar de la veracidad del testimonio. Pero el asalto fue por tan mal camino debido a la reacción defensora, que varios caballeros hubieron de adelantarse para que los animales empujaran al enemigo; un jinete vestido de blanco lo hizo con tal coraje que rompió el espinazo del contrataque almohade, poniéndolos en fuga. Probablemente sólo se trató de un anónimo templario, guerreros excelentes y poderosos, haciendo alarde de sus facultades. Los caballeros del Temple solían mostrarse formidables en combate, siendo odiados a muerte, como sabemos, por los musulmanes; no obstante, luego sabían cobrar por sus servicios y, a la hora de la verdad, no tenían escrúpulo en «diversificar» sus actividades, incurriendo en saqueos, piratería, etc. El caso es que la hueste catalana lo tomó por san Jorge, incitando a todos a poner lo mejor de sí en el ataque, con el santo precediéndolos; aunque no es descartable, desde luego, que esta «aparición» fuera una hábil estratagema del rey para salvar la jornada.

Lo consiguió; penetraron los cristianos, como un alud, en la ciudad de Palma, luchándose en las calles y casa por casa con violencia inusitada. Una barricada de lanceros almohades, sostenida por el propio emir Abu Yahir, frenó en seco a infantes y caballeros cristianos, protegidos tras los escudos; sólo empezaron a empujar y arañar con las espadas al enemigo cuando se les gritó: «¡Vergüenza, caballeros, vergüenza!», inaudito grito de guerra que proveyó de fuerza suficiente para salvar este último obstáculo. Desmantelado al fin, la población se dio a la fuga por las puertas no asediadas de la ciudad, quedando trescientos muertos contra la puerta de la Almudaima, cerrada por los de dentro, y rindiéndose luego a don Jaime. Terminaba así el espectacular y cruento asalto, que a punto estuvo de fracasar en momento crítico.

VALLMITJANA, Agapit. *Estatua ecuestre de Jaime I de Aragón, el Conquistador* (1886). Parterre de Valencia. El gran rey aragonés, hecho a sí mismo desde pequeño no sin incidentes, protagonizaría las grandes conquistas de Mallorca (por segunda vez) y Baleares (1229-1235), Valencia (1238) y Murcia (1266), en un reinado que abrió la aventura mediterránea para Cataluña y Aragón.

La toma de Mallorca no concluyó con el espectacular episodio de la Almudaima; los almohades huyeron a las montañas, a la sierra de la Tramontana, donde hubo que ir a buscarlos. Terminando casi el año, pudo el rey retornar a la Península, pero volvió en 1231, pues recibió la falsa noticia de que el bey de Túnez se preparaba a contratacar, aprovechando para expugnar algunos castillos. Al año siguiente se llevaba a cabo la toma de Menorca, y en 1235 Jaime I desembarcaba en Ibiza, donde la Dalt Vila opuso tan feroz resistencia como a Ramón Berenguer III. La tarea había concluido, pero no los afanes del rey, que se dispuso a otra gran empresa, la conquista del reino de Valencia en 1238 a un emir de la estirpe mozárabe del famoso Rey Lobo Ibn Mardanis, Ben Zeyán, que había destronado al almohade Abu Zeid. Primero cayeron Morella y Burriana (1233), conociendo el asedio su momento crítico en la batalla del Puig, aunque esta vez no hubo indecisión en la tropa como en Palma, pues don Jaime era ya un monarca guerrero consolidado y de probada reputación. En 1244-1245, tras un leve reposo para formar la familia real, proseguía su reconquista tomando Játiva y Biar, firmando al mismo tiempo el tratado de Almizra con el rey de Castilla, Fernando III el Santo, su sobrino político.

La tarea del gran rey aragonés prosiguió durante todo el reinado; en 1266 conquistaba Murcia, que cedió al nuevo soberano castellano, Alfonso X el Sabio, con generosidad inaudita. En sus últimos años no olvidó cuestiones económicas y diplomáticas, como implantar el tern como moneda del reino y firmar el Tratado de Corbeil con san Luis IX de Francia (1258). Murió en Valencia en 1276, tras una larga vida llena de trabajos y más de medio siglo de reinado efectivo en el que Aragón, de ser una precaria alianza entre el condado de Barcelona y el territorio al norte y sur del río Ebro, pasaba a ocupar la tercera parte de la península ibérica en clara competencia con Castilla. Como persona, los historiadores lo comparan a relevantes contemporáneos como su sobrino o san Luis de Francia.



Antiguo plano de la bahía de Palma (1810).Universidad Hebrea de Jerusalén y Biblioteca Nacional de Israel. La definitiva conquista cristiana se llevó a cabo en 1229, tomando como cabeza de puente la pequeña ensenada de Santa Ponsa, desde la que Jaime I encabezó el avance hacia la ciudad. No fue fácil y tuvo que ponerse al frente, personalmente, con los templarios, para arrebatarla a los almohades.

Su hijo, Pedro III, tenía todas sus virtudes y un elevado sentido del ideal caballeresco, pero también una clara inteligencia que le permitía ser un auténtico

relámpago en sus actuaciones. Según Soldevilla, «actuaba con juicio, pero sin desdeñar arrojo y osadía, aun a costa del peligro». Le gustaba la intemperie y compartir penalidades con sus mercenarios almogávares, guerreros duros y montaraces que habían doblegado a los turcos, como sabemos. No era, sin embargo, santo, pues amargó los últimos días de su padre liquidando a un recalcitrante bastardo real, Fernán Sánchez, hijo de una señora de la casa de Antillón. Pedro III se hizo rudo codeándose con muchachos de origen normando, contagiándose de su brío, coraje y valor para el combate. Algunos de ellos estaban destinados a servirle en sus empresas, como Conrado de Llançá y Roger de Lauria, mas nunca podremos comprender la gesta de estos últimos, ni la del propio rey de Aragón en Sicilia, sin profundizar someramente en la historia de Italia en este tiempo, que ofrece clave de todo.

A la conquista de Sicilia, Pedro III

Antes del año 1000 d. C., tres sucesivos emperadores alemanes (sajones) de nombre Otón, considerándose herederos de Carlomagno, trataron de imponer su voluntad contra la del papa en Italia. La situación llegó a ser extraordinariamente confusa y conflictiva: Otón I impuso su ley por la fuerza, pero a costa de pasarse la vida apagando fuegos en Italia contra papas indignos y degenerados. Otón II se casó con una princesa griega, Teófano Skleraina, siendo derrotado en 982 por el ejército musulmán de Abu Kasem en Stilo, lo que echó a perder su reinado. Otón III, que creció a la sombra de su dominante progenitora, se atrevió a designar a su primo Bruno como papa (Gregorio V), apagando como su abuelo cuando pudo los fuegos incontenibles que surgían en Italia. Murió en el 1002, apegado a Italia pero completamente desacreditado en Alemania. Con la extinción de los otones se disipaba de forma casi definitiva el sueño de unir Italia y Alemania bajo un solo rey.

Era el momento de unos viejos conocidos de este trabajo, los normandos, que, tras haber devastado ciudades francas y sajonas como Lieja, Colonia, Aquisgrán, Tréveris y Amiens en el 880-885, fundar el ducado de Normandía e invadir Inglaterra en el 1066, antes, en el 1015, llegaron al sur de Italia como mercenarios para intervenir en las interminables luchas entre lombardos, griegos y sarracenos. Cuando no podían pagarles, exigían como moneda de cambio las tierras, convirtiéndose poco a poco en grandes propietarios. Entre los más famosos normandos llegados al sur de Italia destacaron los doce hermanos de Tancredo de Hauteville; el sexto de ellos, Roberto Guiscardo, conquistó de un sorprendente golpe toda la Calabria, y el papa León IX pensó que ya estaba bien; marchó contra él con sus tropas y fue derrotado por completo en Civitate (1053), cayendo en poder de los normandos.

Grabado medieval mostrando el desembarco de los cristianos en la ensenada de Santa Ponsa; aunque parecen desembarcar directamente de las grandes naos medievales, realmente lo hicieron de las *taridas*, más planas y capaces, llevadas al efecto y remolcadas a la orilla por las galeras.

Tuvo suerte, porque estos, al fin y al cabo, eran cristianos y lo trataron bien, devolviéndolo al Vaticano mientras ellos continuaban con sus barbaridades. Sí, lo han adivinado: los normandos del sur de Italia no eran otra cosa que *franys*, como los que muy pronto asolarían Tierra Santa en las cruzadas. En el 1085, el benjamín de los Hauteville, Roger, logró otra increíble hazaña, apoderándose de la isla de Sicilia. El papa, cediendo a las circunstancias, coronó en 1130 a su hijo, Roger II, como rey de Sicilia. La isla, poblada por griegos, musulmanes, italianos y franceses, ya contaba en su historia con el notable gobierno árabe, cuya administración siguió rigiendo la economía de la isla mientras la flota era dirigida y marinada por los griegos. La Sicilia normanda marchó viento en popa durante el siglo XII, e incluso intentó expandirse hacia el este (Albania) y hacia el sur, (África), estableciéndose algunos señores en la proximidad de Constantina (Túnez).

Mientras esto sucedía, papas y emperadores habían vuelto a la greña; el archidiácono Hildebrando, protegido del derrotado León IX, fue proclamado papa bajo el nombre de Gregorio VII, con un peligroso ideal de pureza e integridad para la Iglesia combinada con virtud y justicia en la política. El resultado de tan nobles propósitos fue una excomunión para el emperador Enrique IV, que tuvo que purgar en pleno invierno ante los muros del castillo de Canosa en una de las más famosas escenas de la Edad Media. Una vez perdonado, Enrique no se enmendó; estaba hasta la coronilla de Gregorio, así que lo depuso como papa, nombró un antipapa y entró en Roma en el 1084, obligándolo a huir. Entonces, Hildebrando cometió el error de su vida recurriendo a los normandos, *franys* sin escrúpulos al fin y al cabo, para reponerle en el Vaticano. Lo hicieron, pero al precio de un saqueo estremecedor de Roma. Cuando Hildebrando quiso recobrar la tiara papal, los romanos lo echaron a escobazos, muriendo en el destierro.

El forcejeo entre el emperador y el papa prosiguió con Enrique V y Calixto II, que llegaron a un precario acuerdo, antes de que entrara en escena (1154) Federico I Hohenstaufen, conocido como Barbarroja, emperador. Tuvo que enfrentarse a una peligrosa liga con el papa, los normandos de Sicilia y los venecianos, que le vencieron en Legnano (1176). Diez años después, Barbarroja desposó a su hijo Enrique (el futuro emperador Enrique VI) con la princesa normanda Constanza,

heredera de la corona de Sicilia. El emperador adquiría así esta isla normanda; a la muerte de Enrique, Constanza buscó la protección del papa para su hijo, Federico II. El nuevo emperador y nieto de Barbarroja sería, como Fernando III de Castilla, Jaime I de Aragón o Luis IX de Francia, un personaje absolutamente excepcional, puede que como híbrido normando-alemán. Se le conoció por el sobrenombre de *Stupor Mundi* ('Asombro del Mundo') dividiendo a los italianos entre el bando papal, los güelfos, llamados así por el candidato rival, Otón Welf, y los gibelinos, profundamente imperiales, cuyo apelativo venía del grito de guerra de los Hohenstaufen: «Hie Weibling!» Saldremos con facilidad de este enredo onomatopéyico en que se enfanga la historia si consideramos que los güelfos eran partidarios del Vaticano y los gibelinos del emperador Federico II, propietario nominal de la isla de Sicilia.

El papa Honorio III coronó a Federico II como rey de la isla en 1220; a cambio, este prometió hacer una cruzada contra el islam para recuperar los Santos Lugares. Pero como se retrasara en cumplir con su promesa, le cayó una excomunión inevitable y también excepcional, pues no fue por lo que hizo sino por lo que dejó de hacer. Decidido a que lo absolvieran, emprendió sin más tardanza la sexta cruzada de 1228-1229, apuntada en el capítulo 4. El Asombro del Mundo sorprendió a cristianos y musulmanes triunfando allí donde había fallado el mismo Ricardo Corazón de León, y también nos sorprende por el procedimiento empleado para las conquistas de Jerusalén, Belén y Nazaret, que fueron suyas. Lo consiguió labrando una sólida amistad con el sultán ayubí de Egipto, Al-Kamil, al que sedujo montando en Sicilia una corte árabe (como la de Pedro el Cruel), demostrando lo poco que le importaban las contiendas religiosas, lo mucho que admiraba el islam y lo instruido que era.

Al-Kamil, pragmático gobernante, se enterneció ante este amigo con el que mantenía correspondencia, invitándole a visitar la Tierra Santa para cederle Jerusalén. Estaba peleado con su hermano Al-Moazzam y creyó que la creación de un pequeño estado *frany* entre ambos le vendría bien. Pero, cuando Federico II llegó a Acre con sólo tres mil hombres, Al-Moazzam había muerto y Al-Kamil se preparaba para conquistar Damasco. Además, no había dudado en preparar una flota en el delta que administró, en aguas de Chipre, una severa derrota a los buques cristianos (año 1220). Federico II le preguntó qué había de lo suyo, y el sultán le dio largas. Al final, sin embargo, se apiadó de él, pidiéndole que fingiera lanzarse al ataque para poder justificarse ante el islam con la evitación de una nueva guerra. El pasteleo no coló en absoluto en el mundo musulmán: Al-Kamil fue declarado traidor pero, como tenía un poderoso ejército y al poco se apoderó de Damasco, nadie pudo rechistar mientras su querido Federico entraba en Jerusalén, hacía las visitas de rigor y echaba broncas a los curas cristianos por entrar en las mezquitas. Obtenido el corredor para que los peregrinos pudieran llegar a la ciudad a través de Jaffa, el emperador regresó a Italia, dejando para la posteridad uno de los tratos consentidos más memorables de la historia. Dado el número de víctimas que evitó, forzosamente ha de sentirse simpatía por él. Posteriormente, derrotó a la Liga Lombarda en Cortenuova (año 1237), pero fue de nuevo excomulgado para terminar sus días con una derrota en Parma (año 1250). Como última pedrada en su cabeza, Sicilia se rebeló contra él antes de su muerte.

Desaparecido Federico II, el papa Inocencio IV ofreció la corona siciliana «a quien la quisiera». El candidato con más legitimidad parecía ser Conrado, hijo de Federico II que tenía todo su interés en Alemania; los sicilianos prefirieron a Manfredo, también hijo de Federico pero bastardo, notable personaje que llegó a senador en Roma, figurando como líder republicano frente a la acostumbrada autocracia papal. Gobernó bien durante dieciséis años, ayudando a que Siena venciera a Florencia en Montaperto. Sin embargo, en 1261 llegaba al papado un francés, Martín IV, nada partidario de Manfredo y que como brazo armado prefería un príncipe de su nacionalidad. El designado fue el conde de Anjou y de Provenza, Carlos, hermano de san Luis IX; excelente guerrero, soberbio, petulante y falto de escrúpulos; un auténtico *frany*. Para equipararse a Manfredo, en 1264 se hizo nombrar senador en Roma, ingresó en la cofradía de los güelfos como jefe de esta facción y encabezó un ejército que, en 1266, derrotaba a Manfredo en Benevento, dándole muerte. Los Hohenstaufen se aferraron al trono siciliano con el hijo de Conrado, Conradino, de tan sólo dieciséis años, aplastado a su vez por el imparable Carlos de Anjou en Tagliacozzo (1268). El francés capturó al muchacho y no tuvo escrúpulo en someterlo a un juicio de opereta en Nápoles, condenándolo a ser decapitado. Antes de ejecutarse la sentencia, Conradino se sacó su anillo real y lo arrojó al público, diciendo que era para aquel que le vengase. Este incógnito paladín, invocado por Conradino en el patíbulo como última esperanza de los gibelinos,prodigiosamente existía y nosotros conocemos su nombre: Pedro III, aún príncipe de Aragón, pues Jaime I vivía cuando Conradino fue cobardemente asesinado por Carlos de Anjou.

Pedro estaba casado con Constancia Hohenstaufen, también llamada Constancia de Suabia, hija de Manfredo y, por lo tanto, prima del pobre Conradino. La princesa normanda debía clamar venganza por su padre y su primo contra la bestia

negra, Carlos de Anjou. Pero Pedro a la sazón, recordemos, estaba aún despachando rivales incómodos, como el bastardo Fernán Sánchez; en 1276 falleció Jaime I, heredando Pedro III la corona, lo que le mantuvo muy ocupado. En cualquier caso, no perdía el tiempo: se entrevistó con el rey de Castilla, su cuñado Alfonso X el Sabio, y con el heredero francés a la muerte de san Luis, Felipe III el Atrevido, conversación que debió dejarle claro la opinión que tenía este de su tío Carlos, el güelfo *frany*. Por su parte, Constanza debía estar meditando que las excomuniones de Honorio III por falta de actos no eran ninguna tontería, cuando un hecho casual puso en marcha el reloj para la conquista de Sicilia: el 31 de marzo de 1282, los propios sicilianos, hartos de la presencia francesa en la isla, aprovecharon el insulto a una dama por la soldadesca en Palermo para iniciar la rebelión general contra Carlos de Anjou; otras fuentes más lógicas afirman que el motivo de la sublevación fueron los impuestos, no faltando la versión «conspiranoica» de una rebelión organizada. A esta revuelta se la conoció como Vísperas Sicilianas, al grito de «¡Muerte a los franceses!».

El caso es que Carlos de Anjou se encontró con ocho mil ciudadanos franceses linchados y con una sublevación isleña en toda regla, precisamente en el momento en que se disponía a emprender una cruzada (habría sido la novena), con sus soldados ya en Morea, el emperador Paleólogo excomulgado, el papa en el ajo y los derechos de María de Antioquía al reino de Jerusalén recién adquiridos. Los cándidos sicilianos solicitaron protección a la Santa Sede, de donde sólo llegaron palabras, y luego a Pedro III de Aragón, cuando Carlos de Anjou apareció con sus tropas en Mesina. Lo cierto es que la teoría de la conspiración cobra fuerza cuando comprobamos que, llegado el momento, Pedro estaba en el sitio justo de forma oportuna para contrarrestar a Carlos de Anjou.

Tres años antes, el de Aragón había ido allanando el terreno: como el bey de Túnez, Abu Zacaria Iahia, se mostró remiso en responder a la solicitud de tributo, Pedro III le envió una escuadra de diez galeras –cinco de Barcelona y cinco de Valencia– al mando del normando-siciliano (asimilado aragonés) Corrado Lacia. Las aguas de la bahía de Túnez aun estaban revueltas, pues hacía sólo siete años que la flota de la octava cruzada de san Luis las había abandonado, tras infligirle al islam la derrota de la batalla de Cartago, falleciendo de peste el rey francés. La flota de Aragón llegó frente a La Goleta y se apoderó con fortuna de la ciudad de Túnez, poniendo como bey a Abu Ishak. El castillo de La Goleta quedó con una guarnición almogávar como «cobradores» del tributo. Posteriormente, Corrado Lacia recorrió en corso las costas de Tremecén hasta Ceuta; el bey merinida Abu Yusuf envió contra él sus tropas, pero Corrado escapó a la vecina Gibraltar, echando el ancla en la cala de los Catalanes, puede que así nombrada en su honor.

El viento duro de poniente impidió, sin embargo, que cuatro de las galeras de Valencia llegaran, siendo seguidas muy de cerca por tres sarracenas de Abu Yusuf. Cerca de las islas Habibas, los buques cristianos se revolvieron contra los musulmanes y, en el durísimo y muy cruento combate siguiente, vencieron los valencianos, hundiendo una galera musulmana y apoderándose de otras dos. Con esta acción, el norte de África quedaba despejado no sólo para conquistar Ceuta, sino también para el paso del rey de Aragón a África, verificado a finales de abril de 1282. Iniciaba así el monarca aragonés su increíble trayectoria bélica, puntualmente consignada, lo mismo que la de su padre, en el *Llibre del rei en Pere d'Aragó e dels seus antecessors passats* por el caballero catalán Bernat Desclot. Se reunió en Port Fangós (delta del río Ebro) una escuadra de veintidós galeras y otros tantos bajeles auxiliares, con un ejército de ochocientos caballeros y tres mil almogávares a bordo. Mandaba la flota Jaime Pérez, bastardo real y señor de Segorbe, con dos catalanes destinados también a ser grandes marinos, Berenguer Mallol y Ramón Marquet.

Justo antes de embarcarse, a pie de pasarela como quien dice, don Pedro recibió la noticia de la sublevación siciliana contra el ejército francés, es decir, del inicio de las vísperas sicilianas. Dictó entonces testamento e hizo secreta donación de sus estados a su hijo Alfonso (luego Alfonso III el Liberal, que reinó de 1285 a 1291), medidas «preventivas» contra el papa francés que, sin duda alguna, en cuanto emprendiera la campaña siciliana lo excomulgaría e intentaría arrebatar su reino. De hecho, ya se había negado a conceder el título de cruzada a su expedición a Túnez, y es que para Martín IV era mucho peor un enemigo de su protegido Carlos de Anjou que un musulmán; así gestionaba la cristiandad un papa *frany*. Sin más dilaciones, el 3 de junio de 1282 se embarcaba Pedro III en Port Fangós con rumbo a Mahón, desde donde la escuadra aragonesa se dirigía directamente al golfo de Philippeville, entre Bujía y Bona, en la actual Argelia oriental, casi lindando con Túnez, al pie de los montes Medjerda y muy cercano a Constantina, donde debían quedar aún valiosos contactos normandos.

La flota fondeó en Collo y el rey desembarcó para diversas correrías contra los musulmanes. En realidad, no hizo otra cosa que consolidar una cabeza de puente para el definitivo salto a Sicilia; mientras entrenaba a su ejército, envió embajadores a Palermo para los sicilianos, avisando de su llegada, y a Carlos de Anjou, reclamando los derechos de su esposa normanda, Constanza, a la corona de la

isla. Con la plaza de Mesina sitiada por el ejército francés, los sicilianos no dudaron en ofrecerle su corona, que Pedro III, tras consultar con su estado mayor, aceptó. La escuadra aragonesa, ya en situación de combate, partió de Collo el 25 de agosto rumbo a Sicilia, de la que le separaban algo más de doscientas millas náuticas. Hay que hacer aquí notar la absoluta ineptitud naval de Carlos de Anjou, pues sabiendo dónde estaba su enemigo, disponiendo de una escuadra en Nápoles y resultando evidente que don Pedro se disponía a darle batalla en Sicilia, no ordenó bloquear su flota o atacarla sorpresivamente en Collo, mucho menos interceptarla en ruta. Como ya sabemos por el capítulo 4, es lo que les sucedía a los *franys*: en los momentos decisivos, un arrebato de estupidez nublaba su juicio, como ya sucediera en los Cuernos de Hattin en 1187, para inmensa dicha de Saladino.

En sólo cinco días, la expedición aragonesa avistó las islas Egadi y entró en el puerto de Drépano (Trapani), donde el cartaginés Aderbal lograra una hábil victoria frente a los romanos en el año 249 a. C., durante la Primera Guerra Púnica. Las cocas y galeras catalanas lograron una media cercana a los dos nudos para la flota de invasión, decepcionante comparada con la de los *drakkars* de Guillermo el Conquistador en 1066 pero, como veremos en próximos capítulos, suficiente para llegar a su destino, cosa que los *cogs* ingleses invasores no siempre conseguirían durante el siglo siguiente. Al frente de sus tropas almogávares y catalanas, con numerosos caballeros de origen normando en su tropa, Pedro III el Grande alcanzó rápidamente Palermo, donde se le recibió como libertador en olor de multitudes. De allí, el rey siguió hacia Mesina, mientras enviaba a Jaime Pérez con la flota a bloquear el estrecho de igual nombre, dejando aislado a Carlos. La visión estratégica del aragonés brilla frente a la ceguera de su enemigo. El paladín del papa Martín IV no encontró otra solución para evitar el copo que levantar el sitio, regresando precipitadamente a la península italiana. Si calurosa había sido la recepción de don Pedro en Palermo, en la ciudad liberada de Mesina fue una auténtica fiesta. Pero la flota aragonesa, lejos de celebraciones y al mando de Pedro de Queralt, seguía operando en la mar y durante el mes de octubre repasaba en patrulla el «empeine» de la flota italiana, el golfo de Gioia Tauro, donde localizó a la flota francesa fondeada en Nicotera el 10 de octubre. En la batalla subsiguiente, las galeras aragonesas, tripuladas por catalanes y con almogávares a bordo como fuerza de choque, derrotaron por completo a los franceses, a los que auxiliaban marselleses y pisanos. Los cronistas no se ponen de acuerdo en si fueron dos o veintidós las galeras enemigas capturadas; teniendo en cuenta que las galeras aragonesas no pasaban de la veintena y que las bajas francesas fueron unas cuatro mil, a cuatrocientas personas por galera, parece razonable aventurar que se apresaran una decena de galeras enemigas, lo cual era una victoria aplastante.

Desclot cuenta que Queralt entró en el puerto de Mesina con sus capturas remolcadas por la popa, siendo aclamado por la población. Debió excitar los celos de Jaime Pérez, el bastardo real, porque, a los pocos días, por iniciativa propia, intentó tomar la población de Reggio, al otro lado del estrecho, fracasando con pérdida de hombres. El castigo del rey Pedro III fue relevarle fulminantemente del mando de la flota, nombrando en su lugar a uno de los normandos del círculo de su esposa Constanza, Roger de Lauria, hijo de la nodriza de la propia reina, doña Bella, con el señor de Lauria, fallecido con Manfredo en la batalla de Benevento. Roger, pues, tenía un pedigrí intachable, normando de origen, calabrés de nacimiento y con las suficientes ganas de venganza contra Carlos de Anjou, que había matado a su padre. La combinación de circunstancias, junto con una asombrosa capacidad combativa y su carácter, hizo del nuevo almirante aragonés un adversario temible; el nombramiento, en efecto, convirtió la campaña siciliana no en una guerra de españoles contra franceses por la noble causa de Conradino, sino en una *vendetta* entre normandos y franceses, los primeros bajo el mando del paladín gibelino don Pedro, y los segundos combatiendo por el hermano del rey de Francia, güelfo favorito del papa. En el fondo, *franys* contra *franys* ventilando asuntos pendientes, con los magníficos marinos catalanes y guerreros almogávares de por medio.

La verdadera personalidad de Carlos de Anjou se revela en este momento: incapaz de una solución militar para su ejército acosado y la derrotada flota, conociendo las debilidades caballerescas de Pedro III, se le ocurrió desafiarlo a duelo con cien de sus mejores guerreros, desafío que el aragonés aceptó: la cita quedó acordada para el primero de junio de 1283, en Burdeos. Era un disparate que el rey de Aragón no debió asumir nunca, porque nada más entrar en Francia sus enemigos se apoderarían de él. Pero Pedro III, de valor indomable, no se arredró, resistiendo cualquier peligro para darle una lección a su enemigo. Resulta verdaderamente admirable este rey héroe de la Edad Media, al que tan pocos españoles conocen. Cuando falleció, fue enterrado en el monasterio de las Santes Creus, en Tarragona, bajo un sepulcro de pórfido, de manera que los franceses de Napoleón no pudieran profanar su tumba. Gracias a ello, en nuestros días (año 2011), los científicos han podido examinar sus restos con métodos forenses, reconstruyendo su rostro, que podemos contemplar. Era un hombre alto y bien plantado, no muy

bien parecido, pero sí enjuto y de mirada intimidante. Un guerrero medieval de su época, oficio que debía preferir al de rey.

Mientras Carlos y Pedro se enredaban en el desafío, el papa Martín IV excomulgó no sólo al rey de Aragón, privándole de su reino tal y como este había previsto, sino también a los habitantes de Palermo, a los de Mesina, al emperador de Constantinopla y, de haber mostrado el más mínimo rastro gibelino, al mismísimo san Pablo. No contento con ello, en pleno paroxismo autoritario terminaría convocando a cruzada contra Aragón y contra el rey don Pedro, exaltando el decaído espíritu bárbaro de los *frany*. Realmente, lo que consiguió este nefasto papa fue desacreditar por completo su cargo y a la Iglesia Católica, evidenciando su completa necesidad de un tratamiento psiquiátrico. Mientras tanto, Pedro III, en su habitual línea juiciosa, hizo que la reina Constanza, junto con los infantes Jaime, Fadrique y Violante, se trasladara a Mesina, donde llegaron en abril de 1283 para quedar como titulares de la corona de Sicilia en su ausencia, mientras Alfonso gobernaba Cataluña y Aragón. Una vez hecho esto, partió para la gran aventura, que, más que historia, parece una película.

El marino Ramón Marquet fue el encargado de llevarle a Cagliari, al sur de Cerdeña, desde donde su galera alcanzaría Cullera a su debido tiempo. Relevando caballos, Pedro cruzó Valencia, Lérida y Aragón, donde todos se peleaban por acompañarle. Envió por delante a Gilabert de Cruilles para arreglar los detalles y él, disfrazado de mayordomo, pasó a Francia y llegó a Burdeos en la fecha concertada, donde, ni que decir tiene, Carlos no estaba. Llegaría mucho después para poder decir que Pedro era un cobarde que no le había esperado. El rey de Aragón tuvo la frialdad suficiente para pasear con su caballo por el campo de liza, exigiendo del senescal don Juan de Greilly una carta confirmando su presencia. Hecho lo cual, corriendo riesgos día y noche, regresó a Aragón para sufrir tres grandes decepciones: los nobles aragoneses, que no compartían la aventura siciliana ni participaban en ella, se habían sublevado; el rey de Castilla, Sancho IV el Bravo, esperando una indulgencia papal para su boda se había puesto de costado, privándole de su apoyo. Por último, su propio hermano Jaime II de Mallorca, celoso de su fama, se había aliado con los franceses. Tales inconvenientes, unidos a que el rey de Francia, Felipe III el Atrevido, apoyándose en los decretos papales que entregaban Aragón, Cataluña y Sicilia a su hermano Carlos de Anjou, ya preparaba la cruzada para invadir su reino en 1285, mantuvieron a Pedro III el Grande lo suficientemente ocupado hasta su muerte ese mismo año. Sus únicas alegrías fueron las aplastantes victorias navales de Roger de Lauria en Sicilia, a las que nos vamos de inmediato.

Proseguían las operaciones bélicas en la isla, centrándose el bando aragonés en el control del canal de Sicilia durante 1284, para lo cual era imprescindible apoderarse de la isla de Malta, en manos de los franceses. Por consigna de la reina Constanza, la sitió el normando Manfredo Lanza, contra el que Carlos de Anjou envió una flota de veinte galeras al mando de Guillermo Corner, al que siguió inmediatamente desde Mesina Roger de Lauria, con dieciocho galeras. Llegado este último al puerto de La Valeta, encontró los buques de Corner fondeados, pero, en vez de sorprenderlos o bloquearlos, les mandó un esquife intimándolos a la rendición. Muy seguro estaba el aragonés de sus fuerzas cuando tanto cedía al enemigo; o, simplemente, confiaba tanto en ellas que no le importó darle ventaja. En la Edad Media, desde luego, las cosas se hacían de forma diferente.

El caso es que el francés se dispuso a aprovechar la concesión, saliendo al amanecer del puerto con todas sus galeras preparadas para la batalla. Fue un auténtico choque naval medieval, brutal al principio, encarnizado y próximo al caos una vez formada la melé de galeras trabadas unas a otras. Duró toda la mañana y Corner consiguió, maniobrando con su buque, embestir directamente contra la galera de Roger de Lauria por la proa, quedando unidas ambas. Abriéndose camino a hachazos, el tremendo *frany* avanzó por la galera aragonesa a la búsqueda de Roger, que también lo buscaba a él. En tan inoportuno momento, una lanza clavó al capitán aragonés por el pie a las tablas del suelo, quedando a merced del hacha de su rival; sin embargo, una pedrada de una honda almogávar le arrebató a Corner el hacha de las manos, momento que aprovechó el de Lauria para desclavarse la lanza, apuntarla a su enemigo y atravesarlo con ella. La muerte del jefe *frany* fue el punto de inflexión de la batalla, que se decantó del lado aragonés. La mitad de las galeras enemigas (diez) fueron apresadas y los aragoneses procedieron entonces a conquistar las islas de Malta, Gozo y Lipari.

A su entrada en Mesina, la escuadra del rey Pedro III de Aragón fue enviada directamente a Nápoles, al encuentro del propio Carlos de Anjou o de quien quisiera enfrentarse con ellos, aprovechando el momento de debilidad naval francesa. Se prepararon para esta correría (que concluyó en gran batalla naval) todas las galeras de las que se pudo disponer; los cronistas no dan números, pero a las veinte habituales se sumaron una docena de las capturadas en Nicotera dos años atrás y en la reciente batalla de Malta. La escuadra de Roger penetró en el magnífico golfo, entre las islas de Isquia y Capri, con la mole del Vesubio al fondo, entre la bruma, y las islas de Procida, Pozzuoli y el promontorio de Miseno (que ya conocemos del capítulo 1), por la banda de babor. Roger venía a provocar a los franceses y, desde luego, lo consiguió; sus saqueos sobre la costa y los desembarcos de almogávares, destruyendo la Marina e incluso arrancando olivos y viñedos, era más de lo que los napolitanos, tras el burladero de las murallas, pudieron soportar.

REYNÉS, Josep. *Estatua de Roger de Lauria* (1884). Paseo de Lluís Companys, Barcelona. El gran almirante mediterráneo del final del Medievo fue el aragonés Roger de Lauria, de origen normando y nacimiento calabrés, primer súbdito de los reyes de Aragón Pedro III y Jaime II, que desbarató los planes franceses derrotando a sus enemigos en Malta, Nápoles, las Hormigas, Castellammare, Orlando y Ponza, de 1284 a 1300.

Como Carlos de Anjou no se encontraba en Nápoles, sería a su hijo del mismo nombre, príncipe de Salerno (apodado «El Cojo») al que correspondería dar réplica, aunque la escuadra francesa quedó bajo el mando de Jacobo Brusson. Sacando a la mar –como los pisanos en Meloria– todo lo que flotaba en la rada de Nápoles

al mando de lo más granado de la sociedad napolitana, consiguieron superar numéricamente a los aragoneses en buques de combate. Preparados estos, salieron a la mar. Cuando Roger los vio, saltó a un bote y, fiel al más estricto ritual pirático, alentó a sus almogávares y catalanes con la perspectiva de botín que ofrecía la captura de tantos señores franceses e italianos. Los suyos bramaron, literalmente, de satisfacción ante aquella arenga. Avanzó entonces una flota sobre la otra y, ya desde las primeras maniobras y evoluciones, se vio que los buques aragoneses, bregados en varios combates, lo hacían mucho mejor que los franco-napolitanos, embarazados por el exceso de gente a bordo, los cortesanos embarcados y los grandes señores dando órdenes contradictorias.

Con la galera de su enseña, Roger de Lauria logró rodear y embestir la galera de Capua, donde iba el príncipe de Salerno. Acometido también por otros espolones y en peligro de irse a pique, el príncipe de Salerno, tras una resistencia testimonial, cuando escuchó la orden de Roger de barrenar su galera para mandarla al fondo, lo llamó y le entregó su espada, rogando por su vida. El almirante aragonés le dio la mano y lo salvó junto a Jacobo Brusson y otros notables, hecho lo cual la galera de Capua dio de banda y se fue estrepitosamente a pique. No tuvieron la misma suerte dos desertores del partido gibelino que cayeron prisioneros, a los que Roger de Lauria mandó decapitar sin contemplaciones en Capri. Hecho esto, con los buques capturados napolitanos a remolque, volvió sobre los muros de Nápoles, desde donde la asustada población le aclamó: «¡Viva Roger y muera Carlos!». Roger le exigió al príncipe de Salerno la puesta en libertad de Beatriz, hermana normanda de Constanza, que fue entregada al almirante aragonés. Con tan buen rescate, varios miles de prisioneros y la tercera victoria naval aragonesa en Sicilia en el zurrón, la flota aragonesa regresó a Mesina, donde la reina Constanza se las vio y deseó para que los sicilianos no ajusticiaran al príncipe de Salerno como su padre había hecho con Conradino. Finalmente, y para indignación de la piadosa reina, los incontrolados saciaron su sed de venganza linchando a sesenta prisioneros.

TUSQUETS I MAIGNON, Ramon. *La batalla del golfo de Nápoles* (1885). La batalla del golfo de Nápoles fue la segunda de las victorias del almirante Roger de Lauria, en la que capturó al hijo de Carlos de Anjou, el príncipe de Salerno, capturando al menos veinte galeras enemigas y rescatando a la princesa Beatriz.

Enterado de este nuevo desastre, Carlos de Anjou reunió a toda prisa en Gaeta una flota de galeras y se dirigió con ella a Calabria. Roger zarpó a su encuentro, incrementando su escuadra con alguna de refuerzo enviada por don Pedro y las capturadas en Nápoles, con lo que su número debía estar en torno a las cuarenta unidades. Encontraron a la flota de Carlos de Anjou frente al cabo Pallarin y aquel, viendo la superioridad aragonesa, no se arriesgó al combate. Al fin y al cabo, ya debía conocer la magnánima actitud de Constanza, por lo que razonó que más valía pagar un rescate, por elevado que fuera, que exponerse a un nuevo desastre naval que acarrearía la pérdida de todos los territorios italianos aún en su poder. En cualquier caso, el francés favorito del papa estaba acabado; el 7 de enero de

1285 falleció en Foggia tras la sucesión de reveses. Por su parte, el 28 de marzo bajaba también a la tumba el infausto papa Martín IV, dejando rúbrica de uno de los peores períodos de gobierno de la Iglesia. Entretanto, la ya poderosa fuerza naval de Roger de Lauria cayó sobre la costa calabresa, tomando Nicotera, Castelvetro, Castrovillari y Tarento, lo que permitió a Constanza situar un gobernador siciliano para estas plazas. Entonces, Roger cruzó el canal de Sicilia y tomó la isla de Yerba para el sultán de Túnez dejando allí un fuerte guarnecido, tras lo cual regresó una vez más a Mesina.

Era tiempo, puesto que la situación para Pedro III se complicaba rápidamente en Aragón. Amparado en la cruzada papal, el rey de Francia, Felipe III el Atrevido –a quien el extinto papa había «regalado» el reino de Aragón– se disponía a tomarlo por la fuerza con un ejército de civiles (casi al estilo de la Marcha Verde) de unas ciento cincuenta mil personas, con dieciséis mil caballeros al frente. Según Desclot: «Una multitud errante y vagabunda, compuesta en su mayor parte de visionarios y criminales». Penetraron por El Rosellón, y a punto estuvo el esforzado don Pedro de perecer en Colliure, donde quiso resistir inútilmente. El 20 de junio de 1285, la marabunta *frany*, producto de una cruzada papal (no lo olvidemos), franqueó los Pirineos e invadió Cataluña, ocupando el Ampurdán y poniendo sitio a la plaza fuerte de Gerona. El rey Pedro III ordenó a los almirantes Ramón Marquet y Berenguer Mallol detener el avance de la flota francesa, que venía flanqueando su ejército, por la Costa Brava; lo que consiguieron en Sant Feliú de Guixols, combate del que no podemos ofrecer detalle.

Como es lógico en el apuro, y a pesar de la lejanía, don Pedro llamó a Roger de Lauria para que acudiera en su ayuda. Llegó a Barcelona la flota aragonesa de Sicilia el 25 de agosto sin que los franceses se enteraran; habían tomado estos el puerto de Rosas, donde tenían fondeadas cincuenta y cinco galeras, impresionante flota construida en Marsella y Tolón. Cuarenta de ellas zarparon para ir flanqueando por la mar el avance de Felipe el Atrevido hacia Barcelona. El 27 de agosto, a la altura de San Pol de Mar, encontraron una división de diez galeras catalanas, lanzándose en su persecución veinticinco de las francesas. Estas últimas tuvieron tanta mala suerte que, habiendo perdido su objetivo y sin rastro de sus compañeras, fueron a topar de noche con las de Roger de Lauria, que se lanzó en la oscuridad sobre ellas. Cuando los franceses, mezclados con los sicilianos, supieron a quién se enfrentaban, decidieron pasar desapercibidos usando el grito de guerra de Roger: «¡Aragón!», encendiendo también el fanal de popa como las galeras de Sicilia. A Roger, sin embargo, no consiguieron engañarlo: embistió una galera provenzal,«pelándole» todos los remos del costado para atacarla después. Los ballesteros catalanes hicieron en la oscuridad una auténtica carnicería sobre los buques enemigos. Finalmente, y sin ánimo para enzarzarse en batalla, doce galeras francesas mandadas por Enrique del Mar huyeron del combate, rindiéndose las otras trece al mando de Juan Escoto.

Sin embargo, en la oscuridad, muchas de las galeras sicilianas quedaron malparadas por abordajes y embestidas. Roger hizo que su gente pasara a las unidades capturadas y mandó a Barcelona las que estaban en peor estado; cinco mil bajas tuvieron los franceses en esta batalla de las Hormigas, que irritó a Roger sobremanera por la forma en que se trabó y por el comportamiento de sus enemigos; liberando la parte *frany* de su ser, mandó arrojar trescientos prisioneros al mar atados a una maroma, exceptuando sólo a Escoto y a otros cincuenta caballeros. Hizo sacar los ojos a otros tantos, devolviéndolos luego a campo francés. El almirante aragonés aterrorizó a sus enemigos hasta tal punto que el francés conde de Foix quiso establecer con él una tregua amenazándolo con una flota francesa de trescientos barcos que Felipe el Atrevido preparaba en la Provenza. Roger se negó, afirmando que aguardaría dicha flota, y terminó su réplica con la siguiente afirmación: «Sabed que, sin licencia de mi rey, no ha de atreverse a andar por el mar escuadra o galera alguna; ¿digo galera? ¡Hasta los peces mismos, si quieren levantar cabeza sobre las aguas, han de llevar un escudo con las armas de Aragón!».

Sin cesar las hostilidades y con Roger de Lauria en aquellas aguas, los derrotistas franceses creyeron que era imposible salvar las quince galeras de Rosas y las prendieron fuego. Gerona cayó en manos francesas el 7 de septiembre, pero el rey de Francia, Felipe III, gravemente enfermo de peste, ordenó la retirada, y poco después toda la muchedumbre se dispersó, muriendo de epidemias o exterminados por los ampurdaneses y almogávares. La derrota francesa era absoluta, y tan catastrófica la de Felipe el Atrevido como la de su hermano Carlos de Anjou. Felipe murió el 5 de octubre y Pedro III, que había facilitado su retirada, fallecía también en noviembre de este mismo año, que aniquiló a los cuatro rivales irreconciliables, tres güelfos franceses y un gibelino aragonés.

El hijo de don Pedro, Alfonso III, heredó en dificilísima situación sus estados, en ruina por la guerra y expropiados por bula papal, enemistado con su tío Jaime II de Mallorca y con su madre gobernando la isla de Sicilia en conflicto permanente con la Santa Sede. Roger de Lauria tuvo que auxiliarlo con sus galeras para retomar Mallorca; Jaime fue expulsado, pero los marineros sicilianos, enterados de que don Pedro III el Grande había muerto, tomaron sus galeras y regresaron a Sicilia sin que

Roger pudiera detenerlos. Quedaron sólo bajo su mando las unidades catalanas y aragonesas. El rey Eduardo I el Zanquilargo de Inglaterra fue entonces amigo y apoyo de Aragón, prometiendo a Alfonso la mano de su hija Leonor. Alfonso reconquistó Menorca en 1286. Cuando llegaron nuevos papas italianos –Honorio IV, Nicolás IV– dispuestos a la negociación, Alfonso III firmaría con ellos, en 1291, el tratado de Tarascón, recuperando sus dominios a pesar de las insidias de Carlos el Cojo, príncipe de Salerno, pero a cambio de convencer a su madre y hermanos de que había que abandonar Sicilia, además de promover una cruzada, la eterna manía de los papas. Alfonso bajaba a la tumba este mismo año, dejando todas estas cuestiones en el aire.

Entretanto, Roger de Lauria había vuelto a Sicilia en 1286 con las galeras catalanas, seguramente añorando las excelentes unidades sicilianas que tantos triunfos le habían dado. Encontró un tremendo temporal que dispersó sus naves y echó a pique seis, precisamente en las que iba todo el botín y los tesoros conseguidos con sus triunfos y rescates posteriores. La mar se lo había dado a Roger, y la mar se lo quitó. La tempestad duró tres días y dio con los huesos del almirante aragonés en Trapani, con su galera en muy mal estado. Por tierra marchó el de Lauria a Palermo y luego a Mesina, con la mala nueva de la muerte de Pedro III para su esposa doña Constanza. El infante don Jaime se proclamó inmediatamente rey de Sicilia, mandando de vuelta a Roger con importantísimos mensajes para su hermano. Con seis galeras, el veterano almirante satisfizo el encargo, no sin antes correr la Provenza al saqueo, probablemente para recuperarse de las pérdidas del temporal, sin que los franceses pudieran echarle el guante.

Definitivamente de regreso en Sicilia, Roger de Lauria encontró lo que muchos otros antes que él, es decir, que «quien fue a Sevilla perdió su silla»; otros marinos habían ocupado su lugar, emprendiendo nuevas expediciones y correrías por las costas napolitanas y calabresas, pero dejando deshechas las galeras sicilianas, que ya eran una sombra de lo que fueron. En esta situación, el rey de Nápoles envió a Reinaldo de Aveliá a apoderarse de Augusta, al sur de Mesina, poniendo pie en Sicilia y haciéndose fuerte en el castillo. Al servicio del rey don Jaime de Sicilia, Roger se puso manos a la obra, reconstruyendo la flota. Los sicilianos, incómodos por lo de Augusta y celosos de la llegada de Roger, le acusaron a sus espaldas de lo que sucedía. Estaba el temible guerrero de la mar trabajando en el arsenal, casi en paños menores, cuando se enteró de la ignominia; tal como se hallaba, se lió una toalla al cuerpo e irrumpió en la corte, espetando al rey y sus adláteres este discurso:

> ¿Quién de vosotros es el que, ignorando los trabajos míos, no está contento de lo que he hecho hasta ahora? Presente estoy, diga su acusación, yo le responderé. Si despreciáis mis acciones y mis fatigas, por las cuales tenéis vida y tesoros, mostrad lo que habéis hecho y si son vuestras victorias las que os han dado el hogar y la patria en que vivís, el lujo que ostentáis. Vosotros os divertíais mientras que a mí me oprimía el peso de las armas; ningún cuidado os agitaba mientras yo disponía mis campañas; ociosos estabais, sin temer ni a la muerte ni a la fatiga; yo andaba a la inclemencia de mar, y vosotros estabais abrigados en vuestras casas; un banco de remero era mi lecho, y mis manjares, fastidiosos y repugnantes para vosotros, acostumbrados a vuestras mesas regaladas; en fin, el hambre y el afán me consumían mientras que, nadando en deleites, hallabais vuestra seguridad en mis trabajos. Considerad mis acciones y ved, si la guerra dura, quién ha de ser martillo de vuestros enemigos, pues no me da tanta vergüenza vuestra calumnia como dolo vuestro peligro, si olvidáis lo que valgo y me desecháis de vosotros. Id y traed a los testigos de mi valor. Traedlos y, puesto que aún dura y durará la guerra, si entre estos hay alguno más valeroso que yo, que ese dirija las armas y escuadras de Sicilia y defienda el estado contra sus enemigos.

Si las palabras y los hechos definen a un hombre, este era Roger de Lauria, marino aragonés de la Edad Media. El rey Jaime hizo callar a toda la corte y, apoyándole en cuanto necesitó, se aprestaron cuarenta galeras de las que inmediatamente tomaba Roger de Lauria el mando. Su tarea inmediata –no podía ser otra– fue la expugnación de Augusta, cayendo prisioneros Aveliá, el legado papal y varios religiosos güelfos. Se enteró entonces Roger de que la Armada napolitana, reconstruida como la siciliana, estaba en Castellammare di Stabia, dentro de la bahía de Nápoles, escenario como sabemos de una gran victoria suya. Llegó con sus galeras a Sorrento y avisó al almirante enemigo, Enrique del Mar, de que se preparara para el combate. Los francoitalianos disponían de ochenta y cuatro bajeles, no todos galeras; puede que lo fueran aproximadamente la mitad, siendo el resto cocas armadas y carracas, frente a las cuarenta homogéneas galeras sicilianas. La batalla se inició con una galera de Sicilia adelantada a la que rodearon cuatro francesas, derrotándola y cayendo prisionera; pero sus compañeras de Aragón acudieron en su ayuda, represándola rápidamente. Intentaron los franceses rodear este núcleo de la batalla a base de número, estorbándose unos a otros y derivando el combate a una melé inextricable que las galeras de Roger, a base de empuje, iban

aclarando. Varios grupos de barcos franceses, trabados unos a otros, fueron embestidos, indefensos, por las galeras de Sicilia y Aragón, que los echaron a pique o hicieron prisioneros.

El momento álgido de la batalla llegó cuando los almogávares llegaron a las dos taridas enemigas que llevaban los estandartes de Nápoles y del papa, abordándolas y abatiendo ambos; Enrique del Mar comprendió que estaba todo perdido y, como ya hiciera en las Hormigas, tocó señal de retirada. Los francoitalianos se dejaron en el campo de batalla cuarenta y cuatro barcos y cinco mil prisioneros, entre ellos, mucha gente noble como el príncipe de Salerno que, para quedar libre, había tenido que pagar veintitrés mil marcos de plata. Como empezó a ser tradición, una vez ganada la batalla Roger se paseó con su galera frente a las murallas de Nápoles, siendo aclamado de nuevo por el populacho. Creyó entonces el marino que podía concertar un armisticio con el pueblo sometido sin consultar a nadie; pero el rey Jaime no aprobó este proceder, con lo que su victoria quedó empañada.

CAMBIO DE RUMBO, JAIME II

La política siciliana entró a continuación en un complejo cambio de signo, atrapando a Roger de Lauria en un conflicto de lealtades. En efecto, la prematura muerte de Alfonso III el Liberal de Aragón –con todos los problemas encarrilados, pero no resueltos– dejaba la difícil responsabilidad de tomar decisiones complicadas que pusieran fin a los conflictos para el sucesor. Este no era otro que su hermano, el rey de Sicilia, que subió al trono de Aragón como Jaime II el Justo.Tras su victoria en Castellammare, Roger lo había alcanzado en Gaeta, donde el rey se preparaba para la batalla definitiva contra el papa y los napolitanos. El pontífice, sin embargo, propuso una tregua de dos años, aceptada por el monarca. Roger aprovechó el respiro para lanzar una nueva expedición pirática en aguas africanas, llevando luego a Jaime II a la península ibérica para hacerse cargo de su corona. Tomó el mando en Sicilia el hijo menor de Constanza y Pedro III, Fadrique, con el que Roger no parecía llevarse demasiado bien. Ambos, rey y marino, fueron citados por el nuevo papa, el inquietante Bonifacio VIII, en una playa de Roma. Al verlos, espetó al marino: «¿Es este el enemigo tan grande de la Iglesia y el que le ha quitado la vida a tanta muchedumbre de gente?», a lo que Roger replicó: «Ese mismo soy, Padre Santo. Mas la culpa de tantas desgracias es de vuestros predecesores y vuestra».

La entrevista quedó en nada, aunque el papa debió intuir, equivocadamente, que podía arrebatarle Sicilia al bisoño Fadrique. Poco a poco, fue poniendo al ya rey Jaime II en situación de recuperar la legitimidad de sus reinos, e incluso de hacerse con Córcega y Cerdeña, si entregaba Sicilia. Al fin cedió el aragonés: por el tratado de Agnani de 1295 se comprometió a desalojar a su hermano Fadrique de la isla. La Francia de Felipe IV (curiosamente, también apodado el Justo) no quiso ceder Córcega, pero puso en la balanza, como compensación para Jaime II, la mano de Blanca de Anjou, lo que significaba la paz entre ambos reinos. Fadrique se negó a ser el pavo de aquella fiesta entre Francia y Aragón; encastillado en su isla con los caballeros normandos y su espléndida Armada, se dispuso a combatir contra su propio hermano.

Era una difícil coyuntura para Roger de Lauria; nuevas incursiones piráticas le habían llevado al saqueo de Lecce, Otranto y Bríndisi, en la entrada del Adriático. A su regreso, evidenciando su lealtad a Jaime II con su dimisión, fue arrestado en un arrebato de Fadrique, celoso de su autoridad (año 1297). Como no podía ser de otra forma, este tuvo que conmutar la pena por la de destierro, devolviéndole a la península con su madre, la reina Constanza, y su hermana Violante. Tapándose la nariz, el rey Jaime II no tuvo otra opción que afrontar la guerra contra su propio hermano. Pero en la batalla de Cattanzaro Fadrique derrotó a sus adversarios, entre los que estaba Roger, que quedó tendido en una cuneta, sobreviviendo a duras penas. De regreso a Aragón, Jaime, con acierto, le rehabilitó, olvidando pasados agravios y nombrándole almirante de la flota de Aragón. Hizo bien, porque le necesitaba, ya que los caballeros normandos de Fadrique se hicieron fuertes en Sicilia y no hubo manera de desalojarlos.

En los fracasados sitios de Patti y Siracusa el sobrino del almirante, Juan de Lauria, corría la costa con veinte galeras catalanas cuando le salieron al paso veintidós sicilianas, derrotándolo y capturándolo junto con dieciséis de sus naves. Fadrique no dudó en decapitar al familiar de Roger, acusándolo de traidor. Roger y Jaime acudieron entonces a Sicilia con cincuenta y seis galeras de guerra, que se enfrentaron a cuarenta sicilianas al mando de Fadrique y Entenza, antiguos amigos y compañeros de fatigas, ahora convertidos en enemigos frente al cabo Orlando. Nada más despuntar el alba del día 4 de junio de 1299 comenzó una batalla con sendos jefes enemigos hermanos, circunstancia inédita en la historia naval. Haciendo gala de su veteranía, Roger separó una de sus divisiones de galeras para que, rodeando la melé inicial, atacara al enemigo por la popa. Fadrique, por su parte, muy consciente de la cualificación del marino al que se enfrentaba, formó con sus naves atadas costado contra costado, tal como hicieran los noruegos en isla Svold en 1000 d. C., o los franceses (en el capítulo siguiente) en la batalla de La Esclusa, en 1337.

Ceder la iniciativa al enemigo no suele ser buena táctica en una batalla naval, pero es lo único posible cuando uno es consciente de su inferioridad y no tiene un plan mejor. En el fondo, se trataba de incorporar a la lucha marítima la formación defensiva del *laager* que salvó a Atila en los Campos Cataláunicos y a los bárbaros cuando venían mal dadas. Desde esta fortificación se podía desgastar al enemigo disparándole saetas y lanzas; conviene no olvidar que los famosos cuadros de los Tercios de Flandes son una evolución de este procedimiento, y Wellington los utilizaría para derrotar al mismo Napoleón en Waterloo. Así que las tácticas defensivas, a las que siempre fueron muy adictos los franceses, se convertían en acierto según el día y las circunstancias. Lo que no podía ser era que, una vez adoptado el plan, alguien se saliera del guion, y esto es lo que sucedió en cabo Orlando. Gombal de Entenza, jefe siciliano, desató su galera para acometer a los aragoneses, trabándose en la batalla y creando la brecha por la que Roger penetró con sus

vanguardias, deshaciendo la formación defensiva. Entonces, la división aragonesa rodeó a los sicilianos por la popa, envolviéndolos y sentenciando la batalla. Fadrique, viéndose perdido, optó por vencer o morir, mientras sus lugartenientes emprendían la huida o, como el alférez Pérez de Arbe, se quitaba el casco y se suicidaba partiéndose la cabeza contra el mástil. Al rey Jaime II le sucedió como a Roger en Malta, resultando clavado a cubierta por una saeta en el pie. Luchó con valor hasta el fin del combate, cuando se comprobó que dieciocho galeras sicilianas habían caído prisioneras.

Acabado todo, el viejo almirante de Lauria tomó venganza por la muerte de su sobrino ejecutando cruelmente a numerosos prisioneros. Jaime II, asqueado del proceder del marino, detuvo la carnicería y, dado lo contundente de la victoria, consideró a su hermano acabado, regresando a la Península tras haber cumplido sus compromisos con el papa y Carlos de Anjou el Cojo. Erraba puesto que, al poco tiempo, Fadrique, inmune al desaliento, derrotó al hijo de Carlos, el príncipe de Tarento, en Trapani. Roger respondía afrontando de nuevo una batalla naval al año siguiente frente a la isla de Ponza, contra veintisiete galeras sicilianas y cinco genovesas de Conrado de Oria. La actitud dubitativa de este último permitió a Roger atacar y tomar casi todas las galeras de Fadrique; cuando el genovés quiso entrar en combate, resultó personalmente acometido y echado a pique por el propio De Lauria, que ordenó incendiar este buque enemigo, aun cuando salvó a Oria y el estandarte enemigo.

Fue esta victoria la última de las seis (Malta, Nápoles, Hormigas, Castellammare, Orlando y Ponza) del gran almirante normando, calabrés y, sobre todo, aragonés, bandera a la que siempre fue fiel. Pero Fadrique continuó en Sicilia y Roger, agotado, obtuvo un merecido retiro cuando se firmó la paz entre Sicilia y Carlos de Anjou (Caltabellota, año 1302). Murió en Valencia en 1304, siendo enterrado junto a Pedro III en Santes Creus de Tarragona. Con lógica inapelable, la Armada española asumió el legado de este gran marino, bautizando unidades con su nombre; el último fue un destructor antisubmarino del tipo *Oquendo*, gemelo del *Marqués de la Ensenada*, que permaneció en servicio de 1969 a 1982. Debía haber vivido más años, pues el designado para marchar al desguace era su gemelo, pero el atentado de ETA contra él en 1981 hizo que, por razones de prestigio, se retirara el *Roger de Lauria* para mantener en servicio, con sus piezas, el *Marqués de la Ensenada* hasta 1988.

Destructor *Roger de Lauria*, último buque de la Marina española que llevó el nombre del famoso almirante aragonés, lógicamente asumido por la Armada. Con su gemelo *Marqués de la Ensenada* formó un tándem que llegó hasta los años ochenta del siglo xx con diferentes modificaciones, entre ellas una pista para helicópteros ligeros.

Se suele repetir como frase lapidaria del almirante aquella de: «Hasta los peces mismos, si quieren levantar la cabeza sobre las aguas, han de llevar el escudo con las armas de Aragón»,pero es mejor la de: «Si despreciáis mis acciones y mis fatigas, por las cuales tenéis vida y tesoros, mostrad lo que habéis hecho y si son vuestras victorias las que os han dado el hogar y la patria en que vivís».Tal vez comprendió Roger de Lauria que, en un país como el suyo, quien se sacrifica está condenado no a la recompensa, sino al escarnio y la murmuración por la espalda por parte de los demás, que, para mayor agravio, no han dado palo al agua en su perra existencia.

A mediados del siglo XIV, Constantinopla era objeto de deseo de las potencias marítimas emergentes el siglo anterior –Venecia, Génova y Aragón– que habían llegado ya hasta el extremo oriental del *Mare Nostrum*. Venecia, a consecuencia del asalto cruzado de 1204, obtuvo todos los beneficios territoriales que mencionamos (Morea, Creta, Naxos, Eubea y Ragusa) a costa de los bizantinos; Génova, contando con la ayuda de Miguel IV Paleólogo, logró la devolución de los servicios prestados a los griegos con una concesión inaudita, la ciudadela de Pera al norte del Cuerno de Oro, el puerto de Constantinopla, enclave prácticamente con la misma posición estratégica de la ciudad. Por último, Aragón se abría paso, como hemos visto, con vanguardias de mercenarios que codiciaban feudos sobre los que instalar sus reales. Era cuestión de tiempo que estos poderosos advenedizos acabaran creando molestias a la ciudad y, como no podía ser de otra manera, la primera fue la más próxima, Génova, que, en el año 1350 (cuando murieron Felipe V de Valois y Alfonso IX de Castilla) molestó lo suficiente al emperador bizantino Juan VI Cantacuceno como para que este se decidiera a pedir ayuda. Los genoveses, erigidos en máximos intermediarios entre Oriente y Occidente, restringían el paso por el estrecho del Bósforo, perjudicando gravemente los intereses comerciales bizantinos y venecianos.

Que alguien, en pleno siglo XIV, atentara contra el comercio de Venecia era como mentarle al progenitor al capitán de la plaza. Los venecianos comenzaron a maquinar la forma de darle una lección a los genoveses, contra los que habían librado (y librarían aún) varias guerras y decenas de batallas, como ya vimos en el capítulo 5, decidiéndose por apelar al monarca aragonés Pedro IV el Ceremonioso del que sabemos apoyó a Enrique de Trastámara –luego rey de Castilla– en sus difíciles comienzos contra Pedro el Cruel y el Príncipe Negro.Venecia propuso a Pedro una alianza naval en la que cada socio aportaría treinta galeras de combate (aparte de la flota con los suministros que cada cual necesitara) para formar la escuadra que fuera a desalojar a los genoveses del Bósforo. La Armada aliada se reuniría en la parte oriental de Sicilia –Mesina o Siracusa– en julio de 1351, para marchar luego rumbo a los estrechos de Bizancio.

La coordinación de las atarazanas de Barcelona y Valencia no fue fácil, así que las veintinueve galeras aragonesas, con su escolta de cocas de transporte, no pudieron llegar a Sicilia hasta septiembre del mismo año. Allí se encontraron con treinta galeras venecianas al mando de Pancracio Justiniani, quedando el mando de la flota aliada –a la que faltaban aún nueve galeras bizantinas que se unirían en el mar de Mármara– a cargo del almirante aragonés Poncio de Santa Pau. Un mes tardaron en doblar el cabo Matapán y atravesar el mar Egeo para efectuar la reunión definitiva. A pesar de lo avanzado de la estación, pues octubre estaba ya terminando, Santa Pau comenzó con los aprestos de batalla.

Los genoveses estaban prevenidos. Sus espías tenían bien informado al almirante Paganino que, disponiendo de sesenta y cinco galeras en su base de Pera, esperaba pacientemente al enemigo. Con el puerto a mano, impartió instrucciones a los diferentes capitanes: frente al ataque enemigo, los genoveses mantendrían una formación defensiva, costado contra costado, dejando siempre libre la retirada hacia Pera, de forma que el enemigo «No podría aproximarse ni estrangular sus filas». A muy grandes rasgos y salvando inmensas distancias, era táctica simple que recuerda mucho a la adoptada, tras la virada por redondo, por el almirante francés Pierre Charles Silvestre de Villeneuve en Trafalgar (año 1805): tener siempre Cádiz bajo el viento para poder escapar en caso necesario. Cuando un almirante piensa más en la huida que en la manera de pelear, la victoria se aleja de él en forma proporcional a cómo cargue las tintas defensivas. No es menos cierto que una buena defensa es una forma prudente de plantear un combate, aunque por todos sea conocido que no hay mejor defensa que un buen ataque.

Esto último es lo que debía pensar el aragonés Santa Pau, que tardó tres meses en dejar lista su flota. A pesar del tiempo de perros que hacía cuando la escuadra aliada llegó a la vista de los muros de Constantinopla en febrero de 1352, al ver la formación genovesa en el extremo del Cuerno de Oro se decidió por el ataque inmediato. Los venecianos discreparon; con mal tiempo, lluvia y viento fuerte, acometer de noche la barrera de barcos genoveses podía terminar muy mal. Sin embargo, Santa Pau no se dejó imponer este criterio: la noche del día 13, el capitán valenciano Bernardo Ripoll encabezó el ataque, mientras la división veneciana se situaba en la retaguardia. Ripoll conocía la impetuosidad del capitán de las cocas genovesas, el duque de Campoferrato, y le tentó en solitario con su galera, tratando de romper la formación adversaria. Para irritación de Paganino, Campoferrato picó, saliendo con sus cocas de la barrera genovesa. Situado, sin embargo, a sotavento, no pudo seguir a la galera de Ripoll que, a golpe de remo, navegó dificultosamente, pegando arfadas y pantocazos hacia el viento para escapar.

Cuando la formación quedó rota, Santa Pau se lanzó con el viento a favor por la brecha con toda la escuadra aragonesa, seguido por los venecianos que no quisieron quedar como timoratos. La batalla degeneró entonces en una confusa melé,

en la que las galeras se abordaban y atacaban salvajemente, produciéndose una auténtica carnicería. Organizados en pequeños escuadrones de tres a cinco galeras, los aragoneses trataban de rodear las secciones de buques genoveses que iban quedando aislados, asaltándolos como grandes felinos si los venecianos no los atacaban a continuación. Después de varias horas de lucha feroz, el combate comenzó a decrecer llegada la mañana: veintitrés buques genoveses habían sido hundidos o apresados para desolación de Paganino, que en un primer instante creyó haber ganado; pero los aragoneses perdieron doce galeras en el ataque (9 de ellas hundidas) y los venecianos catorce, de las cuales se hundieron tres. El bravo Santa Pau perdió la vida en un combate que, de esta forma, quedó en tablas, no consiguiendo los aliados liberar el Bósforo, pero habiendo dado un contundente aviso a los genoveses de lo que podía suceder si persistían en su actitud obstruccionista. En pleno siglo XIV, la diplomacia se materializaba así, por medio de flotas y batallas navales en sitios estratégicos. La paz llegaría al fin en 1356, por los tratados de paz de Cerdeña, aunque genoveses y venecianos volverían a sus guerras casi hasta finales de este siglo, como vimos anteriormente.

La batalla de la Esclusa

LA MARINA DE FELIPE II AUGUSTO

Felipe II Augusto, rey de Francia a caballo entre los siglos XII y XIII, demostró ser hábil y astuto, además de tratarse del primer monarca francés en dotarse de una Marina de combate. Como no podía ser de otro modo, el principal objeto de su vida fue el desmantelamiento del Imperio angevino, fundado por Enrique II Plantagenet, esposo de Leonor de Aquitania y padre de Ricardo Corazón de León. Cuando este último se rebeló contra su padre, no dudó en hacerse amigo suyo e incluso acompañarlo a la tercera cruzada para ganar puntos ante el papa. Sin embargo, en cuanto pudo lo abandonó con una buena excusa, regresando a casa. Cuando falleció Enrique II, decepcionado con el mundo por la traición de Juan Sin Tierra –último en mantener su lealtad– solo quedaba en Inglaterra aquella poderosa señora, Leonor de Aquitania, madre de su *amigo* Ricardo y propietaria del mejor feudo de Francia; por lo tanto, primer objetivo a batir.

De vuelta en Francia, el astuto Felipe aprovechó la ausencia de Ricardo para ir recobrando territorios, lo que le acarreó la eterna enemistad del rey de Inglaterra. A su regreso, este tuvo que emprender una guerra de reconquista que fue degenerando en guerrillas sin fin. En 1199, de resulta de una de ellas, el gran guerrero de la cristiandad, Ricardo, moría a causa de un flechazo infectado. Como no tenía sucesor, heredaba la corona su hermano Juan Sin Tierra, sin popularidad alguna ni en Inglaterra ni en Normandía. Felipe Augusto se frotó las manos; astutamente –como siempre– reconoció a Juan como rey de Normandía, quitando así de en medio a su principal rival, su sobrino Arturo. Ya lo único que se interponía para que Francia se apoderase de Normandía y Aquitania era el propio Juan Sin Tierra, que cometió el error de casarse con una bella joven francesa, Isabel de Angulema, prometida antes a un gran señor francés. Este protestó ante Felipe, y el rey de Francia emplazó a su vasallo Juan, rey de Inglaterra, para que se presentase ante él a responder de la acusación. Juan Sin Tierra, ni que decir tiene, no acudió: suficiente motivo para declararle la guerra y confiscar todas sus propiedades en suelo francés. Daba así comienzo la larga, eterna incompatibilidad entre los monarcas de ambos lados del canal de la Mancha, que acabaría degenerando en un conflicto medieval de más de cien años en el que murieron miles de personas.

Juan Sin Tierra (que, por segunda vez en su vida, se quedaba sin ella) tenía ahora que levantar a sus señores normandos y aquitanos contra Felipe Augusto. Pero muchos le habían abandonado, entre ellos su sobrino Arturo, para ponerse del lado de Felipe. No obstante, emprendió la tarea dejada pendiente por Ricardo; por una vez, la anciana Leonor de Aquitania estuvo a favor de su obra, cediéndole el título. Arturo quiso capturarla en Mirabeau, pero Juan, más rápido, acudió al rescate y lo derrotó, cayendo el joven prisionero. Fue recluido en una prisión de Ruan y nunca más se le volvió a ver el pelo. Como era rival al trono para Juan, inmediatamente se acusó a este del crimen. Lo peor fue que, a causa de este, todos los señores normandos y bretones abandonaron a Juan. En 1204, el rey de Inglaterra se enfrentaba a la extinción del Imperio angevino después de medio siglo de existencia. Fundado en su día por la boda de Leonor con Enrique II, dejó de existir el mismo año de la muerte de esta señora indomable.

Felipe Augusto había vencido. Juan quedó, además, sin posibilidad de revancha, porque a partir de entonces se enredó en una difícil controversia con la Iglesia que le granjeó la excomunión en 1209. Rumiando su venganza contra Francia, consiguió aliarse a Otón de Brunswick, siendo ambos derrotados por Felipe Augusto en Bouvines (año 1214). Tras perder sus territorios en Francia definitivamente, Juan tuvo que doblegarse ante su propia nobleza otorgando la Carta Magna, embrión del parlamentarismo británico que acabaría costándole la cabeza a otro rey inglés. Sin embargo, en el aspecto naval, los diecisiete años que reinó Juan Sin Tierra trajeron un hecho remarcable como es la aparición de la Marina francesa, a cargo de un renegado de ida y vuelta, un francés nacido en la Picardía cuyo nombre era Eustace Buskes, a quien el reinado de Juan, como vamos a ver, no le sería ajeno en absoluto.

Eustace era noble de origen. Atraído por la vocación mística, ingresó muy joven en un monasterio, pero vino a sacarle de allí un suceso brutal, por desgracia muy habitual en aquellos tiempos: su padre fue asesinado por un señor vecino y Eustace demandó una ordalía, o Juicio de Dios, haciéndose cargo de la herencia. Pero como era monje, tuvo que contratar a un campeón que le representara y este, por desgracia, no dio la talla, quedando el asesino impune. Eustace –como siempre sucede– no debió quedar satisfecho con el sistema judicial vigente. Pidió dispensa de votos y la obtuvo, entrando como senescal al servicio del señor de Dammartin, Renaud, partidario de los reyes ingleses y normandos. Esto conduciría a nuestro protagonista a un nuevo y desgraciado episodio, pues combatió en la batalla de Bouvines por Juan Sin Tierra, siendo derrotado con él. Sin embargo, el soberano inglés sabría recompensarle a su debido tiempo.

Mientras, Eustace se había casado con una dama noble y tenía una hija, pero reapareció el asesino de su padre, indisponiéndole contra Renaud, que, sin pensárselo dos veces, le confiscó todos sus bienes. Cegado por la ira, Eustace, en vez de

ajustarle las cuentas al criminal optó por rebelarse contra su señor, quemando varias de sus fincas. Detenido y llevado a juicio, los nobles normandos intercedieron a su favor y Danmmartin decidió perdonarlo. Eustace decidió entonces expatriarse, cruzando el canal con su familia. Juan Sin Tierra lo recibió con los brazos abiertos, nombrándolo –a pesar de su nula experiencia– comandante de la flota que andaba persiguiendo por contar ya Felipe Augusto con la suya propia, al mando de un galés llamado Kadoc: primera noticia que tenemos de una flota francesa tras la conocida invasión en el 1066 de Guilllermo el Conquistador.

El antiguo monje y senescal se reveló entre los rudos marinos de su época como un excelente navegante. Logró armar en poco tiempo una potente flota de cinco galeras de quince metros de longitud con galeotes contratados voluntariamente. Las galeras, embarcaciones relativamente frágiles para afrontar mar gruesa, sólo se sacaban en verano, sobre las protegidas aguas del Solent o del canal de la Mancha. Provisto de las necesarias patentes de corso, en verano de 1206 Eustace Buskes se atrevió a navegar hasta las islas del Canal o islas anglonormandas (Guernsey y Jersey), conquistando ambas para Inglaterra. Como Kadoc no respondió a este desafío, montó la península de Cotentin para irrumpir en la bahía del Sena, las mismas aguas de Normandía, internándose por este río y su afluente, el Risle, como anteriormente los vikingos, hasta el puente de Audemer. Tras esta incursión en territorio enemigo, retornó a Inglaterra con un copioso botín. Finalmente logró el enfrentamiento singular con Kadoc, venciéndole y capturando seis galeras enemigas, e incluso la capa de piel con la que se cubría el galés. De esta forma, Kadoc puede figurar como primer mando de una flota francesa derrotado, aunque fuera a manos de un francés exilado al servicio de un señor «sin tierra».

Como hijo pródigo, el ingreso de Eustace Buskes en la Marina francesa llegaba a consecuencia de la excomunión de Juan. Eustace, que había sido monje y debía tener firmes principios cristianos, terminó por renegar del monarca inglés para ponerse al servicio de Felipe Augusto, que aceptó sus servicios. Felipe II Augusto, tras su fácil victoria, había concebido el sueño de emular la invasión de Inglaterra de Guillermo el Conquistador, para lo que se preparaba en la base de Boulogne. La llegada de Buskes abría la posibilidad de hostilizar la costa inglesa con sus diez galeras puestas al día y fogueadas en combate, que atacaron Winchelsea, en el mediodía inglés, no lejos de Hastings. Juan Sin Tierra se vengó de esta traición de su antiguo capitán de galeras embargando sus propiedades y apresando a su hija. Eustace se veía así abocado a un nuevo drama familiar.

Entretanto, Felipe Augusto, impaciente con los preparativos de Boulogne, decidió emplear el grueso de su flota –varios centenares de barcos de vela y remo– contra su vasallo, Ferrante de Flandes. Se trataba de un episodio inicial de lo que luego se conocería como «guerra de la lana». Inglaterra, primera productora europea de lana, como sabemos, la exportaba a Flandes, el mejor y más potente centro manufacturero textil de la Europa medieval. De esta forma, mientras los nobles y señores flamencos solían ser partidarios de los franceses, poderosos señores vecinos, los fabricantes y artesanos actuaban a favor de Inglaterra que, al fin y al cabo, les proporcionaba la materia prima vital para sus negocios. Felipe decidió mandar una expedición de castigo contra las ciudades flamencas de Brujas y Damm, víctimas de esta auténtica horda de corsarios, piratas e indeseables de todo tipo que los responsables franceses le habían vendido a Felipe como flota. Los artesanos y manufactureros, alarmados, pidieron socorro a Inglaterra, que enviaba presta la flota al mando de Guillermo de Pembroke, alias Longsword ('Espada Larga' o 'Larga Espada'), la cual atrapó a toda esta muchedumbre patibularia en pleno aquelarre, masacrándola al completo. Cientos de barcos franceses fueron hundidos y los piratas y corsarios muertos. Felipe Augusto, enterado del desastre, lamentó no haber enviado gente más avezada en cosas de la mar.

No obstante, el descrédito seguiría acompañando a Juan Sin Tierra hasta el fin de sus días. Felipe Augusto llegó incluso a tramar hacer valer los derechos de su hijo y heredero, Luis VIII, al trono inglés; a Eustace se le encomendó llevar a Inglaterra al príncipe francés, eludiendo la flota de Guillermo Longsword enviada en su persecución. Ambas escuadras de galeras se vieron sorprendidas por un tremendo temporal, quedando sólo ocho naves de la escolta directa del príncipe francés. El antiguo monje metido a marino supo, en esta ocasión, hacer valer su experiencia, llevando a Luis felizmente a Inglaterra, lo que provocó la inmediata huida de Juan. Los franceses iniciaron el asedio de Douvres, pero esta «invasión» terminó en agua de borrajas cuando llegó la noticia del fallecimiento del rey Juan Sin Tierra, heredando el trono vacante otro Plantagenet, el rey niño Enrique III, de nueve años, con la regencia de Simón de Pembroke (hermano de William) para un largo reinado de cincuenta y seis años. El formidable Longsword derrotaba a Luis y sus partidarios, viéndose el francés obligado a volver a Francia.

Felipe Augusto preparó entonces una notable flota de setenta barcos en Calais para un nuevo asalto a Inglaterra; la propia princesa Blanca de Castilla, esposa de Luis VIII, le entregó el mando al más insigne marino francés de entonces, Eustace Buskes. El 24 de agosto de 1217 zarpó con el viento a favor. En la estrecha garganta del estrecho de Dover se cruzaron con la escuadra inglesa de Enrique III pero, por

motivos nunca aclarados, Eustace decidió no atacar, permitiendo que los navíos ingleses le cortaran la retirada para después revolverse contra él. Resultó una nueva y deprimente derrota, la tercera consecutiva, de los almirantes de Felipe Augusto, en la que Buskes perdería la vida, dejando el interés de los monarcas franceses por los asuntos de mar muy tocado. Felipe Augusto, amigo de juventud y enemigo a muerte de Ricardo Corazón de León, destructor del Imperio angevino de los Plantagenet, fallecía en 1223, abriendo paso a su hijo Luis VIII, que sólo reinó tres años.

La regencia del heredero, Luis IX –el futuro rey san Luis– fue desempeñada por otra gran mujer, Blanca de Castilla, que logró hacer de su hijo un santo: buen cristiano, sumiso al papa, constructor de iglesias, perseguidor de herejes, enemigo de los sarracenos y patrocinador de cruzadas, encabezó dos de ellas, la quinta y la sexta, como ya se dijo, la primera contra el mameluco Baibars cuando conquistó Damieta, que quedaba a cargo de su esposa, la reina Margarita de Provenza. De regreso a sus dominios, logró para su hijo Felipe III territorios como Beaufort, Beaugé y Anjou, derrotando a Enrique III de Inglaterra en Taillebourg y en Saintes (año 1242). Luego reinaron otros capetos como Felipe IV el Justo, Luis X, Felipe V el Hermoso y Carlos IV, rey este último que gobernó prácticamente el territorio que hoy es Francia. La incipiente guerra de los Cien Años, que se estaba fraguando, echaría, no obstante, todo a perder.

Durante este período, desde 1250 hasta la guerra de los Cien Años (1337-1453), hubo en Inglaterra cuatro reyes sucesivos. Enrique III, llegado a la edad de reinar, intentó revivir el Imperio angevino topando, en este propósito, con Luis IX, que terminaría derrotándolo y dejándole sólo la franja costera de Gascuña. Además, se le rebeló la nobleza encabezada por Simón de Montfort, arrancándole una nueva concesión parlamentaria conocida como las Provisiones de Oxford. El levantamiento llegó a tal punto que Enrique acabó por pedir socorro a su antiguo enemigo, san Luis. Derrotado, sin embargo, por los parlamentarios en Lewes y Evesham, antes de morir tuvo que confirmar los poderes cedidos. No fue buena herencia para Eduardo I el Zanquilargo[2] su hijo, que reanudó la resistencia contra los altivos barones. Recuperó poder y conquistó Gales, pero fracasó en Escocia y se enfrentó al monarca francés Felipe IV el Justo, lo que le obligó a apuntalar los poderes del incipiente Parlamento. Eduardo II de Carnarvon, su hijo, resultaría víctima propiciatoria de una conspiración franco-parlamentaria: casado con una francesa, Isabel I la Loba, hija de Felipe V de Francia, fue vencido por los escoceses en Bannockburn (año 1314). Acorralado por los Comunes, el Parlamento y los nobles, finalmente fue traicionado por su hijo y heredero, Eduardo III de Windsor (castillo donde nació), terminando destronado y asesinado.

Eduardo III tampoco lo tuvo fácil; su madre tenía un amante, Roger Mortimer, que no hacía más que fastidiarle; así que, ni corto ni perezoso, lo hizo matar con el disgusto consiguiente para Isabel. Liberado así de la tutela materna, lo cierto es que este parentesco traía todo el germen para un nuevo conflicto con Francia puesto que, a la muerte de Carlos IV (año 1328), Eduardo podía reclamar derechos al trono francés. Su esposa, Felipa de Henao, también francesa, le alentaba para ello. Como, por otra parte, el rey de Inglaterra era también vasallo de Felipe VI de Valois –que rápidamente se instaló en el trono como sobrino de Felipe IV– el terreno parecía abonado para que los soberanos de los dos países (Francia, la Azucena, e Inglaterra, el León) terminaran enfrentándose en los campos de batalla, completando en realidad medio milenio (quinientos años, del 1066 al 1558) en el que habría guerra entre ambos, no sin infinitas treguas y paces interpuestas que algún piadoso papa de Roma quiso inútilmente prorrogar.

La guerra de los Cien Años (1337-1453) estalló al fin cuando Eduardo de Inglaterra renegó del acatamiento prestado a Felipe, dudando de su legitimidad como rey, mientras que el monarca francés se apoderó de la Gascuña. Ambos hechos eran resultado de una serie de agravios anteriores: Eduardo, en efecto, había prestado homenaje a Felipe en 1329. Por un formalismo medieval, Felipe le pidió que lo reiterara en 1331, pero Eduardo, enredado en su «problemilla» familiar y con Escocia siempre en armas, no pudo acudir. En 1333 lograba derrotar a los recalcitrantes escoceses en Halidon Hill, encontrándose con la sorpresa de que Felipe, su señor, recibía con los brazos abiertos al enemigo derrotado, el rey David. No contento con ello, el francés se inmiscuyó en los asuntos de Eduardo, conminándole a retirar sus tropas de Escocia. Felipe de Valois bailaba así peligrosamente sobre la cuerda floja, pero intervino el papa Benedicto XII estableciendo una tregua entre Eduardo y David (1335).

Iluminación de Jean Colombe en un códice del siglo xv, *Passages d'outremer* (*Expediciones de ultramar*), folio 211r. Combate entre naos de un códice de la época. Los buques medievales eran usados como buques mercantes o de guerra, sin más adaptación que llenarlos de mercancías o de lanas. Forzosamente, el combate debía ser al abordaje y en brutal cuerpo a cuerpo, como muestra el grabado.

Los que no quedaron en tregua, ni mucho menos, fueron Eduardo y Felipe. Durante muchos años, los fracasos navales consignados de Felipe Augusto habían vuelto a los monarcas franceses algo reticentes a las flotas. Con Felipe VI de Valois, Francia vuelve a mirar a la mar, puesto que este rey tenía en mente (¡cómo no!) la nueva cruzada, ordenando la construcción de una potente flota en Marsella. Sin embargo, el recrudecimiento de la hostilidad con Inglaterra hizo que se decidiera, finalmente, a trasladarla al canal de la Mancha para hacer presión sobre

Eduardo. El Parlamento inglés, enardecido ante el peligro de una invasión francesa, votó fondos para poner el país en armas, ordenando a la flota concentrarse en el canal de la Mancha. Felipe de Valois respondió desplazando tropas a Guyena, declarándola anexionada en primavera de 1337. La escalada imparable culminó cuando Eduardo III decidió apoyar la candidatura del cuñado de Felipe, Roberto de Artois –que estaba refugiado en Inglaterra acusado de envenenar a la hermana del rey francés– al trono de Francia. ¿Cuál era la forma? Evidentemente, declarar ilegítimo a Felipe. En otoño de ese mismo año, ambos países, Azucena y León, estaban inexorablemente condenados a la guerra.

El conflicto no empezó en el canal de la Mancha, ni en Inglaterra o Francia, sino en Flandes, donde el rey inglés resucitó un plan de su abuelo Eduardo I para atacar a los franceses desde los Países Bajos. El conde de Flandes, Luis de Nevers, era abiertamente francófilo, así que Eduardo sobornó al duque de Bretaña, Juan III, con trescientos mil florines, poniendo también de su parte a Reinaldo, conde del Rin, y al emperador Luis de Baviera. Dentro de los Países Bajos rubricó convenios con Güeldres, Limburgo y Juliers; especialmente importante resultó el respaldo de sus cuñados, los condes de Henao y Brabante, además del comerciante Jacob van Artevelde, dispuesto a levantar a los artesanos laneros contra Luis de Nevers. Este, oliéndose la jugada, para demostrar fidelidad a Felipe puso una fuerte guarnición a la isla de Cadsand ('Arenas gordas' o 'Cantos rodados', tal vez), en el estuario del río Escalda, llamado, por los diques de contención de mareas, Esclusa o *Sluys*, en Zeelandia. En noviembre de 1337 dos paladines del rey de Inglaterra, el conde de Derby y Walter Manny, desembarcaron y pegaron fuego al fuerte de Luis de Flandes, destruyéndolo. La ansiada guerra era ya hecho consumado.

Antes de la guerra, el canal de la Mancha y el mar del Norte estaban infestados de piratas normandos, bretones, genoveses y castellanos, que impedían el normal tráfico mercante. Data de entonces, según Fuller, el tránsito de convoyes, inventado por los buques laneros que iban a Flandes, aunque los venecianos, con sus flotas, llevasen siglos practicándolo. Las galeras genovesas de Egidio Bocanegra, hermano del dux Simón, habían llegado a saquear ciudades del sur de Inglaterra como Portsmouth, Portsea y Southampton en el año 1337 en connivencia con los franceses. En 1339, un pavoroso incendio se declaró en Hastings, destruyéndola. Los franceses causaron también daños en Dover, Sandwich, Winchelsea y Rye. Harris, en su libro *A History of the Royal Navy*, nos dice que «ningún barco podía salir de Inglaterra sin ser abordado y su tripulación hecha prisionera o muerta». En esta situación se perdieron dos de los mejores barcos laneros ingleses, el *Christopher* y el *Edward*. Se trataba de naves del tipo *cog*, palabra que, náuticamente, es de la familia de coca y carraca. *Cog* viene de *cockboat*, y la palabra *cock* significa en inglés gallo, macho o veleta. Tipológicamente hablando, el *cog* está mucho más cerca de la famosa Nao de Mataró que del *drakkar* normando o la galera medieval. Simples buques cargueros de lana, lo que es un «vaso» de carga puro y duro, robusto e impulsado por una sola vela cuadra. Naves, en suma, de cualidades náuticas comprometidas en caso de no contar con el viento a favor o evolucionar, con pilotos muy experimentados, por derrotas habituales y apoyadas en numerosos puertos. Las marinas de guerra del siglo XIV, sorprendentemente, habían olvidado la agilidad, movilidad y autonomía propulsiva de los barcos vikingos para «encastillarse» en precarios vasos de alto bordo y grandes bodegas que servían lo mismo para el tráfico mercante que para la guerra, como nos muestran las pinturas y los tapices de la época. En realidad, una flota mixta de *cogs* de alto bordo para la batalla y *drakkars* grandes y pequeños para servicios de exploración, descubierta e incluso sirviendo de remolque de las embarcaciones mayores, habría sido idónea en escenarios confinados como el canal de la Mancha, proveyendo al usuario de polivalencia y flexibilidad. Pero, en un oscuro trazo intelectual de la Edad Media, los navegantes del Atlántico decidieron prescindir de los *drakkars* para entregarse al *cog* incondicionalmente, conservándose sólo las galeras como propulsión a remo. Veremos el resultado de semejante desacierto.

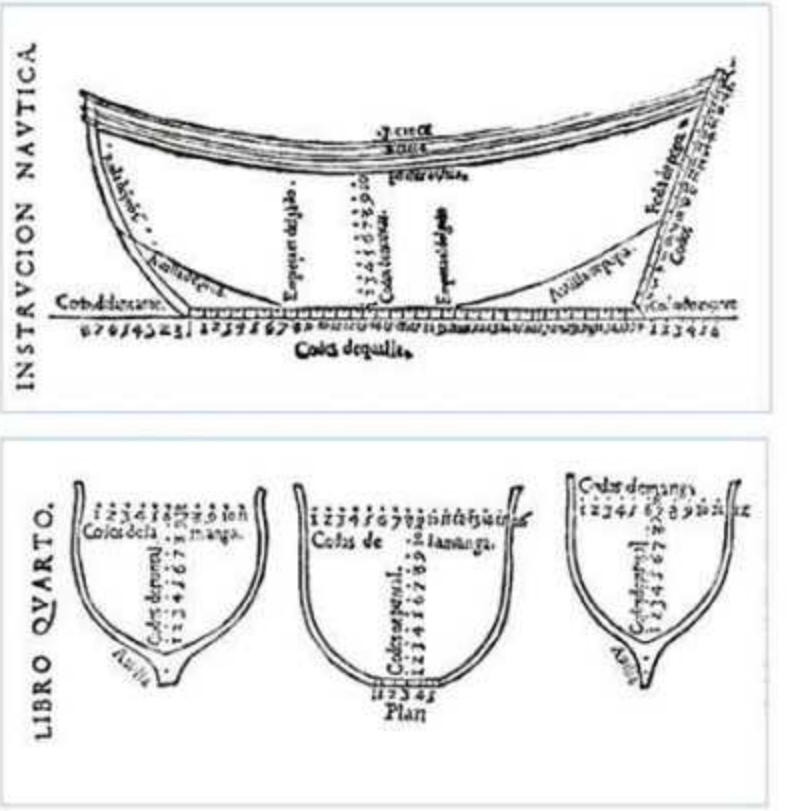
Ahora, como se dijo, a cada lado del canal había una escuadra de guerra despejando la situación. La flota inglesa se componía, fundamentalmente, de *cogs* laneros. La movilización ordenada por el Parlamento reunió en el puertecito de Harwich alrededor de ciento cincuenta barcos cóncavos, robustos y de proa y popa elevadas capitaneados por el *cog Thomas*. Se gobernaban con un remo o espadilla por el costado de estribor y contaban con una recia vela cuadra para izar con viento favorable. En esta Royal Navy del Medievo hallamos sencillos nombres de navíos como *Christopher, Nicholas* o *Ursula*, pero también otros más evocadores como *Gracias a Dios* o incluso premonitorios, como el mismo *Santa María*, que antes, probablemente, fuera castellano. Los jefes de cada escuadra eran Robert Morley y los condes de Huntingdon y Arundel. El viento del oeste les permitió salir de Harwich, pero desde luego no eran barcos rápidos: tardaron tres días en llegar a la costa flamenca, lo que evidencia velocidades de alrededor de un nudo; si recordamos la velocidad conseguida por la flota de Guillermo el Conquistador, 271 años atrás, es completamente decepcionante en comparación. Buena muestra de que Inglaterra, en lo referente a la Marina militar, del siglo XI al XIV anduvo para atrás

como los cangrejos. Es probable que superaran esta velocidad con viento a favor, mas luego pasarían horas flotando encalmados, con viento en contra e incluso retrocediendo con mareas y corrientes. Dura prueba para la paciencia de un mando ansioso que se decantaría por las más ágiles galeras; pero Eduardo, con su flota de *cogs*, tendría que aprender a esperar.

Felipe VI de Valois pudo disponer de un catálogo naval más variado. Sus hombres de mar más avezados procedían del mundillo marítimo marginal, los corsarios Hue Quieret y Pierre Béhuchet. Se les unió, procedente del Mediterráneo, la flota genovesa de Egidio Bocanegra, que llevaba tiempo operando sobre la costa inglesa, como sabemos. En total, comparecieron en Esclusa (Sluys) dos centenares de embarcaciones medievales más veinticuatro galeras genovesas. Los franceses pretendían, absurdamente, combatir al ancla, a la defensiva, en la ensenada de Zym próxima a Esclusa, cediéndole así la iniciativa al adversario y renunciando a la movilidad de sus naves. Los genoveses rechazaron esta opción: querían ir al encuentro de la flota de Eduardo, sorprenderlo, emboscar sus barcos y cortar su retirada a Inglaterra. Pero Béhuchet hizo oídos sordos a estos consejos del experto marino mediterráneo: toda la flota francesa formó una extensa obstrucción amarrando los barcos, proa con popa, en tres diferentes líneas, como sendos baluartes, cubriendo castillos y alcázares de arqueros y soldados. Exactamente tal y como aparecen en los bosquejos medievales, convirtiendo la mar en un escenario de guerra terrestre, con torres y castillos. Esperaron así al enemigo, que no tardó en presentarse.

Cargándose de razón ante las agresiones francesas, en julio de 1339 Eduardo III apeló al papa antes de desafiar personalmente a Felipe. Luego viajó a Flandes para ser proclamado rey por los flamencos, enfrentándose a tropas francesas en Buiron-fosse y en el río Escalda. Ambos encuentros quedaron indecisos, así que el rey regresó el 21 de febrero a Inglaterra para hacerse cargo de su flota. Mientras, Felipe de Valois, como es sabido, había ordenando a la suya concentrarse en el Escalda para impedir el regreso de Eduardo. No tardó en volver; en el mes de junio el rey de Inglaterra dejó Harwich con sus barcos favorecido por el viento del oeste, empleando, como dijimos, tres días en llegar a Flandes, lo que arroja una velocidad de 1,19 nudos, más propia de deriva lateral o abatimiento que de marcha avante de un velero. El fondeadero cercano a Esclusa aparecía lleno de mástiles, así que la flota inglesa echó el ancla en Blankenberg, enviando unos cuantos jinetes por tierra a Esclusa en misión de descubierta. Vieron al menos veinte barcos muy grandes –el *Christopher* y el *Edward* entre ellos– aparte de otros dos laneros capturados por los franceses, el *Katherine* y el *Rose*.

Eduardo aguardó al mediodía del 24 de junio de 1340 para tener de su parte el viento, la marea y el sol; esta inteligente precaución decidiría media batalla. El resto lo lograron la combatividad de sus hombres y el acierto de los famosos arqueros ingleses (*yeomen*) embarcados, todos con ganas de revancha por las recientes incursiones en las costas inglesas de sus adversarios y los genoveses. Durante casi un siglo, el arco de tejo de casi dos metros de alto y unos cien metros de alcance útil iba a ser, tanto en tierra como en la mar, un arma formidable para los ingleses. No emplearon, sin embargo, los primeros este tipo de arma en combate naval, pues por el capítulo anterior es conocido lo hecho por la ballestería catalana de las galeras de Roger de Lauria. En la batalla que nos ocupa, el empleo del arco resultaría decisivo.



Gálibos de una nave medieval. Trazados como plantillas, respondían en realidad a la experiencia ancestral, sin cálculo alguno. La forma del buque ya había perdido las ágiles cualidades de los *drakkars* vikingos para adaptar sus bodegas a la capacidad de carga.

Con los elementos a su favor, la flota inglesa acometió a su enemiga en La Esclusa sin dudarlo, mientras sonaban estridentes las trompetas, cuernos y trompas, y a bordo de los buques se gritaba: «¡San Jorge! ¡Guyena!». Sus enemigos gritaban: «¡Francia!». Tras unas cuantas andanadas de flechas, los atacantes rompieron la primera línea de barcos amarrados a base de empuje y abordajes; una vez rotas las defensas, los navíos franceses, amarrados unos a otros, resultaban unas presas fáciles de abordar y de capturar en cadena. Se represaron todos los laneros menos el *Katherine*. El rey Eduardo, en memorable proeza, despejó el *Christopher* de enemigos y lo dotó con sus propios hombres para atacar a los genoveses. Pero estos y otros muchos, viendo el rumbo que tomaba el combate, renunciaron una vez rota la primera línea. Muchos franceses murieron ahogados; el almirante Quieret pereció, y Eduardo ordenaría luego colgar a Béhuchet por el incendio de Portsmouth;

así se saldaban las cuentas en plena Edad Media. Desmantelada la primera línea de buques, las otras cedieron por deserción de sus defensores; los flamencos esperaban a los que huían en las orillas, haciendo una verdadera masacre. Sólo escaparon una treintena de barcos franceses, perdiéndose en total ciento sesenta y seis. Con su gran victoria, el rey de Inglaterra se proclamaba «rey del mar», permaneciendo en Esclusa, a bordo del *Thomas*, durante varios días. Luego acudió a la iglesia de Nuestra Señora de Ardenburg para escuchar misa, terminada la cual montó a caballo para reunirse con la reina Felipa en Gante, donde acababa de dar a luz. El príncipe recién nacido fue llamado Juan de Gante. Eduardo no explotó su victoria en el Escalda, limitándose a establecer acto seguido el asedio de Tournai mientras Felipe se le aproximaba por Aire y Armentières. Ambos reyes, sin embargo, no llegarían a enfrentarse; la defensa de Guyena iba por mal camino y Eduardo no contaba con medios para mantener la campaña de Flandes. Prefirió, así, firmar el verano siguiente la tregua de Esplechin.

El regreso a Inglaterra con la reina Felipa fue memorable, el 30 de noviembre, esperando al borde del muelle sus otros hijos, los príncipes. Se celebraron muchos torneos mientras los barcos ingleses señoreaban el canal de la Mancha, exterminando a los piratas. Pero el turbulento reino enseguida dio más quebraderos de cabeza a Eduardo, obligándolo a olvidarse de su gran victoria naval. Felipe de Valois, el rey francés, permaneció mucho más alejado de las operaciones y tras la catástrofe naval, tal vez dijo algo parecido a lo de Napoleón después de Trafalgar: «No puedo estar en todas partes».También él se topó con un difícil problema aguardándolo: la condesa de Monfort que, encastillada en Hennebont (próximo a Lorient) se negó a rendirse a sus soldados, pues «poseía el valor de un hombre y el temple de un león». Enterado del hecho, Eduardo III envió en su ayuda a Walter Manny con una fuerza de dos mil trescientos hombres, que consiguieron levantar el cerco y rescatar a la valiente heroína. El 23 de octubre de 1342, el rey de Inglaterra, decidido a reanudar las hostilidades en Bretaña, zarpó de nuevo con su flota rumbo a Brest. Esta vez, sin embargo, cosechó un decepcionante fracaso, viéndose obligado a firmar la tregua de Malestroit por tres años.

Combate de dos naves medievales. Miniatura anónima (fin. s. XIII-ppios. s. XIV). The British Library, Reino Unido. Así tuvo que ser la batalla naval de la Esclusa, con los buques ingleses acometiendo costado contra costado a los franceses, amarrados unos a otros. Eduardo incluso llegó a vaciar buques enemigos y a tripularlos con su propia hueste para que volvieran al combate.

No obstante, la guerra continuaría por mucho tiempo. En 1345, el rey francés, tras movilizar el reino, sitiaba a Walter Manny en Aiguillon, excelente excusa para acudir en su socorro y continuar las hostilidades; Eduardo, con la ayuda de lord Talbot, volvió a convocar a su victoriosa flota, repleta de guerreros, *hobelers* (infantes) y *yeomen* (arqueros) hasta completar los diez mil hombres en total. Zarparon de Southampton para fondear durante una semana frente a la isla de Wight. El rey reflexionaba dónde asestar el golpe. En vez de navegar a las Landas, de pronto cambió el rumbo, dirigiendo su flota a un lugar llamado por la historia: las playas de la península de Cotentin, Saint-Vaast-la-Hougue. Una nueva invasión de Normandía iba a tener lugar doscientos cuarenta años después de la de Enrique I Beauclerc, a cargo de Eduardo III Plantagenet, a quien ya acompañaba su hijo mayor, el Príncipe Negro. Fue el prólogo de la famosa campaña de Crécy, que llevaría a ambos a las proximidades de París tras una audaz correría medieval por Francia que concluyó con la toma de Calais, entregada por el marino galo Jean de Vienne, otro protagonista para futuras páginas.

2 Puede ser confuso para el lector que se mencione a otro Eduardo I cuando en el capítulo 3, «Las invasiones occidentales» (subcapítulo *El País de las Brumas*) ya hablamos del hijo de Alfredo el Grande, Eduardo I el Viejo, también Eduardo II el Mártir (nieto de Athelstan) y, por último, Eduardo III el Confesor, antecedente de Guillermo el Conquistador. La historia inglesa separa los Eduardos anglosajones y daneses, que reinaron entre el 901 y el 1066 de los Eduardos de la dinastía Plantagenet, en el trono de 1272 a 1377. Por eso aparecen en este libro dos

Eduardos I, II y III que no deben confundirse.

La batalla de La Rochelle

EL GRAN DÍA DEL PRÍNCIPE NEGRO

El rey Felipe VI de Valois, íntimo enemigo de Eduardo III, falleció en 1350 sin haber podido tomar revancha de su derrota naval ni haber expulsado a los Plantagenet de Francia estableciendo su dominio sobre Aquitania y Guyena; pero, sobre todo, cargando sobre sus espaldas con la derrota de Crécy, en 1346. Malos días llegaban para Francia, con un tercio de la población diezmada por la peste negra de 1348. En lugar de Felipe, subió al trono Juan II el Bueno, al que también le esperaban circunstancias ciertamente dramáticas con un adversario de talla como el que le cayó en suerte: el heredero a la corona inglesa y señor de Aquitania, Eduardo, el Príncipe Negro. Para empezar, el hijo mayor de Eduardo III pasaba al continente a bordo del *Christopher* en 1355, acompañado de toda una flota y con un ejército a bordo, con los que llegó a Burdeos dispuesto a emprender nuevas incursiones o correrías (*chevauchées*) por suelo francés.

La primera, conocida como la Gran Cabalgada, llevó a Eduardo de Burdeos, en el estuario del Garona, hasta la Provenza en el Mediterráneo; cruzó Francia de oeste a este a través de Aquitania y del antiguo reino visigodo de Tolosa, aterrorizando hasta al Santo Padre, que residía en Aviñón, cuando se aproximó a sus dominios, protegidos por el rey francés. El Príncipe Negro pasó por Narbona y Béziers tratando de entablar combate alrededor de Carcasona, pero sin llegar a encontrar a su adversario, por lo que regresó a Burdeos. Tras un oportuno descanso, al año siguiente emprendían Eduardo y su triple columna de jinetes la Cacería Real hacia el norte que, esta vez sí, le conduciría al encuentro del rey Juan de Francia. Tras cruzar Périgord, Poitou, Lemosín y Berry, los anglogascones (de Inglaterra y Gascuña) llegaron al área de Châtellerault, donde sólo el río Loira separaba a ambos ejércitos. También separaba a Eduardo de su primo, Enrique de Lancaster, cuyo refuerzo necesitaba perentoriamente para paliar la enorme diferencia de fuerzas, pues mientras el rey francés podía contar con unos quince mil infantes y caballeros, el Príncipe Negro apenas disponía de unos cinco mil arqueros *yeomen* y jinetes gascones e ingleses.

Atlas catalán de Abraham Cresques (año 1375). Biblioteca Nacional de París, Francia. Este atlas muestra las potencias navales conocidas. Tras su victoria en Poitiers en 1356, Eduardo de Inglaterra, el Príncipe Negro, completaba con la captura del rey Juan II de Francia la de David de Escocia, reuniéndolos en los calabozos ingleses y proclamándose así dueño del Canal de la Mancha y resucitando el Imperio angevino.

Mediado septiembre de 1356, llegó a la aldea de Chabotterie sin haber logrado el contacto; no lo conseguiría, puesto que Juan II, acampado en la llanura de Beauvoir, ya había cruzado el río y se disponía a acometer a su enemigo en Maupertuis sin ampararse en la inmediata ciudad fortificada de Poitiers. Eran los antecedentes de la célebre batalla de Poitiers; los franceses atacaron al grito de «¡Hosanna, san Dionisio!»,y los anglogascones al de «¡Guyena! ¡San Jorge!». En dos sucesivos ataques, primero el príncipe Carlos (luego Carlos V el Sabio) y después el propio rey Juan II vieron cómo sus abultados contingentes de caballeros armados al modo clásico (como en las Navas de Tolosa) eran diezmados, primero por las nubes de flechas de los *yeomen*, luego barridos por los jinetes anglos y gascones y, por último, rematados por la infantería de *hobelers*. Clermont y Brienne, grandes señores de Francia, fueron muertos, y el príncipe Carlos sólo pudo salvarse porque el senescal D´Angle se lo llevó del campo de batalla. Pero el rey Juan II el Bueno, abatidos sus contingentes en una hábil celada que le tendió Eduardo, cayó prisionero. La derrota de Francia, esta vez, era total; el reino, descabezado, se sumía en un

caos absoluto, teniendo el príncipe Carlos que hacer frente a los levantamientos populares de París para caer luego en poder de dos criminales oportunistas, el mercader Marcel y el obispo Robert Le Coq, que asesinaron en su presencia a sus dos mejores consejeros. Carlos se dio cuenta de que no tenía otra salida que escapar del fuego para, literalmente, caer en las brasas a manos de otro canalla, Carlos de Navarra, también asesino a conveniencia. Proliferaron entonces en el reino destruido las llamadas compañías blancas, formadas por guerreros sin causa ni señor, reconvertidos a veces al simple bandidismo y saqueo de haciendas, aldeas y territorios. Mercenarios y ganapanes, en suma, armados y criminales, que asolaban los caminos.

Sin embargo, en lo que respecta a Eduardo el Príncipe Negro, Poitiers fue su gran día. Apoderado de su enemigo directo, Juan II, al que trataba a cuerpo de rey –nunca mejor dicho– pero sin libertad de acción, lograba así lo que no habían alcanzado ni Felipe Augusto con Juan Sin Tierra, ni su padre, Eduardo III, con Felipe VI de Valois. El 2 de octubre de 1356 entró en Burdeos entre el delirio de la población, que lo aclamó como un gran paladín que llegaba con su máximo enemigo rendido y capturado, además de con un inmenso botín; precisamente el mismo rey de Francia que antes había querido abolir los privilegios de la ciudad bordelesa, reduciendo su autonomía. El mensajero con la noticia de la victoria llegaba a Londres ocho días después, con el yelmo de Juan II bajo el brazo como regalo para el rey Eduardo III. Este veterano monarca se emocionó con el resonante triunfo de su hijo (se dice que exclamó: «¡Bendito sea Dios!»), dando la noticia el día 22 a toda la ciudad. El papa Inocencio VI, protegido de Juan, no estaba tan contento; interpretó que una banda de saqueadores había ido hasta Narbona para aplastar la flor de la caballería francesa, privando a Francia de su rey. Era, teniendo en cuenta la tendenciosidad del autor, excelente síntesis de lo sucedido.

Eduardo decidió pasar con su prisionero a Inglaterra a bordo de los buques *Espirit* y *Santa María*, para recibir al homenaje de su pueblo, arribando a Plymouth el primero de mayo de 1357. Inglaterra conseguía reunir así, en sus calabozos, a los principales enemigos del rey, el soberano escocés David Bruce y el francés Juan el Bueno. Se celebraron grandes fiestas en honor del príncipe Eduardo e incluso se redactó la *Elegía de la batalla de Poitiers*, de autor anónimo. Sin embargo, el desorden en Francia pronto afectaría a Eduardo, cayendo asesinados varios de sus colaboradores en suelo galo. Era pública la consternación por el estado en que se hallaba el reino, tomando Inocencio VI la iniciativa para que empezaran rápidamente las conversaciones de paz. El 22 de marzo, antes de partir, Eduardo había firmado una tregua de dos años, complementada luego por la paz de Bretigny; por ella, el rey de Inglaterra dejaba de ser súbdito del francés. Francia cedió la cuarta parte de su territorio, Aquitania y Guyena, que pasaron a soberanía inglesa. Con un rescate de tres millones de escudos, el rey Juan II pudo volver a su reino para encontrarse que su hijo Carlos, cediendo a la realidad de la situación, ya estaba «fichando» una Compañía Blanca, la del primo del cardenal Talleyrand, Arnaldo de Cervolles, para restablecer el orden. Mientras tanto, el venturoso Eduardo culminaba sus mejores días contrayendo nupcias con una amiga de la infancia, la bella Juana de Kent.

La primera actividad naval inglesa tras su victoria en la campaña de Flandes (Esclusa) y el desembarco en Normandía de Eduardo III, había llegado en 1350, mismo año en que fallece Felipe de Valois. Los piratas volvían a campar a sus anchas en el canal de la Mancha y las armadas oficiales se confundían con expediciones de saqueo y castigo. Durante el verano de este año, una flota de unas cincuenta naos gruesas, al mando de Carlos de la Cerda –conocido como Carlos de España en Inglaterra– se internó en el canal de la Mancha rumbo al estrecho de Dover. El rey Eduardo III y el Príncipe Negro, cada uno en su propia nave, salieron a su encuentro con cuarenta barcos entre *cogs*, carracas, pinazas y ágiles galeras, encontrándolo en Winchelsea. Combatieron al arco primero y al abordaje después; los ingleses se introdujeron entre los castellanos y, a pesar de que tanto Eduardo como su hijo escaparon con vida, ambos perdieron sus buques insignia, que se fueron a pique. El resto de la flota lograba apresar o hundir casi la mitad de los barcos enemigos.

El enfrentamiento con una Armada castellana decidió al monarca inglés a intervenir en este reino. En 1350 había fallecido también Alfonso XI de Castilla, nieto de María de Molina. La turbulenta vida sentimental de este rey, que mantuvo al mismo tiempo una reina oficial portuguesa y una seductora amante castellana (madres, respectivamente de los rivales al trono Pedro I el Cruel y Enrique de Trastámara, el *Bastard de Spaigne*) había discurrido paralela a un vigoroso impulso a la Reconquista peninsular. A su muerte, quedaba planteado el difícil problema sucesorio frente al que había que tomar partido. En junio de 1362, el Príncipe Negro rubricó, en la catedral de San Pablo, un tratado de mutua defensa con Pedro I el Cruel, el heredero legítimo de Castilla, pensando ambos Eduardos en fortalecer su dominio de la mar con la pujante flota castellana. Habían apostado, no obstante, por el peor de ambos candidatos: Pedro el Cruel era personaje atrabiliario y extravagante. No contento con provocar la rebelión de la nobleza e imitando lo peor de su difunto padre (despreciar a la reina para mantener una favorita) fue asesino cierto de sus hermanos y rivales al trono. Inició además un conflicto con el rey de Aragón –la llamada «guerra de los Dos Pedros»– montando en Sevilla una corte mudéjar que era un escándalo para el papa y los monarcas cristianos de su tiempo.

El bastardo, Enrique de Trastámara, se vio forzado al exilio en Francia, donde combatió del lado francés en Poitiers. Habiendo quedado sin rey al que servir –como tantos paladines franceses– su destino habría sido una Compañía Blanca de mercenarios de no intervenir a su favor el rey Pedro de Aragón, que lo rescató como útil recurso para utilizar frente a Pedro el Cruel. Se reveló valiente y poco inclinado a excesos como los de su hermanastro, resultando así un buen candidato para el trono castellano. En 1563, tras la firma del tratado antedicho entre Pedro y el Príncipe Negro, se reanudaba la guerra entre Castilla y Aragón. Enrique regresó a su patria con un ejército de treinta mil hombres y el condestable de Francia, Bertrand du Guesclin, como consejero, coronándose rey en Burgos en abril de 1366. Pedro el Cruel navegó con las galeras de los Bocanegra genoveses desde Sevilla hasta Galicia, donde hizo asesinar al arzobispo Suero García, que se opuso a su capricho. La flota de bregados marinos estaba al mando de los capitanes Ambrosio y Gil Bocanegra; entre las galeras castellanas, había un alcaide de la mesta castellano, llamado Fernando o Fernán Sánchez de Tovar. Ese mismo año, por motivos desconocidos, los Bocanegra y Sánchez de Tovar decidieron pasar del servicio a Pedro al de su hermano Enrique de Trastámara, al que entregaron enclaves sin combatir. El rey Pedro el Cruel se vengó mandando matar a Juan, hermano del marino castellano.

A pesar de todo, Eduardo, el Príncipe Negro, se obstinó en seguir apoyando a Pedro el Cruel. Tenía razones de peso: tanto él como su padre temían la amenaza que representaba la alianza del nuevo rey francés, Carlos V el Sabio con el rey de Aragón Pedro IV el Ceremonioso y el francófilo Enrique de Trastámara cerniéndose sobre los acuerdos de Bretigny, tan favorables a Inglaterra. Aun tapándose la nariz, luchó durante años para evitar esta coalición que, de llevarse a cabo, dejaría acorraladas las propiedades de los reyes ingleses en Francia. Pedro prometió que si recuperaba el trono le regalaría Vizcaya y Castro Urdiales, aparte de una generosa compensación económica. El 20 de febrero de 1367 el vencedor de Poitiers, Eduardo el Príncipe Negro, cruzó la frontera hispanofrancesa en Roncesvalles con toda su tropa. Enrique de Trastámara le envió una conciliatoria misiva a Pamplona: «No tenemos nada que tratar con vos, que habéis hecho tan buenas y honorables cosas». Eduardo replicó con reproches al bastardo por deponer a Pedro el Cruel. Bertrand du Guesclin, a pesar de todo, había aconsejado a Enrique no afrontar este enemigo temible. Pero Enrique de Trastámara era valiente y honesto; debió pensar que no tenía sentido apoderarse de un trono que no podía defender. Enfrentado al Príncipe Negro en Nájera (La Rioja), Eduardo lo sorprendió derrotándole en toda la línea. Bertrand du Guesclin fue apresado, pero Enrique, con habilidad increíble, logró escapar a uña de caballo. «Sin Enrique –pronosticó el vencedor– es como si no se hubiera hecho nada».

Eduardo, que había devuelto el trono a Pedro, se entregaba a la desesperación cuando vio a este degollando a los prisioneros castellanos fieles a su hermanastro. Enrique logró llegar a Francia, donde Carlos V el Sabio lo recibió acogedor. Una vez instalado, a Pedro el Cruel ya le sobraba su bienhechor; incumplió sus promesas y su vileza le granjeó el rechazo incluso de sus más íntimos partidarios. En primavera de 1369 Eduardo, enfermo de disentería, se hallaba de vuelta en su reino de Aquitania; se enteró entonces de que Enrique había cruzado la frontera y estaba en Castilla, sitiando a Pedro en Montiel. Una hábil celada de Du Guesclin puso al vil rey Pedro I en manos de Enrique, que no dudó en darle muerte. La jugada inglesa, apostando por el perdedor absoluto, terminaba en rotundo fracaso. Todo parecía desmoronarse, a la sazón, en torno al Príncipe Negro, que languidecía en su reino francés; su madre Felipa de Hainault fallecía por entonces. En Inglaterra, el viejo Eduardo III chocheaba entregado a una amante manipuladora. Por último, en la inmediata vecindad, su ya encarnizado enemigo, Carlos V de Francia, rumiaba la venganza aliado al rey de Castilla, Enrique de Trastámara, al que había insultado tratándole de bastardo cuando le pidió paz. El Príncipe Negro supo que no habría piedad ni con él, ni con sus aliados los señores gascones y aquitanos.

LA ROCHELLE Y LA INCURSIÓN CASTELLANA

El tratado de Brétigny saltó en pedazos en 1369, reanudándose las hostilidades. Bertrand du Guesclin hizo caer, una tras otra, las plazas francesas, mientras Carlos V el Sabio declaraba Aquitania confiscada por Francia. Limoges caía en manos francesas, pero Eduardo fue capaz de retomarla, perpetrando esta vez una tremenda matanza; demasiadas guerras, muchas cuentas pendientes. Tras ocho años en los que se habían vuelto las tornas por completo desde el triunfo de Poitiers, el Príncipe Negro regresó enfermo a la patria. Pero la guerra en Francia proseguía: en la primavera de 1372, La Rochelle y Poitiers estaban sometidas al asedio francés. La Rochelle era un puerto amurallado de la fachada atlántica, frente a las islas de Ré y Oleron con las que forma una especie de bahía llamada mar de Antioquía, que contiene las pequeñas «perlas» de la isla de Aix y la isla Madame, en plena región del Charente Marítimo, es decir, donde desemboca este río. A mediados del siglo XIV, por su situación al norte del estuario del Garona, era un puerto clave para los territorios ingleses, corriendo peligro de quedar aislados si perdían la franja costera y la comunicación con Inglaterra. Siendo, pues, un enclave estratégico, Eduardo encargó a John Hastings, conde de Pembroke y marido de Margarita (su octava hermana menor) la defensa con una flota de treinta y seis barcos de vela. Carlos V el Sabio, nuevo rival del Príncipe Negro al otro lado del canal, pidió ayuda a Enrique Trastámara, que respondió enviando al mejor marino del momento, el gran Ambrosio Bocanegra, hijo de Egidio, hermano del dux que se contaba entre los agraviados por Pedro el Cruel.

Ambrosio, nacionalizado castellano, contaba entre sus credenciales haber derrotado con sus naves al almirante portugués Lanzarote Pesaña en un nuevo combate en Sanlúcar. Navegó con veinte galeras y treinta naos, internándose en el golfo de Vizcaya para hacer frente a Pembroke. La batalla naval de La Rochelle tuvo lugar entre las marinas inglesa y castellana en verano de 1372; las galeras españolas atacaron en masa a los buques de la Royal Navy en el mar de Antioquía, siendo recibidas con la ya clásica nube de flechas. La acometida fue rechazada, pero en subsiguientes combates individuales, cuatro buques ingleses resultaron hundidos o capturados. Tras un recalmón para pasar la noche, al día siguiente continuó el combate. El marino genovés decidía recuperar la iniciativa lanzando brulotes incendiarios y nadadores saboteadores, según Dupuy «completamente desnudos», contra los barcos ingleses. Los *cogs* de Pembroke, torpes y mal maniobrados, fueron presa inmediata del fuego o se trabaron entre ellos, estorbándose. Bocanegra, aprovechando su desconcierto, desencadenó un tercer y definitivo ataque de galeras, alcanzando así la victoria. Catorce de los barcos ingleses fueron hundidos y John Hastings, yerno del rey, fue capturado con otros veinte caballeros, además de varios miles de marineros.

Crónica de Jean Froissart (s. xv). Biblioteca Nacional de Francia.Batalla de La Rochelle en un grabado de un libro medieval; los *cogs* ingleses del conde de Pembroke aparecen aquí mezclados en combate con las naos castellanas, que ya tenían notable experiencia y estaban mandadas por uno de los mejores almirantes de la época, el genovés Ambrosio Bocanegra, enemigo de los Plantagenet.

Al enterarse, el Príncipe Negro, consciente de lo que iba en el envite, partió de Southampton el 30 de agosto a bordo del *Gracias a Dios*, seguido de varios centenares de naves con diez mil arqueros *yeomen* a bordo para recuperar el vital puerto de La Rochelle. Montaron Ouessant, pero llegada la imponente flota al mar de Antioquía, resultó víctima de las encalmadas y vientos contrarios, de tal forma que ni siquiera pudo acercarse al puerto. Desesperado, el príncipe Eduardo tuvo que pagar el precio de seguir utilizando bañeras infectas e inmanejables como los *cogs*, viéndose forzado a regresar a Inglaterra con las manos vacías, sin haber entrado en combate siquiera. Mientras tanto, las galeras castellanas, no menos inmundas pero

maniobrables a remo, se dirigían a cobrar otra pieza mucho más valiosa: el puerto bretón de Brest, reforzando Sánchez de Tovar con quince galeras las veinte victoriosas de Ambrosio Bocanegra. El asedio concluyó en agosto de 1373, habiéndose apoderado la Armada castellana del tramo de costa bretón entre Burdeos y Ouessant en la misma temporada y dejando aisladas todas las propiedades inglesas. En esta nefasta campaña, la única leve compensación para Inglaterra fue la captura de siete naos castellanas en marzo por el conde de Salisbury. Y es que la derrota de La Rochelle, a nivel económico, fue comercialmente desastrosa para Inglaterra: la lana de Castilla remplazó a la inglesa en los mercados flamencos, donde empezaron a llegar ahora los buques laneros hispanos en lugar de los ingleses. Los marinos vascos se encontraron en condiciones de competir con las ciudades de la *Hansa* alemana –que tenían como asociados los puertos ingleses, como sabemos por el capítulo 5– por los fletes, convirtiendo así a Castilla en una potencia marítima del Atlántico, en cuyo apoyo interesado llegarían muy pronto los genoveses.

Pero lo más sangrante para ambos Eduardos ingleses estaba aún por venir. Al año siguiente falleció Ambrosio Bocanegra, sucediéndole como almirante de Castilla Fernando Sánchez de Tovar, por privilegio otorgado en Segovia. El Tratado de Santarem unió las galeras portuguesas y castellanas que, bajo su mando, llegaron al canal de la Mancha para una primera incursión sobre la isla de Wight con la flota francesa de Jean de Vienne, ¿recuerdan? El mismo que entregó Calais a Eduardo III tras el desembarco en Normandía de 1346. La alianza naval franco-castellana se renovó al año siguiente, mientras en Inglaterra, el Príncipe Negro, abdicando el principado de Aquitania, agonizaba de una cruel enfermedad y su padre, el viejo Eduardo III, sólo podía contemplar el derrumbamiento de la obra de toda su vida. La tregua de Brujas, en 1375, no pudo detener las hostilidades.

La larga agonía del rey inglés sumió en una debilidad crónica a todo el reino, alcanzando su punto más bajo en verano de 1377. Entretanto, el almirante de Castilla se unió al de Francia, Jeanne de Vienne, en Harfleur con trece galeras. Iban a materializar una expedición de castigo contra las costas meridionales inglesas con cinco mil hombres a bordo. Llegados a la costa inglesa, Rye fue saqueada y sólo en Rottingdean el abad de Lewes opuso resistencia, lo que le costó la vida. Folkestone, Portsmouth, Dartmouth y Plymouth resultaron igualmente asaltadas en visceral represalia. Tras regresar a Francia para reavituallamiento, las galeras continuaron sembrando el pánico en la isla de Wight, Hastings y Poole. Sólo los castillos de Wight y Winchelsea resistieron en un reino que perdió a Eduardo III este mismo año, habiendo fallecido el Príncipe Negro el año anterior (1376).

La inestabilidad dinástica se adueñó de Inglaterra por un largo período de tiempo, con el rey-niño, Ricardo II, finalmente depuesto por su primo Enrique para encarnar en su día la más legendaria tragedia de Shakespeare. Ricardo era hijo del Príncipe Negro, y su gobierno tras la muerte de su padre y de su abuelo (Eduardo III) resultó desastroso para Inglaterra. Los impuestos desataron sendas sublevaciones en Francia e Inglaterra contra este monarca inglés, cuyo favor se disputaban tanto los favoritos del conde de Suffolk como los barones del duque de Gloucester. En 1387, Ricardo se cubrió de iniquidad asesinando a su tío Thomas, duque de Gloucester e hijo del difunto Eduardo III. Los almirantes de Francia y Castilla, entretanto, no cejaban en su empeño destructivo. Jeanne de Vienne arrasó las islas de Jersey y Guernsey al año siguiente, mientras Sánchez de Tovar preparaba veinte galeras en Sevilla para su más ambicioso empeño: la penetración en el corazón del reino inglés en verano de 1380.

Reunidas ambas flotas en el puerto de La Rochelle el 8 de julio, la fuerza expedicionaria partió, una vez más, hacia las costas inglesas. La fortaleza de Winchelsea, defendida también por su voluntarioso abad, fue el primer objetivo destruido. Entrado el mes de agosto, las galeras francesas y castellanas, a duro golpe de remo, montaron la punta North Foreland, dejando las arenas de Godwin por babor. Dentro ya del estuario, embocaron el canal del Rey, a la vista de la fortaleza de Sheerness sobre la isla de Sheppey, en el curso del Támesis. No encontrando oposición alguna, las galeras doblaron el meandro del Hope para, dejando Tillbury a la espalda, tocar tierra y desembarcar en Gravesend, sobre la ribera sur, dejando tras de sí una estela de incendios y devastación. Más allá, aguas arriba, sólo quedan hoy día los muelles y astilleros de Woolwich y Greenwich, es decir, el mismo Londres y su entorno: la venganza de Carlos V el Sabio y Enrique de Trastámara contra el reino de Eduardo III y el Príncipe Negro se había materializado.

Reza la crónica de Juan I, rey de Castilla tras la muerte del Trastámara en 1379, hablando del almirante de Castilla: «Ficieron guerra este año por la mar e entraron río Artemisa hasta cerca de Londres, do galeas enemigas nunca entraron». Sánchez de Tovar pasaría luego con sus galeras a las guerras fernandinas con Portugal, falleciendo en 1384 en su capitana *San Juan de Arenas*. No hubo reacción a estas repetidas incursiones por parte de Ricardo II de Inglaterra; en 1399, azotado el reino por la peste y abandonado el rey por todos, fue depuesto por su propio primo, Enrique de Lancaster, el mismo que faltó a la cita con el Príncipe Negro cuando la famosa victoria de Poitiers. Sin embargo, precisamente en el alarde de

fuerza de su venganza (año 1380), Carlos V el Sabio falleció, abocando a Francia a otro período de inestabilidad con su hijo y heredero, Carlos VI el Tonto. El heredero sufría trastornos mentales desde un atentado contra su vida en 1392, no pudiendo evitar el conflicto entre sus tíos y hermanos, los duques de Orleans y Borgoña, que iniciaron la guerra civil. Entretanto, continuaban las incursiones de marinos castellanos por el canal de la Mancha: en octubre de 1403, las galeras de Pero Niño recalaron en la bahía de Saint-Aubin, en la isla de Jersey, saqueada veintitrés años atrás, como es sabido, por Jean de Vienne y Sánchez de Tovar. Tal vez por ello, los habitantes ofrecieron resistencia, desembarcando el castellano mil infantes y doscientos jinetes para poner en fuga los tres mil defensores locales. Se logró un botín de diez mil coronas de oro, tras la entrega del cual la flota de galeras castellana se retiraba.

Desde el punto de vista naval, la guerra de los Cien Años tuvo como escenario prácticamente exclusivo las aguas del canal de la Mancha, llevándose a cabo tres invasiones sucesivas de Francia –dos en Normandía, a cargo de Eduardo III y su bisnieto Enrique V, y una en Burdeos a cargo del Príncipe Negro– una gran batalla naval de aniquilación (la de la Esclusa, en 1337) y otras dos batallas en sendos países, la de Winchelsea en 1350 y la de La Rochelle en 1372. Dos de estas batallas fueron ganadas por los ingleses y una por los castellanos en nombre de Francia. Paradójicamente, los franceses no ganaron batalla naval alguna, quedando las terrestres para brillo ajeno en la historia –Crécy, Poitiers y Agincourt– que dejaron una Francia completamente batida por los arqueros *yeoman* ingleses; sin embargo, los Valois pudieron contar con Juana de Arco para la victoria final. Destacó, también, Jean de Vienne en las repetidas incursiones en las costas inglesas por parte de las galeras franco-españolas, circunstancia inédita y sólo repetida por la Armada holandesa en el *raid* del Medway de 1667.

Considerando los tipos de embarcaciones empleadas, la guerra de los Cien Años marcó la definitiva desaparición del *drakkar* en aguas normandas e inglesas, implantándose en su lugar la galera como buque de remo, ya impuesta por bizantinos, venecianos, genoveses, franceses y aragoneses en aguas del Mediterráneo. Las naos mancas, sin embargo, apenas registraron evolución; aunque los *cogs* laneros y las cocas hanseáticas eran capaces de unir ambas orillas del canal –cubriendo las rutas del comercio– habrá que esperar al Renacimiento para la evolución del buque mercante a navío de guerra, aunque se incorporaron grandes novedades, como el timón de codaste o el arbolado de más de un palo. Como hemos visto en la batalla de La Rochelle, estas primitivas naos estaban aún lejos de poder mantenerse en combate por su escasa eficacia y seguridad de maniobra y pilotaje, decepcionante comprobación que pudo realizar el Príncipe Negro en su última aventura naval. Sin embargo, cumplieron bien con su función de transporte de ejércitos y ganado para las invasiones de Francia, con mucha más capacidad de vaso pero peores prestaciones que los *drakkars* de Guillermo el Conquistador en el 1066. Serán finalmente el Renacimiento y el siglo xv los que trajeron la carabela, la nao y el galeón, con los que se descubrió y colonizó un Nuevo Mundo que mandó a la Edad Media al baúl del recuerdo.

IMPLICACIONES FINALES DE LA CAÍDA DE CONSTANTINOPLA

Tras la caída de Constantinopla en 1453, la flota cristiana fue lo único que se salvó de la tragedia final. Mohamet II hizo su gloriosa entrada en la ciudad, convirtiéndola en capital del Imperio otomano. Santa Sofía sería consagrada como mezquita (aunque hoy sólo es museo) y se respetaron en un primer momento las iglesias del culto ortodoxo para mantener la escisión de la iglesia cristiana. La caída de Constantinopa resultó de la mayor trascendencia, no sólo como gran acontecimiento geopolítico que abría Europa por Oriente, sino por el tremendo fracaso en su defensa de una cristiandad en pleno proceso de fragmentación. No parece razonable afirmar que el Imperio de Oriente terminara aquí su andadura, o que el mundo bizantino-romano tocara a su fin en este momento. El mundo romano había concluido mucho antes, cuando Bizancio, a manos de persas y árabes, perdió por completo su capacidad de liderazgo como punto de cruce entre Oriente y Occidente, que le hubiera permitido convertirse en sede para resolver por la vía diplomática las tremendas tensiones entre ambos mundos y, tal vez, sobrevivir. Y el Imperio de Oriente fundado por Constantino y edificado por la administración de Justiniano y la capacidad militar de Belisario, sucumbió cuando el emperador, tras el asalto veneciano de 1204, dejó de ser personaje de referencia para ceder todo su bagaje moral y su autoridad política a los papas de Roma, que demostraron, no sin inmensas convulsiones, ser capaces de gobernar la cristiandad en dura pugna con los emperadores y reyes de la Alta Edad Media. Constantinopla, como Venecia en nuestros días, el día en que cayó en manos de los turcos sólo era una cáscara vacía defendida por un nostálgico puñado de héroes, de los cuales sólo los marinos estaban destinados a sobrevivir, puesto que el cobarde Lomellino, gobernador genovés de Pera, consumada la rendición, tuvo que abrir las puertas y entregarse al sultán implorando benevolencia.

Extinguido el Imperio bizantino y hallándose Constantinopla en medio de los dominios otomanos, su suerte estaba decidida: habría caído de todas formas aunque se hubiera salvado del asedio de 1453. Lo cierto es que Constantino XI estuvo a punto de conseguir el milagro, sacando el máximo partido de sus mejores bazas, a saber: un recinto amurallado consistente, un ejército pequeño pero cohesionado y la flota reducida, pero ubicada en el lugar exacto, la cadena, custodiando el punto clave de la ciudad, el puerto del Cuerno de Oro. A pesar de su exhibición de fuerza abrumadora, los turcos mostraron graves deficiencias: su fuerza naval no funcionó, resultando incapaz de doblegar a la coalición de marinos imperiales, genoveses y venecianos. La masividad de su tropa fue contraproducente a la hora de la verdad por su caótica organización, y la propia juventud de Mahomet desbarató cualquier intento ejecutivo coherente y coordinado a cargo de su Estado Mayor.

Sin embargo, los aciertos de Mahomet y sus lugartenientes paliaron esta nefasta situación. Sus arquitectos, ingenieros y maestros de obra compensaron la impotencia del componente naval, construyendo castillos en accesos estratégicos y trasladando barcos por tierra más allá de la cadena, provocando la caída del Cuerno de Oro. El uso de la artillería, arma innovadora en aquel momento que sólo se había empleado anteriormente en la guerra de Chioggia de 1380 y por Enrique V en el asedio a Harfleur de 1415, permitió desmantelar, poco a poco, la solidez de las murallas y con ello la moral bizantina, tanto de la población como de los defensores. Por el volumen de artillería empleado, el tiempo de uso y los resultados conseguidos, probablemente Mahomet II pueda ser considerado como el primero que empleó la artillería de sitio eficazmente. Conviene, sin embargo, recordar que fue la defección de Pera, manteniéndose al margen, y la desunión del mundo cristiano lo que permitió aplicar el máximo esfuerzo otomano en todos los sectores sin cuidar la retaguardia.

Cayó pues Constantinopla, hecho con el que termina la Edad Media en Europa. La lucha contra los turcos, sin embargo, continuó aún por más de dos siglos, llegándose a la cita de Lepanto en la que la cristiandad, más que parar los pies al poder otomano, realmente demostró que, unida en la Santa Alianza, era capaz de abatir una fuerza tan abrumadora y temible como la del sultán. En este trabajo, como en un fresco o *collage*, hemos ido recorriendo la crónica naval medieval, verdaderamente singular, pues arrancaba tras cuatro extraños siglos de paz, una prolongada calma que sirvió de presagio de la tempestad desatada por dos potencias marítimas que llegaron a disputarse el *Mare Nostrum*, los vándalos de Genserico y los bizantinos de Belisario, imponiéndose estos últimos también a los ostrogodos en la batalla naval de Sena Gálica. La *pax romana*, falsamente restaurada, no tardaría en sumergirse en el caos de la Baja Edad Media, demostrando que el magro y disperso componente naval de las cruzadas estaba extinguido por completo.

Iban, pues, a rescribirse las reglas del juego con el impulso de una de las pocas invasiones nórdicas que demostraron pericia en la mar, la de los vikingos y daneses, cuya destreza en el manejo de la madera impuso un nuevo tipo de embarcación y forma de combatir. Mientras los árabes se apoderaban del mundo Mediterráneo en su fulgurante expansión, dando luego el salto a Hispania y el reino de

Tolosa, los nórdicos se apoderaron, en repetidas invasiones, de las islas británicas, llegando luego al otro lado del canal de la Mancha para fundar Normandía, ducado que, con el cambio de milenio –y una invasión perfectamente coordinada– volvía sobre sus pasos para arrebatar la corona inglesa al ancestral reino sajón de Wessex. El mundo nórdico alcanzó su máximo desarrollo naval incorporado a la Reconquista española para tomar el puerto de Sevilla, mientras los normandos conquistaban Sicilia y el sur de Italia. No mucho después, las grandes potencias mercantiles resucitaron el mundo naval mediterráneo; Venecia y Génova iniciaban su carrera comercial, la primera alcanzando con sus viajeros el mundo naval chino (un contacto único), y la segunda con sus grandes marinos para terminar, lamentablemente, metidas en un largo conflicto naval que fue la ruina del agresor (Génova), pero que dejó a Venecia (agresora de Constantinopla en su día) dañada y estremecida.

Miniatura en las *Crónicas de Núremberg* (1489-1490), de Schedel Hartmann. Tras un largo asedio y una vez cerrado el cerco, la noche del 28 de mayo de 1453 se produjo el último y definitivo asalto a la ciudad, cediendo los defensores en la muralla y penetrando las tropas turcas para iniciar el saqueo. Sólo los restos de la flota cristiano-bizantina se salvaron, zarpando con los supervivientes rumbo al mar Egeo.

A la sombra de ambas y de los grandes conflictos continentales de su tiempo (Alta Edad Media) entre el papa, el emperador y los diferentes monarcas, surge la corona de Aragón con un guerrero marítimo verdaderamente excepcional, Roger de Lauria, para luchar por la isla de Sicilia como en su día lucharon griegos, cartagineses, romanos, vándalos, ostrogodos, bizantinos, musulmanes y normandos. Pero del mismo modo, el mundo marítimo, a partir de la Marina mercante y las *hansas* germánicas, ya se estaba desarrollando en aguas del mar del Norte y el canal de la Mancha, llegando el enfrentamiento entre el rey de Inglaterra Eduardo III y el de Francia Felipe de Valois en la batalla de Esclusa, iniciándose el conflicto de la guerra de los Cien Años que llevaba, medio siglo después, al gran fracaso marítimo inglés de La Rochelle, los sucesivos ataques a la costa inglesa de la flota franco-castellana y, por último, la postrer correría de un monarca isleño en terreno francés, Enrique V, coronada con la fabulosa victoria en Agincourt, que desmanteló durante largo plazo la monarquía gala hasta la llegada de un personaje de leyenda, la Doncella de Orleans, para salvar a Francia del caos.

A la sazón, el mundo naval, sin demostrar grandes avances e incluso permitiéndose el lujo de prescindir de sus mejores creaciones (*drakkar*) se había entregado al simple utilitarismo mercantil, con un tipo de barco poco eficientes e incapaces de afrontar con garantías las campañas navales. Se siguió, pues, combatiendo al abordaje y las unidades principales de combate continuaron propulsándose a remo, hasta el punto de que la galera, surgida en el siglo VII a partir del dromon bizantino, reinaría sobre los mares hasta bien entrado el siglo XVII, cuando el navío de combate la desplazó definitivamente. Pero no nos engañemos: la carabela, la nao y el galeón, las grandes naves que permitirían la eclosión marítima del Renacimiento y el descubrimiento del mundo, no nacieron como por arte de magia para el descubrimiento de América o las grandes gestas transoceánicas de Portugal y Castilla. Descendían, más o menos directamente, de las cocas y carracas medievales que, cocidas en el horno de la confusión de la Edad Media, demostraron que el talento del hombre para crear embarcaciones, aun siendo obtuso y abrir extraños caminos, termina por conducir a buen puerto a quien es capaz de aguantar, bien firme, la caña del timón a la vía hasta el final.

Bibliografía y fuentes

ANÓNIMO. *Simbad el marino* (trad. Julio Samsó). Madrid: Alianza Editorial, 1991.

ASIMOV, ISAAC. *La formación de Inglaterra*. Madrid: Alianza Editorial, 1982.

—, *Historia de los egipcios*. Madrid: Ediciones del Prado, 1993.

BÉRCHEZ CASTAÑO, Esteban. «Barcos para un imperio; la Marina de guerra romana». En: *Revista Historia*, 2016; n.º 155.

BOBZIN, Hartmut. *Mahoma*. Barcelona: Ediciones Folio, 2004.

CHAUVEL, Geneviève. *Saladino, el unificador del islam*. Barcelona: Editorial Planeta-De Agostini,1999.

COLE, Robert. *Historia de Francia*. Madrid: Celeste Ediciones, 1995.

DRUON, Maurice. *Los reyes malditos I. El rey de hierro*. Buenos Aires-Madrid: Javier Vergara Editor, 1981-1982.

DUPUY, Micheline. *El Príncipe Negro: Eduardo, señor de Aquitania*. Madrid: Espasa-Calpe, 1973.

FULLER, J.F.C. *Batallas decisivas del mundo occidental*. Madrid: Ediciones Ejército, 1985.

GUERBER, H.A. *Los vikingos*. Madrid: M.E. Editores S.L., 1995.

GUILLÉN Tato, Julio. *Aventuras por tierra, mar y aire: La expedición contra Mallorca*. Barcelona: Editorial Labor, 1966.

HEARDER, Harry. y WALEY, Daniel Philip. *Breve historia de Italia*. Madrid: Editorial Espasa Calpe, 1966.

HEERS, Jacques. *Marco Polo*. Barcelona: Ediciones Folio, 2004.

ÍÑIGO FERNÁNDEZ, Luis E. *Breve historia de la batalla de Lepanto*. Madrid: Ediciones Nowtilus, 2015.

JOAQUINET, Ángel. *Nuestros piratas*. Barcelona: Editorial Noray, 2002.

JONES, Gwyn. *El primer descubrimiento de América*. Barcelona: Ediciones Orbis, 1988.

LABURU, Miguel. *De mare vasconum. La memoria perdida*. Pamplona: Pamiela Ediciones, 2016.

LAMB, Harold. *Carlomagno*. Barcelona: Edhasa-Planeta DeAgostini, 1999.

LAMÉ FLEURY, M. *La historia de Roma contada a la juventud*. Barcelona: Sociedad general de Publicaciones, 1932.

LEGUINECHE, Manuel. *Annual 1921. El desastre de España en el Rif*. Madrid: Alfaguara, 1996.

LÓPEZ, Paulina; VIGUERA, María Jesús; VÁZQUEZ, María Concepción. *El islam*. Madrid: Arlanza Ediciones, 2000.

MAALOUF, Amin. *Las cruzadas vistas por los árabes*. Madrid: Alianza Editorial, 2005.

MANGAS, J., HIDALGO, M.J., BENDALA, M. y SANTOS, N. *El ocaso de Roma*. Madrid: Arlanza Ediciones, 2000.

MARTÍN RODRÍGUEZ, Jose Luis. *Edad Media*. Madrid: Arlanza Ediciones, 2000.

—, *Alta Edad Media. La España visigoda y musulmana*. Madrid: Editorial Espasa Calpe, 1999.

MAZEL, Jean. *El secreto de los fenicios*. Barcelona: Editorial Bruguera, 1976.

MONTANELLI, Indro, y GERVASIO, Roberto. *Historia de la Edad Media*. Barcelona: Plaza y Janés, 1965.

PONTI, Valery. *Historia de las comunicaciones: transportes marítimos*. Pamplona: Salvat, 1965.

ROLDÁN, J.M. y SANTOS Yanguas, Juan. *Historia de España: España romana*. Madrid: Espasa Calpe, 1999.

SAN JUAN SÁNCHEZ, Víctor. *Grandes batallas navales desconocidas*. Madrid: Ediciones Nowtilus, 2016.

—, *Piratas de todos los tiempos*. Madrid: Sílex Ediciones, 2009.

—, *22 derrotas navales británicas*. Madrid: Ediciones Navalmil, 2014.

SEVERIN, Tim. *El viaje del Brendan*. Barcelona: Ediciones Pomaire, 1980.

—, *El viaje de Simbad*. Barcelona: Ediciones del Bronce, 2000.

THUBRON, Colin. *Los antiguos marinos*. Barcelona: Ediciones Folio, 1995.

—, *Los venecianos*. Barcelona: Ediciones Folio, 1996.

ENCICLOPEDIAS

CONTRERAS Y LÓPEZ DE AYALA, Juan de (marqués de Lozoya). *Historia de España* (6 tomos). Navarra: Salvat Editores, 1979.

GODAYOL, José Más (dir.). *La Marina. Historia, perfiles y diccionario* (11 tomos). Barcelona: Editorial Delta, 1983.

SALVAT, Juan (dir.). *El Mar. Gran Enciclopedia Salvat* (10 tomos). Pamplona: Editorial Salvat, 1975.

VV. AA. *Enciclopedia visual de las grandes batallas de la historia del mundo* (30 tomos). Barcelona: Editorial Rombo, 1994.

VV. AA. *Navíos y veleros* (6 tomos). Barcelona: Planeta DeAgostini, 1993.

nowtilus

www.nowtilus.com

BREVE HISTORIA de las...

BATALLAS NAVALES DE LA EDAD MEDIA

Víctor San Juan

Acérquese a las batallas navales más importantes de la Edad Media, las invasiones bárbaras y la irrupción de nuevos pueblos, los vikingos a bordo de sus *drakkars*, la invasión de Hispania por los árabes comandada por Tarik ibn Ziyad o la conquista normanda de Inglaterra por Guillermo el Conquistador, así como las cruzadas, en las que se libraron batallas como la conquista de Lisboa o la primera Toma de Constantinopla.

Con *Breve historia de las batallas navales de la Edad Media*, conocerá 27 grandes batallas y operaciones navales medievales, expuestas de forma sencilla y cronológica; trece siglos en los que abundaron las operaciones navales por motivos teológicos en algunas ocasiones, ansias de riqueza en otras o la búsqueda de un lugar donde asentarse. La historia del trascendental cambio que se produjo del imperio a la época feudal y sus implicaciones navales.

De la mano de su autor, Víctor San Juan, especialista en temas náuticos, que une conocimiento histórico, conocimiento técnico y experiencia práctica, descubrirá todas las claves, el desarrollo y los personajes que ocuparon un lugar destacado en estas interesantes batallas. Una obra que con un estilo riguroso y ameno le mostrará los conflictos navales más importantes de la Edad Media.

BREVE HISTORIA

www.BreveHistoria.com

Visite la web y descargue los fragmentos gratuitos de los libros, participe en los foros de debate temático y mucho más.

Hágase amigo de Breve Historia en Facebook